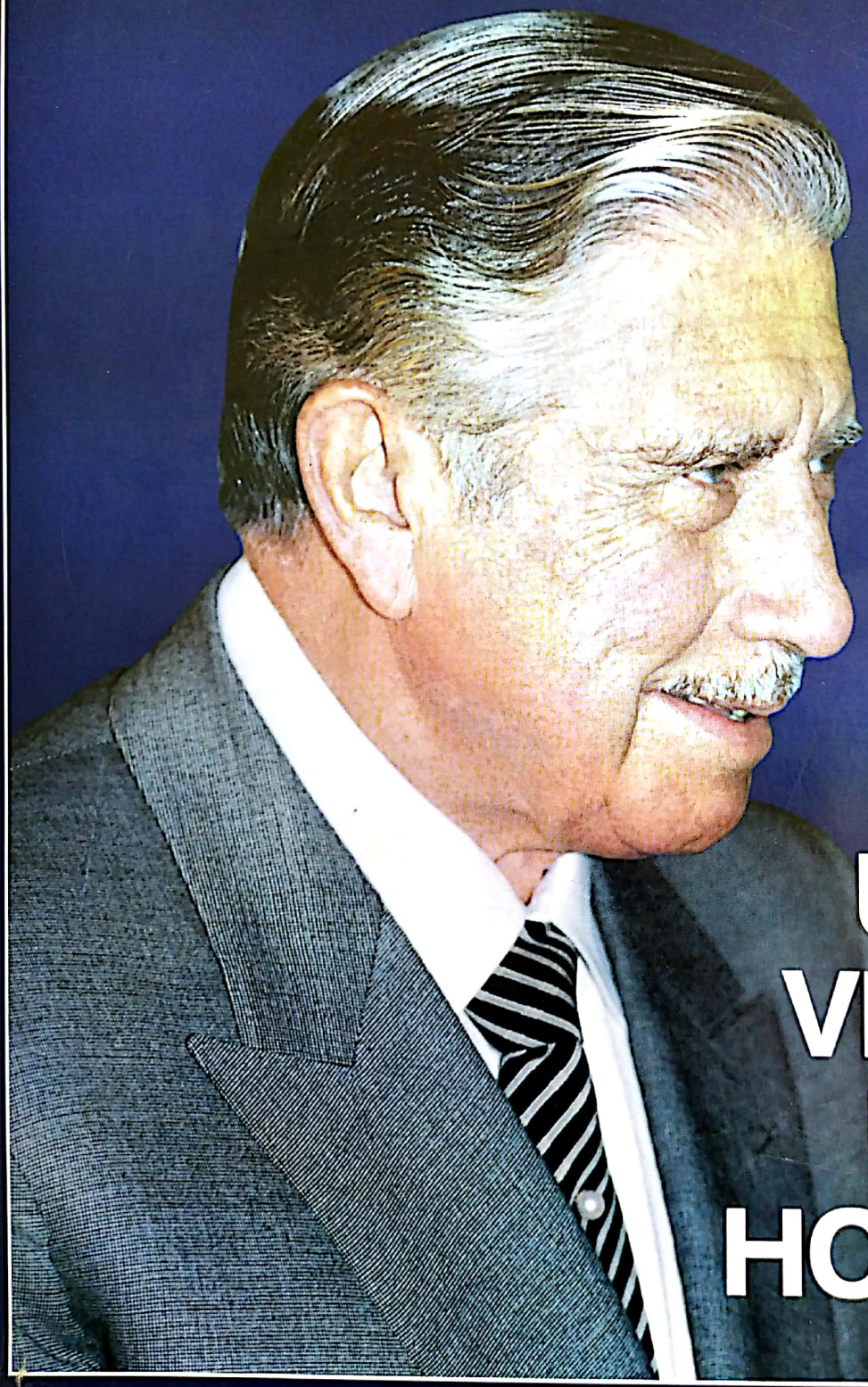
Augusto Pinochet Ugarte



UNA VISION DEL HOMBRE

AUGUSTO PINOCHET

"UNA VISION DEL HOMBRE"

AUGUSTO PINOCHET

"UNA VISION DEL HOMBRE"

Noviembre de 1995
Santiago - Chile

Bauhaus Editorial

A MODO DE PRESENTACION

El presente libro, "Augusto Pinochet: Una visión del Hombre", nacido de la inspiración de un grupo de amigos, pretende tan sólo mostrar al ser humano que hay detrás del uniforme, de los títulos y grados, y de la destacada posición que el destino o las circunstancias le depararon a Augusto Pinochet Ugarte en el devenir de Chile.

A través de la recopilación de las experiencias y conocimientos de personas de distintas procedencias, pero que tienen en común el haber conocido y trabajado con el Comandante en Jefe del Ejército y ex Presidente de la República, sus autores -todos periodistas- sólo intentamos descubrir qué se esconde detrás del soldado que durante más de 60 años ha pertenecido al Ejército y que, por diversas razones, durante casi 17 años gobernó a Chile.

Este reportaje no tiene intención política alguna y no pretende más que aportar algunas luces destinadas a trazar tal vez un boceto sobre el carácter del hombre que, al cumplir sus 80 años de vida, no sólo puede decir que "tuvo un hijo, plantó un árbol y escribió un libro", sino que, además, tiene la suerte de poder mirar en perspectiva tanto su labor de Jefe del Estado, al mando del Gobierno de las Fuerzas Armadas y de Orden, como asimismo comprobar que muchas de sus teorías relativas al quehacer político internacional se fueron dando más temprano que tarde.

Hemos querido, en este libro-reportaje, tratar de descubrir "el lado oculto de la luna", o al menos algunos de los claroscuros de la vida de un hombre que para muchos es un "héroe", un "líder" o el "autor de la segunda Independencia de Chile"; y para otros un hombre "odiado", como él mismo reconoce con mucho pragmatismo y escaso rencor.

No aspira este trabajo llegar a conclusiones de alguna especie. Los autores sienten mucho respeto por la opinión pública como para tratar de orientarla.

Cualesquiera sean, es evidente que cuando se apaguen las pasiones y se escriba con la serenidad que da el paso irreversible del tiempo la historia de Chile del siglo XX, este soldado que ha llenado páginas y titulares no sólo dentro del país sino también en el mundo entero, ocupará un polémico, pero indiscutido, sitial.

Porque si unos lo quieren, lo admiran y no dudan en levantarlo a los altares del patriotismo, y otros lo critican con toda su alma, no hay ninguna duda que el ex Presidente de la República y Comandante en Jefe del Ejército, Augusto Pinochet, a nadie en Chile y en el mundo le es indiferente.

María Eugenia Oyarzún I.
Arturo Román H.
Raúl Rojas G.

CONTENIDO

Prologo		7
I.	Infancia y Juventud	10
II.	Vida Militar	12
III.	En Familia	16
IV.	Cerca de Dios	26
V.	Los Grandes Momentos	28
VI.	El Humor	34
VII.	Sus Ministros	36
VIII.	Edecanes	55
IX.	Sus Viajes	63
X.	Un Estudioso	71
XI.	Buena Salud	74
XII.	El Atentado	75
XIII.	Los Empresarios	84
XIV.	Anecdotario Presidencial	90
XV.	Ultimos Instantes Como Presidente	106
Anexo I:	En Letra De Molde	109
Anexo II:	Asi Lo Vieron	118
	Los Hitos De Su Vida	121
	Entrevistados	121

© 1995 Fundacion Presidente Augusto Pinochet Ugarte
Inscripcion N° 93.678 - Prohibida su reproduccion
Santiago de Chile 1995

PROLOGO

Hermógenes Pérez de Arce I.

El Ex Presidente Augusto Pinochet Ugarte es, probablemente, el chileno que ha alcanzado mayor notoriedad mundial en nuestro tiempo. Aun podría uno ir más allá y asegurar que ningún compatriota nuestro antes que él ha alcanzado similar renombre.

Es verdad que éste, en no pequeña parte, deriva de los enormes y costosos esfuerzos desplegados internacionalmente por ciertas ideologías para forjar una leyenda negra en torno a su persona, y que, por consiguiente, a los ojos de no pocos contemporáneos asume ribetes parcialmente desfavorables.

Pero es un hecho que paulatinamente la realidad de los atributos personales y de la obra del ex Presidente chileno se ha ido sobreponiendo al mito propagandístico adverso.

El "Modelo" de Pinochet:

En efecto, la leyenda negra tejida por la propaganda, ya hace años que comenzó a desintegrarse ante la fuerza de realidades que son indesmentibles.

Más de una década atrás en otros países comenzó a reconocerse que "algunas" recetas aplicadas por Pinochet en Chile podrían no haber sido tan execrables.

Posteriormente, el número admitido de tales recetas fue creciendo. Y ha sido así como, en definitiva, el conjunto de las mismas ha dado lugar a lo que hoy se conoce universalmente como "modelo chileno".

El mismo es admirativamente descrito en forma habitual en publicaciones técnicas especializadas, en los informes de organismos internacionales de ayuda y en las propias secciones de la prensa internacional dedicadas a los temas socio-económicos.

Aun personalidades políticas extranjeras reconocidamente adversas al régimen militar chileno han encontrado la vía para, a veces sin siquiera dejar de manifestarle hostilidad, reconocer el indesmentible éxito de sus modernizaciones.

Por cierto, no faltan los recalcitrantes que recurren al no muy honroso expediente de atribuir ese éxito a los gobiernos posteriores a 1990. En todo caso, debe acreditarse a éstos el que, en definitiva, no hayan querido o podido introducirle cambios de suficiente envergadura como para desvirtuarlo.

En fin, el reconocimiento más sorprendente y final, que abarca incluso aspectos políticos de la gestión del ex Presidente chileno, parece estarse gestando en el corazón mismo de la nación cuyos gobernantes de otrora, hoy aventados por la historia, mayores esfuerzos desplegaran para frustar la permanencia y la obra del gobierno de Pinochet y para crear y difundir el mito denigrante en torno a su persona.

En efecto, recientes sondeos de opinión realizados en Rusia elevan al primer rango de la popularidad en ese país a un general que no oculta su propósito, en la eventualidad de llegar al poder, al cual aspira, de seguir de cerca el ejemplo histórico sentado en Chile por el general Augusto Pinochet.

Una Intelectualidad Amedrentada:

Pero explicables reticencias y temores políticos impiden todavía que, pese al renombre universal alcanzado, alrededor del mundo se escriba e investigue a conciencia y con plena objetividad acerca de su figura.

Una especie de conjura política amplia y amedrentadora disuade a intelectuales e historiadores de abordar el tema y expresar la pura y simple verdad acerca de la figura de Augusto Pinochet Ugarte.

El escarmiento representado por la sistemática denegatoria del Premio Nobel al escritor que, según juicio literario unánime, más lo merecía en décadas recientes, desestimación

ostensiblemente fundada en haber él incurrido en el delito de elogiar la obra de Pinochet, sigue ejerciendo su efecto intimidatorio sobre la intelectualidad de occidente.

Pero el transcurso del tiempo ha hecho y seguirá haciendo inevitable que, en definitiva, la gente de éstas y otras latitudes quiera saber lo que realmente aconteció en Chile en el último cuarto de siglo, y lo consiga.

Pues a quien piense como persona libre y dueña de su propio discernimiento no puede sino resultarle imposible explicarse cómo la supuesta dictadura cruel y retrógrada descrita por la propaganda adversa pudo forjar un país que es citado ya por más de diez años como ejemplo de sociedad ordenada y próspera, donde los ciudadanos gozan de amplias libertades y dan testimonio, cada vez en mayor medida, de capacidades de creación y progreso sólo concebibles bajo un contexto de amplio respeto a la plena expresión de la persona humana.

Aportes a la Precisión Histórica:

Sabemos ya de proyectos biográficos ambiciosos e independientes, y no sólo nacionales, relativos a la vida y obra del ex Presidente chileno.

Precisamente en este libro, personas que bien conocen esa vida y esa obra, bajo la dirección de una gran figura del periodismo nacional, han emprendido, a título de anticipo de esfuerzos más extensos y globales, la composición de un mosaico de los aspectos predominantemente humanos, familiares y personales de la existencia del ex mandatario, con motivo de cumplir éste los ochenta años de edad.

Esos rasgos biográficos no sólo resultarán novedosos y entretenidos para los lectores, sino que, cada uno a su modo, nos ilustrarán acerca de por qué su protagonista llegó a donde llegó y logró lo que logró.

Tanto en previas reseñas biográficas del ex Presidente Pinochet como en sus memorias y en entrevistas concedidas por él habíamos advertido ya ciertos rasgos fundamentales de su personalidad: la constancia y la tenacidad en el trabajo, armonizadas con una inquebrantable dedicación familiar; el espíritu de sacrificio en toda misión que le fuera encomendada; la aptitud para desarrollar una labor metódica y disciplinada; la capacidad de cálculo y de reflexión para proyectar y completar sus planes y metas; el don de mando y el sentido de la autoridad para hacer prevalecer sus decisiones.

Esta obra nos aporta numerosos antecedentes de interés histórico y biográfico que rodearon los acontecimientos en que los señalados atributos del general Augusto Pinochet y la mano del destino lo situaron como protagonista. Además servirán útilmente al propósito de fundamentar estudios posteriores sobre su persona y su tiempo.

La Magnitud de los Desafíos:

Pues la estatura del personaje vendrá históricamente determinada, en última instancia, por la magnitud de los desafíos que le cupo enfrentar y vencer.

Probablemente no muchos chilenos se hayan detenido a sopesar la enormidad de las responsabilidades que en su momento recayeron sobre los hombros del protagonista de este libro. Si, como los hechos nos enseñan, le resultó posible sobrellevarlas airosamente, ello sucedió no sólo gracias al concurso del cúmulo de atributos personales que hemos señalado más arriba, sino al de una familia unida en torno a un matrimonio ejemplar y al de una institución formadora de hombres que logra inculcarles sólidos hábitos, principios y valores. Los testimonios visibles más elocuentes de esa vida familiar e institucional se encuentran en las páginas que siguen.

Por otra parte, poco a poco se han ido dando a conocer las circunstancias, algunas de ellas constitutivas hasta ahora de secretos históricos bien guardados, reveladoras de la gravedad de ciertas coyunturas que debió enfrentar el ex Presidente. Así, hemos podido apreciar la inavaluable combinación de energía y prudencia que, más de una vez, debió poner en práctica para, junto con garantizar los derechos soberanos de Chile, preservar la paz en diferentes fronteras, paz que por instantes pareció sucumbir frente a inminentes y peligrosas amenazas.

Asimismo, poco a poco el recuento de las reformas modernizadoras de su gobierno nos permite aquilatar la equilibrada combinación de coraje, constancia y visión que empleó para llevar adelante cambios estructurales inimaginables e inimaginados en el Chile de hace un cuarto de siglo.

Resulta notable comprobar que, en el curso de este proceso, Pinochet nunca vaciló en elegir el camino más difícil para él, si estaba convencido de que, al mismo tiempo, era el más conveniente para el futuro de la nación.

Como gobernante, ciertamente le habría resultado más fácil, expedito y popular ofrecer más y más empleos en el sector público a tantos chilenos desocupados a raíz de la crisis mundial desatada en 1973 y de la necesidad de ajustar la economía interna tras el caos unipopulista. Pero ese camino habría acentuado el gigantismo estatal, ahondado el déficit y acelerado la inflación. Entonces prefirió el camino difícil de reducir la burocracia, privatizar empresas, disminuir gastos e impuestos y abaratar el costo previsional.

Todo ello redituó, ya a mediano plazo, en un aumento gigantesco de la capacidad de la economía para brindar empleos realmente productivos y estables a sus trabajadores desocupados.

Los ejemplos podrían multiplicarse: le era más difícil abrir la economía al exterior que mantener a la producción nacional protegida de la competencia externa; decretar la libertad de precios que dejarlos cómoda pero ineficientemente controlados; flexibilizar la legislación laboral, favoreciendo el empleo la competitividad, que mantener y acrecentar las mal llamadas "conquistas sociales", para bienquistarse con las cúpulas sindicales más figurativas e influyentes; privatizar que seguir controlando entes estatales en los cuales podría haber dispuesto de cargos bien rentados para remunerar apoyos y adhesiones; renunciar a la amplia discrecionalidad para adoptar decisiones que someter sus resoluciones a normas y patrones no discrecionales.

En todos esos aspectos Pinochet eligió el camino más difícil, pero precisamente éste condujo a concretar lo que se conoce hoy como "modelo chileno" de desarrollo, que ha hecho posible lo que, fuera de nuestras fronteras, algunos han llamado "milagro chileno". El cual, sin embargo, no tiene nada de milagro, pues es el fruto esperable del trabajo de todo un pueblo, cuyos destinos tuvieron en el momento más necesario un conductor dotado del coraje político suficiente para liberar las energías creadoras de la nacionalidad.

La Figura Humana:

Pero detrás del estadista exitoso que llegó a ser, tras forjar sus principales virtudes de carácter a lo largo de una esforzada vida de soldado, está la persona: inicialmente, el niño que aprende las primeras letras; luego el adolescente que estudia humanidades e ingresa a la Escuela Militar; después el joven alférez y, finalmente, el oficial de alta graduación que recibe el llamado de la Patria y lo responde invariablemente poniéndose a disposición de ella.

Paralelamente, vemos crecer al hijo cumplidor y respetuoso y convertirse en marido y padre ejemplar. Hoy día, ya octogenario, puede mirar con satisfacción hacia atrás y enorgullecerse de haber sabido conciliar su trayectoria profesional y las exigencias ímprobas de su inesperada ascensión a los más altos niveles del cometido público con una vida familiar y afectiva plena y ejemplar.

En las páginas que siguen aparecerán todas esas etapas y facetas, en testimonios de imágenes y de palabra.

El destino de su protagonista ha convertido esas escenas, que pudieron haber sido íntimas y familiares, en parte de la Historia. Y precisamente en el carácter de contribución a la verdad y la realidad históricas es que, mediante un esfuerzo meritorio de una gran periodista y con el concurso generoso de numerosas personas, se brinda este libro a la contemporaneidad chilena de hoy.

Un valioso aporte para ilustrar el juicio libre y personal que cada chileno y chilena no podrá menos de aspirar a formarse acerca de la figura nacional más renombrada de nuestro tiempo.

I. INFANCIA Y JUVENTUD

Tenía cuatro o cinco años cuando su madre, doña Avelina, mujer de temple y carácter, lo fue a dejar donde una maestra solterísima que vivía a sólo dos cuadras de su residencia, ubicada en la principal ciudad y puerto de entonces, Valparaíso. Lo llevó de la mano y lo dejó donde la "señorita", que estaba en cama y rodeada de otros niños a quienes les estaba repartiendo chocolates.

El chico, de inquisidores ojos azules, tez muy blanca y pelo castaño claro, miró a su alrededor, observó el cuadro de la educadora y los otros niños y se dijo mentalmente:

> ¡"ESTA DEBE SER LA BRUJA DEL CUENTO QUE ME CONTARON, QUE ALIMENTA A LOS NIÑOS, LOS ENGORDA Y LUEGO SE LOS TRAGA..."!

Y mirándose a sí mismo, reflexionó:

> "ESTA BRUJA ME VA A COMER A MÍ..."

Entonces, al primer descuido de la enfermiza profesora, salió en puntillas, echó a correr y llegó jadeando a su casa.

Su madre, extrañada, le preguntó: "¿Y tú, qué haces aquí que no estás con la señorita?".

El niño le contestó abriendo aún más sus ojos claros:

> "ME VINE, PORQUE ELLA ES UNA BRUJA QUE ENGORDA A LOS NIÑITOS PARA COMÉRSELOS, Y ME IBA A COMER A MÍ..."

Ese mismo chico travieso, vestido de marinerito y colgado de la mano de su progenitora, caminaba por las calles porteñas cierto domingo cuando vio un heladero que, con un fierro, golpeaba una campana de su triciclo donde portaba su tentadora mercadería y gritaba fuertemente:

"¡Helados, heladitooos!", para que ningún goloso quedara sin escuchar.

El niño, con su impecable traje náutico, gritó a su madre el consabido:

> "¡MAMÁ, QUIERO HELADO!".

"¡No tomarás helado, porque si lo haces, ensuciarás tu traje!", replicó doña Avelina.

Varias veces, madre e hijo entrecruzaron las mismas frases. Mientras el niño reiteraba su petición, la madre replicaba en los mismos términos: "No, porque te ensuciarás tu traje...Más tarde podría ser...".

El chico, cuya sed se multiplicaba a medida de las negativas, se soltó de la mano de su madre, se tiró en la empolvada calle sin pavimentar, se dio vueltas de carnero y luego, con voz triunfante, le dijo a doña Avelina:

> "MAMACITA, AHORA YA NO ESTÁ LIMPIO MI TRAJE, ¿ME PUEDES COMPRAR HELADOS?..."

Tal vez detrás de esas dos anécdotas de su niñez se puedan advertir rasgos importantes del multifacético carácter de Augusto Pinochet Ugarte, quien llegaría a ser, décadas después, militar, capitán general, Comandante en Jefe del Ejército, la institución de la cual ha vivido permanentemente enamorado, y Presidente de la República durante el gobierno más largo de la historia de Chile del presente siglo.

Porque en los dos episodios narrados se advierten, por una parte, la desconfianza en las intenciones de los desconocidos, como asimismo la reflexión, tenacidad, astucia y determinación para conseguir lo que se propone.

Era Augusto Pinochet el mayor de seis hermanos y llevaba el nombre de su padre, un hombre esforzado y bonachón, muy encantador, sencillo, que se había desempeñado primero como junior, enseguida empleado y luego agente general de aduanas; y que vivía con una relativa soltura económica, después de haber pasado por las pellejerías propias de quien construye con ahínco su futuro.

Era también el regalón de su madre, quien le llamaba cariñosamente "Tito", pero que, sin embargo, no tenía ningún reparo en zamarrearlo cuando hacía alguna de sus muchas travesuras.

En cierta ocasión, en que su hijo mayor había

hecho de las suyas en la casa de la localidad de Quillota, donde se había trasladado la familia completa, doña Avelina comenzó a perseguirlo con una escoba en la mano. Y mientras el niño corría y corría, ella también lo hacía detrás, hasta que, de pronto, el chico lanzó un desesperado grito de dolor. Una abeja lo había picado en el cuello.

La madre soltó la escoba, sacó la abeja muerta, le apretó y arrancó la lanceta que tenía enterrada, le sobó y luego de asegurarse que el pequeño estaba bien... ¡volvió a tomar la escoba para terminar su misión en las posaderas de su primogénito!

Toda referencia a su infancia sería incompleta si no se evocara la figura de su padre, don Augusto Pinochet Ver, prematuramente desaparecido, en 1944, a quien siempre evocó como "un hombre sano de alma y de corazón bien puesto".

Poco se sabía de su progenitor, hasta que en una ocasión, como Presidente, su hijo concurrió a un acto, en la Décima Compañía "Bomba Chileno-Arabe" de Valparaíso, en la que se descubrió un retrato suyo. Don Augusto fue voluntario de la unidad entre 1910 y 1915 y entre 1918 y 1944.

La ocasión fue propicia para el homenaje:

> "SIEMPRE HE CREÍDO QUE EL BOMBERO ES LA FIEL REPRESENTACIÓN DEL PUEBLO CHILENO, POR SU AFÁN DE SERVICIO A SUS CONCIUDADANOS, SIN RECIBIR NINGÚN BENEFICIO ECONÓMICO. POR EL CONTRARIO, ÉL SIEMPRE ESTÁ PRESTO A SACRIFICAR LA VIDA, EN ARAS DE ESTE NOBLE IDEAL. MI PADRE TENÍA EL FIEL ESPÍRITU DEL BOMBERO ANÓNIMO. COMO VOLUNTARIO, SALVÓ LA VIDA DE TRES PERSONAS, DURANTE UN INCENDIO EN EL PASAJE ROSS. DE ESTE HECHO DE VALOR COMPROBADO NUNCA HIZO ALARDE. SÓLO ME IMPUSE DE ÉL CUANDO, EN SUS FUNERALES, SE HIZO PRESENTE EN LOS DISCURSOS ESTE ACTO DE VALOR, QUE BIEN MERECÍA UN RECONOCIMIENTO".

El mismo Augusto Pinochet reconoce, en su libro "Camino Recorrido", que su abuela materna, Inés Rosa Martínez Bravo, los mimaba, especialmente a su hermano Gerardo y a él, consintiéndoles en todo lo que querían, a tal punto que si alguna vez rechazaba una petición de sus nietecitos, a ambos les daban las consabidas "pataletas".

Sin embargo, a doña Avelina le tenían sin cuidado tales demostraciones de enojo.

El mismo recuerda que, en cierta oportunidad, comenzó a gritar y a tratar de salirse con la suya por todos los medios, armando un tremendo escándalo entre los transeúntes. Su madre lo tomó repentinamente por un brazo, lo llevó a un portal ubicado en la calle Condell de Valparaíso y le propinó cuatro o cinco palmazos que produjeron su inmediato silencio y tremenda sorpresa.

Luego escuchó clara su sentencia: ¡"Sigue llorando y te bajo los pantalones y aquí en la calle te las doy"...

Las promesas fueron cumplidas tanto por doña Avelina como por Pinochet.

Los juegos de la parvada de hijos de los Pinochet-Ugarte, estaban casi siempre determinados por la voluntad del mayor. No sólo sus hermanos debían hacer formaciones con los soldaditos de plomo, sino que también sus hermanas eran parte de las tropas que comandaba entonces el que más tarde lideraría el Ejército de Chile.

Aunque su niñez fue feliz, ella no estuvo exenta de tropiezos. El principal de ellos fue un accidente que sufrió precisamente por su carácter inquieto. Un día, cuando se soltó de la mano de su niñera y trató de correr hacia su casa, fue arrollado por un coche tirado por caballos y una rueda del vehículo le pasó por sobre su rodilla izquierda.

Si bien en el hospital San Agustín, que después se llamaría Deformes, lo dieron de alta, diagnosticándole sólo machucones y rasguños, dos años más tarde comenzó a sufrir intensos dolores en su rodilla.

Los médicos de la época diagnosticaron "tumor blanco" o tuberculosis ósea, lo que significó gran angustia para la familia.

Su madre rezaba diariamente pidiendo un milagro y ofreciéndole a la Virgen del Perpetuo Socorro vestirse de café por espacio de 15 años si su hijo salvaba la pierna y entraba a la Escuela Militar, el sueño que ya tenía entonces el pequeño Augusto.

La "manda" también lo envolvió a él, porque doña Avelina prometió a la virgen que si su hijo era un civil y salvaba su pierna, éste vestiría de café por diez años y en caso de seguir la carrera militar, lo haría durante dos.

No está demás recordar que las promesas fueron cumplidas por ambos con el correr del tiempo.

II. VIDA MILITAR

Siempre Augusto Pinochet Ugarte quiso ser militar, si bien más de alguno de sus parientes soñaba para él la carrera de marino y otros la de médico. Pero el joven no entró a la Escuela Militar del General Bernardo O'Higgins ni a la primera ni a la segunda tentativa. Su primera solicitud, en 1931, fue rechazada por su corta edad; y la segunda, en 1932, porque "estaba muy débil a consecuencia de su etapa de crecimiento".

El tercer intento fue exitoso. El 11 de marzo de 1933, a los 17 años, ingresó a la Escuela Militar, ubicada en la tradicional casona de calle Blanco, en Santiago.

El sostiene que ese día fue "uno de los más felices" de su vida, aunque las primeras semanas fueron difíciles, especialmente porque se encontraba lejos de su madre y de su familia.

También, como cree en los designios del destino, piensa que no fue por casualidad tal retraso en sus planes, ya que en caso contrario, no se habría dado aquello que los angloparlantes señalan como "the right man at the right place", lo que en buen chileno significa "el hombre adecuado en el lugar preciso".

Ya como teniente, vistió su uniforme, que en esa época había cambiado del prusiano de cuello cerrado a uno con cuello y corbata parecido al que usaban otras instituciones armadas.

De esa manera llegó a ver una tarde al general Alberto Gutiérrez Gándara, militar muy conservador, emparentado con su madre y a quien él guardaba un profundo respeto.

El propio general salió a abrirle la puerta. Augusto Pinochet lo saludó, pero al verlo con un uniforme diferente al habitual, le preguntó severo: "¿Y quién es usted, jovencito?"

"TENIENTE PINOCHET, MI GENERAL",

fue la respuesta del joven.

"¿Teniente de qué, señor?...", le insistió, enojado, el viejo militar.

"Teniente Pinochet, mi general" (Como teniente al mando de 1ª sección Escuela Militar de calle Blanco Encalada).

"TENIENTE DEL EJÉRCITO DE CHILE, MI GENERAL",

dijo ya, azorado, el muchacho.

Entonces, el viejo tío, muy enojado, le espetó:

"¡Del Ejército de Salvación será, pues, señor!

El joven Pinochet, mano en visera y cuadrándose, dijo entonces:

"PERMISO PARA RETIRARME, MI GENERAL",

dio media vuelta y se marchó.

Estuvo tres años enojado, sin ir a ver al general Alberto Gutiérrez.
El mismo Pinochet ha contado, más de una vez, que esa moda de camisa y corbata no prendió en el Ejército y se volvió muy pronto al cuello cerrado prusiano. Le encontró, entonces, razón a su cascarrabias tío abuelo.

LOS MALONES

Las fiestas en el tiempo del joven Augusto no diferían mucho de las de hoy, salvo que hace seis décadas, según recuerdan quienes estaban

Iban a casas de familia...

"en edad de merecer", iban a casas de familia portando determinados comestibles y bebestibles, que eran colocados en mesas apegadas a la pared, para dejar la pista libre a los bailarines...
El teniente Pinochet, naturalmente de uniforme, observaba atento el panorama y también recibía miradas femeninas. Según quienes lo conocieron, era "bastante coqueto".
No se acostumbraba salir con una niña a una discoteque -no las había, por lo demás- y los padres eran bastante mezquinos con respecto de los permisos de sus hijas. Simplemente, no era bien visto.
Sin embargo, siempre había jovencitas a quienes se podía invitar a bailar con aquellos gramófonos a los cuales se les daba cuerda y cambiaba aguja en cada disco 78. El cine y el teatro eran otros pasatiempos, como asimismo dar vueltas a la plaza y echar una miradita a las muchachas que paseaban mostrando una estudiada indiferencia, especialmente si algún joven les gustaba.

UN COMPAÑERO DE CURSO

Uno de los compañeros de curso de la Escuela Militar por los cuales el Comandante en Jefe del Ejército sigue manteniendo mucho cariño es el general (R) Tulio Espinoza Palma. En el trato íntimo, él le dice cariñosamente "Tulito".
Espinoza ingresó a la Escuela Militar en el año 1934, a la Segunda Compañía. Pinochet lo hizo el año anterior, pero a la Primera Compañía. Por lo tanto, el joven Pinochet y sus compañeros, eran los instructores del novato cadete Espinoza, que más tarde llegaría a ser intendente de Santiago, durante el gobierno militar.
Recuerda Tulio Espinoza que el capitán Ramón "Mono" Salinas, comandante del Curso Militar, y todos ellos, tenían predilección por Pinochet, infante a quien califica de "muy enérgico, militar e inteligente".
Siempre el Capitán Salinas, en sus "Comentarios Educativos" -en los cuales ponía de manifiesto las cosas más importantes del día- lo mencionaba como un ejemplo para sus compañeros.
El cadete Espinoza sentía "una sana envidia" de Pinochet, porque era "una bala para la historia y demás ramos".
Le gustaba leer episodios de la Guerra Mundial, y sabía todo sobre historia antigua. Conversaba con los profesores como si se tratara de pares. Tenía una facilidad extraordinaria para sacarse buenas notas".
El amigo, pero también el militar que predomina en el ex Presidente, se refleja, asimismo, en la preocupación constante que tiene de acudir a las reuniones de su curso, el grupo de oficiales que egresó de la Escuela Militar en 1936. Sólo ha dejado de asistir a ellas cuando sus responsabilidades se lo han impedido.
De una reunión a otra, y a la llegada de cada uno de sus miembros, siempre tiene palabras de afecto.

"CHITAS, QUE ESTÁS GUATÓN...LA BUENA VIDA SE TE NOTA"!,

le dice, riendo a cada uno de ellos.

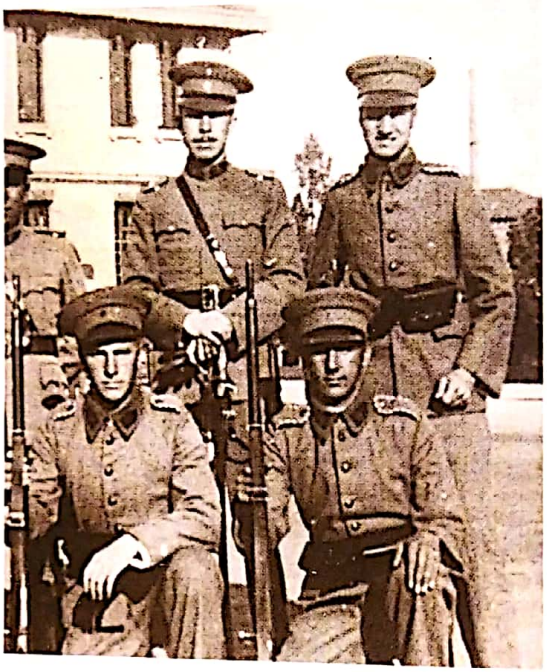
"Y ESAS CANAS, CADETE ESPINOZA. LO ESTÁN AVEJENTANDO, HOMBRE",

agrega con la cara llena de risa.

"¿...Y TODAVÍA PIERDES EL PASO EN LOS DESFILES...?",

le recuerda a otro, al referirse a uno de los "pecados" de su juventud militar.

En 1936, los compañeros del curso salieron como oficiales de la Escuela Militar. Varios de ellos, llegaron a lucir las estrellas de general en sus casacas. Entre ellos, se contaban Augusto Pinochet, Tulio Espinoza, Galvarino Mandujano, Roberto Viaux Marambio y Orlando Urbina Herrera.



Augusto Pinochet de pié, el segundo de derecha a izquierda.

PASADA DE SABLE

Siendo alférez, el joven fue destinado a la ciudad de Concepción. En cierta ocasión, paseando por la Plaza de Armas de la ciudad, vio a un grupo de matones, quienes con palabras soeces habían piropeado a la novia de un subteniente de Carabineros. Incluso, algunos de ellos, trataban de propasarse con la joven, lo que estaba tratando de impedir el uniformado.

El alférez Pinochet observó que el oficial estaba siendo claramente sobrepasado en voces, fuerzas y número. Entonces, tomando su sable por la empuñadura, se metió al medio y se dio una rápida vuelta en círculo. Lo que se llama en lenguaje militar "una pasada de sable por las rodillas".

La presencia decidida de Pinochet, la punta del sable y su mirada fuerte y penetrante, hicieron que los antisociales huyeran.

Recién ascendido a capitán, Augusto Pinochet fue destinado a Iquique. Tal vez porque pasó mucho tiempo allí, Pinochet le tiene un amor muy grande a Iquique. Cuando llegó a esa ciudad con su señora, que lo siguió más tarde, la pareja tenía ya dos hijos: Augusto y Lucía, esta última de alrededor de dos años y medio.

EL "JEFE" DE PINOCHET

Mucho se habla de la soledad y del aislamiento del mando, sobre todo en el plano militar. Se dice que los "amigos" abundan cuando se está en la cima, pero que muchos de ellos desaparecen luego que el personaje principal ha abandonado los altos cargos.

Pinochet ha sido diferente. Guarda un especial cariño y tiene una entrañable amistad con sus compañeros de la Escuela Militar. Con muchos de ellos todavía se reúne. Incluso uno de sus amigos predilectos es su superior, el general (R) Aníbal Mansilla, de 89 años de edad. Pinochet se refiere a él, con mucho cariño y amistad, como "Mi jefe...".

"Conocí a Pinochet, cuenta el general Mansilla, en la Escuela Militar. El era capitán y comandante de una de las compañías. Yo, Mayor antiguo, era el secretario de la Escuela.

Cuando Mansilla era comandante y Pinochet mayor, al primero lo nombraron jefe de una Misión Militar que tenía la orden de organizar la Academia de Guerra de Ecuador. Eran seis profesores, y el de menor antigüedad era Pinochet. Por lo mismo, pasó a desempeñarse como ayudante del comandante".

Se fueron los seis oficiales a Ecuador, por tres años, junto a sus respectivas familias. Nació, entonces, entre jefe y ayudante, una relación extraordinariamente cordial y amistosa que con los años se fue estrechando cada vez más, hasta el punto que todo lo que le pasa a Pinochet, lo siente Mansilla.

"He sufrido con sus momentos bajos y he gozado con sus grandes instantes de gloria", dice el casi

nonagenario general. Añade que "el Ejército es una religión, una mística, una amistad sincera, sin dobleces".
Al volver a Chile, con la misión cumplida, Ecuador les entregó la Condecoración "Abdón Calderón", un gran héroe de ese país. Los dos pasaron a formar parte de la Cofradía que lleva ese nombre y otra vez Pinochet volvió a ser el ayudante del general Aníbal Mansilla.

"YO VOY A SER SIEMPRE AYUDANTE DE USTED, SOLAMENTE",

le confidenció Pinochet una vez, frase que nunca ha olvidado el general.
Siente el militar, íntimamente, el poder de la amistad. En el curso de los años, mientras fue Presidente de la República y en todas las etapas de su vida, Pinochet lo ha invitado a todas las ceremonias castrenses.
Además, cada cierto tiempo, almuerzan juntos y en cierta oportunidad que supo que estaba un poco delicado de salud, el Presidente de la República se apareció por su casa, a verlo. Ante su sorpresa, fue en persona y no llegó con las manos vacías. Le llevó algunos libros de historia de regalo, conversaron de los viejos tiempos, de las intensas preocupaciones del entonces Mandatario, se dieron un abrazo y él partió....
Siempre recuerda el viejo general que, un día invitado por Pinochet a La Moneda a una ceremonia oficial y con la asistencia de delegaciones extranjeras muy importantes, el entonces Primer Mandatario lo presentó simplemente como:

"ESTE HOMBRE ES EL GENERAL ANÍBAL MANSILLA, MI JEFE...".

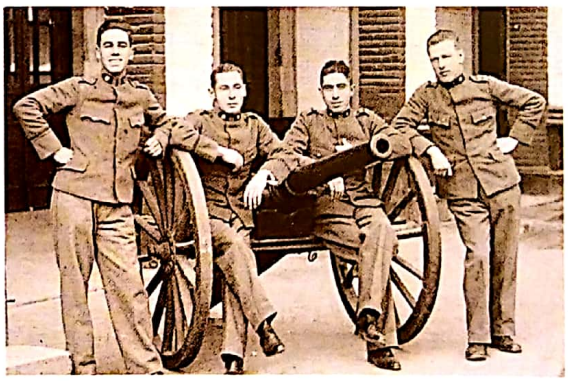
También dice que su "ayudante" Pinochet en sus actos de camaradería siempre tiene presente un refrán indio que dice: "Sendero que no se recorre... se borra". Por eso es que siempre se está viendo, llamando o conversando con sus compañeros de curso. Piensa, según lo ha expresado, que recordar los viejos y actuales tiempos, entre amigos, es saludable para el alma.
Para sus subordinados más antiguos, aquellos que eran tenientes cuando el líder castrense era sólo capitán, Pinochet "es patriota por sobre todas las cosas".
Un general de Ejército, ya en retiro, dice: "Pinochet aparenta ser muy duro y por dentro es blando, un pan de Dios...".

COMPROMISO DE AMISTAD

A lo largo de toda la vida, Pinochet ha establecido un compromiso con la amistad.
Un día, uno de sus compañeros de curso de la Escuela Militar le contó la historia de un joven cadete, de apellido Ariosto, que se había retirado del Ejército como subteniente. Había tenido una vida accidentada y muy desafortunada. Enfermó gravemente en Curacautín y la familia no tenía los recursos necesarios para intentar salvar su vida. Pinochet lo recordaba de sus tiempos de cadete y quedó muy impresionado por el relato de su compañero.

"DÉJENLO POR MI CUENTA, DIJO. ALGO HAREMOS...".

Sin agregar nada, ese mismo día hizo las gestiones correspondientes y el antiguo cadete Ariosto fue trasladado de inmediato hasta el Hospital de Temuco, donde recibió la atención médica necesaria. A diario, preguntaba cómo era su estado, hasta que salió de la emergencia.



Junto a Jaime Ferrer y Carlos Elbo, curso militar que egresó en 1937.

No lo perdió de vista por varios meses...
En cierta ocasión, en que un general enfermó gravemente estando en el extranjero, a su regreso lo fue a ver al Hospital Militar, donde convalecía. El oficial le contó que en el exterior le habían cobrado alrededor de 25 mil dólares por la hospitalización, que el Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile no reembolsaba, y que su situación era aflictiva.
A la semana de la visita, llegó un sobre de la Comandancia en Jefe con un cheque equivalente a 7 mil dólares que la Caja de Previsión no quería dar.

III. EN FAMILIA

Lucía Hiriart Rodríguez, quien sería años después su esposa, era una niña liceana de soquetes, hija de un senador por Tarapacá y Antofagasta, unos diez años más joven que él, cuando lo conoció telefónicamente. Ella pololeaba con otro oficial que se encontraba en Valparaíso. Tenía sólo 16 años de edad.

Seis meses después de esa primera conversación telefónica, quiso el destino que se encontraran en la Plaza de San Bernardo.

Ella, de uniforme, bonita, con grandes ojos pardos, tez blanca, estaba con unas amigas colaborando en una colecta cuando divisó al teniente Pinochet junto a un oficial superior, amigo de su padre.

Le pidió la cooperación monetaria correspondiente y el acompañante del joven le pasó cinco pesos, una cantidad apreciable para la época, diciéndole que esa era una ayuda por los dos. Augusto Pinochet no portaba, como es su costumbre, dinero alguno y ella, al pinchar en su uniforme la estampilla de la colecta, le miró a los ojos celestes y pícaros.

No lo olvidó.

El tampoco.

No pasó mucho tiempo y un día, un amigo le dijo:

- "Sabes, Lucía, el teniente nuevo me ha pedido ser presentado formalmente ante ti".

Ella accedió y en la casa del gobernador de San Bernardo fueron presentados Augusto Pinochet Ugarte y Lucía Hiriart Rodríguez.

Las cartas que el teniente Pinochet le enviaba nunca fueron mostradas, como las de otros pololos, al grupo de ocho o diez amigas de la jovencita que gustaban comentar sus respectivos idilios epistolares.

Pero antes, como era de presumir en aquellos tiempos, el futuro suegro había averiguado todo lo concerniente a la familia y carrera militar del pretendiente.

Según relatan fuentes muy cercanas a él, su fama de galán no era de lo más confiable, y el senador Hiriart se había enterado que el joven no siempre andaba "con niñas muy santas". La futura suegra del teniente era la más preocupada.

Cierto día, en el teatro, cuando aún no pololeaban pero salían de vez en cuando, él saludó de venia a la joven Lucía Hiriart. La madre de su futura esposa, después de observarlo, le dijo escandalizada al oído de su hija:

"¡¡Cómo te saluda ese hombre, andando con esa niña....!!".

Pero Cupido tiene sus tretas, y cuando llevaban alrededor de seis meses de pololeo, murió la abuela de la joven. La corona más hermosa que llegó fue la del teniente Pinochet, lo cual sorprendió gratamente a las tías, que se encargaron de hacerle "la carrera" amorosa en la casa de sus padres.

De ahí, dice Lucía Hiriart, el joven Pinochet no se movió más.

Los pololeos de entonces eran diferentes a los de hoy. Las madres no permitían que los enamorados regalaran muchas cosas a sus hijas. Tampoco las salidas nocturnas a solas, estimadas de suyo, "peligrosas".

Y mientras sus camaradas de armas lo llamaban "el infanticida", por la juventud de su polola, durante el tiempo que duró el romance e incluso el noviazgo, los enamorados debían contentarse con jugar cartas en un grato ambiente familiar con los hermanos de ella.

El jugaba bacarat y ganaba todos los ahorros de su polola y cuñados. Pero antes de irse, se los devolvía...

Entre pololeo y noviazgo, ella terminó el colegio dos años más tarde.

El teniente Pinochet pidió permiso para casarse, pero antes tuvo que acreditar en su institución que tenía otras fuentes de ingreso, aparte del

exiguo sueldo militar. Su padre, agente de aduanas, le entregaba ciertas cuentas a cobrar y le daba un porcentaje por su trabajo.
El permiso de sus superiores fue concedido y el 30 de enero de 1943 se casaron en la Iglesia de los Sagrados Corazones, de Santiago.
La luna de miel de la pareja transcurrió en Quilpué, Viña del Mar y Talca, porque la declaración de guerra del gobierno chileno a Japón dejó en Chile al flamante matrimonio que había planificado primero viajar al extranjero. La pareja pudo comenzar su vida en una casa propia, que el ahorrativo teniente había adquirido con un préstamo hipotecario.

MARIDO CASERO

Los tres primeros hijos de la pareja Pinochet-Hiriart fueron llegando al mundo mientras sus padres continuaban su desarrollo como matrimonio. Siempre han sido felices, pero para la señora Lucía, los doce primeros años son los que recuerda con más emoción.
Como cualquier matrimonio joven, se bastaban ambos para tener la felicidad completa, alegrada además por Lucía, Augusto y Verónica, los tres hijos mayores.
El era en ese entonces, un marido "estupendo y colaborador", aunque su señora lo acusa, cariñosamente, de haber sido muy severo con sus hijos mayores. Las discusiones matrimoniales eran por los niños, porque ambos cónyuges tenían una concepción diferente de la educación de ellos. "Con las niñitas -dice la señora Lucía- era bastante exagerado, porque tal vez vio en la vida cosas que yo nunca vi. Era muy exigente con los niños grandes, tanto que el niño mayor -Augusto- siempre quiso emular a su padre".
El general es bastante casero, aunque ahora le gusta un poco más salir, porque se siente más libre. Se queja risueñamente la señora Lucía, eso sí, que adonde van los asaltan de cariño y a veces se quedan hasta sin comer.
Al principio del matrimonio salían a bailar solos, pero después, con los años, lo hacen acompañados de parejas amigas.

La esposa dice que no le molesta el asedio femenino que despierta su marido.

La esposa dice que no le molesta el asedio femenino que despierta su marido, salvo porque a él no lo dejan tranquilo. Como padre y abuelo lo califica de muy cariñoso.
Ella dice de su marido que es cariñoso, con una personalidad muy especial, nada de complicado, muy intuitivo, supersticioso, y que jamás se sentaría en una mesa donde hubieran 13 personas. Los días que vio más preocupado a su esposo fueron los previos al 11 de septiembre de 1973, porque él no sabía si eso podía resultar, también podría haber fallado.
Para ella, Augusto Pinochet es un político intuitivo. Además, es un táctico, cuya metodología académica seguramente la profundizó al prepararse como profesor de esa asignatura.

Tenía en ese entonces lleno de libros hasta el entretecho de la casa donde vivían, en estanterías de pared a pared. Además, guardaba los libros que él había escrito con la esperanza de venderlos si había alguna penuria económica, las que en algunas oportunidades ocurrieron.
El general es un hombre de hogar y sencillo. Lo primero que hace al llegar a su casa, haga frío o calor, es ponerse short, polera, zapatillas, y se dirige a su escritorio.
Y mientras trabaja o lee, pone marchas, a veces muy fuerte para los demás miembros de la familia.
Al contrario del general, que se sintió muy feliz en Ecuador, haciendo clases y formando la Academia de Guerra de ese país, la señora Lucía debió regresar a casa de su mamá, en Santiago, puesto que estaba embarazada.
Los años más felices de la vida matrimonial de la señora Lucía los recuerda haber pasado en Arica. Tiene para esa ciudad, un gran cariño.

EL PAPA CHOCHO

Sus hijas tienen la visión de un papá enormemente cariñoso y juguetón. Lo recuerdan saltando y jugando con ellos arriba de los muebles, mientras su madre los retaba por parejo a todos, incluyendo a su marido, porque deterioraban el mobiliario de la casa.

Era un papá chacotero y bromista.
A su hija mayor, Lucía, cuando ella, con su curiosidad infantil, le preguntaba cómo se habían conocido con su mamá, le decía entrecerrando sus ojos azules y tentado de la risa que "ambos eran muy, pero muy pobres, vestían harapos, vivían en destartaladas chozas muy cercanas la una de la otra, a "pata pelá" y que se habían conocido en una acequia donde habían ido un día a buscar agua para bañarse".
Su hija se ponía a llorar a mares, porque se los imaginaba en esa situación...
Pero ellas lo recuerdan, además, como un papá enormemente cariñoso, regaloneador, que las tomaba en brazos y siempre jugaba. Es cierto que de repente se ponía severo y las retaba, pero según Lucía Pinochet, su mamá era quien llevaba la disciplina en la casa, mientras su papá dejaba de ser militar en el hogar.
Es hombre de refranes el general Pinochet. Le gustaban tanto que de repente ponía en su escritorio un cartel que rezaba: "Al que madruga, Dios le ayuda". Recuerda su hija mayor que siempre él les leía trozos de libros y adagios, como por ejemplo: "No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy".
Aunque los veraneos los pasaban siempre juntos, también era bastante casero durante el año, menos cuando estaba en campaña.
En el verano, si no se quedaba con ellos todo el tiempo, llegaba los fines de semana a visitarlos. En el campo, andaba a caballo con sus hijos, se bañaba en la piscina y hacía todas las actividades que hace un papá chocho.
Para Lucía, su papá ha tratado de ser parejo en sus amores para con los hijos. Pero todos ellos tienen, tal vez, roles distintos en la vida del general. Con su hija mayor se identifica en principios políticos y aspiraciones intelectuales. Ella dice que su padre la interpreta plenamente en sus pensamientos y que lo mismo ocurre con su hermano Marco Antonio.
Sus hijas lo visualizan siempre leyendo o escribiendo. Toda su familia, incluyendo a su

Su pieza favorita es su escritorio.

esposa, no dudan en señalar que su pieza favorita es su escritorio, su reino privado y preferido en el que pasa horas, invierno y verano. Es en el escritorio cuando, otrora, con lupa admiraba su colección de estampillas.

Es en esa pieza que con un lápiz de mina redacta cartas, revisa discursos y escribe libros.

Sus hijas lo describen como "un papá bien completo", con el cual a veces salían. Los llevaba al cine, a restaurantes o a comer hot-dogs, lo que hacía las delicias de todos ellos.

Muchas conversaciones de las hijas eran con su madre, mientras que el general tenía largas pláticas con sus hijos.

Ellos, según sus hermanas, tenían más libertad para salir que las mujeres. Las dos mayores tuvieron una adolescencia bastante controlada. No las dejaban salir de noche, como tampoco jugar en el antejardín de la casa.

Lucía Pinochet describe a su padre como un hombre multifacético, pero que vocacionalmente, siempre ha sido un militar. Incluso como Presidente de la República, su hija mayor cree que él se sentía como "un militar en comisión de servicio" en el cargo.

En otras palabras, siempre para él lo más importante fue y ha sido ser militar. Es un militar de vocación profunda.

Dice su hija mayor que su padre no es exageradamente ordenado en su ropa y en sus cosas personales, pero tiene su propio orden, sabe donde están las cosas, tiene conciencia de lo que tiene. Y posee un memoria increíble. Pero en sus características de hombre, él es muy intuitivo.

De huaso, según su hija mayor, no tiene nada y ni siquiera es apasionado del campo. Sin embargo, su modo campechano puede ser algo genético, ya que su familia proviene del campo. Según sus estudios, Guillaume Pinochet llegó en el siglo XVII a Chanco. O bien se debe a que, como militar, ha tenido mucho contacto y preocupación por la tropa.

Los Pinochet son de la costa de la Séptima Región, en particular de Chanco. Por eso, cada vez que iba a la zona, disfrutaba mucho. Claro que no le gustaba comprobar el exceso de "parientes" que aparecieron después de 1973. Siempre decía: "No les crean mucho a mis parientes aparecidos".

Disfrutaba buscando sus raíces rurales, no sólo en Chanco. Era muy amigo del cura de Lolol, de la VI Región, con el cual encontró raíces huasas por el lado Ugarte. Se puso muy contento al ver certificados de nacimiento, partidas de bautismo y otros documentos.

El siempre dice, en confianza, que "con una mesa, una silla, un cuaderno, lápices y un tarro con hoyos como ducha, él está contento y feliz".

Lo del tarro con hoyos, que escandaliza a los nuevos oficiales, proviene de una realidad hoy superada. Cuando el joven Pinochet iba de campaña, los soldados portaban enormes tarros con hoyos hechos cada cierto espacio, que llenaban de agua calentada en fogatas a leña en medio del bosque o desierto, y que servían para bañarse. Hoy, eso parece pretérito porque están las duchas y baños químicos.

SU QUERIDA MADRE

Entre el general Pinochet y su madre, doña Avelina, hubo siempre una relación muy estrecha. Sus hijas recuerdan a su abuela como una mujer muy inteligente y de mucho carácter, firme pero no gritona sino suave.

Doña Avelina era bastante moderna.

Era bastante moderna, a juicio de Lucía Pinochet, siempre iba con la época y pasaba leyendo, no vivía de su pasado sino en el presente y proyectándose hacia el futuro. Tenía más de 85 años y quería viajar a Europa sola, lo que su hijo Presidente no aceptó.

El siempre la visitaba. Para ella, él era Tito no más y lo esperaba con tortas y pasteles como antes, cuando él era el travieso chiquillo que ella trataba de disciplinar. Además, los dos conversaban por teléfono casi todos los días.

Lucía recuerda haber visto llorar a su padre

Lucía recuerda haber visto llorar a su padre cuando murió doña Avelina en 1986.

cuando murió doña Avelina en 1986, quien tenía más de 90 años de edad. También lo vio llorar cuando su hermana menor enfermó de bronconeumonía y se temía por su vida.

LA VIDA CAMBIO...

Para Lucía, su padre no ha tenido grandes variaciones de actitudes desde que ella se acuerda de él, pero sí advierte un cambio muy importante surgido luego del intento de asesinato en su contra, ocurrido el 7 de septiembre de 1986 en la cuesta Las Achupallas, en Melocotón.

A juicio de ella, desde entonces Pinochet se volvió "más papá, más abuelo, más marido. Empezó a apreciar las pequeñas cosas, a disfrutar más de su familia, como si el hecho de haber estado al borde de la muerte le hiciera apreciar más la vida y sus detalles".

Fue una tremenda sorpresa para Lucía Pinochet Hiriart saber por un amigo del atentado en contra de su padre, quien iba en uno de los automóviles blindados con su nieto Rodrigo, su hijo. El niño, que entonces tenía diez años, maduró abruptamente.

Pero Lucía no teme por la seguridad personal del general. Dice que siempre ha tenido el convencimiento profundo de que su padre "va a morir de viejo y en su cama".

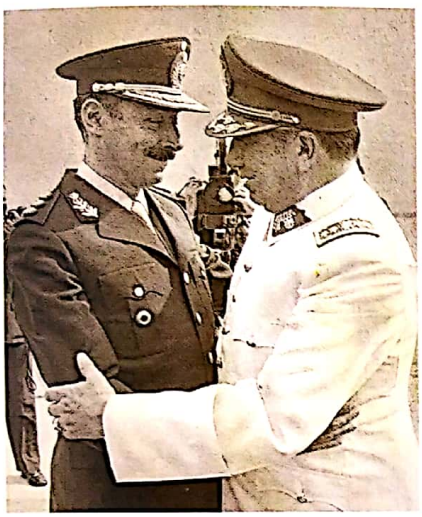
Cree que es posible que a sus dos hermanos menores les haya faltado más la presencia de sus progenitores en casa, al asumir su padre la Presidencia de la República y su madre importantes roles de ayuda a la comunidad y respaldo a su marido.

Ella, Verónica y Augusto, estaban casados cuando su padre llegó al poder. Marco Antonio y Jacqueline eran entonces adolescentes. El 9 de septiembre de 1973, Jacqueline había cumplido tan sólo 14 años de edad.

FANTASMA DE LA GUERRA

Quienes conocen íntimamente al general Pinochet, como a su esposa e hijos, lo vieron

muy preocupado a raíz del conflicto con Argentina que casi desemboca en una guerra. Pero al mismo tiempo, sostienen, parecía estar muy seguro, sereno, controlado, porque habían cosas que no dependían de él tampoco. A pesar de su condición de militar, siempre quiso buscar una salida pacífica a los problemas con Argentina. Ello porque veía que el país estaba progresando y si hubiese existido un enfrentamiento, todos los sacrificios económicos, planes y proyectos, podrían haber quedado en el suelo.



Los militares están justamente "para evitar las guerras, para mantener la paz". Junto al presidente Videla, de Argentina.

Además de lo terrible que es una guerra, ella entorpecía todo un camino trazado.

Junto al presidente Hugo Banzer, de Bolivia, en Charaña.

Su esposa e hijos le escucharon siempre decir que los militares están justamente "para evitar las guerras, para mantener la paz", porque si uno está armado y si uno es fuerte no lo van a atacar. Pero si es débil y no tiene un buen ejército, lo atacan y es fácil tener una guerra. Entonces, uno se arma para evitarlo.

UN HOMBRE RELAJADO

El general es un buen gozador de la vida. Lo pasa más bien que mal, tiene su disciplina mental que lo hace desconectarse absolutamente.

A veces, dicen sus hijas, la gente se confunde y cree que está cansado. Pero no... ¡Está aburrido!.

Hay situaciones que lo hastían y aburren. Entonces, pone cara de cansado. Por eso es que después, la gente lo ve reaccionar y dice:

La gente se confunde y cree que está cansado. Pero no... ¡Está aburrido!

"¡Qué raro, si estaba tan cansado, envejecido y ahora rejuveneció..!".

Siempre se ha cuidado, se relaja con tremenda facilidad. Sus edecanes recuerdan que al subir a su automóvil, cierra los ojos y duerme profundamente por diez o quince minutos. Admiten que el general tiene una virtud poco corriente, porque... no ronca.

Su hija mayor nunca supo que el 11 habría una intervención militar. Su padre estuvo en su casa hasta tarde y le dijo a su yerno, Hernán García, que le echara bencina al auto. Ellos no preguntaron por qué, pero no insistieron en una respuesta, porque además sabían que el padre "es hermético".

Coinciden sus hijas en decir que él siempre se guarda algo, no lo dice todo, ni es extrovertido. Es un hombre muy gentil con todas las mujeres y con su esposa también, porque hay hombres que son muy caballeros con el resto de las mujeres y no con la propia.

Es un hombre muy gentil con las mujeres y con su señora también.

Hasta hoy, dice Lucía, el general Pinochet le cede a su madre el paso, le pone la silla, le obsequia una flor, le lleva chocolates, le regala una joya. Siempre se preocupa de ella.

Perder el plebiscito, a juicio de su hija Lucía, fue un golpe para su padre en la parte afectiva, no porque le tuviera apego al poder.

"Mi papá ha equilibrado muy bien lo racional con lo afectivo -afirma- y esto para él fue un golpe en la parte afectiva porque sintió que le daban vuelta la espalda".

- "Cuando se enoja, los ojos celestes del general Pinochet se ponen grises, color acero. Y da miedo, produce temor", sostiene su hija.

El dinero no es lo más importante en la vida del general. Es más, educó a sus hijas bajo el concepto de que nunca se casaran con alguien con dinero, sino que prefirieran sus cualidades humanas.

"Mi papá decía siempre, señala Lucía: El dinero pasa y el tonto queda."...

Según su familia, la ambición más fuerte del general ha sido estudiar, esforzarse para superarse intelectualmente. Desde muy joven, siempre está leyendo, estudiando, escribiendo libros.

El primer libro, escrito de capitán, se llamó: "Geografía de Chile, Bolivia y Perú", y no lo pudo publicar porque no tenía grado para hacerlo. Ha estudiado inglés y francés, Derecho hasta tercer año, y sigue estudiando en la actualidad cuanta cosa hay.

Sus hijas no lo consideran viejo, aunque él es un hombre de 80 años. Es que él se siente súper joven, algo tal vez heredado, porque su madre murió de 92 años sintiéndose muy joven.

MI PADRE ES LO MAXIMO

Verónica, la tercera de los cinco hijos de la familia Pinochet-Hiriart, fue la más pequeña de "la primera saca" de sus padres y, por ello, tremendamente regalona.

Tenía cuatro años cuando se colgaba del cuello de su padre mientras él escribía. El recuerdo más pretérito que tiene de su progenitor lo asocia a su escritorio, su lugar sagrado, donde ella siempre lo molestaba. Lo califica como un papá no muy estricto porque fue su regalona hasta que nació su cuarto hermano, Marco Antonio, con quien tiene 10 años de diferencia.

Su papá jugaba con todos arriba de los muebles, a las escondidas, al pillarse, mientras su madre se desesperaba. Ella era más estricta, según

Verónica junto a doña Lucía, ella era más estricta, señala su hija (Aeropuerto de Antofagasta).

Verónica. Sostiene, sonriendo, que las señoras de los militares siempre tienen un grado más que el marido.

Verónica es muy unida con todos sus hermanos.

Los domingo se juntan a almorzar en Santiago o Bucalemu en familia, y en verano se va con sus padres todo un mes.

El goza con los nietos, conversa con ellos, especialmente con las nietas. Para ellas, el Tata es lo máximo, la maravilla del mundo. Para los nietos, el abuelo es "súper".

En cierta ocasión, cuando Verónica tenía cinco años y vivían en Arica, recuerda que un día abrió la puerta de la casa y vio a un señor de ojos bien azules, penetrantes y de barba larga. Estaba ensangrentado y, por ello, le cerró la puerta asustadísima...

Era su padre, quien le gritaba que le abriera. Había estado dos meses en pleno desierto, quemado con el aire, el sol del desierto y el frío de la noche.

Verónica piensa que el "sexto" hijo del general es el Ejército.

Jamás imaginó que podría ser Presidente de la República, pero siempre se preguntó cómo sería ser la hija de un mandatario.

El 11 de septiembre de 1973, Verónica se encontraba con su marido, Julio Ponce Lerou, en Panamá. El hecho de que su padre encabezara un pronunciamiento militar fue toda una sorpresa para ella, aunque su madre había estado un mes antes visitándola y él le había enviado una foto autografiada, con muchos cariños.

Algo bastante raro en él, pensó Verónica, que se dijo:

- "Mi papá algo trama porque me manda una foto con tanto cariño...".

Para Verónica, su padre "es lo máximo".

- "Yo era demasiado "regalona" de él. Tenía cinco años y él me bañaba en la tina, me tomaba en brazos y me llevaba a la cama. Para mí era como un dios que me cuidaba y me daba cariño".

Siempre me pedía que no creciera, que me quedara chica, porque era su regalona.

Nunca pasaron muchas "pellejerías", admite, porque el sustento familiar era gracias a que él además de su profesión militar, escribía, era profesor y trabajaba con su abuelo, que era despachador de Aduana.

Dice que el general tiene un carácter ideal, pero es desconfiado, y no se entrega muy fácil.

"Pone siempre un margen, un "pare". Debe ser tal vez por su carácter introvertido".

Verónica junto a su hijo, quien afirma: "Me da susto el Tata, porque siempre me adivina el pensamiento".

Al mismo tiempo, Verónica lo califica como "muy cálido, es para estar horas y horas con él". A ella la relaja conversar con su padre, no le dan ganas de irse, ni moverse de su lado. También lo estima astuto, con mucha intuición.

El hijo mayor de Verónica dice: "Me da susto el Tata, porque siempre me pilla, me adivina el pensamiento".

El norte de Chile, para Pinochet, es "lo máximo". Tiene mucha historia para él, la que ha estudiado pormenorizadamente. Le encanta la Guerra del Pacífico, conoce el norte como la palma de su mano y viviría feliz haciéndose una casa allá. La fotografía y la filmación son algunos de sus hobbies.

Verónica siempre lo ha visto feliz y lo califica como un hombre "equilibrado, muy estable".

EL REGALO DE SU HIJA

Jacqueline Pinochet Hiriart es la menor. Menuda, buenamoza, delgada, tiene 7 hijos y las dos niñas mayores, de 16 y 15 años, parecen sus hermanas. Es la regalona de su padre, y dice que él es su mejor amigo. Simplemente lo adora, hasta tal punto que cuando se le pregunta qué le regalaría a su padre para su cumpleaños, no vacila y apasionada, con lágrimas, dice:

- "Si pudiera regalarle diez años de mi vida, lo haría con mucho gusto y con todo mi corazón .... Pero lo quiero como está, no enfermo ni deteriorado".

Cuando tenía un año de edad, la hija menor del matrimonio Pinochet-Hiriart estuvo muy grave, con una bronconeumonía, prácticamente desahuciada. Su padre sufrió lo indecible hasta que, milagrosamente, sanó gracias a la intervención de un médico que se encontraba de visita en el norte, quien le dio prácticamente una bomba de antibióticos que le fue inyectada directamente a una vena en el cuello mientras su padre la sujetaba, llorando y rezando.

Los primeros recuerdos que tiene Jacqueline del general Pinochet son muy ligados al sueño, porque a las siete de la mañana este padre madrugador la llevaba al colegio mientras en el automóvil iba escuchando la Radio Agricultura. Pero eso ocurría en Santiago.

Jacqueline tenía 13 años cuando se produjo la intervención militar. Muy regalona de su padre, sufrió mucho en esa época, porque le hacían bromas macabras.

Un día, por ejemplo, llegó a la casa y mediante una llamada anónima, le dijeron: "Acaban de matar a tu papá y a tu mamá y los cadáveres están botados en la calle..." A la niña le bajó un ataque de histeria, que no se le pasó hasta que vio a sus padres, delante de ella. Era un cruel terrorismo telefónico.

Ella dice que el general, a quien adora, tiene un modo de mandar que no se nota, pero lo hace y mucho, de una manera subliminal y astuta. Para ella, es su mejor amigo, un gran apoyo y sostiene que para sus hijas ha sido un verdadero padre, ya que ella se separó muy joven.

Emocionada, Jacqueline Pinochet afirma:

"Le tengo mucha confianza, para mí es un hombre que tiene una bondad de oro. Yo nunca lo he visto tratar mal a alguien. Es cristiano de verdad, no sólo de apariencias. Es un hombre que tiene grandes virtudes como también defectos. Es porfiado, el guatón. El no es de oír mucho a su familia".

"El hace como que oye, pero le entra por aquí y le sale por acá. Además, es una persona que cuando está en familia, trata de hablar de temas familiares, de reírnos y pasarlo bien. Jamás pelamos".

El general, al decir de su familia, no es pelador. Es más, dicen que, como su abuela, no soporta el pelambre, que lo encuentra "ordinario, una idiotez".

No escatima Jacqueline alabanzas para su padre. Afirma: "Primero es un gran soldado, después un gran chileno. Tiene una valentía que no tiene nadie en este país. El no conoce el egoísmo".

Su hija menor explica las cualidades de su padre como "un don divino". Estima que él es de aquellos seres a quien Dios les pone "algunas gotas de su propia esencia, de eso que llaman carisma".

"Mi papá, frente a una eventualidad, a una pena -dice- actúa de una manera que no es normal, que es sabia. No se exaspera, no grita, nunca lo he visto salirse de sus casillas, a pesar de la cantidad de problemas diarios que ha tenido durante más de veinte años. Siempre nos dio un tiempo a mi mamá y a mis hermanos".

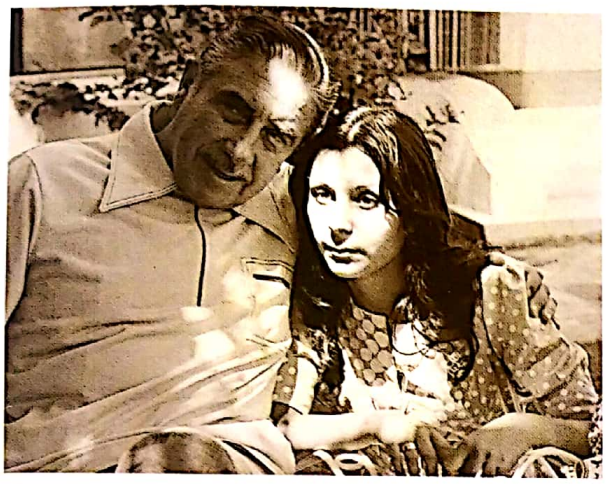
Recuerda que cuando ella llegó con sus hijos chicos a vivir con él, los recibió feliz. Andaba chocho con las cunitas y con las guaguas.

"Cuando a la Constanza le dio bronconeumonía, él me la cuidó y la paseaba toda la noche para que mi guagua no se ahogara".

Con su nieta Constanza, "cuando a la Constanza le dio Bronconeumonía, él me la cuidó y la paseaba toda la noche".

Aclanada, como es la familia Pinochet-Hiriart, todos los domingo hay almuerzo con hijos, nietos y hasta bisnietos.

Entre lágrimas, la hija menor del general reconoce que la idea de que su padre se muera le parece simplemente inaceptable.



Jacqueline dice que siempre que él la abraza siente la misma sensación, como si el alma se le apretara.

- "Todo el cariño que yo tengo por mis padres es el resultado de la conducta que ellos han tenido. A lo largo de mi vida, he aprendido a quererlos cada vez más, y eso es poco común. Mi padre se ha comunicado conmigo, abrazándome. Jacqueline dice que siempre que él la abraza, siente la misma sensación, "como si el alma se le apretara". Cuando él camina y yo lo acompaño, me habla de cosas distintas que las que le dice a la Lucía.

Desde hace cerca de 20 años, me está tratando como de preparar para cuando él se vaya. Y eso lo hace porque siente que soy la más frágil, la más apegada a él".

- "Debe sentir que si se muere él, detrás me muero yo", confiesa.

Pero ella cree que su padre es feliz, un gran agradecido de Dios, de lo que le dio como hombre, a su familia, las oportunidades. Desde que amanece, está contento, optimista.

Es la única, por lo demás, que le dice "guatón" y "viejo". Y que cuando está de malas, le dice: "Tómate un valium". El se ríe porque con ella no se enoja nunca.

Una vez trató de hacerlo y le dijo:

"TE QUEDARÁS CASTIGADA".

Como nunca antes le había levantado la voz, ella le lloró como tres días en la oreja y él estaba desesperado porque había sido el peor castigo de su vida.

El general Humberto Gordon, quien estuvo a cargo de la Central Nacional de Informaciones (CNI) por varios años, es testigo del cariño que el general Pinochet ha tenido siempre para con sus hijos, y especialmente con Jacqueline.

Un día, él estaba conversando con el general Pinochet sobre la situación general del país, en la residencia del Mandatario, cuando llegó Jacqueline hasta su lado. Venía a contarle algo de sus estudios. Se sentó en la falda del general, le hizo cariño, le alisó el pelo, le dijo que le estaban saliendo canas, que era el mejor papá del mundo, que era su regalón...Siempre se lo ganaba enteramente con esa forma.

"YA, PUES, MI HIJITA, NO VE QUE TENGO VISITAS. SALGA DEL MEDIO QUE ESTAMOS HABLANDO DE ALGO MUY IMPORTANTE",

le dijo después de algunos minutos de mutuo regaloneo.

LA CANCION NACIONAL

La casa de El Melocotón también les trae hermosos recuerdos a los Pinochet-Hiriart. Iban mucho para allá, con nietos. En cierta oportunidad, en el asiento de atrás iba el general con su esposa y una de las niñitas de Jacqueline, una mocosita de dos años, que se puso media intranquila, en este viaje largo, de dos horas.

A El Melocotón iba con sus nietos.

Entonces, de repente, la señora Lucía le dijo:

- "Oye Augusto, cántale algo a la niña".

El tomó a la chica y empezó:

"...PURO CHILE ES TU CIELO...".

La señora Lucía le interrumpió y le dijo:

- ¡"Pero Augusto, cómo es posible que le cantes a la niña la Canción Nacional!".

A lo que el Presidente de la República respondió:

"¡PERO M'HIJITA, SI ES LO ÚNICO QUE ESCUCHO...!".

IV. CERCA DE DIOS

A juicio de quienes lo han ido observando con el correr de los años, el general Augusto Pinochet cree bastante en la "predestinación", en lo providencial y en lo religioso. Le gusta leer a San Pablo, como también frecuentemente acude a la Biblia.

Si bien reza cada noche, como cuenta su hija Jacqueline, y también se confiesa, como asegura Lucía Hiriart de Pinochet, no es muy ortodoxo para calificar a los sacerdotes, aunque le da gran importancia a la religión, al Más Allá, a la trascendencia.

Su esposa lo califica como un hombre "de fe muy profunda" y que tiene mucho respeto por quienes dedican su vida a la iglesia.

Indica que un tiempo, siendo joven, el general se alejó de la práctica religiosa, pero después retornó a ella muy especialmente cuando su hija Jacqueline iba a hacer la primera comunión. La niña le pidió que comulgara y él lo hizo, volviendo a la práctica religiosa constante.

Tiene una profunda convicción religiosa.

Su esposa relata que él se confiesa en Bucalemu, con sacerdotes de los cuales es amigo, con quienes después departe amistosamente.

A juicio de un observador abogado, el general tiene una profunda convicción religiosa, más bien católica, proveniente de sus años de estudio en los Padres Franceses y de su madre, que fue siempre ferviente católica.

Pero su fe no obsta a que muchas veces haya calificado del modo más sarcástico a algunos miembros del "personal de la Iglesia". Tal vez porque le ha dolido la actitud de muchos personeros de la Iglesia Católica para con él y su gobierno.

Otro de sus amigos añadió que "nunca ha comprendido bien el general Pinochet el rechazo que despertó su gobierno en Estados Unidos y en la Iglesia Católica. Ello porque él colaboró decisivamente en el término de un gobierno marxista-leninista, además ateo y abiertamente contrario a las enseñanzas católicas".

Pinochet es un hombre que ha leído bastante sobre religión. Y lo demuestra.

En una oportunidad, en la casa del obispo de Aysén, monseñor Cazzaro, asistió a una comida junto a sus ministros. La conversación derivó a asuntos de iglesia. Todos quedaron sorprendidos cuando el general demostró conocer a fondo la vida y obra de San Ambrosio de Milán y dictó una verdadera cátedra sobre el tema. El diálogo con el obispo se prolongó por casi dos horas.

La bendición de Su Santidad, el Papa, que le trajera un día Sergio Rillón desde Roma, lo emocionó hasta las lágrimas.

También lloró este "hombre de hierro" cuando el sacerdote Alfredo Ruiz-Tagle, tío del actual mandatario, le rindió emocionado homenaje.

Una vez le preguntaron qué lo sostenía como gobernante y como hombre. Su respuesta fue:

"Mi fe en Dios".

En otra ocasión, contó:

"NUNCA LE HE TENIDO MIEDO A LA MUERTE. DIOS SABRÁ CUANDO ME LLEVE. EL INFIERNO NO EXISTE. EL INFIERNO ES SÓLO ESTAR LEJOS DE DIOS".

LA VENIDA DEL PAPA

Uno de los grandes momentos en su vida de gobernante fue la venida a Chile de Su Santidad el Papa. Cuando se anunció su visita, el Presidente Pinochet estaba profundamente contento y emocionado, pero a la vez preocupado.

"Le inquietaba que algunos políticos usaran la presencia de Su Santidad en su contra", cuenta el ahora diputado Pablo Longueira.

En uno de los tradicionales desayunos que ambos sostenían frecuentemente, el Presidente Pinochet le había confidenciado sus temores al dirigente juvenil, porque además los organizadores de la visita papal habían puesto su encuentro con el Primer Mandatario en La Moneda a las 7.30 de la mañana, lo suficientemente temprano como para que no hubiera gente en las afueras del palacio de gobierno.

A juicio de Longueira, se trataba de un intento de los organizadores de que el encuentro del Santo Padre con el Presidente Pinochet quedara encerrado entre las paredes del palacio de gobierno y que la gente no pudiera verlo en esa oportunidad.

Sin embargo, el ahora parlamentario le despejó sus aprensiones al Jefe del Estado, diciéndole que la gente también llegaría a esa hora a la Plaza de la Constitución, tanto a presentar sus respetos y veneración al Sumo Pontífice de la Iglesia Católica como a apoyarlo a él.

"Esto -le dijo-, acuérdese va a ser algo masivo y para recordar con el tiempo...".

No se equivocó. La audiencia fue muy larga, más de lo que tradicionalmente es aceptado por el rígido protocolo del Vaticano. Una enorme multitud, portando pancartas alusivas al Papa y a Pinochet se juntó en la Plaza de la Constitución para ver al jefe de la Iglesia Católica.

Y Juan Pablo II, teniendo como fondo unas cortinas de color amarillo (los colores del Vaticano), con su bondadoso e inteligente rostro apareció junto al Presidente Pinochet en uno de los balcones del palacio presidencial chileno. A ambos los aplaudieron por igual.

El tema de la reunión de ambos, a solas en La Moneda, nunca dejará de ser un secreto muy bien guardado.

Fueron casi cuarenta minutos de recogimiento y paz entre ambos. Varios obispos chilenos desearon interrumpir el encuentro, con la excusa del programa y del Protocolo, pero nadie se atrevió en definitiva a golpear la puerta y terminar con la privacidad total.

Nunca se dieron a conocer los temas tratados. Ni por el Vaticano, ni menos por La Moneda. Varios

La audiencia entre el primer mandatario y el Santo Padre fue larguísima.

de sus colaboradores más cercanos, los más osados, se atrevieron a preguntarle al Presidente Pinochet qué es lo que había tratado y conversado con el Papa, y él se ha limitado siempre a responder:

"NO SE PUEDE CONTAR NADA, PORQUE FUE UNA CONFESIÓN...".

Pero no sólo fue una confesión, sino una muy franca conversación entre dos jefes de Estado... Pinochet es un hombre de mucha fe y cuando dispuso la reconstrucción de La Moneda, dedicó especial preocupación a la capilla del Palacio.

V. LOS GRANDES MOMENTOS

La vida y la carrera profesional del general Pinochet han estado caracterizados por los "grandes momentos": su designación en el cargo de Comandante en Jefe del Ejército, el Pronunciamiento Militar de 1973; Chacarillas, el Plebiscito y, obviamente, toda su gestión de gobierno, durante la cual, por mencionar lo más recordado, debió sortear dos severísimas crisis económicas, superar posibles guerras con Argentina y Perú, enfrentar el intento de aislamiento internacional de Chile y darse tiempo para modernizar el país y sacarlo adelante. Veamos algunos de ellos.

SU NOMBRAMIENTO

En 1973, el Presidente de la República, Salvador Allende, indagó quién era ese general Augusto Pinochet, que iba a suceder al general Carlos Prats González. Recibió siempre la misma respuesta: Se trataba de "un hombre disciplinado y disciplinario, profesional ciento por ciento. Para él estaba primero el país, su institución y lo demás quedaba atrás". Con ese antecedente, Pinochet fue nombrado Comandante en Jefe del Ejército por el Mandatario, quien más bien creía que "ese gallo sólo se entretiene preparando sus famosos juegos de guerra, de los cuales habla sin parar".

Salvador Allende indagó ¿Quién era ese general Augusto Pinochet...?

Pinochet asumió como Comandante en Jefe del Ejército el 23 de agosto de 1973.

EL 11 DE SEPTIEMBRE

Pinochet fue nombrado Comandante en Jefe del Ejercito.

El domingo 9 de septiembre de 1973, el general (R) Enrique Morel, entonces teniente coronel, lo acompañó a misa a la Iglesia de Apoquindo y después lo fue a dejar a su casa. En ningún instante, su superior le mencionó lo que ocurriría 48 horas más tarde.

Es un misterio para muchos a quién le comunicó previamente su decisión del 11 de septiembre, porque el almirante José Toribio Merino tenía en su escritorio un papel que decía: "La escuela va", lo que se ha interpretado posteriormente como la determinación del Ejército de participar en el pronunciamiento de la primavera de 1973. Ese papel habría estado en poder de Merino antes, incluso, que el jefe naval enviara, el domingo 9 de septiembre, al almirante Sergio Huidobro Justiniano con el conocido mensaje escrito de su puño y letra en que les pedía a los generales Augusto Pinochet y Gustavo Leigh, Comandantes en Jefe del Ejército y Fuerza Aérea,

respectivamente, su conformidad para que el "día D" de la intervención militar fuera el 11 de septiembre de 1973, a las 06.00 horas.
El 12 de septiembre de 1973, el general

Momento solemne en que aparece el general Augusto Pinochet con los miembros de la Junta Militar, Comandante en Jefe de la Armada, Almirante José Toribio Merino, de la Fuerza Aérea Gustavo Leigh y el General Director de Carabineros, César Mendoza.

Pinochet mandó llamar a Enrique Morel para comunicarle que lo había nombrado su edecán. Cuando él se presentó, Pinochet lo miró y silenciosas lágrimas corrieron por su rostro. Luego ambos se dieron un abrazo sin decir nada.
El almirante Sergio Huidobro afirma que el general Pinochet, desde el primer momento, el día 11 de septiembre de 1973, tomó la dirección del pronunciamiento militar.
En la primera reunión militar, recuerda que había tres marinos, un militar, un aviador y un carabinero. En esa oportunidad, Huidobro tuvo que poner hasta las sillas, en la Escuela Militar. Pinochet lo tomó por el hombro y lo trató con mucho espíritu paternal, diciéndole:

"SE CUMPLIÓ TODO, TAL COMO TÚ DIJISTE".

Sergio Huidobro piensa hoy que ésa fue una táctica fantástica del general Pinochet, que se había dado cuenta de que había tres marinos y quien era el más próximo a él era el infante de marina Huidobro. Y todo porque se decía que ellos son "el más soldado de los marinos y el más marino de los soldados".
Huidobro, que fue el hombre que llevó el papel del almirante José Toribio Merino a los generales Pinochet y Leigh para pedir su conformidad con la intervención militar el día 11 de septiembre a las 06:30, dice que el general Pinochet "es un hombre que ve debajo del alquitrán" y que tiene una "tenacidad salvaje".
Cuando estaban todos reunidos, alguien dijo:
- "¿Quién va a presidir esto?".
Todos se quedaron mirando. El almirante José Toribio Merino, dijo: - "No, no, no, no me estén mirando a mí. Por instituciones, primero es el Ejército!".
El general Pinochet, rápidamente contestó:

"SÍ. TIENE QUE SER EL EJÉRCITO. EMPECEMOS A TRABAJAR!".

La oficina de Huidobro estaba ubicada en el edificio Diego Portales, entre la oficina de Merino y la de Pinochet. Eran tres personas en ese piso y Huidobro se autobautizó como "la mortadela del sandwich", porque fue una distribución en la que no participó, pero quedó así.
De repente se producían situaciones en que ambos preferían usar su conducto y cuando querían evitarse problemas, lo llamaban. Después, notó que ese trabajito fue disminuyendo para él.

EL PRIMER TE DEUM

Doña Rosa (Mitty) Markmann de González Videla, en los últimos 22 años, ha estado muy cerca del general Pinochet. Su marido, el ex Presidente de la República Gabriel González Videla, fue muy partidario de la intervención militar, pues él pensaba que "la democracia había hecho crisis".
El primer Te Déum, "Acción de Gracias", después del 11 de septiembre de 1973, se efectuó como siempre el día 18, aniversario de la Independencia Nacional. Pero fue un 18 diferente, más pleno de recuerdos del presente que del pasado.
Rememora doña Mitty que la ceremonia religiosa no se realizó en la Catedral Metropolitana sino en la Iglesia de la Gratitud Nacional.
Aquel día, temprano en la mañana, Jorge Alessandri llamó a Gabriel González y le dijo:
- "Oiga Gabriel, Eduardo Frei dice que no

debemos ir al Te Déum". Gabriel González, abiertamente partidario de la intervención militar, le replicó:
- "Jorge, nosotros tenemos que defender esto porque qué habría sido del país si no hubiera ocurrido".
Entonces don Jorge, según la señora Rosa Markmann de González, le manifestó:
- "Eduardo me ha convencido que no debemos ir".
Finalmente Gabriel los convenció y los tres fueron al Te Déum.
Cuando llegaron a la Iglesia, Gabriel González fue entrevistado por los periodistas y él opinó que dada la situación del país, había sido indispensable la intervención militar, la que había que agradecer.
Eduardo Frei Montalva, en cambio, les dijo:
- "Yo he venido a rezar por la Patria".
Jorge Alessandri se escabulló.
Gabriel González Videla había conocido a Pinochet cuando era Presidente de Chile y mandó relegados a Pisagua a varios dirigentes del Partido Comunista.
El general Pinochet, agrega doña Mitti, fue siempre muy gentil conmigo, lo mismo su esposa, ambos guardaron todas las deferencias para con una ex Primera Dama. El día que murió Gabriel González, Pinochet se preocupó mucho. "Gabriel, dice Mitty, lo admiraba y el general le tenía mucho aprecio a mi marido".

NO CONTO NADA

"El día 10 de septiembre de 1973 -cuenta el General Tulio Espinoza- la directiva del Curso Militar nuestro, integrada por Jaime Ferrer, Jorge Saldivia, Aníbal Carrasco y yo- lo visitamos en sus oficinas de la Comandancia en Jefe del Ejército. El motivo era felicitarlo por su nombramiento en el cargo, ocurrido el 23 de agosto de ese año, cosa que no habíamos podido concretar antes por su ocupadísima agenda de trabajo. No olvidemos que eran tiempos borrascosos...".
"Nos recibió, como siempre, muy atento y cordial, agrega. Y lógicamente hablamos de la situación política de ese momento, que era confusa, dramática, muy convulsionada. Hablamos de las colas, del desabastecimiento, de las huelgas, del desorden generalizado en el país".
"De repente, sonó el teléfono. Era el ministro José Tohá. Conversaron, al parecer, de varios problemas que estaban pendientes. Me llamó la atención que la conversación fue subiendo de tono, y Pinochet le contestó muy enérgico, muy duro".
Al final de la reunión, se quedaron los dos solos en el gabinete de trabajo del Comandante en Jefe del Ejército. Y Pinochet le dijo muy serio, casi apenado, a Espinoza:

> **"TE DAS CUENTA, TULIO, YO QUE SIEMPRE HE SIDO TAN TRANQUILO, MIRA LO QUE ME VINO A TOCAR, EN LO QUE ESTOY METIDO...PERO, ¡PACIENCIA! ANTES QUE TODO, ESTÁ LA PATRIA...".**

Pinochet tomó del hombro a Espinoza cuando iban rumbo a la puerta de salida. Al final, lo abrazó cordialmente. Era el día anterior al Pronunciamiento Militar, pero de él no salió ni una sola palabra respecto de lo que se avecinaba. Ni siquiera a sus compañeros de curso de la Escuela Militar les dijo nada.

EL CABALLO HABLO

El general es muy cuidadoso con lo que sabe y ha determinado. Hay cosas que no se las dice a nadie, las ha pensado, las trabaja, pero no las cuenta. Es muy reservado. Muchas veces, se guarda mil palabras, y no hay quien lo saque de ahí.
Como buen táctico, su carta de triunfo es la sorpresa.
En agosto de 1973, Manuel Martin, empresario y amigo del general Pinochet, que estuvo casado además con una prima hermana de la señora Lucía Hiriart, lo invitó a cenar a su casa.
Advirtió a su familia y a otros invitados que no debían hablarle de problemas, porque conversarían en privado. Pero, minutos después de llegar, todas las señoras estaban quejándose del gobierno de la época. Pinochet sonreía y con humor comentaba:

> **"¡ESTAS MOMIAS"!**

Cuando por fin los amigos lograron aislarse, el general le dijo a Martin:

"TE VEO MUY PREOCUPADO. PERO TAMBIÉN SÉ QUE MUCHOS INGENIEROS, COLEGAS TUYOS, SE FUERON DEL PAÍS. ¿POR QUÉ TE QUEDAS?".

El empresario, para graficar su estado de ánimo, le respondió:
- "Te voy a contar el cuento del árabe que le vendió a un jeque un caballo y le aseguró que el pingo hablaba. Cuando el jeque se dio cuenta del engaño, lo llamó para ejecutarlo.
El árabe le dijo: "Un último favor. Perdóneme la vida y deme un año de plazo para demostrarle que el caballo habla". El jeque accedió.
El árabe pensó que tenía doce meses, durante los cuales se podían morir él, el caballo o el jeque. Y, por último, también imaginó que el caballo podría hablar en ese plazo".
Pinochet escuchó y sólo le dijo:

"DEBEMOS TENER CONFIANZA. LAS COSAS NUNCA SON TAN GRAVES".

Un mes más tarde, se produjo la intervención militar. Tiempo después, el Comandante en Jefe del Ejército y Presidente de la Junta de Gobierno, Augusto Pinochet, llamó a su despacho a su amigo Manuel Martin y le dijo:

"¿Y QUÉ TE PARECE? ¿HABLÓ EL CABALLO?...".

SIEMPRE LISTO

El general Tulio Espinoza pasó el día 11 de septiembre de 1973 por el Ministerio de Defensa, para enterarse de lo que estaba pasando, los movimientos militares y la situación general en el país, pero en la mañana de ese día todo era muy confuso todavía.
Al día siguiente, con toque de queda vigente, recibió en su casa un llamado telefónico de su compañero de curso, el general Pinochet:

"TULIO, PASÓ LO QUE TENÍA QUE PASAR. ¿ESTÁS EN CONDICIONES DE HACERTE CARGO DE LA INTENDENCIA DE SANTIAGO? LA IDEA ES QUE SEAS EL ALCALDE DE LOS ALCALDES DE LA REGIÓN METROPOLITANA...

Respóndele al general Orlando Urbina".
- "Corté la comunicación -cuenta Espinoza-, y ya tenía la respuesta. Me dí cuenta que Pinochet no me estaba ofreciendo ni un pastel, ni un regalo, sino que simplemente me estaba pidiendo que estuviera a su lado en esos cruciales momentos..."
"El mismo día 12, el general Espinoza partió a la Intendencia de Santiago a hacerse cargo. No lo querían dejar entrar. El decía que era el nuevo Intendente y el oficial de Carabineros a cargo no sabía a quién preguntarle si era cierto.
Al final, a las 16:00 horas, ya estaba todo caminando, dando paso a la reestructuración.

CHACARILLAS

Otro de los grandes instantes lo vivió el 9 de julio de 1977.
Con motivo de un nuevo aniversario de la Batalla de La Concepción, convocó a la juventud al cerro Chacarillas, vecino al San Cristóbal.
Allí anunció el proyecto presidencial para una década, es decir el gran plan político de su gestión, en tres etapas: 1) Recuperación del país, desde el 11 de septiembre de 1973 hasta fines de 1980; 2) Transición, desde 1981 a 1984-85, con una Cámara Legislativa; y 3) Normalización, período en que los dos tercios de la Cámara serían elegidos, con un sistema que favorecería a los más capaces. Luego, la Cámara elegiría Presidente de la República por un período de seis años y se promulgaría la nueva Constitución.
En esa oportunidad, "rayó la cancha", al precisar: "Ni estancamiento ni precipitación. Pero no podemos jugar el futuro del país a una vuelta a fojas uno".

CONSULTA NACIONAL

Chacarillas fue seguido por la Consulta Nacional del 4 de enero de 1978, en la cual cada chileno dijo "No" a las Naciones Unidas y sus reiteradas condenas al país y otorgó vigoroso respaldo al gobierno militar, en particular al Presidente de la República.
Desde el primer momento de su gobierno, sabedor de que al chileno le encantan las leyes y los reglamentos, se dio maña para regirse por ellos. Así nacieron los decretos leyes y las actas constitucionales.

LA CONSTITUCION

Otro de los grandes momentos se concretó el 11 de septiembre de 1980. El tradicional festejo del aniversario del Pronunciamiento Militar dio paso a una frenética votación, en que participaron seis millones y medio de chilenos, distribuidos en treinta y tres mil mesas.
Al conocer la aprobación de la Carta Fundamental, en una gigantesca concentración frente al edificio Diego Portales, el general Pinochet proclamó:

> "Después de esta gesta heroica, no hay vencedores ni vencidos. Hay chilenos que han mostrado al mundo su calidad. Que nadie nos venga ahora a dar enseñanzas. Hemos dado una lección de democracia al mundo".

Y luego, con su tradicional sentido del humor, pidió

> "un momentito".

Sacó de su bocamanga un papel y prometió trabajar para crear un millón de nuevos empleos, construir novecientas mil casas, reformar la previsión, la seguridad social, y modernizar el país.

TENSION CON ARGENTINA

Durante los difíciles momentos del conflicto limítrofe con Argentina, el general Pinochet se mostraba absolutamente tranquilo, plenamente consciente de que una guerra sería algo atroz y que posiblemente significaría, tanto para Chile como para Argentina, un retroceso de décadas.
Estaba muy claro de que había que evitar la guerra por todos los medios posibles. Les decía a sus colaboradores:

> "Los argentinos saben que nosotros somos más débiles en términos bélicos y de potencial, pero que de espíritu, si ellos entran a una guerra con nosotros, va a ser una guerra de cien años".

> "No es cuestión

-decía gráficamente-

> de hacer '¡pum, pum!', se acabó la guerra y no sigue pasando nada. No. Esto habría sido una guerra de cien años porque a nosotros no nos van a poner el pie encima".

EL PLEBISCITO

Por razones obvias, uno de los episodios más importantes de su vida fue el plebiscito de 1988. A la hora de nombrar el candidato, Alberto Cardemil, Subsecretario del Interior, le planteó:
- "Usted tiene todas las posibilidades de salir elegido. Pero yo pienso que ya cumplió su misión como general y ahora debe retirarse, para dar paso a Pinochet el político y culminar su tarea.

> "¡Por ningún motivo! Yo soy el general Pinochet, y la gente votará por mí como general Pinochet. Si no quieren hacerlo, ¡no votan no más!".

El 5 de octubre de 1988 su estado de ánimo fue de mucha cautela, de preocupación. Trabajó en su despacho durante el día. Fue a votar.
El día del plebiscito, recuerda Miguel Angel Poduje, que estuvo al lado del general Pinochet, con una máquina calculadora alrededor de las 11.30 se sacó una ponderación.
Sergio Melnick, dijo: "Esto no da, ya no da...".
El general Pinochet se paró, entonces, tranquilo, mantuvo la calma, la serenidad y en la noche, cuando estuvo todo claro que el plebiscito se había perdido, se reunió con los Comandantes en Jefe y luego con su Gabinete.
Cerca de las 22.00 horas, llegó al Ministerio del Interior.

> - "¿Cuales son los resultados?...".

- "Estos son. Estamos perdiendo".
Los examinó y tuvo sólo una exclamación:

> "¡Iquique, también!".

Con ella simbolizó su decepción, porque su gestión levantó a Iquique a lo que es hoy y no se esperaba la derrota en el puerto nortino. Pero se repuso rápidamente.
Cuando supo los resultados finales, actuó con mucha serenidad y caballerosidad. No perdió el control, no se molestó con nadie. No hizo cargos a ninguno de sus colaboradores.
Fue un momento para conocer su verdadero carácter. Se equivocaron los que esperaban que perdiera el control y que tuviera un estallido.

> "Me voy a comer, anunció. Hay que citar a los integrantes de la Junta de Gobierno, porque yo soy el candidato que ellos propusieron al país y deben informarse y tomar medidas para aplicar la Constitución".

A las 03.00 horas del 6 de octubre, se reunió con todos los Ministros en el Salón José Joaquín Prieto, más conocido como "el bunker", bajo la Plaza de la Constitución.
La tristeza y la tensión habían alcanzado grados sumos. Apareció un edecán y anunció: "Viene mi general".
Se produjo un silencio impresionante. Nadie sabía cómo iba a empezar la reunión. Pinochet guardó silencio, mientras todos se miraban.
De pronto, señaló:

"BIEN, PUES, SEÑORES, PERDIMOS".

Luego, llamó a Juanito Araya, su mayordomo, y ordenó un café para todos. Ahí recién se relajaron un poco sus colaboradores.
Minutos más tarde, les dijo:

"ACUÉRDENSE DE QUE LAS ELECCIONES SON PARA GANARLAS O PERDERLAS".

También abrazó a su fiel secretaria, Mónica Ananías. La consoló:

"PERDIMOS LA BATALLA, PERO NO LA GUERRA".

Cuando sus colaboradores le manifestaron su amargura y tristeza, su reflexión fue:

- "A LO MEJOR LA DIVINA PROVIDENCIA O UN SER SUPERIOR NO NOS AYUDÓ Y SE PERDIÓ EL PLEBISCITO. PORQUE SI LO HUBIÉRAMOS GANADO, LA COMUNIDAD INTERNACIONAL Y TODO EL MUNDO QUE QUERÍA EL CAMBIO, NOS HABRÍA CREADO UNA SITUACIÓN IMPOSIBLE, DE CAOS, PROTESTAS, DESORDEN GENERALIZADO".

Y añadió entonces un refrán:

"NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA".

Luego agregó:

" BUENO, HAY QUE SEGUIR GOBERNANDO. MAÑANA SERÁ OTRO DÍA".

No estuvo nunca en una actitud beligerante. Todos le dieron un abrazo y ahí quedaron todas las incógnitas y las interrogantes respecto de lo que iba a suceder.
Los ministros presentaron, entonces, sus respectivas renuncias.
El Presidente dijo:

"YA VEREMOS, LAS COSAS TIENEN QUE SEGUIR IGUAL, HAY QUE CONTINUAR GOBERNANDO".

Tras la derrota en el plebiscito, apareció en televisión con su uniforme blanco impecable.

A la semana siguiente, había cambios en el gabinete del Presidente de la República. Comenzaba otra etapa para él y para el país.

LAS ELECCIONES

Como resultado de la derrota en el plebiscito, de acuerdo a la Constitución Política de la República, se inició el año de transición al régimen de plenitud democrática. Durante ese período, se abrieron todos los espacios para la participación de los actores políticos.
En agosto de 1989, se obtuvo una muy importante mayoría en el referéndum convocado para reformar la Constitución.
Los candidatos a la Presidencia de la República fueron Patricio Aylwin, Hernán Büchi y Francisco Javier Errázuriz.
El día de la elección, el 14 de diciembre, cuando ya se sabía el resultado final, una delegación subió para entregarle la información al Mandatario. Iban los ministros Carlos Cáceres, Hernán Felipe Errázuriz y Cristián Labbé, el general Jorge Ballerino y Patricia Matte.
"Carlos Cáceres le dio el resultado final, cuenta Patricia Matte, con cifras y detalles. Y, de inmediato, ví que ello le dolió en el alma, lo tocó seriamente. Pero se recuperó al instante y volvió a él la tremenda decisión de mando que tiene...".
"¿Cuáles son los próximos pasos a seguir...quién comunicará esto a la ciudadanía... se hará un comunicado...?", preguntó. Enseguida, tomó decisiones instantáneas.

VI. EL HUMOR

El general tiene un profundo y peculiar sentido del humor. Bueno para poner sobrenombres a las personas. A su ministro de Hacienda, Hernán Buchi, lo llamaba sencillamente "El chascón", mientras que a una tenaz y agresiva adversaria suya "marxista-leninista" le da el nombre de "la Shirley Temple". Y de esa manera se refiere siempre a ella.

Se reía a carcajadas, sinceras y sonoras, cuando Jorge Romero, "Firulete" o Esteban "Ronco" Retes contaban chistes sobre su persona o sobre los integrantes de la Junta Militar de Gobierno.

Las "Telechácharas" de Jorge Romero las disfrutaba, especialmente en los almuerzos que él mismo organizaba anualmente para reunirse con los periodistas. A esos encuentros eran invitados todos los profesionales que cubrían las noticias de La Moneda, incluso "aquellos señores periodistas" de tendencia "marxista-leninista"...

No se enojaba con los humoristas, e incluso se encargaba de repetir los chistes buenos, porque...

> "LOS MALOS SE ME OLVIDABAN EN EL CAMINO",

según él...

Muchas veces se encontró en reuniones de la Junta de Gobierno con el general Director de Carabineros, César Mendoza, y con cara de niño malo, le decía:

> "GENERAL... ¿SABE EL ÚLTIMO CHISTE QUE ANDAN CONTANDO SOBRE LA JUNTA...? ¿NO...?".

...Y, a continuación, con risas anticipadas, se lo contaba con lujo de detalles.

Lo mismo, reía de buenas ganas con las versiones, siempre actualizadas, de "El Patito", contadas por "Los Huasos Quincheros" -conjunto folclórico al cual le tiene una gran simpatía-, y que decían relación con actuaciones suyas, de los miembros de la Junta, de sus ministros o de los "señores políticos...".

Pinochet ha hecho gala de un gran sentido del humor, incluso hasta en los momentos más solemnes.

IMITADOR OFICIAL

En cierta ocasión, se encontraban en el gran comedor de La Moneda artistas, cantantes e intelectuales de todo el país, en una reunión almuerzo con el Presidente Pinochet y la Primera Dama.

A la hora de los postres, alguien que estaba al lado de "Ronco Retes", le codeó el brazo, para llamar su atención:

- "Mira, "Ronco", la Señora Lucía parece que te está haciendo señas".

"Ronco" miró a la Primera Dama, quien a la distancia le hacía gestos con los ojos y las manos. Con mucha complicidad y sin que se diera cuenta el Primer Mandatario que estaba a su lado, le pedía al humorista que imitara a Don Augusto, como sólo él sabía hacerlo.

A "Ronco Retes" casi se le cayeron los ojos de la impresión. Era verdad que lo imitaba, que hablaba como él, que sacaba muchos aplausos con esos gestos, lo que le había traído mucha fama... Pero jamás lo había hecho delante del propio Pinochet, ni creía encontrarse preparado para ello. Incluso, a la entrada, había esquivado un poco al Primer Mandatario, para que éste no le dijera nada por sus travesuras en la televisión y radio.

Le transpiraban las manos y las piernas le temblaban.

Al lado de él, el animador Enrique Maluenda le dijo firmemente:

- "Ni se te ocurra, príncipe, te puede costar muy cara la travesura...".

La Patricia Maldonado, siempre resuelta y de armas tomar, le dijo:

- "Mire, m'ijito, se lanza al abordaje ahora o se chupa para siempre...".

No lo pensó más. Un, dos, tres, dijo Ronco, y se paró. Antes, se tomó su champagne y la de Maluenda, para envalentonarse. Se dirigió hacia el estrado oficial. Todo el mundo pensó que iba a hablar de las demandas laborales, de los derechos de autor o del folclor en la televisión... Pero no.

Tomó el micrófono y comenzó hablando como Pinochet, gesticulando como Pinochet;

creyéndose Pinochet.
Se produjo un silencio sepulcral. A "Ronco Retes" se le secó la garganta, le transpiraron las manos, se le endureció la columna vertebral... pero siguió hablando como Pinochet. Las miradas de los presentes iban del cómico al Presidente y del Presidente al cómico.
A los pocos minutos, se escuchó la sonora carcajada del general, que no pudo seguir soportando el silencio. Lo siguió Doña Lucía y, por supuesto, todos los presentes. El show impensado, y sólo impulsado por la esposa del Presidente, resultó ser de lo más gracioso.
Desde ese momento, "Ronco Retes" quedó autorizado, casi por decreto, para ser el imitador oficial del Primer Mandatario.

"YO ESTOY AL MANDO..."

En otra ocasión, "Ronco Retes" asistió invitado a la inauguración de unas instalaciones nuevas, en un Regimiento ubicado en la Carretera Panamericana. Se comenzó con la ceremonia militar y con la bendición a cargo del vicario Castrense, monseñor Joaquín Matte. Después vino un almuerzo de camaradería, presidido por el general Pinochet.
"Ronco" estaba a punto de subir al escenario, para dar comienzo al show, cuando se acercó presuroso un joven teniente, y le dijo:
"Oye, "Ronco", manda a decir el comandante Tejos, que no se te vaya a ocurrir imitar al general Pinochet, ni menos decir chistes de doble sentido, porque, además, está presente el vicario Castrense".
"Ronco Retes" se quedó de una pieza, porque había preparado junto a Willy Bascuñán una buena y jocosa presentación. Y esa orden los dejaba sin libreto.
El general Pinochet, sin embargo, atento siempre a lo que pasa a su alrededor, había captado desde la mesa de honor todos estos ajetreos cerca del escenario y las carreras de un lado a otro del joven oficial, a quien llamó a su lado con una seña.
A los pocos instantes, el oficial volvió hasta el lugar donde estaba "Ronco Retes", y le dijo:
- "Contraorden. Mi general Pinochet manda a decir que puedes contar todos los chistes que quieras y que lo imites. Además, que él es quien está al mando y por lo tanto, no hay censura."
"Ronco" miró al general Pinochet, y él, desde la distancia, le hizo una seña amistosa, con el dedo pulgar hacia arriba...
Para qué decir que las cosas salieron muy bien, que todo el mundo se río de buenas ganas. Incluyendo al general Pinochet, al vicario Castrense, al comandante Tejos y al teniente que llevaba y traía las órdenes.

RECETA MAGISTRAL

Un día se encontraron, frente a frente, en una ceremonia militar, el Presidente Pinochet y "Ronco Retes". Este último le dijo al Jefe de Estado:
"Mi general, dígame una cosa: ¿Y cómo Ud. se mantiene tan joven...?

"CÓMO ¿Y SU PAPÁ NO SE LO CONTÓ...?",

fue la rápida respuesta del general. Y ante la cara de pregunta del cómico, Pinochet le agregó:

"BUENO, SI NO SE LO DIJO ÉL, ¿CÓMO SE LO VOY A DECIR YO...".

(Grandes risas de ambos).

...¿Y LA FOTO?

Muchos de los entrevistados destacan en sus declaraciones la sencillez de que siempre hace gala, en todos sus actos, el general Pinochet.
Cierto día, en una ceremonia oficial en el Edificio Diego Portales, el general Pinochet saludaba de mano en mano a los que se encontraban más cerca del pasillo, cuando de repente se encontró con Esteban "Ronco Retes". Se saludaron efusivamente, y el humorista aprovechó de pedirle un favor:
- "Oiga, mi general, por qué no se toma una fotito conmigo, que la quiero para mi egoteca personal...".

"CÓMO NO, PUES HOMBRE. PERO A LA SALIDA, PORQUE AHORA VOY HACIA EL ESTRADO OFICIAL",

le dijo el general.
Terminado el acto, el "Ronco" se olvidó de la fotito. Estaba seguro que Pinochet le había dicho O.K. sólo por compromiso. De repente, alguien llegó apresuradamente a buscarlo.
- "Ronco", mi general está esperando hace rato en la puerta principal, para que se tomen la foto que le pediste...".
- "Esa foto es pura historia...", sentencia "Ronco Retes", hablando, por supuesto, en el mismo tono de Pinochet.

VII. SUS MINISTROS

Entre 150 y 200 ministros pasaron por su gabinete en sus 17 años de gobierno. Los hubo de todas las edades, profesiones y condiciones. Unicas exigencias: capacidad intelectual, eficiencia en el trabajo y lealtad a toda prueba.
Con muchos de ellos estableció relaciones más que amistosas. Así, el sentimiento de afecto o de adhesión no disminuyó cuando, en más de una ocasión, tuvo que pedirles que se fueran del equipo ministerial, o que regresaran a él.
Todos lo recuerdan con su buen y mal humor, con sus salidas ingeniosas, con sus observaciones punzantes, con sus llamados antes de las 08.00 horas o en la madrugada.

LOS NOMBRAMIENTOS

El general Pinochet era muy misterioso para los nombramientos de Secretarios de Estado. Primero, estudiaba los méritos académicos de los posibles candidatos, después los hacía chequear por varias vías con sus más cercanos, anotaba todo en su privadísima libreta negra.
Su técnica era solicitar currículos y luego investigar. En la última fase, conversaba con los posibles ministros o subsecretarios. Muchas veces esas personas no tenían antecedentes en la vida pública. Sus dos mayores exigencias eran la capacidad y la lealtad.
Manejaba, asimismo, unas carpetas casi mágicas, que nunca abandonaba. A veces acudía a sus amigos de toda la vida para que le colaboraran en tareas de gobierno. Pero nunca confundió la amistad con las labores de gobierno.
En febrero de 1982, el empresario Manuel Martin, amigo personal del general, recibió una llamada telefónica que cambiaría, por algunos meses, su existencia.
El Presidente de la República, Augusto Pinochet, lo llamaba para invitarlo a la residencia veraniega de Bucalemu. Apenas se bajó del automóvil y lo saludó, el general le dijo :

"MANUEL, PONTE DE AZUL EL PRÓXIMO LUNES, PORQUE VAS A JURAR COMO MINISTRO DE ECONOMÍA, PERO NO SE LO PUEDES DECIR A NADIE".

Así ocurrió. Manuel Martin permaneció en el cargo durante seis meses, implementando medidas que la prensa llamó "de emergencia".
En el mes de agosto, el presidente Pinochet llamó a su amigo a su despacho y le dijo, muy directo, alzando las manos:

"MANUEL, VAMOS A HACER UN CAMBIO EN EL GABINETE, PERO CARLOS CÁCERES TIENE QUE SEGUIR".

- Entonces, yo me voy, Presidente", dijo el empresario.

¡"SABÍA QUE ME IBAS A DECIR ESO!",

le replicó el general Pinochet.
Pragmático, el general Pinochet vio que su equipo Cáceres-Martin no funcionaba porque ambos tenían diferentes modos de aproximarse, en lo que a economía se refiere. Y determinó que Carlos Cáceres continuara en la conducción económica, en una época ciertamente difícil.
La amistad entre Manuel Martin y el general Pinochet no se quebró para nada. Igual, el empresario siguió hasta 1989 como asesor económico del Gobierno.
Para nombrar a Sergio Fernández como ministro del Trabajo, tuvo en cuenta su calidad de abogado de una caja de previsión y de profesor de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile.
De Hernán Büchi, a quien siempre le reconoció su extraordinaria capacidad y talento, le llamaba la atención su pelo (en privado, le decía "El chascón") y su informalidad en el vestir, lo designó, primero, Subsecretario de Salud, y más tarde Ministro de Hacienda.
A Manuel Martin le pidió que le propusiera un nombre para el cargo de Superintendente de Bancos. El empresario le recomendó a Boris Blanco, gerente del Banco Sudamericano.
Pinochet le dijo:

"DILE QUE VENGA A HABLAR CONMIGO. QUIERO CONOCERLO".

Cuando llegó Blanco a su despacho, le espetó:

"MIRE, DON BORIS, ¿USTED FUE COMUNISTA?".

"Sí, Presidente, le dijo Blanco, pertenecí a las Juventudes Comunistas en mis años mozos".
El general sonrió. Le dijo

"PECADOS DE JUVENTUD",

e igual lo designó en el cargo.
Le encantan al general Pinochet las sorpresas de última hora.
En abril de l982, llamó a Jorge Prado Aránguiz, sólo media hora antes de la ceremonia, para informarle que lo nombraría ministro de Agricultura. Prado andaba en la calle, con chaqueta a cuadros un tanto informal. Cuando aceptó, le dijo:

- "AHORA, VAYA A PEINARSE, CONSÍGASE UNA MÁQUINA DE AFEITAR, Y OTRA CHAQUETA Y NOS VEMOS EN LA CEREMONIA".

Un viernes de 1984, se realizó en El Melocotón una reunión de trabajo para abordar una reforma a la legislación laboral.
El ministro del Interior expuso el tema.
Alfonso Márquez de la Plata, ministro Secretario General de Gobierno, planteó que de las 23 reformas, 20 eran muy convenientes. Propuso retirar 3 de ellas, con la seguridad de que el resto serían aprobadas. Cuarenta y ocho horas después uno de los edecanes del Presidente de la República lo llamó urgente al despacho presidencial.
El Primer Mandatario muy sonriente, le preguntó por la familia, y luego le dijo:

"QUIERO QUE SE VAYA AL MINISTERIO DEL TRABAJO".

"En todo caso Presidente, le respondió Márquez de la Plata, yo soy ingeniero agrónomo. Usted por lo menos debería preferir a un abogado experto en materias laborales".
La respuesta para el recién designado ministro no se dejó esperar:

"¡NO ME VENGA CON EXPERTOS, PORQUE USTED SABE PERFECTAMENTE LO QUE TIENE QUE HACER!".

"Esto me pasa por hablar de más", pensó divertido, Alfonso Márquez de la Plata.

CON BUEN OJO

Pinochet ha sido partidario de las decisiones rápidas, pero meditadas. Lo acompaña un gran poder intuitivo. No lo acosa el temor de arrepentirse a la hora de tomar importantes medidas y menos cuando conoce la capacidad de trabajo e inteligencia de los personajes. Eso quedaba palpable, incluso, en el nombramiento de funcionarios en altos cargos de Gobierno.
En una ocasión, en 1975, la familia Sánchez Errázuriz, propietaria de la Hacienda "El Huique", en las cercanías de Santa Cruz, decidió regalar al Ejército de Chile las casas patronales, que poseían muebles finísimos y llenos de historia, rodeadas de unas decenas de hectáreas de fértiles terrenos, con un parque y una Iglesia notable, que habían sido de propiedad del ex Presidente Errázuriz Zañartu. En resumen, un verdadero y gran museo.
A la ceremonia, concurrieron descendientes del ex Presidente Errázuriz, los abogados de la familia -Jorge Errázuriz y Jaime del Valle Alliende- y seis generales del Ejército, encabezados por el Presidente Pinochet.
Como una simbología, los primeros recibieron a las visitas a la entrada de la Hacienda " El Huique" y después de la ceremonia de entrega, y un recorrido por las bellas dependencias, los generales de Ejército acompañaron hasta la puerta a los Errázuriz y a sus respectivos abogados.
En la ocasión, Pinochet conversó largamente con los juristas Jorge Errázuriz Echeñique y Jaime del Valle. Conoció sus aficiones por la historia, las leyes y los acontecimientos de nuestro país. Era la primera oportunidad que estaba con ambos.
Al poco tiempo, al primero lo nombró como Embajador en París, y al segundo, Jaime del Valle, lo designó Director Ejecutivo de Televisión Nacional de Chile.

LOS ANGELES DE CHARLIE

El Presidente Pinochet, por supuesto, siempre impuso sus puntos de vista, cuando estaba convencido de que éstos eran los mejores en el tema en discusión.
Un día que el ministro de Hacienda, Carlos Cáceres, se aprestaba a viajar a las reuniones del Fondo Monetario Internacional, recibió un llamado telefónico del Presidente Pinochet para ultimar los detalles de la posición chilena. Al final,

le agregó:

"MIRE, MINISTRO. QUIERO QUE LO ACOMPAÑEN EN SU VIAJE MANUEL MARTIN

(que ya no era Ministro de Economía),

Y LUIS ESCOBAR CERDA

(que mucho se rumoreaba que podría ser el sucesor de Cáceres, en una política de corte populista).

ELLOS LE PUEDEN SER DE GRAN UTILIDAD EN SU GESTIÓN".

El asunto molestó a Cáceres, simplemente porque él estaba muy preparado para sacar la cara por Chile ante el exigente Fondo Monetario Internacional y no necesitaba de asesores. Y, sacando fuerzas de flaqueza, sabiendo lo que le esperaba, no los integró en la delegación chilena. Partió sin ellos.

Antes de aterrizar el avión que lo llevaba a la importante reunión, ya estaba conectado telefónicamente con el coronel Jorge Ballerino, Jefe de la Casa Militar, asesor directo de S.E.

- "El Presidente está muy molesto con esta situación, le dijo. Tiene que arreglarla, ministro, y salir adelante. De partida, los señores Escobar Cerda y Martin van viajando a reunirse con usted en el primer avión de itinerario...".

Cáceres "administró" muy bien la situación, pero igual aparecieron situaciones de renuncias, retiros de renuncias, tirones de orejas surtidos, etc., que se hicieron públicas.

A Escobar Cerda y a Martin la opinión pública, a través de los medios de comunicación, los bautizaron graciosamente como "Los Angeles de Charlie" (obviamente por Carlos Cáceres).

UN CANCILLER

Un día, el general Pinochet llamó a su despacho, en calidad de urgente, a Jaime del Valle, quien en ese momento, diciembre de 1983, se desempeñaba como ministro de Justicia. Este había hecho el día anterior declaraciones sobre la Central Nacional de Informaciones (CNI) que habían causado sorpresa y hasta molestia en algunos sectores de gobierno.

Pensó el ministro de Justicia que el Presidente estaba enojado o irritado por esas declaraciones y el llamado del edecán del Primer Mandatario lo entendió como una comprobación de sus más ocultos temores. Llegó entonces al despacho presidencial con la sensación de que le iba a pedir la renuncia.

Sin embargo, el Presidente lo recibió con una gran sonrisa, la mirada cómplice de que algo tramaba, y después, sin rodeos, como es su estilo, le dijo:

"JAIME, NECESITO QUE SEA MI CANCILLER".

La sorpresa de Jaime del Valle fue mayúscula y sus argumentos para disuadir al mandatario no fueron considerados válidos. Le señaló que lo había estudiado detenidamente y que estaba convencido de que lo haría bien como Ministro de Relaciones Exteriores. Le dio un plazo de cuatro días, prohibiéndole hacer comentarios a nadie, incluyendo a su mujer...

"Le dije que como no podía comunicárselo a nadie, lo aceptaba de inmediato", recuerda Jaime del Valle.

El se había comprometido ante testigos que iba a aceptar cualquier cargo que le ofreciera el Presidente Pinochet, por modesto que fuera, por lo tanto debía respetar esa promesa...

El secreto de su nuevo cargo lo guardó trabajosamente por quince días. Su designación como canciller y la noticia que se avecinaba un cambio de Gabinete no fue adelantada por ningún periodista. Dos semanas después, lo llamó el ministro Alfonso Márquez de la Plata, para decirle que se iban a comunicar oficialmente los nombres de los nuevos ministros.

Del Valle le pidió entonces a Márquez de la Plata que, por favor, lo esperara un rato. Primero, quería comunicárselo a su mujer, quien podría no perdonarle jamás el no haber compartido con ella un secreto tan importante.

Una hija, la única soltera -cuenta Jaime del Valle- arregló el diferendo con mi mujer porque ella sostenía que toda mi experiencia estaba dirigida a seguir siendo ministro de Justicia, pero no de Relaciones Exteriores".

Al final, Jaime del Valle juró en paz y calma en su nuevo alto cargo, siendo su mujer la más estrecha colaboradora, ya que debió acompañarlo en todos sus viajes al exterior.

EL CORO MINISTERIAL

El general distinguía muy especialmente a Jaime del Valle por el profundo sentido del humor que tiene el alto y delgado abogado. Siempre le contaba chistes e incluso hasta planificaba bromas. Un día 25 de noviembre, fecha del cumpleaños del entonces Presidente Augusto Pinochet, se había organizado, como era tradicional, una serie de actividades protocolares. Temprano había recibido el saludo de su familia, de su institución, de los vecinos.

El Gabinete ministerial, en pleno, se había reunido en uno de los salones de la Moneda y esperaba la llegada del Presidente Pinochet y de su esposa, la Primera Dama.

Entre ellos, había algunos ministros que llevaban sólo unos meses, por lo tanto desconocían muchos de los entretelones de este tipo de reuniones poco protocolares, pero con mucho significado.

Aprovechándose de la situación, el canciller Jaime del Valle tomó la palabra, y dijo en voz alta:

- "Señores, permítanme que les explique cómo será la ceremonia. Se empezará con un breve discurso del ministro del Interior, quien procederá a hacerle entrega al Presidente Pinochet del regalo de cumpleaños que le tenemos preparado. Posteriormente, todos entonaremos la canción: "Soy una chispa de fuego..."

"Este será el estreno oficial del Coro Ministerial que pienso formar en los próximos días, prosiguió Del Valle. En nuestras presentaciones, usaremos uniforme blanco y en la mano derecha portaremos una flor, una cala larga".

Las palabras del ministro de Relaciones Exteriores causaron risas entre los ministros antiguos, y mucha sorpresa en los nuevos.

En la noche, hubo un cóctel en la casa de Pinochet. En un momento especial, el Primer Mandatario se acercó a Jaime del Valle y muy risueño, le dijo:

"CUÉNTEME MINISTRO, ¿CÓMO VA EL CORITO MINISTERIAL...?".

El canciller dio la primera respuesta que se le vino a la cabeza, mientras se preguntaba quién lo había "traicionado", al contar al Presidente sus diabluras en La Moneda.

CON PLENA CONFIANZA

Aunque muy desconfiado por naturaleza y experiencia, cuando el Comandante en Jefe del Ejército distingue a alguien con su amistad, junto con ella le entrega su confianza. Eso ocurrió con sus ministros más cercanos. Confiaba en sus méritos, inteligencia, cordura para trabajar.

Y se los demostraba dándoles carta blanca para actuar.

Durante la discusión del Tratado que se firmaría con Estados Unidos sobre la Isla de Pascua, surgieron complicaciones con el uso del aeropuerto de Mataveri. Los norteamericanos mandaron una proposición de Tratado que, en principio, produjo satisfacción en algunas personas, pero no demasiada en otras.

El canciller Jaime del Valle Alliende le manifestó al general Pinochet su disconformidad con los términos en que habían mandado el Tratado desde los Estados Unidos:

- "Presidente, me creo con condiciones suficientes para sacar algunas ventajas del Tratado, eliminando o poniendo nuevas cláusulas al proyecto de Estados Unidos. No lo firme así como está ahora...".

Pinochet lo pensó un instante, y le contestó:

"MIRE, JAIME, LE CONFIERO LA AUTONOMÍA NECESARIA PARA QUE UD. NEGOCIE EN ESTA MATERIA. NADIE INTERFERIRÁ EN SU LABOR, PERO SI LOS NORTEAMERICANOS SE VAN Y NOS QUEDAMOS SIN ACONDICIONAMIENTO PARA EL AEROPUERTO DE MATAVERI, COMPRENDERÁ, MI AMIGO, QUE UD. TAMBIÉN TIENE QUE IRSE... NO ESTIRE TANTO EL ELÁSTICO, QUE SE PUEDE PEGAR EN LOS DEDOS"!,

sentenció filosóficamente el Primer Mandatario.

El Tratado con Estados Unidos se aprobó con más de diez modificaciones introducidas por Jaime del Valle, con pleno reconocimiento y felicitaciones por parte del Presidente de la República y de quienes antes opinaban en contrario.

MINISTRO, CONVENZAME...

Frente a los problemas internacionales, como el Tratado de Paz, el Tratado Reservado con Perú, el Tratado con Estados Unidos por Isla de Pascua, la grave situación que se vivió con Argentina, o los problemas fronterizos con Perú, el general Augusto Pinochet conservó la paz, reaccionando con mucha serenidad, estado que conseguía transmitir a sus colaboradores.
En cambio, era posible verlo enojado o molesto, perturbado, por cosas triviales, pequeñas o sencillas, que podían solucionarse fácilmente. En ese caso, le subía la sangre a la cabeza y hablaba directamente con el culpable del desaguisado, para solucionarlo de inmediato.
En octubre de 1983, la situación en Chile era muy crítica, el precio del dólar había subido sostenidamente y la crisis financiera se notaba por todos lados. El gobierno estaba preocupado de sacar las cosas adelante, pero muchos factores se lo impedían.
Un día de ese mes, sonó el teléfono rojo del despacho del ministro de Hacienda, Carlos Cáceres. Era el propio Presidente Pinochet quien lo llamaba.

"¿Está de pie, Ministro?",

le dijo.
¡Sí!...

Entonces, siéntese. Quiero que baje el precio del dólar...Esta situación ya no resiste más",

le soltó de repente el Primer Mandatario.
- "Presidente, replicó espantado en el fondo, pero muy formal, el encargado de las finanzas del país. No creo que sea lo más conveniente, aunque parezca más fácil bajar el precio y soltar presión..."

"A ver Cáceres,

- dijo Pinochet-,

convénzame..."

El ministro Cáceres le explicó detalladamente entonces cuáles eran las razones por las que se debía soportar, estoicamente y sin desmayos, la difícil situación y seguir adelante con la política que ya estaba en camino.

El Presidente escuchó pacientemente todos sus argumentos porque, por lo general, le gustaba probar a su gente. Probar que eran idóneos, que sabían lo que estaban haciendo...
Al final, se convenció y el precio del dólar no bajó.

VETERANOS ETERNOS

En otra oportunidad, el Jefe del Estado tenía invitados a almorzar en La Moneda a dos de los miembros de la Junta de Gobierno y a algunos de sus ministros para tratar asuntos de mucha importancia.
A la hora de los postres, después de finalizado el análisis, el canciller Jaime del Valle, que siempre se sentaba a la diestra del Presidente Pinochet, propuso un proyecto muy en serio, pero que lógicamente era una broma.
- "Desde muy niño -comenzó diciendo-, y con mucha emoción, he visto desfilar en cada Parada Militar a los Veteranos del 79. Ellos despiertan un sentimiento muy profundo de patriotismo en la ciudadanía, encarnan las glorias del Ejército y de nuestra Patria. Con mucha pena y sentimiento, hemos visto también que ellos han ido desapareciendo con el paso de los años".
- "Por lo mismo, agregó, propongo crear una "Escuela de Veteranos", para que ellos puedan seguir desfilando indefinidamente, por largos años, en la elipse del Parque O'Higgins".
"Corría el riesgo de un enojo presidencial -confidencia ahora Jaime del Valle-, pero mi proyecto fue acogido con carcajadas, aunque con algunos rostros sorprendidos, porque me atrevía a proponer ideas tan descabelladas a S.E.".

NO PUEDO CREERLO...

Pinochet tuvo estrechas relaciones de amistad con algunos de sus ministros, en los cuales tenía una fe ciega, aunque a veces dolorosamente, debía solicitarles la renuncia. Por ejemplo, le pidió dos veces la renuncia a Carlos Cáceres cuando se desempeñaba como ministro de Hacienda.
Primero, cuando sucedió el episodio de Los Angeles de Charlie. Fue un fin de semana, a su regreso de Estados Unidos, cuando lo llamó y le pidió que pusiera el cargo a su disposición. El

lunes, en un cambio de opinión, le solicitó que siguiera en su Gabinete.
La segunda vez, ocurrió cuando Cáceres venía llegando desde Montevideo de la reunión del Fondo Monetario Internacional, en 1984. Después de escucharle la cuenta, le pidió que renunciara. Así simplemente, en forma directa y sin rodeos. Pero, de inmediato, le ofreció la Embajada en Estados Unidos.
A la semana, Carlos Cáceres le dijo que lo había pensado, pero que no aceptaba el alto cargo diplomático.
- "Presidente, no soy su hombre para la Embajada de Estados Unidos", le dijo.
Pinochet no podía creer que Cáceres no aceptara ser Embajador de Chile en Estados Unidos. Por ello, lo invitó a almorzar ese día, para convencerlo. Sin embargo, el ex ministro le señaló las razones que le impedían aceptar el cargo. No obstante, la relación de amistad se mantuvo y años más tarde, cuando Jaime del Valle salió del Gabinete, el Ministerio de Relaciones Exteriores le fue ofrecido a Carlos Cáceres, que tampoco pudo aceptar. Pero siguieron siendo muy buenos amigos.

UNA ETAPA DIFICIL

Pero estaba determinado por el destino que Carlos Cáceres no se fuera para siempre de La Moneda. Volvió a asumir un cargo de alta responsabilidad en el gobierno del Presidente Pinochet, al jurar el 21 de octubre de 1988 como Ministro del Interior.
La situación no podía ser más crucial para el país. Recién el gobierno había perdido el plebiscito y se iniciaba una etapa muy importante para Chile. Había que crear situaciones nuevas, abrir espacios, preparar el camino para una nueva etapa.
Por todo eso, Carlos Cáceres le planteó al Presidente, en esos momentos, la posibilidad de reformar la Constitución Política de 1980.
En sentido figurado, el Presidente le respondió, haciéndole un gesto con sus dedos índice y pulgar muy cercanos entre sí cuál era el espacio que tenía el ministro para negociar reformas a la Constitución.
El ministro le indicó que él estaría tranquilo mientras pudiera ver luz entre los dedos.
- "En esa época -recuerda Cáceres- hubo debates, apreciaciones, puntos de vista diferentes, se analizaron las ventajas y desventajas de todo el proceso que se estaba viviendo. El Presidente Pinochet siempre estuvo presente en el debate con la definida posición de cumplir cada uno de los compromisos contraídos y establecidos en la Constitución Política de 1980.
Siempre tuvo el propósito de cumplir todos y cada uno de los pasos del proceso de la transición.

EL AÑO NUEVO

Hasta el día de hoy, el general Pinochet conserva la costumbre de reunirse con sus ex ministros y colaboradores. Los invita a almorzar y gusta de recordar anécdotas y situaciones que ocurrieron durante su gobierno.
Los que saben, dicen que se "copuchea" bastante de la actualidad. Pero todos los comentarios se guardan bajo siete llaves.
Nadie olvida las fiestas de Año Nuevo, en el Palacio de Cerro Castillo, en Viña del Mar. Ellos de smoking, ellas de vestidos largos.
El dueño de casa cenaba con su familia, les daba el abrazo y, a partir de las 00.45 horas, recibía a sus ministros, subsecretarios, amigos, miembros del Ejército, etc.
Se trataba de una cena bailable, que animaban las orquestas de Horacio Saavedra y Pachuco. El general invitaba a bailar a doña Lucía y a sus hijas. Luego, seguía con las esposas de sus amigos. Bailaba de todo y, a las 05.00 o a las 06.00 horas, despedía en la puerta a sus cansados invitados, fresco como una lechuga.

FUERA DEL PAIS

No le agradaba mucho al Presidente Pinochet que los ministros salieran fuera del país. Siempre que alguno le informaba de la necesidad de viajar, comentaba que los secretarios de Estado "parecían sufrir de claustrofobia", y que por eso salían a cada rato.
Según Jorge Prado, "a uno se le apretaba la guata" cuando tenía que pedir permiso.

En una ocasión, el mismo Prado, sabedor de que le gustaban mucho, le trajo desde Suiza de regalo una hermosa cortaplumas.
El Presidente Pinochet la recibió y partió inmediatamente al cajón de su escritorio privado. Sacó de allí un billete de 500 pesos y se lo entregó, explicándole que una tradición afirma que si uno regala un arma que puede herir o matar, se rompe el mal si uno da a cambio cierta cantidad de dinero.

SINGULAR TRUEQUE

En el verano del mismo año, el comandante del Comando de Ingenieros del Ejército, general Bruno Siebert, y el ministro de Obras Públicas, general Patricio Torres, discutieron, en su presencia, sobre quién debía construir los accesos a los puentes de la Carretera Austral.
Reaccionó Pinochet diciendo:

"¿ASÍ ES QUE NO ESTÁN DE ACUERDO?. ENTONCES, HAY QUE HACER UN TRUEQUE".

Nombró a Siebert en el Ministerio de Obras Públicas, y a Torres en el Comando de Ingenieros.

EL REENCUENTRO

Mónica Madariaga, ex ministra de Justicia, lo volvió a ver alrededor de 1967, cuando el coronel Augusto Pinochet andaba haciendo unos trámites en la Contraloría a raíz de que le debían unos viáticos de su misión en Ecuador, y la pasó a ver. No lo había visto en 20 años.
Ella era jefa del Comité de la División Jurídica, cuando la secretaria le informó que iba una persona camino a su oficina. Apareció abriendo la puerta de su despacho un coronel, que le dijo:

"¿NO TE ACUERDAS DE MÍ?".

- "No", le dijo Mónica.

"SOY AUGUSTO PINOCHET",

le replicó él.
A partir de entonces, nació entre ellos una amistad muy grata, aunque los unían mucho más las cosas de trabajo que los asuntos familiares .
En una oportunidad, ella lo llamó para pedirle que ayudara al marido de una amiga a entrar a la Academia de Guerra y su respuesta le quedó grabada para siempre:
"Ni un problema, no tengas ningún cuidado, si le va bien en el examen va a quedar adentro, de todas maneras...".
"Le dio -reconoce Mónica- la mejor lección de lo que era su conducta profesional".
Días después del pronunciamiento militar, Augusto Pinochet la mandó a llamar a su oficina. Conversaron, y de repente interrumpió la conversación, le pidió lo acompañara y la hizo pasar a una sala grande, donde lo único que vio fueron "ojos y botones". Estaban los demás miembros de la Junta de Gobierno. El general Pinochet la presentó e hizo un mini-currículum de la abogada.
El almirante Merino, allí presente, la empezó a interrogar sobre una persona que era en ese momento un alto jefe de la Contraloría. Después que dio la versión que le pareció más adecuada, el general Pinochet dio un golpe en la mesa y dijo:

"ESTÁ NOMBRADO MINISTRO DE ECONOMÍA".

Le encargaron a Mónica que le llevara la información. El hombre designado fue tan honesto que dijo:
"Yo quiero que me someta a examen la Junta".
Y en ese examen, el almirante Merino lo puso en contrapunto con Sergio de Castro y éste último "se lo comió". Por lo tanto, fue nombrado De Castro como ministro de Economía.
A la salida de aquella reunión, Mónica le dijo al general Pinochet: "La administración pública está echada, haz de cuentas que es un elefante que se echó".
El me respondió:

"¿Y QUÉ QUIERES QUE HAGA YO?".

Apuntando imaginariamente con un arma, le dijo:

"YO ESTOY EN ESTA VENTANA, CON UNA METRALLETA DISPARANDO, NO PUEDO PREOCUPARME DE ECHAR A ANDAR LA ADMINISTRACIÓN PÚBLICA".

Mónica Madariaga le dijo: "Permite a la Contraloría que te preste la ayuda necesaria para que la administración pública se ponga en marcha. Redactamos entre ambos una nota para

el contralor, donde le pidió que le prestara a algunos funcionarios con facultades resolutivas para que la administración pública empezara a funcionar. Así fue como salieron 300 funcionarios a la calle. Se tomaron los ministerios y empezó la tarea".

Pasado el tiempo, las cosas comenzaron a normalizarse, la Contraloría retomó su ritmo, se buscaron soluciones jurídicas para los decretos leyes, se inventó el registro en vez de la toma de razón.

En eso, la Junta de Gobierno creó un organismo denominado CONARA (Comisión Nacional de la Reforma Administrativa) y le pidió al contralor general de la República que le mandara a dos representantes.

Entonces el contralor mandó a Arturo Aylwin Azócar, hermano del ex Presidente Patricio Aylwin Azócar, y a Mónica Madariaga.

"En esos años -afirma Mónica- todo era urgente. Augusto se mandó a hacer un timbre grande, de color rojo, que decía: "Pase a la asesoría jurídica", donde él ponía su firma. Y a cuanto papel Dios y el hombre creó, le ponía su timbre y llegaba al escritorio de Mónica Madariaga.

Tenía acceso directo a su oficina, no tenía que pasar por nadie. Las cosas eran muy simples, si ella necesitaba la firma de un papel, lo hacía sin ningún problema. A veces, le pedía que le hiciera alguna corrección, otras que le hiciera documentos ejecutivos.

Es decir, muchas veces le mandaba informes al general Pinochet, y él replicaba:

> **"No, conviértemelo en documento ejecutivo, que yo lo pueda firmar y vaya directo."**

Ella aprendió con él mucho en materia de toma de decisiones.

El general Pinochet la llamaba y le decía:

> **"Necesito que me hagas un ministerio".**

Ella se sentaba a la máquina, donde redactaba en limpio, ponía el papel decreto en vivo y en directo a la redacción. Le hizo un Ministerio de Transportes que tenía tres artículos: uno lo creaba, el otro le traspasaba los recursos que estaban en Obras Públicas, porque antes era Obras Públicas y Transportes, y el último artículo, donde le daba las facultades. Allí estaba esperando al ministro para jurar en ese momento. El primero fue el general Cea.

Lo mismo se hizo con el Ministerio de Coordinación Económica, estando Raúl Sáez esperando para jurar. Crear un ministerio significaba hacer el decreto de creación, cosa que no era fácil, sacarle la firma a los demás integrantes de la Junta de Gobierno, que no llegaban y firmaban. Todo lo pensaban, estudiaban y discutían.

Por último, había que sacarle la firma a él y, posteriormente, irse al registro de la Contraloría y, enseguida, publicarlo en el Diario Oficial.

A veces, la única manera era sacar una segunda edición del Diario Oficial en el mismo día para que alcanzara a salir en esa fecha el decreto publicado y pudiera jurar el Ministro.

El personal de La Moneda quería mucho a Pinochet. El decía:

> **"Todos son importantes, no hay ni una sola función aquí que no tenga relevancia".**

Y eso se lo decía desde los mozos hasta a su asesora jurídica.

No hacía muchas distinciones, tomó a las secretarias, que en su mayoría, tenían rango de soldados, pertenecían al Ejército, y les puso uniformes a todas. Mónica Madariaga, que era la tercera jerarquía de la Contraloría, debió ponerse también el uniforme.

En una oportunidad, una traductora egresada de leyes que la ayudaba le hizo de intérprete con unos gringos muy importantes. La niña andaba de blue jeans, porque en ese tiempo se usaba andar así en la administración pública. Salió la intérprete de ese modo vestida en la primera plana de El Mercurio, dando las espaldas y mostrando el parche del jeans Wrangler.

A raíz de eso, les pusieron uniformes a todas, y ahí se acabaron los pantalones.

"El trato con él era muy afable, fácil. No así con la oficialidad, con la cual era muy profesional y formal. El se ponía una máscara de mal genio. Tiene enojos de sólo un cuarto de hora. Quizás -advierte la ex asesora- es de ideas fijas. Cuando se le mete algo en la cabeza, lo hace y se le olvida que el resto existe".

El es de tallas sanas, muy simpáticas. Una vez que la vio con un vestido colorado le dijo:

"¡TE PUSISTE COMUNISTA...!".

"Sí, le dijo ella, y eso es para que tú veas que no soy democratacristiana, como dijo un edecán tuyo".
En una discusión amistosa que tuvo una vez con él, ella le dijo: "Yo soy de derecha, general".
El me respondió:

"YO NO, SOY UN HOMBRE DE CENTRO. TÚ ERES MUCHO MÁS EXTREMISTA QUE YO".

EL HABITO... HACE AL MONJE

Según su ex ministro del Interior Sergio Onofre Jarpa, el general Pinochet piensa que "el hábito, hace el monje".
Recuerda que un día, conversando con el Presidente de la República respecto de los problemas de ese momento y que naturalmente

El era Jefe de Plaza en Santiago.

preocupaban a todos, de pronto se tomó el uniforme y le dijo:

"¿VE ESTE COLORCITO?. ¡AQUÍ ESTÁ EL PODER, TENGA CONFIANZA EN EL GRIS, COLOR DEL EJÉRCITO!".

Jarpa conoció a Pinochet en la forma menos favorable posible. El era Jefe de Plaza en Santiago y el político, Presidente del Partido Nacional, cuyo diario, "Tribuna", perteneciente a la colectividad, el general Pinochet había mandado a cerrar.
Acompañado de Gonzalo Eguiguren, gerente de la publicación, fue a discutir con el militar las razones por las cuales había determinado el cierre del matutino. La cuestión era que a un periodista se le había pasado el tono en la calificación de las autoridades del gobierno de Salvador Allende. No obtuvieron ninguna facilidad con Pinochet. Por el contrario, hablaron en términos bastante duros. A raíz de eso, en el diario "Tribuna" pusieron una caricatura donde aparecía el general con gorra y una lectura que señalaba que "el problema que tenían las gorras con visera era que sólo se veían los problemas hacía abajo y no podían mirar hacia arriba".
Jarpa supo que Pinochet estaba muy enojado.
La segunda vez que le tocó hablar con él, en 1973, Jarpa era miembro de la Comisión de Defensa del Senado y habían citado a los Comandantes en Jefe de las tres ramas de las Fuerzas Armadas, porque les parecía que debían clarificar lo que estaban haciendo en el gobierno. Para los opositores a la Unidad Popular, los institutos armados estaban apoyando directamente al gobierno de Allende, lo que consideraban absolutamente fuera de la Constitución. Era fines de agosto de 1973, y el general Pinochet ya había asumido la Comandancia en Jefe.
En la Comisión estaba Jorge Montes, comunista, trató de explicarlo echándole flores a las Fuerzas Armadas, mientras la oposición argüía que las instituciones de la Defensa no debían estar en el gobierno porque las estaban usando como pantalla.
Juan de Dios Carmona, senador democratacristiano entonces, le señaló al general Pinochet su preocupación por el hecho de que hubieran sancionado al capitán Adolfo Ballas, yerno del general Canales.
El día del incidente en que se reunieron las señoras de los militares frente a la casa del general Prats para pedirle su renuncia con motivo de la sacada de lengua de Carolina Cox, el capitán Ballas llegó en una camioneta a buscar a su señora, quien le había dejado recado en la casa, -diciendo- que iba para allá.
El se encontró con que todas las señoras de los militares no sólo lo aplaudían sino que lo ovacionaban. Esto ocurría frente a la casa del general Prats. Entonces, el capitán se paró arriba de la camioneta e hizo una arenga patriótica, calificando de alguna manera al general Prats.

Por eso, el general Pinochet ordenó que arrestaran al capitán.
En esa reunión, Carmona le preguntó a Pinochet por qué tenían arrestado al capitán Ballas, y él contestó:

> "Miren, señores. Aquí nadie le falta el respeto al Comandante en Jefe del Ejército

(en ese momento era el general Prats).

> Agradézcanme que no seco en el calabozo a ese señor, por insolente...".

Pinochet respetaba a la jerarquía por sobre todo.
La tercera vez que habló Jarpa con Pinochet, ya se había producido el pronunciamiento y él estaba en la Junta de Gobierno. El general Hernán Béjares, a quién Jarpa había conocido en Talca, lo llamó y le dijo que sería bueno que conversara con el general Pinochet.
El Partido Nacional ordenó respaldar absolutamente la gestión del gobierno, se hizo un comunicado y se dijo que la colectividad se dedicaba exclusivamente a trabajar por la reconstrucción junto a las FF.AA. y que abandonaba, en ese momento, las discrepancias políticas con otros sectores.
Cuando Jarpa fue por invitación del general Benavides a conversar con Pinochet, su idea era crear un movimiento político unitario de respaldo al gobierno, pero se dio cuenta que al Presidente de la Junta Militar no le interesaba crear ningún movimiento político que pudiera representar una posición que no fuera absolutamente unitaria.
En ese momento, le interesaba mucho más la unidad para reconstruir al país que estar creando movimientos políticos de apoyo al gobierno. El sentía que debía representar a los chilenos de todos los sectores y no abanderizarse con un sólo sector.
Según Jarpa, Pinochet no quería crear ni fortalecer ningún sector político que pudiera significar volver a la lucha política interna. Pensaba que no necesitaba del apoyo de ningún partido político, porque quería un país unido que trabajara, que impulsara el desarrollo para solucionar los problemas y no que existiera lucha política interna.
Para él, entonces, era el Ejército el que tenía el poder.
A Jarpa le llamó la atención la inteligencia del soldado, su capacidad de captar los problemas y también su fe en que Chile podía salir adelante a pesar de todo lo que había ocurrido y de los problemas externos que existían, que eran enormes, entre ellos la crítica situación con Perú en un momento en que estábamos prácticamente desarmados.
Las cosas miradas desde afuera se veían muy malas para Chile, porque estaban destruídas las estructuras productivas en la agricultura, en la industria. No había maquinaria nueva y durante años no se le habían cambiado repuestos a la existente. No había materia prima, tampoco créditos externos porque no se había pagado la deuda externa por dos años y lo peor era que se tenía una imagen internacional muy mala.
Estados Unidos no quería tener más problemas de los que ya tenía en Vietnam, y Chile ya estaba inscrito para los norteamericanos dentro del equipo de la Unión Soviética en el mundo.
Allende y todos los que estaban en el gobierno se encargaban de remarcar esta situación, diciendo "que la hermana mayor era la URSS". En realidad, Chile ya era considerado como parte del imperio soviético.
En el plano internacional, nadie le daba muchas posibilidades de permanencia y supervivencia a la Junta Militar, porque creían que no había que meterse con un gobierno que no podía durar.
En una reunión con banqueros norteamericanos, a Jarpa le decían: "Ustedes no tienen caso, no van a poder salir adelante...".
"El mismo Frei (padre del actual Mandatario) -cuenta el ex senador- decía que sin un Plan Marshall, Chile no podía levantarse. Esa era la visión objetiva que había de la situación de Chile. Sin embargo, el general Pinochet tenía la fe del carbonero de que podíamos superar la crítica situación, mantener la independencia y la soberanía sin créditos, sin dinero, sin nada.
Tenía mucha fe en la capacidad de los chilenos.
El ex ministro del Interior de Pinochet afirma que éste tenía muy poco contacto con los civiles.
Por el lado de la Armada había un poco más de relación por la gente de las universidades en Valparaíso, que trabajaban en ese tiempo muy junto a los marinos.

Había cierta idea generalizada de que el Ejército no iba a aceptar que Chile cayera definitivamente en manos de los comunistas, pero no había un contacto mayor. El que tenía más contacto con ellos era Eduardo Frei Montalva.

A Jarpa le tocaron dos circunstancias en que pudo medir y calibrar a Pinochet en su voluntad y serenidad.

Desde el mes de abril de 1978 y hasta agosto de 1983, vivió en Buenos Aires, como Embajador de Chile en Argentina. En los problemas serios es cuando uno puede calibrar a las personas y después, cuando se hizo cargo del Ministerio del Interior que también fue un período bastante "espinudo", nunca lo vio ponerse nervioso, ni tener dudas respecto de lo que tenía que hacer".

La idea de los argentinos era que nosotros nos íbamos a asustar ante el temor de una guerra, pero Pinochet los tenía calados. Ellos hacían tremendas amenazas, pero Pinochet sólo sonreía.

El peligro, en esos momentos, estaba en que alguien disparara en la frontera cuando ellos desplegaban sus ejércitos. Si alguien disparaba, se iba a formar una balacera general y después no íbamos a poder salir de eso. Si avanzaba un regimiento chileno al otro lado de la frontera, cómo lo hacían después volverse. O si avanzaban los argentinos, había que darles balas hasta que no quedara ninguno.

Ese era el verdadero peligro. Nunca se pensó que el gobierno argentino, en frío, diera la orden de atacar. Esa posibilidad no estuvo dentro de los escenarios pensados por los chilenos.

El general Pinochet envió a Argentina al director de Planificación de la Cancillería, coronel Ernesto Videla. Quería saber cómo veía él la situación. En Buenos Aires, Jarpa le escribió un papel que decía claramente: "No hay guerra".

En esos instantes, el asunto más peligroso que divisaba el embajador de Chile en Buenos Aires era un desembarco cubano apoyado por la flota soviética.

Jarpa, al respecto, dice que "el plan estuvo listo" y que tenían alineados a la mayoría de los países del mundo.

En este tiempo, la Unión Soviética manejaba a casi todo el tercer mundo, incluyendo en él a Asia y Africa. Los rusos hicieron un campaña tan sostenida, tan penetrante en el mundo entero de que en Chile había una Junta fascista, que violaba los derechos humanos, que nadie parecía dispuesto a mover un dedo para defender a Chile. En esos instantes, los soviéticos hacían lo que querían. Se paseaban por la geografía del mundo. Se tomaron Afganistán y nadie hizo nada. Se metieron en Angola con los cubanos y nadie hizo nada.

Entonces, perfectamente estaban preparados para meterse en Chile. "Y eso sí que habría sido grave, según Sergio Onofre Jarpa, porque si hubiera ocurrido, los peruanos habrían dicho inmediatamente que Arica había que defenderla. Los argentinos, por su parte, habrían avanzado diciendo que sus intereses no les permitían permanecer neutrales, que el Estrecho de Magallanes no lo podían cerrar, etc".

Eso, mirado desde Naciones Unidas era posible, con Cuba actuando como cabeza de puente.

Si los norteamericanos no actuaron en Cuba, que está al lado, menos iban a actuar en Chile, era la lógica de Jarpa porque nuestro país ya figuraba en el inventario soviético y no iban a meterse en una guerra con los soviéticos por una cuestión interna de la política chilena.

En cierta ocasión, en que Jarpa había venido a informar desde Buenos Aires, Pinochet le preguntó:

"¿CÓMO ENCUENTRA LA SITUACIÓN EN CHILE?".

- "El país tiene que avanzar -replicó Jarpa- y la Constitución tiene que funcionar mientras usted sea Presidente de la República, porque es muy peligroso echar a andar todas las instituciones democráticas con un gobierno que no sabemos a dónde va ir". La tesis de Jarpa era que funcionara toda la institucionalidad con Pinochet como Presidente de la República.

Posteriormente, el Primer Mandatario lo mandó a llamar y sostuvieron una reunión con los generales Santiago Sinclair, Jorge Ballerino y Fernando Lyon. En esa ocasión, Jarpa expuso lo que pensaba de la situación interna y Sinclair planteó otro camino.

Entonces, Pinochet dijo:

"ESCRIBAN EN UNA PIZARRA LOS TRES CURSOS DE ACCIÓN".

A renglón seguido, los leyó todos y luego dijo:

"POR AQUÍ NOS VAMOS".

Y esa senda era la propuesta por Jarpa. No eran muy distintos.

La diferencia era que Jarpa quería apurar el funcionamiento pleno de la Constitución. Para eso, se necesitaba dictar las leyes políticas, las leyes orgánicas, la ley del Congreso Nacional, la de elecciones, la de partidos políticos, la de las municipalidades. Todas había que hacerlas de nuevo y ponerlas a tono no sólo con la Constitución de 1980, sino que con las necesidades del país, con la nueva estructura y la nueva visión de Chile.

Jarpa caracteriza a Pinochet "como un hombre de campo, con un sentido de la vida, virtudes y debilidades humanas muy acentuadas, porque él se da cuenta de muchas cosas aunque no las dice". Nunca lo oyó hablar mal de nadie. A lo más, le decía: "Tenga cuidado con este señor, porque pueden haber malos resultados".

El político de derecha considera al general Pinochet un hombre valeroso que no se amilana, no pierde los estribos ni la calma y es muy ecuánime para valorar a la gente, así también como muy leal como amigo.

Tenía dudas, al comienzo, durante el gobierno de la Unidad Popular, de que Pinochet fuera a tener una actitud de apoyo al gobierno marxista como la había tenido el general Prats en su última etapa.

Desde siempre, estuvo convencido de que los marxistas se iban a topar con las Fuerzas Armadas y que los primeros no iban a entregar el gobierno tan fácilmente. Pero había un peligro y ése era que se llegara a una especie de pacto a través del error del general Prats.

TOMAS Y VIVIENDA

Miguel Angel Poduje era asesor del Ejército en materias habitacionales. También había trabajado, a pesar de su juventud, en el sistema de ahorro y préstamo. Tal vez, por ello, se le pidió integrar el Comité Asesor Presidencial.

Su conocimiento del jefe, Augusto Pinochet, era bastante más lejano. Le tenía un respeto increíble, aunque era un respeto mezclado con cierto temor. Cuando tenía que relatar algún proyecto le "tiritaban las rodillas y la pera". Aunque la primera percepción que tuvo de él fue de una persona que callaba, nunca interrumpía las exposiciones, pero después hacía dos o tres preguntas que dejaban siempre descolocado al expositor.

En 1982, Poduje se integró a ODEPLAN, con Miguel Kast, en la tarea de gobierno que redactó el Programa de Modernización del Area Social, y cuando nombraron al general Roberto Guillard como ministro de la Vivienda, fue designado subsecretario de esa cartera.

Como tal le correspondió trabajar con mucha fluidez con el Presidente Pinochet, puesto que le llevaba el despacho todos los días miércoles. Al sacar su firma para los decretos, debía hacer una relación de ellos, y se daba entonces tiempo para una conversación, tomando a veces una taza de té.

Un año después, en 1983, asumió como ministro de la Vivienda y Urbanismo y luego del plebiscito de 1988 como ministro Secretario General de Gobierno hasta mediados de 1989, meses antes que terminara el gobierno militar.

Durante los años 1983 y 1984 se produjeron las tomas más grandes que se recuerdan en Chile, motivadas en gran parte por los partidos de izquierda. Fueron más de cinco mil familias en tomas de sitios, que se transformaron más tarde en los campamentos "Cardenal Silva Henríquez" y "Cardenal Fresno".

El general Pinochet debía decidir entre desalojar a los pobladores o darles alguna solución habitacional.

Según Poduje, el Primer Mandatario es muy celoso del principio de autoridad. Pero estuvo de acuerdo en realizar un plan ordenado de viviendas. En un año, ordenadamente, se fueron entregando terrenos, inscribiendo a la gente, incrementando el ahorro en las libretas, encuestando a los sin casa, trabajando con asistentes sociales.

Cuando su ministro le explicaba al Presidente Pinochet el Plan de Subsidio Habitacional, creado en gran parte por Miguel Kast, el Jefe del Estado guardaba profundo silencio. El Secretario de Estado salía de su despacho, y todavía no sabía si había ganado o perdido la batalla. Sabía que había ganado sólo cuando habían pasado dos, tres o cuatro semanas...Y no había ningún intento de sacar a la gente con la fuerza pública.

El general es un hombre muy afectivo ante la pobreza.

SU PREOCUPACION: LA POBREZA

El general es un hombre muy afectivo ante la pobreza, ante la miseria de sus conciudadanos. Cuando él iba a las poblaciones, se tomaba una taza de té, o una bebida con las pobladoras, quienes le preparaban papitas fritas. La gente le demostraba de ese modo que lo quería mucho.
Patricia Matte Larraín, socióloga de la Universidad Católica, lo conoció en los primeros años del Pronunciamiento Militar.
En 1975, llegó hasta las oficinas del edificio Diego Portales, junto al ministro Roberto Kelly y al recordado Miguel Kast, a exponerle las Proyecciones Sociales de la Extrema Pobreza, un tema que siempre le preocupó mucho a él.
- "Yo estaba de lo más nerviosa -cuenta Patricia, porque además de que el tema era muy complejo, con los sistemas de focalización de la pobreza, la presencia del general Pinochet lo aumentaba. El lo preguntaba todo, pedía soluciones, no dejaba nada al azar".
- "El notó mi nerviosismo, pero para darme confianza me preguntó:

"¿SEÑORA, QUÉ SIGNIFICA

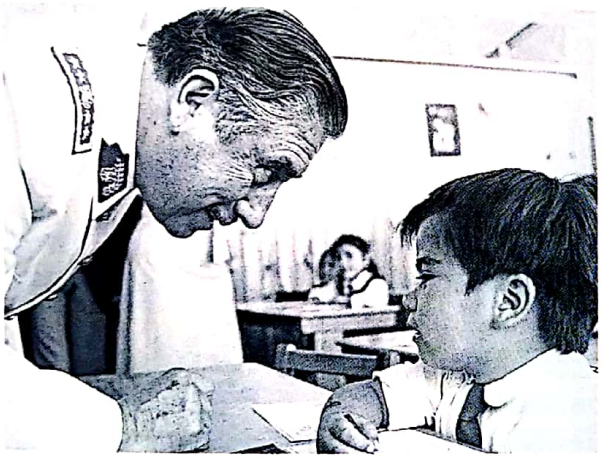
"P. DE LA R..."?

Al comenzar, en los vocativos, ella había puesto "P. de la R.", que obviamente significaba Presidente de la República, pero él, para hacerla rabiar, se lo preguntaba...
El alto con la interrupción presidencial sirvió para que ella se relajara, le dio confianza y siguió adelante con su exposición... Por supuesto, que nunca más volvió a cometer el mismo error.
Patricia Matte estuvo estrechamente vinculada al gobierno del general Pinochet, especialmente en torno a la solución de los problemas de la extrema pobreza.
Un día, Pinochet llamó a su casa a Patricia Matte, que ya no estaba en ODEPLAN, y le encargó que organizara la Secretaría de Desarrollo y Asistencia Social, junto a Juan Valdés.
- "Quería ir directo al grano -dice Patricia- y erradicar, de una vez por todas, la pobreza. Cuando llegué a La Moneda, me mostró cuáles eran los planes y el organigrama. El nuevo organismo dependía del Ministerio del Interior. Le dije que entonces no podía aceptar, que por la importancia que él le daba al tema de la pobreza, debía depender de la Presidencia de la República. El no lo pensó dos veces, tomó su lápiz, rayó el organigrama y puso de su puño y letra: "Depende de la Presidencia de la República". Trabajaron muy unidos para que los fondos sociales fueran, cada vez más, en mayor cantidad a los sectores pobres.
-"Lo que siempre me llamó la atención -afirma Patricia Matte- es que el Presidente se leía todos los documentos, por complejos que éstos fueran. Por ejemplo, un día surgió una discusión con Hacienda por los planes de medición en la calidad de la educación, los primeros proyectos de lo que ahora se conoce como SIMCE. Los instrumentos y los estudios eran caros, pero él entendía claramente que era imprescindible que se hicieran...".
Como no hubo acuerdo, el Presidente Pinochet

llamó de urgencia a su despacho a los representantes de Educación, de Hacienda, al director de Presupuesto y, por supuesto, a Patricia Matte.

"Fue increíble -añade Patricia-, pero cuando llegamos, el Presidente Pinochet tenía el documento totalmente rayado con indicaciones de su puño y letra. Fue preguntando a cada uno de nosotros sobre todos los temas, aún los más complejos. Terminó de leer, cerró el documento, y dijo claramente:

> "BUENO, ¿Y QUIÉN PUEDE OPONERSE A ESTO, A ENTREGAR UNA MEJOR EDUCACIÓN A LOS NIÑOS...?".



¿Y quién puede oponerse a esto, a entregar una mejor educación a los niños...?".

ANTE LAS CATASTROFES

Nada hacía presagiar ese primer domingo de marzo de 1985 que la tierra se estremecería y la capital y la Quinta Región sufrirían una catástrofe. El Presidente de la República, general Augusto Pinochet y su gabinete estaban de gira en Punta Arenas.

De pronto, suena el teléfono en la ciudad austral y le avisan al Primer Mandatario que acababa de producirse un terremoto grado 8 en Santiago, con un saldo de muertos y más de 40 mil familias sin casa. Los ministros estaban nerviosísimos, pero el Mandatario, con una tranquilidad absoluta, comenzó a trazar las ideas para cubrir la emergencia.

El general Pinochet tiene una particularidad que logran muy pocas personas: el autocontrol y la relajación.

La decisión fue inmediata, tomaron el avión de regreso a Santiago.

El Mandatario, minutos después de partir el avión, se contactó con el ministro del Interior, quien le informó que la situación en Santiago era realmente grave. Al terminar la comunicación, pasó al compartimento donde iban los ministros y les dijo:

> "SEÑORES, LES ASEGURO QUE EN SANTIAGO VAN A TENER MUCHO TRABAJO. LA SITUACIÓN ESTÁ BASTANTE MALA. EL TERREMOTO FUE GRAVE. LES RECOMIENDO QUE DESCANSEN, PORQUE EN SANTIAGO LOS VOY A NECESITAR INTENSAMENTE".

Los ministros, que iban muy nerviosos y "como loros en el alambre", no pudieron seguir el consejo.

El entonces ministro de Agricultura, Jorge Prado, fue a ver a Pinochet cinco minutos después de escucharlo y con sorpresa comprobó que dormía profundamente. Es más, durmió todo el viaje y despertó cuando el avión aterrizaba.

Esto le permitió encabezar un Consejo de Gabinete en la madrugada y trabajar todo el día siguiente recorriendo poblaciones, hospitales y otros puntos. Nadie se fue para la casa y partieron con el Presidente a recorrer los sectores más amagados.

Al día siguiente, volvieron a recorrer las zonas afectadas y sus colaboradores, cuaderno en mano, tomaban nota de las decisiones presidenciales. Se organizó todo lo que era construcción de mediaguas, traslado de gente y socorro a los heridos.

Fue un terremoto hipócrita, que superficialmente no se advertía, pero todo el barrio poniente de Santiago quedó en el suelo.

Hubo que armar todo desde un principio: Primero, recuperar la confianza de las gentes. Después, sacar escombros, limpiar, crear albergues. La Oficina Nacional de Emergencia funcionó, pero ante la gravedad de los daños debió ocuparse el dos por ciento constitucional. Pinochet nunca le ha tenido miedo a los temblores, pero cuando entró a La Moneda, el panorama era realmente dantesco. Había una

quebradera de vidrios espantosa, pero igual se hizo allí el Consejo de Gabinete, a las cuatro de la mañana.
Después, al día siguiente, partieron a recorrer la Quinta Región, comenzando por Curacaví, Casablanca, Valparaíso, Viña del Mar, Puerto de San Antonio. A todos le llamaba la atención la serenidad presidencial para enfrentar la emergencia.
En el recorrido, la comitiva, formada por ministros de Estado y alcaldes de la Quinta Región, almorzó algo rápido en el Palacio de Cerro Castillo para luego continuar la inspección. Estaban allí cuando una violenta réplica del sismo, los sacudió a todos. Del plano de Valparaíso surgió una densa columna de tierra y polvo, de murallas y casas que se desplomaban.
Todos los asistentes, muy pálidos, miraron al Presidente Pinochet, en la cabecera de la mesa, pero él siguió, impertérrito, muy sereno, esperando que parara el movimiento telúrico. Guardó silencio algunos minutos, y después siguió hablando como si no hubiera pasado nada. Sin embargo, Horacio Aránguiz, en ese entonces ministro de Educación, que alcanzó a echar hacia atrás su silla, expresó medio asustado, medio en broma:
- "Chitas, primera vez que paso un temblor tan violento sentado a la mesa. Me dieron ganas de salir corriendo..."
Apenas terminado el almuerzo, se pararon y siguieron por Algarrobo, El Quisco, San Antonio y Melipilla. Llegaron de vuelta a Santiago cerca de las 5 de la madrugada.
Pero dos horas después, el Presidente Pinochet estaba listo, esperando a su edecán militar, coronel Sergio Moreno, luego de haber leído todos los diarios. Quería ahora recorrer San Bernardo, Talagante y otras zonas cercanas a la capital.
La desgracia ajena no deja nunca indiferente a Pinochet. En otra ocasión, en que hubo un accidente carretero en la Octava Región al comienzo de su gobierno, donde murieron cerca de treinta personas, él viajó hasta allá no sólo a estar físicamente al lado de los heridos y familiares de los muertos, sino que a tomar medidas que mitigaran el dolor y sufrimiento de la gente.
Y como en Chile, cada cierto tiempo, se mueve el piso, tenemos sequía o lluvias en exceso, con inundaciones y todo, el mejor apoyo que tenía el Intendente de Santiago era el Presidente de la República. El se "mojaba las patitas" con sus colaboradores, y llegaba hasta el lugar de la tragedia, ya fuera en Batuco, Colina o Pudahuel.

EL LADRILLO

El economista, profesor universitario y ex ministro Sergio De Castro, no conocía a ningún militar. A comienzos del año 1973, su colega y amigo Emilio Sanfuentes lo llamó por teléfono y le dijo:
"¿Por qué no hacemos un programa económico como el que realizamos para Alessandri? Porque esto ya está destruyéndose, el país se va al despeñadero".
- "Bueno, le dijo De Castro, me parece una buena idea".
De inmediato empezó a llamar a la gente que había trabajado en el programa de Alessandri, y comenzaron a reunirse. De allí, salió "El Ladrillo". Es decir, el plan económico que más tarde se pondría en marcha.
En agosto de 1973, a "El Ladrillo" le faltaban algunos capítulos, pero estaba bastante avanzado. De hecho, el 29 de junio cuando vino el "tanquetazo", sus autores se desilusionaron porque pensaron: "Los milicos, no son capaces de hacer nada. Allende ya se apernó..."
Al poco tiempo, Emilio Sanfuentes volvió a la carga y se empezó a escribir nuevamente el documento; quedaban unos pocos capítulos en borrador. Los últimos los terminaron Emilio y Sergio Undurraga. La primera parte la escribió Sergio de Castro.
Sanfuentes había sido motivado por su relación con Hernán Cubillos y Roberto Kelly, quienes tenían conexión con la Armada.
Ninguno de los otros sabía que estaban trabajando para las Fuerzas Armadas. El único que estaba al tanto era Emilio Sanfuentes.
El viernes 14 de septiembre de 1973, llegó un vehículo militar a la casa de De Castro, a citarlo a una reunión en el Ministerio de Defensa, donde

le dijeron que lo esperaba el almirante Merino.
De improviso, se abrió la puerta y entró como tromba el Comandante en Jefe de la Armada, quien le dijo : "Yo soy el almirante Merino, usted va a ser el asesor del ministro de Economía que viene en camino, espérelo!"... y ¡¡Pum!!, se fue...
Sergio de Castro no alcanzó a reaccionar, se quedó esperando, pasó otro rato largo. De improviso, se abrió la puerta y entró nuevamente Merino con el general González, presentando: "¡Este es el general González, el ministro de Economía, y usted va a ser su asesor!".
Y dio media vuelta y cerró la puerta tras sus espaldas.
Al día siguiente, temprano, en el Ministerio de Economía, De Castro se encontró con el general González, con quien se hicieron bastante amigos.
El día que los presentó el almirante Merino, el general tenía bajo el brazo "El Ladrillo"...
Y en el intertanto, los citaban a reuniones con el almirante Merino y la Junta, que, a juicio del propio De Castro, les estaba tomando examen. Ellos hablaban muy poco. Ahí conoció a Pinochet. Un militar que le pareció muy severo, que no sonreía, muy circunspecto, seguramente a raíz de la situación, que era muy complicada.
Había, a lo menos, dos proyectos como "El Ladrillo". Supieron que el general Leigh había propuesto se consultara a Raúl Sáez para que diera un consejo.
Un día llegó Raúl Sáez y se reunieron con él dos o tres veces. Cada grupo exponía su propuesta porque había un proyecto alternativo. Sáez no comulgaba mucho con "El Ladrillo".
Al grupo de Sanfuentes se habían agregado Pablo Baraona, Sergio Undurraga, Ernesto Silva, Roberto Kelly, Alvaro Bardón... Empezaron a aparecer personas que habían colaborado con "El Ladrillo", en distintas partes.
Se produjo la reunión en el Banco Central en la que estaban el grupo de "El Ladrillo" y el de Hugo Araneda, de la Contraloría General de la República con su gente.
Raúl Sáez dijo: "He aconsejado a la Junta que se siga el programa que han propuesto estos jóvenes". Es decir, los del famoso "ladrillo"...
Los sucesos económicos no podían esperar y el general González le dijo a Sergio de Castro: "Vienen unos industriales y hay que fijarles el precio de un producto "X".
De Castro le señaló: "general, de acuerdo a "El Ladrillo", hay que dar libertad de precios. No vamos a estar fijando precios nosotros, que lo fijen ellos, el que quieran".
El general, casi paralizado, exclamó:

"¡NOS VAN A EMPEZAR A COBRAR DEMÁS!".

A ello, el joven asesor le replicó que si los industriales cobraban muy alto no venderían y siempre habría otro que cobraría menos. Llegaron los industriales, con una tremenda carpeta y un estudio de costos, diciéndole a De Castro, quien los había recibido, que se trataba de fijarle el precio a ese producto, que era muy importante...
De Castro tomó el documento que le estaban mostrando y les dijo: "En realidad no es necesario este estudio, porque ustedes pueden fijar el precio que quieran".
Los empresarios se miraron unos a otros, y ninguno atinó a decir palabra, quedaron estupefactos. Tomaron el estudio, se pararon y se fueron. Como a los tres días, el general González le dijo a De Castro: "Oiga, el mismo grupo de empresarios pidió de nuevo una reunión. Recíbalos usted".
Le mostraron un estudio un poco más chico, diciéndole: "Estamos muy conscientes de la gravedad de la situación por la que está atravesando el país y hemos decidido hacer un gran sacrificio, hemos bajado bastante los costos, pero queremos que la autoridad fije un precio".
Empujó De Castro el estudio de vuelta y les dijo: "No, el precio es libre. Ustedes pueden fijar el precio que quieran, me alegro mucho que lo hayan bajado. Es fantástico, pero el precio es libre".
Entonces, se reunió De Castro con un grupo y, al olfato, hicieron tres listas: una, de todos los productos que pensaban que tenían bastante competencia; a esos les dieron precio libre de inmediato. A otros, que sabían que no tenían.

competencia, se les fijó un precio, y en la lista del medio, los productos de los que no estaban muy seguros, se les dio precio libre, pero declarado ante el Ministerio de Economía y si lo cambiaban tenían que comunicarlo, pero lo podían cambiar, subir o bajar. En realidad, como quisieran.

Así nació la libertad de precios, que empezó a hacer su trabajo.

Reaparecieron los pollos, los aceites, los papeles y las pastas de dientes que no había... todo empezó a aparecer. De todas maneras, los precios del mercado libre fueron más bajos que los del negro.

Ese año de 1973, el índice de precios al por mayor, que era el que reflejaba la inflación, fue de 1.110 por ciento y el índice de precios al por menor de 690 por ciento.

El general Augusto Pinochet era una persona que lo que no entendía, lo preguntaba. No tenía ningún problema en hacerlo. Y siempre tenía las preguntas: ¿y por qué?, ¿cómo? Al poco tiempo ya tenía un conocimiento y un raciocinio bastante bueno de cómo opera un sistema económico.

Tanto así, que una vez tuvieron una discusión acerca de la fijación del precio del pan. Había subido el precio del trigo. Eso había hecho subir el precio de la harina y había que subir el precio del pan. En el Ministerio de Economía se habían hechos los estudios y se había llegado a la conclusión de que había que subirlo en un porcentaje más o menos importante.

Entonces, el Almirante Merino dijo: "No, ésta es una cosa tremenda, así es que vamos a llamar a la Junta".

Se reunió el grupo de los cuatro y fueron ahí con los estudios cada cual.

Raúl Sáez estaba por rebajar un poco el precio propuesto. El ministro de Economía y su asesor explicaron el problema, y entonces Pinochet exclamó:

> **"¡SI AL PERRO HAY QUE CORTARLE LA COLA DE UN SOLO ZUÁCATE, POR QUÉ NO LO SUBIMOS MÁS Y ASÍ LO DEJAMOS UN BUEN TIEMPO, PARA NO ESTAR ALZANDO A CADA RATO!".**

Con lo anterior, desarmó todas las posturas de tirarlo más abajo, y la única posible era sumarse a lo que decían los estudios.

Lo que impactó a De Castro fue la capacidad de decisión y claridad para tomar medidas demostrada por Pinochet.

La recesión del año 1975 fue sumamente importante, porque ahí empezó la nueva política económica, el nuevo programa que significó recortar todos los gastos en un 15 por ciento en moneda nacional y un 25 por ciento en moneda extranjera en todos los ministerios por igual.

En todas las empresas estatales y servicios públicos había dos y tres veces el personal necesario, por lo que la tasa de desempleo era absolutamente artificial.

El gobierno militar debió imponer racionalidad y disciplina. Hubo que echar a mucha gente. Los chilenos aprendieron a nadar porque estaban obligados.

A quienes se les dijo "Ustedes tienen que fijar el precio", debieron pelearse posteriormente el mercado entre ellos.

Al mismo tiempo, se rebajaron los aranceles para producir la competencia con las empresas externas.

En general, el sector privado empezó a ver grandes oportunidades en la libertad de precios, de importaciones y la derogación de todas las prohibiciones de importación. Siendo más eficientes, ellos podían producir más y mejor, incluso podían exportar, porque al bajar los aranceles y al aumentar la demanda por importaciones, obviamente que subió el tipo de cambio, que permitía que los productores pudieran exportar y ganar dinero mandando sus productos hacia afuera.

En el año 1982 sucedieron una serie de cosas: la tercera oleada del alza del precio del petróleo, una caída muy importante del precio del cobre, y el estallido de lo que se ha llamado "la crisis de la deuda externa", en que los sectores empresariales grandes estaban extraordinariamente endeudados y no podían hacer frente a compromisos. Entonces, eso se relacionó con el tipo de cambio fijo, cosa con la cual De Castro no estaba, ni todavía está de acuerdo.

CON DICCIONARIO

A comienzos de la década de los '80, cuando los economistas se tornaron demasiado técnicos en su terminología, Pinochet dio muestras de su pragmatismo.
Llamó a un edecán y ordenó:

"CÓMPREME UN DICCIONARIO DE TÉRMINOS ECONÓMICOS, PARA PODER ENTENDER BIEN LAS COSAS QUE HABLAN ESTOS CABALLEROS".

El Presidente de la República recibía embates por todos lados.
Tal vez por todas esas presiones, el Presidente llamó un día de abril de 1982, al ministro Sergio de Castro para decirle:

"¡ESTÁ MUY 'PELIAGUDA' LA SITUACIÓN, ASÍ ES QUE LE VOY A TENER QUE PEDIR LA RENUNCIA!".

- "Sí, le replicó De Castro, le encuentro toda la razón".
Era algo que le costaba al general, pero De Castro siempre le había dicho que los ministros eran "sus fusibles", que antes que se incendiara la casa, uno de ellos tenía que saltar.
Entonces, De Castro le dijo al Mandatario que encontraba razonable su alejamiento, porque había mucha presión en su contra. A lo mejor, cambiando la cara, se resolvía el problema.
El Primer Mandatario le preguntó a De Castro:

"¿A QUIÉN PONDRÍA USTED COMO MINISTRO DE HACIENDA?".

Este respondió que la mejor persona podría ser Sergio de la Cuadra, un economista sumamente estudioso.
Después de convencer a éste último, que no quería ni por nada, se fueron ambos al despacho presidencial.
En La Moneda, el Presidente quiso hablar a solas con Sergio de la Cuadra. Al poco rato se abrió la puerta y el Presidente le dijo a De Castro:

"¿POR QUÉ NO SIGUE USTED DE MINISTRO?".

Al día subsiguiente lo llamó y le dijo:

"VAMOS A HACER EL CAMBIO". ENSEGUIDA, LLAMÓ A SERGIO DE LA CUADRA Y LE COMUNICÓ QUE DEBÍA JURAR.

Para De Castro fue una sorpresa el que en junio viniera la devaluación. Cree que esa, a lo mejor, habría sido la primera discusión fuerte con el Presidente, pero él ya no era ministro, así es que no se produjo.
La mañana del día en que se devaluó el dólar de 39 pesos, los periodistas de Moneda le preguntaron si cambiaría el valor de la divisa, y el general Pinochet les dijo que no. En la tarde, devaluó.
Al día siguiente, los periodistas, mohínos, le representaron:
- "Presidente: ¡Usted no nos dijo que iba a devaluar....!".

"¿Y QUÉ QUERÍAN...?",

dijo el gobernante.

"SI LES HUBIERA DICHO, HABRÍAN PARTIDO TODOS CORRIENDO A COMPRAR DÓLARES".

Pinochet, a juicio de Sergio de Castro, es una persona sumamente tranquila, no se aterra, analiza las cosas con cuidado y sopesa todo. Hablaba con una cantidad impresionante de gente. Cualquier persona que hubiera querido hablar en Chile con él, podría haberlo hecho, porque mantenía una política de mucha apertura.
Tenía intuición para ver los que llegaban pretendiendo defender los intereses de la patria y en el fondo querían defender su bolsillo. A esos los dejaba de lado, a la gente que sí le parecía que tenía una recta intención, la escuchaba, les pedía que le enviaran un "memo".
Después llamaba a De Castro y le decía:

"¿QUÉ LE PARECE ESTO...?".

Sergio de Castro dice que el ex Mandatario es una persona "de gran calor humano, muy bueno, pero no es de "añuñúes", aunque es atento y demuestra cariño...".
A De Castro siempre le asombró muchísimo la capacidad de trabajo del general Pinochet.
Era -dice- un Presidente informado de todo lo que estaba pasando, de todos los decretos leyes. Todas las cosas que él nos delegaba, después las leía y las estudiaba. Posteriormente, nos llamaba y preguntaba por qué y cómo. Tiene asimismo "una memoria de elefante". Yo, de repente, le decía cosas y al poco tiempo se me olvidaban y él me decía:

"...PERO SI USTED ME DIJO TAL COSA".

Según decía el general Pinochet,

"EL MANEJO DE LA ECONOMÍA TIENE QUE SER IGUAL QUE LA DIRECCIÓN DE UN SUBMARINO".

"YO SÉ QUE UN SUBMARINO TIENE QUE IR RUMBO CERO-CERO-CERO. PERO A VECES HAY QUE APARTARSE UN POCO DEL RUMBO, CUANDO LAS AGUAS ESTÁN AGITADAS, PARA LUEGO RETOMARLO Y COMPLETAR LA TRAVESÍA".

Así explicaba por qué designó a Manuel Martin y a Luis Escobar Cerda en Economía y Hacienda, respetivamente, durante un breve período, lo que hizo que algunos pensaran que su gobierno iniciaría una línea populista.
Cuenta Sergio de Castro que si bien el general Pinochet tenía al gobierno de Estados Unidos en su contra, contaba en su favor a toda la institucionalidad económica de los Estados Unidos, a los bancos y las grandes empresas que veían que aquí se estaba haciendo lo que ellos desearían se hiciera en su país. Y cuando, de repente, decían: "Bueno, el Banco Mundial no les va a dar este crédito... ¡Qué importaba si el sector privado norteamericano sí que lo iba a dar...!".
Estados Unidos no vendía armas a Chile, pero sí lo hacían Israel y Sudáfrica, siempre se pudo conseguirlas, a un costo alto, obviamente.
Cree De Castro, que sin Pinochet la transición habría sido completamente diferente y traumática. El hecho de estar él ahí "estabilizó políticamente al gobierno de Aylwin, porque el Mandatario pudo mandar e imponerse a los socialistas y al PPD, que tenían el temor de que Pinochet, de repente, pudiera pegar su golpe en la mesa. No estaban seguros de que no lo fuera a hacer."

FOTO DEL GABINETE

Siempre hacía gala de su buen humor con los ministros de Estado. Un 18 de septiembre, después de la ceremonia del Te Déum en la Catedral, estuvo especialmente risueño.
En esa fecha, era tradicional que tanto el Gabinete como los Subsecretarios y las esposas de todos se tomaran una foto oficial con el Presidente de la República, en La Moneda. Todos aparecían de lo más serios, enfundados en elegantes smokings y las señoras de vestidos largos, tal como lo exigía el riguroso Protocolo oficial.
La sesión fotográfica ya duraba más de una hora y todos estaban muy cansados. Mientras se sacaban las fotos las señoras de los ministros con la Primera Dama, el ministro de Relaciones Exteriores, Jaime del Valle, aprovechó el momento para contarle un chiste graciosísimo a Pinochet, que los hizo saltar de la risa a ambos. No pararon de reír hasta llegar a las lágrimas, e incluso ni siquiera podían articular palabra.
La Señora Lucía, que posaba en esos momentos para la foto oficial con las otras señoras, lo llamó y le dijo:
"Mire, Jaime, le advierto que Augusto me cuenta todos estos chistes. Y si éste ha sido uno picarón, pasado de tono, va a ver cómo le voy a tirar las orejas...".
Jaime del Valle, para evitar el tirón de orejas, terminó -por ese día- con los chistes.

SOTO, NO MAS...

En 1974, hizo su primera visita a Osorno. El entonces intendente, teniente coronel Bruno Siebert, y después ministro de Obras Públicas, le presentó a los alcaldes. Al escuchar los apellidos, Hott, Schilling, Meyer, Schmidt, Winckler y Schenckler, Pinochet miraba a Siebert, como diciendo:

"OIGA, PARECE QUE AQUÍ HAY PUROS ALEMANES".

De pronto, llegó donde un señor bajito, moreno, quien lo saludó: - "Buenos días, Presidente. Usted no me va a creer. Fíjese que yo soy Soto, no-más".
La carcajada presidencial estremeció la sala.
Veinticuatro horas más tarde, nueva reunión, en el hotel Wurnier. Las autoridades enfatizaron que Osorno era el principal productor de leche del país. Avanzó el reloj y resolvieron tomar once. Minuto fatal.
Pinochet le dijo al garzón:

"¿ME PODRÍA TRAER UN TÉ CON LECHE?".

La respuesta azorada fue: "No hay leche, Presidente".
El general miró al intendente Siebert y le dijo:

"OIGA, BRUNO... ¿POR QUÉ NO MANDA A BUSCAR UN POCO DE LECHE A VALDIVIA?".

VIII. EDECANES

Hasta que Augusto Pinochet llegó al poder, la tradición era que el Presidente tuviera sólo un edecán de servicio, que, por lo general, pertenecía al Ejército. El general quebró la regla, motivado por su intenso ritmo de trabajo y por la necesidad de dar una imagen de cohesión.
Durante su gestión fue normal ver en la sede de gobierno a los cuatro edecanes, pertenecientes a las tres ramas de las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile, operando a todo ritmo, no sólo cerca del despacho presidencial, sino que también en una oficina especialmente habilitada para ellos. ¡Y aun así, a veces, les faltaba tiempo...! El que más sufría era el Edecán de turno, que a las 07.00 horas de cada día tenía que llegar hasta su casa, para informarle de las novedades de las últimas horas y, supuestamente, darle cuenta de las novedades de los diarios. ¡Encontraba a Pinochet no sólo despierto y listo para irse a La Moneda, sino que con todos los diarios leídos!

¿COMO ESTA DON JUAN...?

Cada vez que llegaba hasta Iquique, Pinochet no dejaba de ir a Pica y a Matilla, en pleno desierto.
En Matilla había un viejito que fabricaba aguardiente en forma clandestina. En una oportunidad, fue con su edecán de Carabineros:

"Buenos días, don Juan. ¿Tiene una botellita de aguardiente?".

- "¿Qué aguardiente?...".

"El que usted hace y me vende todos los años para llevar a Santiago",

le contestó sorprendido.
- "No entiendo, general... ¿Qué aguardiente?".
Extrañado, Pinochet se acercó y le preguntó:

"¿Qué le pasa, don Juan?".

La explicación aludió al edecán de Carabineros. En un susurro, y haciéndole una seña en dirección al uniforme verde del edecán, le dijo:

- "¡Mi general, no me meta en líos. Esta vez vino con los pacos! ¿No ve que usted después se va y me quitan la mercadería?...".

"No se preocupe, hombre. Es mi edecán y se va conmigo".

Demás está decir que la botella de aguardiente apareció como por encanto.

¿...Y LAS ESTRELLAS?

Al término de una gira por la Novena Región, el general se resfrió. Por prescripción médica, debido a que le comenzaron a doler los oídos, regresó por tierra desde Temuco a Santiago, con su edecán de Carabineros, Sergio Cotroneo, a quien llegó a tener entrañable afecto, por su carácter alegre y comunicativo.
Por el cansancio del viaje, ambos se durmieron profundamente. El general despertó primero. Miró a su edecán y le dijo:

"Señor Cotroneo... ¡Usted se durmió sobre mi hombro!".

- "¿Cómo se le ocurre, mi general?", le respondió, confundido y medio adormilado Sergio Cotroneo.

"¡No mienta. Todavía tiene mis cinco estrellas marcadas en los cachetes!".

Con el mismo edecán y su asistente personal, el cabo Flores (a quien siempre llamaba "Flowers"), gustaba de ir a La Ligua. Visitaba una fábrica y compraba chalecos gruesos y amplios, talla 54. Cotroneo tenía la misma medida y siempre, a escondidas, adquiría prendas similares, aunque creía que el general no lo sabía.
En una oportunidad, mientras recorrían las calles de La Ligua, ordenó:

"Cómpreme este chaleco, Flowers".

El comandante Cotroneo, por detrás, le hizo señas para que comprara dos. La escena se repitió varias veces. El edecán juraba que Pinochet no lo había visto.

Grande fue su sorpresa cuando terminaron de recorrer, y el Presidente dijo a "Flowers":

"QUE LOS CHALECOS DEL COMANDANTE COTRONEO SEAN DE DISTINTO COLOR, PORQUE TODA LA VIDA COMPRA LOS MISMOS QUE USO YO".

"OTRA VUELTECITA..."

En otro fin de semana en la residencia de El Melocotón, el edecán de servicio, comandante Cotroneo, y el jefe de seguridad presidencial salieron a trotar, hasta San Alfonso. Volvieron, muy cansados y transpirados.
Los esperaba Pinochet, de buzo. Llamó a Cotroneo:

"YA QUE AMANECIÓ CON ESPÍRITU DEPORTIVO, AHORA ME TIENE QUE ACOMPAÑAR A TROTAR A MÍ".

Cinco vueltas por la residencia. El edecán ya no daba más. Sonriente, Pinochet lo autorizó:

¡"VAYA A DUCHARSE, MEJOR. SI NO, SE VA A DESMAYAR!".

LEALTAD CON SU PERSONAL

Son bien conocidos la preocupación y el sentido de lealtad que tiene el general Pinochet con sus subalternos. Veamos uno de estos episodios que lo refleja de pies a cabeza.
En medio de un agitado día de trabajo en La Moneda, el Presidente Pinochet se asoma a la puerta de su despacho, y en tono enérgico y rápido, como es su estilo, le dice a su edecán Militar, el entonces coronel Sergio Moreno:

"MORENO, UBÍQUEME AL GENERAL GUILLARD Y QUE VENGA URGENTE A MI DESPACHO...".

Entre llamados telefónicos, visitas, ministros de Estado y el intenso ajetreo diario de su trabajo, Moreno entendió "...el general Vidal". Y, por lo mismo, ubicó a este último oficial, y le dijo que el Presidente de la República deseaba verlo cuanto antes en su despacho en La Moneda.
A los veinte minutos, el general Vidal estaba presente en el despacho presidencial, y con cara de preocupación.

- "¿Ud. no sabe, Moreno, para qué me necesita mi general?, le dijo con mucha incertidumbre. ¿Existirá algún problema? ¿Necesitará algún documento...?".
Por supuesto, el edecán nada sabía al respecto.
Pasados unos minutos, el general Pinochet se asomó en la puerta de su despacho, para encargarle algo a Moreno. Saludó al general Vidal, pero no le dijo nada. La situación se repitió en varias ocasiones, pero nunca hizo pasar a su despacho al alto oficial, el que cada vez estaba más preocupado por la situación.
Al final, el general Pinochet llamó a su edecán Militar y le dijo:

"¿QUÉ PASA CON EL GENERAL GUILLARD QUE NO LLEGA, LE AVISÓ QUE YO LO NECESITABA URGENTE...?".

Moreno casi se fue de espaldas por la sorpresa, pero de inmediato, sin ocultarle nada al Presidente, le confesó su error:
- "Perdón, mi general, pero me equivoqué y en vez de mi general Guillard llamé a mi general Vidal, que está en la antesala esperándolo hace rato, y está superpreocupado por su cita con Ud....".
Entre las risas del general Pinochet, por la situación equívoca y el parecido de los apellidos de los generales, el Primer Mandatario sacó del apuro, salomónicamente, a su subalterno:
- "Mire, Moreno. Llame de inmediato al general Guillard y dígale que se venga corriendo a mi despacho, que lo necesito urgente. Pero antes, haga pasar al general Vidal para encargarle una misión... porque o si no, Ud. lo va a pasar muy mal con él, por la falsa alarma...".
A los pocos minutos, el general Vidal salió con una amplia sonrisa del despacho presidencial, con una misión de confianza que cumplir.

UN SUBMARINISTA

Cuando al comandante de submarinos, Pedro Arrieta, lo nombraron edecán del Presidente de la República, general Augusto Pinochet, el 28 de diciembre de 1982, tal vez pensó que se trataba de una broma del día de los inocentes.
Tampoco estuvo en sus planes estar con él hasta los primeros días de 1987, ni menos que iba a vivir durante esos cuatro años algunas experiencias que lo marcarían para el resto de su vida.
El estaba propuesto para hacer un segundo año

de mando cuando le informaron que estaba en una terna para ser edecán del Presidente de la República. Esto no le gustaba mucho porque significaba -a su juicio- sacarlo de su línea profesional.

No conocía al general Pinochet y tenía de él la imagen pública de ese momento: una persona poco amigable, hosca, de carácter duro. Nunca imaginó, entonces, que llegaría a trabajar tanto tiempo con él como tampoco que terminaría por admirarlo profundamente.

Cuando ya había recibido la orden, el submarinista recibió un decidor llamado telefónico: "Mire Pedro, aquí se está comentando que cómo es posible que a usted lo hayan nombrado edecán del Presidente de la República en circunstancias que tiene un hermano exiliado".

Pedro Arrieta le dijo entonces a su interlocutor: "Eso es en parte verdad y en parte mentira, porque tengo un hermano en España que está autoexiliado, él es un hombre de izquierda y, para ser más preciso, militó en el MIR. Se fue a raíz del pronunciamiento. Es algo que nunca he ocultado y, por el contrario, siempre a mis oficiales subalternos se los pongo de ejemplo de cómo una persona de una educación formal, familia católica, conservadora, fue derivando en lo político hacia la izquierda y en lo religioso de ser católico a ser iglesia nueva, marxista, ateo.

El alto uniformado, le recalcó: "¡Esto se lo debe decir al general Pinochet".

Por eso, un día antes de recibirse del cargo, pidió audiencia al Presidente de la República y en la tarde estuvo paseando frente al pasillo, mientras el edecán lo hacía pasar. A Pedro Arrieta le tiritaban los dientes.

Apenas entró y saludó a su interlocutor, el marino le dijo al Jefe del Estado:

- "Mi general, tengo que informarle, antes de ser su edecán en forma definitiva, que tengo un hermano que está autoexiliado...".

El general Pinochet lo quedó mirando, y le dijo:

"Lo sé perfectamente bien. Su hermano se llama José María y está en Madrid. Yo lo elegí edecán a usted, y no a su hermano... ¿Tiene alguna duda?".

- "No, mi general", dijo Pedro Arrieta, sintiendo que desde ese instante, el general Pinochet lo había conquistado.

Nunca más volvió a tener un tiritón frente a él y a partir de ese momento logró entenderlo, rompió esa tremenda barrera y el temor se transformó en un gran cariño hacia la persona del Primer Mandatario.

Desde ese entonces, y durante más de cuatro años, su vida... y casi su muerte, fueron muy cercanas a la de su jefe.

En una ocasión, en que en la Quinta Región hubo un accidente horrible, Arrieta llamó por teléfono en la noche al Presidente, porque los hechos ocurrieron al anochecer. Despertó al general por teléfono, a las dos de la madrugada, y le informó de lo ocurrido. Este le replicó:

"Prepáreme todo para mañana porque vamos a conocer cómo están los heridos".

Pinochet estaba muy acongojado, triste por lo ocurrido. Fuera de la cantidad de muertos, había innumerables heridos repartidos por todos los hospitales de la provincia. Entonces, a través del Secretario Regional Ministerial de Salud y de la Intendencia, el Presidente y el edecán partieron a darse una vuelta por todos los hospitales, para ver cómo se atendía a la gente.

El Mandatario se dio el tiempo de visitar hospital por hospital y ver a todos los enfermos, uno por uno. En Valparaíso, el hospital Van Buren; el Gustavo Fricke, en Viña del Mar... De ahí se fueron a Quilpué, Villa Alemana; por todos los pueblitos donde hay hospitales chicos, todos, uno por uno. De todos esos heridos, normalmente había muchas madres que habían perdido a sus hijos y para todos el Presidente tenía una palabra de consuelo.

La gente se emocionaba mucho al verlo y él también estaba realmente conmovido.

En un hospital del interior visitaron a todos los enfermos, salieron y en eso llegó una monja corriendo.

"general, Presidente, le dijo, en el cuarto piso hay un enfermito, uno de los accidentados que no alcanzó a ver".

Se estaban metiendo al automóvil cuando llegó

la religiosa a demandar por el Presidente de la República. El se bajó, subió a pie hasta el cuarto piso, fue a ver al enfermo que se le había pasado y bajaron.
Esto impresionó profundamente al edecán porque vio que ese hombre sufría realmente con el dolor ajeno. No era una cara para la prensa porque no había ningún medio de comunicación presente. El dolor que se le notaba y las lágrimas que le cayeron eran reales.

UN PEQUEÑO OLVIDO

Cuando él se enoja, dice Arrieta, se nota en el gesto de la cara, pero "tiene un autocontrol tremendo".
Le cuesta mucho perderlo, aunque haya habido una enorme equivocación. En una oportunidad, invitó a un almuerzo y su edecán tenía que hacer la distribución de la mesa y las invitaciones, tanto para un sector civil relacionado con la industria y el comercio como a una serie de ministros relacionados con el mismo tema.
Las invitaciones a los ministros fueron olvidadas, llegó la hora de almuerzo y se colocaron las tarjetitas.
Luego llegaron los invitados y no había ningún ministro. El marino le dijo entonces al sorprendido Jefe del Estado que a quien él había encargado la invitación de los ministros, simplemente lo había olvidado.
El Presidente Pinochet dijo, entonces:

"MUY SENCILLO, SAQUE CINCO PUESTOS DE LA MESA, Y PUNTO."

Jamás se complicó la vida en esas cosas, aparta muy bien lo que es la paja del trigo.
Sin embargo, el general es una caja de sorpresas. Saca algunas veces una carta de la manga como si fuese un prestidigitador, haciendo aparecer pañuelos de colores y conejos del sombrero.
En plena época de "apertura" política, el general pronunció un importante discurso en Rancagua con motivo del aniversario del Sitio en esa ciudad. Allí dio por terminado el diálogo violentamente. ¿Qué pasó?
Un equipo de gobierno le había preparado un discurso relacionado con el diálogo pero él, paralelamente con otro grupo, tomó la decisión que ya estaba bueno de conversaciones con la oposición y que ya se había superado la situación que daba origen a las disquisiciones.
Cuando iba en el auto, su edecán de turno, que siempre se preocupaba de dejarle los discursos bien compaginados, sacó el que le había entregado el personal de la Casa Militar.
Al verlo, el general Pinochet, le dijo:

"NO, NO, NO, GUARDE ESE DISCURSO, PEDRO. VOY A LEER ESTE OTRO".

Y sacó otro documento del maletín, que le pasó a su acompañante.
El edecán comenzó entonces a doblarle las puntas, una para arriba y otra para abajo, con el objeto de que ellas no se pegaran. Lo revisó, estaba bien compaginado, y luego le dijo:
- " Listo el discurso, mi general".
El Presidente de la República le preguntó entonces:

"¿QUÉ TAL LE PARECIÓ...?".

- "No sé, mi general, porque no lo leí", fue la respuesta de Arrieta.

"BUENO, DIJO PINOCHET, PERO SI LO HICE YO TIENE QUE SER BUENO...".

A lo que su interlocutor advirtió:
- "No sé, mi general, pero si usted me pide su opinión, permítame leerlo...".
El Presidente puso una cara de malos amigos, entrecerró sus ojos, lo miró y pasados unos minutos, le dijo:

"¡NO CAMBIE NUNCA, SEA SIEMPRE IGUAL!".

NI PALOTE...

En una ocasión, el general René Peri y el comandante Hernán Ramírez, este último su edecán militar, conversaban con un grupo de habitantes del altiplano. Ambos tenían dominio de la lengua quechua.
Un ministro comentó al Presidente: "Parece que se entienden muy bien con los pobladores".
El general Pinochet dijo:

"ELLOS SE PUEDEN ENTENDER MUY BIEN, PERO SEGURAMENTE LOS PAISANOS NO ENTIENDEN NI PALOTE".

CHITAS QUE ESTOY GORDO

Al programar una visita a Osorno, Valdivia y otras localidades de la Décima Región, ordenó que en todas partes organizaran onces con la comunidad, "porque allá hacen kuchenes y dulces alemanes muy ricos".
Todo marchó bien hasta el tercer día, cuando viajaba en su auto y se miró el abdomen.

"¡CHITAS QUE ESTOY GORDO!",

comentó.
La orden al edecán no se dejó esperar:

"¡A PARTIR DE HOY, SUPRIMA TODAS LAS ONCES. SI NO, VOY A LLEGAR A 120 KILOS!".

DAMA ESCOTADA

A la entrega de una población, en Temuco, asistió una mujer muy buenamoza, con un escote impresionante. Nadie dejaba de mirarla. Al término del acto, el intendente invitó:
"Mi general, vamos a visitar una casa, para que vea la calidad".
Salió al patio y allí lo esperaba la dama. Su voz tronó al dirigirse al edecán:

"¡COMANDANTE COTRONEO, USTED TRAJO A ESTA SEÑORA HASTA AQUÍ!".

El edecán se preparaba para alegar inocencia, cuando ella explicó: "No, mi general. Llegué sola. Lo único que quería era sacarme una foto con usted".

SAQUEME A ESTA SEÑORA

Al término de una visita a la Salitrera Pedro de Valdivia, se le acercó una señora, emocionada, y lo abrazó.
Víctima de una crisis nerviosa, a la mujer se le trabaron los dedos y quedó prácticamente "colgada" del cuello del general, quien pidió urgente ayuda al edecán:

"¡COMANDANTE, SÁQUEME A ESTA SEÑORA DE ENCIMA. PARECE QUE LE DIO UN ATAQUE!".

HELICOPTERO DESAPARECIDO

No es Pinochet un hombre que se asuste con mucha frecuencia. Tal vez, su formación militar lo tiene entrenado para no sentir temor, o si lo siente, para disimularlo muy bien. No sólo en el campo de los fenómenos de la naturaleza permanece calmado. También ocurre cuando debe enfrentar situaciones difíciles.
Se encontraba el entonces Primer Mandatario pasando sus vacaciones veraniegas en Bucalemu cuando, por razones de Estado, tuvo que viajar hasta la capital.
De regreso a la costa, el helicóptero "Puma", del Ejército, despegó desde la Escuela Militar. A bordo iban su Edecán Militar, el ahora general Sergio Moreno Saravia, Jefe del Comando de Institutos Militares; el Dr. Fernando Castro Avaria, su médico personal; el Jefe de Seguridad, capitán Juan MacLean, en la actualidad su secretario privado; uno de sus nietos regalones; y la tripulación al mando del piloto Juan Carlos Marengo.
A los pocos minutos del despegue, una cerrada neblina los obligó a volar a baja altura. La situación se puso peligrosa al sobrevolar entre los cerros de Melipilla y San Antonio. Estaban bajo las cumbres y la neblina era cada vez más espesa. Lo más aconsejable ante la situación, era volver o intentar un aterrizaje casi de emergencia.

- "NO VOLVAMOS A SANTIAGO,

dijo Pinochet.

ESTAS NEBLINAS MATINALES DESAPARECEN RÁPIDO. TRATEMOS DE ATERRIZAR EN MELIPILLA, SI SE PUEDE...".

Al llegar al aeródromo de Melipilla, en uno de los extremos, hay una modesta población. Ante la novedad, al ver bajar al helicóptero "Puma", cientos de personas comenzaron a perseguir el aparato en su carreteo. El piloto Marengo tuvo que hacer grandes esfuerzos para perder a los hombres, mujeres y niños que seguían de cerca al helicóptero militar.
A los más porfiados, a los que llegaron hasta las cercanías, se les advirtió muy seriamente que se fueran a sus casas, diciéndoles: "Tengan cuidado. El helicóptero es peligroso. Por seguridad, váyanse por donde vinieron...". Ello no era efectivo, se trataba de garantizar a todo trance la seguridad presidencial.
Una vez instalados en el terminal, la tripulación se dio cuenta que el helicóptero había quedado

aislado, sin comunicación radial ni con Santiago, ni con Bucalemu.
Ante la emergencia, Juan MacLean partió en una vieja renoleta del mecánico del aeródromo a Melipilla, para llamar a Bucalemu y pedir los autos y la seguridad presidencial.
Mientras tanto, hasta las puertas del helicóptero presidencial, de repente, llegó una modesta señora, esposa del mecánico, quien les dijo:
- "Aunque están de civil, yo sé que son militares. Por lo mismo, les vengo a decir que soy la concesionaria del casino. Les puedo preparar unos ricos sandwiches de queso con ají y unas bebidas para pasar el rato mientras superan la emergencia...".
El general, que estaba a bordo leyendo los diarios capitalinos, y al que se le había aconsejado por seguridad no bajarse del aparato porque lo reconocerían de inmediato, apareció, instantáneamente, en la puerta.

"¿Y QUÉ ESPERAMOS, PUES SEÑORA?. VAMOS A PROBAR ESOS BUENOS SANDWICHES DE QUESO CON AJÍ, QUE UD. DICE PREPARAR TAN BIEN...",

dijo el Primer Mandatario bajando sonriente por las escalerillas.
La señora casi se murió de la impresión al ver, en persona, al mismísimo Presidente de la República. Pero no perdió la voz, porque en un simpático, espontáneo y chispeante diálogo con Pinochet, ambos se encaminaron rápidamente hacia el casino del aeródromo en busca de la prometida comida y bebidas, seguidos por la comitiva.
- "Lo estábamos echando de menos en Melipilla, Presidente, porque tenemos algunos problemas que Ud. puede arreglar de inmediato, le dijo. Ya ve lo que es el destino, "cuando Dios a una le quiere dar, a la casa le manda a dejar...".
La comitiva presidencial pasó tres horas en el aeródromo de Melipilla, conversando con la modesta señora del mecánico y unos excelentes sanwiches de queso con ají picado. El general Pinochet estaba relajado, contento y sin apuros. Total estaba de vacaciones... El único preocupado era su médico personal, quien temía una gastritis presidencial por el contenido de las vituallas.
Llegaron los autos desde Bucalemu a buscarlos. A la subida, el Presidente Pinochet le dijo a su edecán Militar, Sergio Moreno:

"AUNQUE LA SEÑORA NO ACEPTA QUE SE PAGUE LA CUENTA DEL CONSUMO, PÁGUELE IGUAL Y DÉLE UNA PROPINA, YA QUE NOS ATENDIÓ MUY BIEN Y SU COMIDA ESTABA MUY RICA..."

Como el edecán sacara sólo unos billetes, Pinochet le recalcó:

"NO SEA APRETADO, LE DIJE UNA BUENA PROPINA".

Al llegar a Bucalemu, no se olvidó de la simpatía y atenciones de la señora del casino del aeródromo. Fue a su dormitorio y volvió con su propio televisor a colores.

"MIRE, MORENO, DIJO, QUE ENVUELVAN ESTE TELEVISOR EN PAPEL DE REGALO, CON UNA CINTA BONITA. Y LE AGREGAN ESTA CARTITA PERSONAL MÍA DE AGRADECIMIENTOS...PERO VAYAN DE INMEDIATO A MELIPILLA, PARA QUE ESTA SEÑORA NO CREA QUE SOY INGRATO Y MAL AGRADECIDO...".

El ahora general Sergio Moreno estuvo a punto de ir a una tienda a comprar un televisor a colores nuevo, para cambiarlo. Porque el que mandaba el Presidente Pinochet a la buena señora melipillana era histórico. Era su propio televisor, el personal.

SUS ESCAPADAS

Cada vez que podía, el Presidente de la República también se arrancaba de sus edecanes y escoltas, con el consiguiente sufrimiento y preocupación de éstos.
A Enrique Morel se le perdió dos veces en Punta Arenas. El edecán salió corriendo a la calle y vio que el general iba dos cuadras más adelante, caminando solo, tranquilamente.
En otra oportunidad, se les perdió a todos en Valdivia, pero esa vez su edecán estaba muy asustado. Había ido a su pieza para decirle que le firmara una tarjetita para llevarle una caja de bombones a la señora del general Bravo, donde iban a comer. El la firmó y ya listos para salir, al ponerse la corbata, al edecán se le cortó un botón de la camisa.
En lo que demoró en sacar la aguja y pegarlo, se dio cuenta que el Presidente había desaparecido. Salió corriendo al ascensor y cuando llegó abajo no encontró a nadie, ni auto siquiera. Tomó un taxi hasta la casa del general Bravo, pero el general Pinochet no había llegado.
La inquietud fue intensa. Hasta que el Jefe del Estado llegó a la media hora, sonriendo como niño pillado en falta.

UN FAVOR, MENDOZA

El general Pinochet tiene un agudo sentido del humor. Y le gusta rodearse también de personas ingeniosas. Tal vez, por eso, le tomó mucho afecto a uno de sus edecanes de carabineros, quien tenía la talla a flor de labios, aun en los momentos más tensos.
Los edecanes presidenciales, en ese tiempo, duraban dos años, era lo normal, pero un día, el general Pinochet le hizo una seña al director de Carabineros, César Mendoza, y le dijo:

> "TE QUIERO PEDIR UN FAVOR. SERGIO COTRONEO YA CUMPLIÓ DOS AÑOS Y TENDRÍA QUE IRSE, PERO ME GUSTARÍA SOLICITARTE QUE ME LO DEJES UN AÑO O UN TIEMPO MÁS. EL ME HACE REÍR Y TÚ SABES QUE YO VIVO EN UN AMBIENTE DE TENSIÓN. ASÍ ES QUE SI ME LO QUITAS, CAPAZ QUE PUEDA REVENTAR....".

A veces usa sus impecables ternos de civil...con corbata y una perla que le regaló su madre.

DE CIVIL

Casi siempre, Pinochet se viste de uniforme, pero a veces usa sus impecables ternos de civil, de buena confección y tela, antiquísimos algunos, con corbata y una perla que le regaló su madre. Aunque no lo reconoce, le gustan mucho las corbatas.
Otro de sus hobbies son las lapiceras. Las tiene de todas las marcas y están alineadas junto a la infaltable carpeta con que recibe a sus visitas, en ordenada fila. Pero como es generoso, no tiene tampoco empacho en regalarlas.
"Una vez -cuenta el general Morel- yo necesité un lápiz y le dije al jefe de palacio: búscame uno bicolor. Me trajo diez de seis colores. Cuando el Presidente los vio, me los quitó todos...".

SUS PROPIOS RELOJES

Sus colaboradores recuerdan, asimismo, la tremenda generosidad del militar. En cierta ocasión estaba en una comida con sus edecanes, cuando uno le dijo: "¡Qué bonito su reloj!". Pinochet se lo sacó y se lo pasó, diciendo:

> "AHÍ LO TIENE, PARA QUE VEA QUE NO LE TENGO APRECIO A LAS COSAS MATERIALES...".

En otra oportunidad, en Copiapó, Pinochet asistió a una reunión con la ciudadanía, que le había preparado un acto cultural. Un niño se acercó al general, lo abrazó y le dio un beso en la mejilla. Pinochet miró para todos lados, como diciendo: "¿Qué le regalo?". Se sacó entonces el reloj que tenía puesto y se lo dio.
El camarógrafo de Televisión Nacional Manuel Martínez no podía creerlo cuando con motivo de su cumpleaños, el general Pinochet le regaló también un bonito reloj.

DONDE PONE EL OJO...

Pinochet tiene una puntería fenomenal. En los almuerzos anuales a los que invitaba a los periodistas, especialmente en el Centro Nuclear de Lo Aguirre, siempre hacía sobremesa y conversaba en forma relajada. Invitaba a directores, editores, jefes... y reporteros de Moneda y Defensa.
En cierta oportunidad, llevó a sus visitas a probar la puntería con distintos tipos de armas. El encabezó la demostración.
Tendido en el suelo, tomó un revólver y disparó haciendo blanco en una de sus tarjetas de visita, colocada de canto a una distancia de 25 metros. Los periodistas quedaron estupefactos.
Como si eso no bastara, para los incrédulos, más tarde, el general hizo blanco en todas las botellas colgadas como cuadros, en cordeles a más de 50 metros de distancia.
Esa experiencia no sólo ocurrió ante los asombrados periodistas. En Coyhaique, en las Bandurrias, iba en cierta oportunidad caminando y se encontró con un soldado. Le pidió el fusil y cortó también una tarjeta de visita, de canto, a metros de distancia, dejando atónito al militar.

¿...Y EL CHEQUE...?

Muy pocos conocen el lado bromista que tiene Pinochet. En cierta ocasión, fue a comer con su edecán donde un empresario amigo. Llegaron a las 20 horas, departieron con el dueño de casa y sus visitas como dos horas y poco después de las diez de la noche se retiraron. Su subalterno, que no se sentía bien, luego de comer se sintió peor. Al Presidente le habían hecho entrega de un jugoso cheque como donación para obras sociales del gobierno, documento que había pasado a su edecán para que lo guardara. Este llevaba el cheque en la mano, pero cuando el automóvil llegaba a Eliodoro Yáñez con Pedro de Valdivia, se sintió tan mal que le pidió a su jefe que hiciera parar el automóvil.

Se descompuso de tal forma que tuvieron que llevarlo al hospital porque se había deshidratado. Cuando se sintió un poco mejor, se dio cuenta que no tenía el cheque.

Asustado se lo contó al Presidente y se fue a recorrer Eliodoro Yáñez y los alrededores, con una lámpara al estilo de Diógenes... pero nada. El cheque se había perdido.

Desesperado, pensó en llamar al empresario para pedirle el número del cheque con el fin de dar aviso de no pago.

En esos momentos, viéndolo tan aproblemado, el general metió la mano a su bocamanga y sacó el documento que él mismo había escondido para hacer pasar un susto a su edecán...

CARIÑO FEMENINO

El general (R) Enrique Morel, también recuerda la gran aceptación que tiene Pinochet entre las mujeres, quienes durante las giras presidenciales se le lanzaban al cuello, lo besaban y abrazaban. En una oportunidad fue con su comitiva a Rancagua donde había una reunión femenina. Morel le aconsejó: "Mi general, por favor no bese a ninguna señora, ni tome ninguna mano".

Entraron, el Presidente de la República se paró en el escenario y habló, tenía diez tarjetas de esas de visita con puntos anotados para ayudarse en su discurso. Cuando terminó, le pasó las tarjetas a su ayudante, quien se las metió en la bocamanga y bajaron por el otro lado del escenario.

A la primera mujer que estaba ahí, Pinochet le dio la mano... y de inmediato se vino una avalancha femenina que los envolvió a ambos. Al edecán le rompieron la blusa, y de las diez tarjetas, después de la "tole tole", sólo encontró tres, las otras siete quedaron botadas en el camino. Salieron del lugar como pudieron porque debían ir a otra parte. En una dependencia del mismo teatro se encerraron a rehacer los apuntes perdidos y necesarios para la otra reunión. Ninguno se atrevió a volver a buscar las tarjetas.

PREFIERE COMPRAR...

Sus edecanes dicen que es un hombre que no busca aprovecharse del cargo para que le hagan regalos. Cada vez que sale a alguna parte o al centro y le gusta algo, hace una seña nada más, entonces sus ayudantes regresan y compran el objeto, con el propósito de que los comerciantes no se sientan obligados a regalarle.

Y el general se tienta con los objetos más diversos. Una vez, en Ancud, había una feria donde estaban vendiendo chaquetones. El pasó, los miró, le hizo una seña al edecán, quien más tarde regresó a comprarlo.

CON CACHIRULOS

El ríe de buenas ganas con lo que le toca vivir. Y las anécdotas de sus viajes son para llenar libros. Una de las más graciosas ocurrió en Castro, donde había una ceremonia oficial. Pinochet viajó con su edecán, Enrique Morel, en helicóptero. Estaban en la losa todas las autoridades formadas para recibirlo, entre ellas una mujer.

Cuando empezó a descender el helicóptero en medio de un gran ventarrón arremolinado por las potentes aspas y el estruendo del rotor, de repente ¡zuácate!... se le voló la peluca a la autoridad femenina, una alcaldesa, quedando a la vista la cabeza llena de cachirulos de la pobre señora.

Hubo una risa contenida de todos los presentes, incluyendo al general Pinochet, quien sin embargo le dio un beso en la mejilla a la azorada señora porque no había tiempo para que ella fuera a recuperar su peluca voladora... Fue como si nada hubiera pasado...

IX. SUS VIAJES

El general Pinochet junto a dos pobladores durante una de sus numerosas visitas a la Carretera Austral, una de sus obras predilectas.

Nada menos que dos millones y medio de kilómetros suman los viajes que realizó por Chile el general Augusto Pinochet, durante su gestión presidencial. Recorrió el país a lo largo y a lo ancho: desde Visviri, por el norte, hasta el paralelo 63 sur, en la Antártida. A lo ancho, su bitácora registró viajes a Isla de Pascua y Juan Fernández. Los medios de transporte fueron variados: desde un moderno Boeing de Lan Chile y de la FACH, y los buques de la Armada, hasta helicópteros, automóviles, camionetas y jeeps.

Algunas cifras para ilustrar sus giras: A la Primera Región fue 64 veces, en tanto que a la Duodécima llegó en 50 oportunidades. Pero el récord se lo llevó la Undécima Región, hasta donde viajó en 66 ocasiones. ¿El motivo? La construcción de la Carretera Austral, obra predilecta de su gobierno. Viajó tanto por Chile para tomar contacto directo con la gente, "para que no me cuenten cuentos", como solía y suele decir. Además, porque quería supervigilar personalmente el cumplimiento de los programas de gobierno. Entremedio, además, reunirse con las autoridades, trabajadores, mujeres y otros sectores de la ciudadanía.

En cada visita, había planteamientos de los problemas regionales, evaluaciones y presentación de posibles soluciones.

No todos recuerdan que su primera "gira" fue a Quillota y la última a la Novena Región, concretamente a Temuco, la única donde ganó el "Sí" en el plebiscito.

En sus viajes, el general Pinochet acumuló distinciones al por mayor: Hijo Predilecto de Arica; Hijo Ilustre de Cabildo, Cauquenes, Cerro Sombrero, Copiapó, Curicó, Chaitén, Freirina, Graneros, Illapel, La Ligua, Lebu y Los Lagos.

La lista sigue con Panguipulli, Río Bueno, San Antonio, Santa Cruz, San Felipe, San Pedro de Atacama, Talagante, Talca, Temuco, Tehuelche, Traiguén, Valparaíso, Vallenar, Victoria, Villa Alemana y Yungay.

Hay muchas ciudades más. Pero faltarían páginas para mencionarlas.

Gira por Isla de Pascua.

Por si lo anterior fuera poco, se le proclamó Ciudadano Ilustre de Constitución, Isla de Pascua, Purranque y Putre. Además, Soldado Ilustre de Rancagua.

Entre las distinciones más especiales figuraron el Ancla de Oro de Antofagasta, el Ostión de Oro de Mejillones y su proclamación como "Ullmen F'ta Lonco" (jefe principal y gran conductor) del

pueblo Mapuche, en Cholchol y en Freire. En estas últimas ocasiones, se mostró muy contento y solemne al recibir mantas de cacique, cintillos y bastones de mando.
El programa de las giras siempre incluyó reuniones con intendentes, secretarios regionales ministeriales y jefes de servicios. Eran muy temidas. Duraban toda la mañana o toda la tarde, y a veces seguían hasta la noche. Cada uno daba cuenta de su gestión, con gráficos y cifras.

NO ME PASE GOLES

El general Pinochet escuchaba y preguntaba hasta el más mínimo detalle. Conocía perfectamente los mapas. Cuando alguien intentaba hablar de más o engañarlo, no vacilaba en decir:

"NO TRATE DE PASARME GOLES, SEÑOR".

Tal empeño resultaba imposible, porque viajaba acompañado de ministros y altos jefes, quienes también debían contar con la información instantánea sobre los temas tratados.
Un rol muy importante desempeñaban el suboficial Luis García y el cabo Flores, quienes se ocupaban de toda la parte "doméstica" de sus viajes. Siempre les tuvo gran afecto y confianza. A Flores, gustaba de llamarlo "Flowers", con humor, porque, según decía, tenía cara de inglés.
La actividad en cada viaje comenzaba, oficialmente, a las 07.00. Pero mucho antes ya estaba la "máquina" en movimiento: transporte, comunicaciones, etc.
Tan inquietantes como esas reuniones eran sus inspecciones por las ciudades y pueblos. Se salía del recorrido oficial y se iba por otras calles. Detenía su automóvil para conversar con la gente o ingresar a una casa. Conversaba con las señoras o con los hombres y les preguntaba cómo estaba "la cosa". Si le respondían "mala", les daba ánimo y los exhortaba a tener fe en el porvenir.
Y un tercer motivo de inquietud: la gente muchas veces no sólo se quejaba, sino que acusaba a determinados funcionarios de no cumplir sus obligaciones o de tramitarla.
En esas ocasiones, llamaba en voz alta al denunciado y le preguntaba ahí mismo qué pasaba y cuál era la razón de su mala actuación. En cada visita recibía kilos y kilos de carpetas con informes y planes.

"ESTO LO VOY A LEER CUANDO REGRESE A SANTIAGO",

prometía.
¡Y no sólo lo hacía, sino que luego enviaba cartas a funcionarios y particulares relacionados con esos documentos!
También le gustaba comer con la comunidad, oportunidades en que no sólo presenciaba la actuación de artistas locales, sino que también "copuchaba" activamente para completar las informaciones reunidas durante el día. Nunca se hacía mucho de rogar para pronunciar un discurso en estas ocasiones.
No tenía problemas con ningún medio de transporte... excepto con los buques. En su primer viaje a la Antártida, "desapareció" durante el cruce del siempre agitado Mar de Drake.
Su Secretario de Prensa, Eduardo Ramírez, informó reiteradamente: - "Está despachando asuntos de gobierno en su camarote".
Después se supo que iba totalmente mareado. Es más, mandó llamar a sus dos médicos y que no pudieron ir a atenderlo: también estaban mareados.
Su afición al nado provocó un problema de urgente solución entre sus leales escoltas: algunos

General Pinochet de visita en la Antártida.

no sabían nadar y debieron aprender en forma urgente.
Durante enero de 1974 viajó a Iquique, lejos su ciudad predilecta. Se alojó en la Hostería Cavancha. Una tarde, sin avisarle a nadie, se internó en el mar. Estaba nadando en lo mejor y una señora lo miraba mucho:

- "¡Por Dios que se parece usted al general Pinochet, señor!".

"SIEMPRE ME DICEN ESO, SEÑORA",

le dijo él.
- "Pero él es más joven, más delgado y tiene ojos verdes".

"ESO ME HAN DICHO, SEÑORA",

le contestó.
Pese a la "comparación", siguió nadando tranquilamente.

EN LOS AVIONES

Aunque todo el mundo lo recuerda en los aviones, lo cierto es que muchas veces ocupó medios de transporte terrestre.
En cierta oportunidad, un niño que se cruzó imprevistamente en un camino de tierra, al interior de Chillán, provocó un choque múltiple, de siete autos de la comitiva... que iban detrás del suyo.
Informado sólo quince minutos después, apresuró su programa y, pasado el mediodía, llegó hasta el hospital de Chillán para visitar a los lesionados y disponer el traslado de algunos de ellos a Santiago.
Acostumbraba a solicitar la misma tripulación para sus vuelos en Lan-Chile. Decía que así le conocían sus mañas.
En el Boeing se habilitaba un privado, con cuatro asientos, una litera y un escritorio. Llenaba todo con papeles, libros, informes, diarios, revistas, etc. Muy cerca de él, doña Lucía, sus hijas Lucía y Jacqueline, y a veces, su nieto Rodrigo.
En los vuelos trabajaba todo el tiempo, salía a hacer consultas a los ministros, que iban en una cabina contigua, o los llamaba a la suya.
De cuando en cuanto, sobre todo después de almuerzo, echaba su siesta. Ordenado para comer, no pedía nada a deshora. Claro está que la tripulación le sabía su debilidad: nunca los aviones de Lan llevaron mejores tortas y dulces que entonces, para el ilustre goloso.
Al término de cada vuelo, doña Lucía recibía un discreto paquetito... con un trozo de torta extra para su marido, para que la comiera en casa, y algunos chocolates.
Las azafatas que volaron con él lo recuerdan como muy sencillo:
"De repente, una, por el nerviosismo, se equivocaba y ponía los cubiertos al revés".
El iba leyendo, pero igual se daba cuenta. No decía nada y se limitaba a cambiar la ubicación.
Un rito que jamás dejó de cumplir fue tomarse una foto de recuerdo con el personal de cabina que viajaba con él. La instantánea se captaba al término de cada gira, minutos antes de iniciar el descenso.
El resto de los pasajeros sabía muy bien cuándo, porque las azafatas aparecían más lindas que nunca y se movían con una rapidez impresionante para no quedar fuera de la fotografía. Algunos días después, cada tripulante recibía una foto autografiada: "Afectuosamente, Augusto Pinochet".
En un viaje a Iquique, donde se sentía de particular buen humor, invitó a comer a la tripulación. Fue la primera vez que lo vieron de civil, porque gustaba de viajar de uniforme, primero de calle, y luego de escritorio, es decir con chaqueta corta.
La cena fue muy alegre. Conversaron de todo. Una azafata aprovechó de preguntarle por qué usaba siempre una perla en su corbata.

"PORQUE SE TRATA DE UN REGALO DE MI MADRE",

señorita.
Otra costumbre de sus vuelos era su invariable recorrido por el sector de los periodistas, donde iba "a echar la talla", en lenguaje castrense. Se detenía ante cada uno y le hacía alguna observación o broma. Rápidamente, se formaba un grupo, donde se comentaba la actualidad, aprovechaba para reírse de algunas publicaciones o de cobrar sentimientos por otras.
Al final, la invariable advertencia:

"ACUÉRDENSE DE QUE TODO ESTO ES OFF THE RECORD".

EL VIAJE A FILIPINAS

Cuando se iniciaron los preparativos para la visita presidencial a Filipinas, todos estaban muy entusiasmados, a excepción de la esposa del Primer Mandatario. Doña Lucía estaba muy reticente a viajar. Tenía la premonición de que

algo malo le iba a pasar al general Pinochet.
Sin embargo, hizo todos sus papeleos obedientemente, pero siempre muy contraria al viaje que emprenderían con su marido y una nutrida concurrencia, incluyendo periodistas, a Filipinas, Malasia, Singapur e Indonesia, con escalas en Tahiti y las Islas Fidji.
El 21 de marzo de 1980, el Jefe del Estado abordó muy contento el avión presidencial, en el que sería el último viaje al exterior de su mandato.
Anteriormente, desde marzo de 1974, hasta septiembre de 1977, el gobernante visitó Brasil, Paraguay, Argentina, Bolivia (Charaña, para restablecer relaciones diplomáticas), España, Uruguay y Estados Unidos.
Todo anduvo bien hasta Tahiti. Cuando estaban prontos a llegar a las Islas Fidji, el Jefe de la Casa Militar, Jorge Ballerino, recibió una noticia urgente del piloto del avión. Desde Santiago, avisaban que la visita del Presidente de Chile a Filipinas se cancelaba.
Silenciosamente, el alto oficial se dirigió a los asientos donde estaban el general Pinochet y su esposa y les informó que el Presidente filipino, Ferdinand Marcos, había cancelado la invitación.
La reacción de ambos, según Ballerino, fue muy tranquila.
El general Pinochet, hizo un gesto con su boca, levantó sus hombros y señaló:

"¡BUENO, NOS DEVOLVEMOS. NOSOTROS NO SOMOS LOS QUE PERDEMOS!".

La Primera Dama se mostró impresionantemente tranquila. Fue como si le hubieran sacado un peso de encima, porque de alguna forma, como se lo dijo después a varias personas, iba con una angustia enorme pensando siempre que algo muy malo iba a pasar.
Finalmente, lanzó un suspiro de alivio y exclamó: ¡"Ya pasó y no fue lo peor!".
Tal vez, porque ella pensaba en algún atentado.
Mientras tanto, en la cabina donde iban ministros, invitados y periodistas, se confundieron la incredulidad, el escepticismo, el mal humor, la ironía y todo tipo de sentimientos e inquietudes.
En Fidji la tensión aumentó. El personal del aeropuerto se negaba a poner una escalerilla en el avión. Solucionado el problema, la comitiva se trasladó al hotel. Pero a la salida, debió soportar la manifestación programada de un grupo de personas.
En el hotel se realizó una reunión de urgencia. El general Pinochet pidió explicaciones y responsables y dispuso el regreso inmediato a Santiago.
Costó convencerlo de lo contrario. En eso, jugaron un rol importante los periodistas, quienes le enviaron el siguiente recado:
"La tripulación y todos están agotados tras 15 horas de vuelo, y no parecería adecuado volver inmediatamente".
Aceptó la petición y pospuso el retorno para el día siguiente, muy temprano... directo a Santiago, sólo con escalas para reabastecimiento de combustible.
Nuevos recados. Resultados: escalas en Tahiti y en Isla de Pascua.
Ya en Rapa Nui, el Jefe del Estado seguía molesto.
Cayó el crepúsculo y el gobernante se fue a sentar cerca del mar, entre unas rocas. A la distancia lo vieron los periodistas. Les parecía amurrado y con cara de no muy buenos amigos.
- "¿Vamos a hablar con él?", dijeron los más audaces.
- "¡Chis, mejor que no! Mira la carita con que está...", objetaron los demás.
Y el diálogo siguió.
- "Vamos, nomás. Lo peor que nos puede pasar es que nos mande a buena parte".
Se acercaron:
- "Buenas tardes, Presidente. ¿Está de muy mal genio?".
- (Con una sonrisa)

"¿Y CÓMO QUIEREN QUE ESTÉ, DESPUÉS DE LO QUE PASÓ?".

- "Bueno... pero no se enoje con nosotros, porque también quedamos "con cuello".
La sonrisa se hizo más amplia. Continuó el diálogo:
- "¿Es cierto que se quedó "acachado" con unas camisas especiales que se mandó a hacer para Filipinas?".

(RISA) "ASÍ NOMÁS FUE...".

- "No se preocupe, a nosotros nos pasó lo mismo".
La conversación prosiguió. Después, vino un

asado con bailes pascuenses. Al día siguiente, retorno a Santiago y bienvenida triunfal. El enojo se convirtió en sonrisa, en orgullo, en emoción.
A fin de cuentas, pese al revés diplomático, sin precedentes a nivel mundial, "la bofetada en el rostro de Chile" -como él la definió- se convirtió en otro importante punto a favor de su administración.
No es que al Primer Mandatario no le doliera el desaire del gobierno filipino a su persona, pero tenía claro que se trataba de una presión del gobierno de Estados Unidos de esa época en contra de un extraordinariamente débil y dependiente gobernante, como era Marcos en Filipinas.
Más claro le quedó esto al Mandatario, cuando el jefe del Estado filipino envió posteriormente un emisario a Chile para darle explicaciones.
El general Pinochet, en todo caso, pasó con entereza el trago amargo, y si bien su enojo no pasó tan rápidamente, la multitudinaria recepción que se le tributó en Santiago, a su regreso, puso un tibio bálsamo en su herido orgullo personal.
Lo que más lo indignaba, según sus colaboradores, era sentir que Chile y su pueblo no merecían tal ofensa.

A PRIMERA VISTA

En cierta ocasión, Pinochet, entonces Presidente de la República, fue a Brasil. Allá le dieron una comida y trajeron unas niñas que bailaban samba. Estas sacaron a bailar a los jóvenes, que eran los ayudantes de Pinochet, oficiales de Ejército que andaban de civil. Uno de ellos, se prendó de tal manera de la bailarina que lo sacó a la pista, que hizo una cita para salir más tarde.
Otros oficiales se dieron cuenta del "romance" y le contaron al general Pinochet para que embromara al joven oficial.
En la mesa en que estaba el Presidente de la República escribieron un papel como que se lo estaba mandando ella, diciéndole que lo esperaba a tal hora y que no dejara de ir a buscarla. Se lo pasaron al oficial a través de un mozo, y éste quedó fascinado.
Tanto, que le pidió formalmente permiso al general Pinochet para salir. El, sonriendo, accedió. Por supuesto que el oficial esperó toda la noche, en el lugar de la cita, a la bella bailarina que no apareció. Al día siguiente, todos se lo comieron a tallas, y el que más se reía era Pinochet, porque conocía todos los entretelones.
El es simpático, bueno para la broma, muy sonriente. Pero siempre da la misma sensación de autoridad. No le cuesta nada ponerse serio y cambiar de una situación de broma a otra muy seria y profunda.

LOS PERCANCES

Como era de esperar, en medio de tanto viaje, también ocurrieron percances.
En diciembre de 1978, falló su helicóptero y descendió de emergencia en Hualaihué, Chiloé continental. Minutos después, llegó todo el pueblo. Pinochet se puso a conversar con un suboficial de Carabineros, única autoridad del lugar, de lo más tranquilo... si bien por casi una hora perdió contacto con el país.
¡Y eran los días difíciles con Argentina!
El lunes 21 de febrero de 1983, abordó un avión de la FACH, para viajar desde Coyhaique a Chile Chico.
Al volar sobre el lago José Miguel Carrera, debido a las llamadas nubes lenticulares, el aparato perdió altura y cayó varias decenas de metros, en medio de fuertes turbulencias. El general René Peri, ministro de Bienes Nacionales, salió expelido de su asiento y volaron papeles por todos lados.
Alguien vio rezar fervorosamente al edecán naval.
El comandante estabilizó la aeronave y preguntó al Presidente por señas si regresaba. Pinochet, con otro gesto, le sugirió continuar la travesía. Es más: minutos más tarde, se durmió.
En el mismo viaje, durante una escala en Cochrane, encabezó una ceremonia de entrega de títulos de dominio. Pronunció un encendido discurso. Pero, a la hora de distribuir los documentos, éstos no aparecieron por ningún lado.
El general solucionó el problema, muerto de la risa, al informar que el alcalde los entregaría en otra oportunidad.

En Paredones, Sexta Región, bajó riendo de un helicóptero de la FACH, recién adquirido, que perdió potencia y tuvo un aterrizaje de emergencia. Le dijo a los periodistas, que presenciaron el percance, desde otro helicóptero:

"¿SE ASUSTARON, AH? PENSARON QUE ME HABÍA PASADO ALGO".

Acto seguido, abordó el aparato de la prensa y continuó su viaje, como si nada hubiera ocurrido.

EN CHILLAN

Todos los 20 de agosto, Pinochet iba a Chillán al Natalicio de Bernardo O'Higgins. En una ocasión, lo recibió el general Eduardo Ibáñez Tillerías, quien celebra su cumpleaños en esa fecha. En la mañana, el gobernante estaba firmando unos papeles, cuando llegó el general. Alguien le informó que estaba de cumpleaños. Inmediatamente, se puso de pié, lo abrazó y le obsequió la valiosa lapicera con la cual estaba firmando.
Una de sus aficiones favoritas, en cada visita, era compartir un asado en el fundo "Las Bandurrias", del regimiento local. La preparación estaba a cargo de un huaso con fama de "buena mano". El general Pinochet gustaba de escuchar música chilena mientras comía.
Ahí mismo, en "Las Bandurrias", estaban varios de sus ministros jugando rayuela. El sólo miraba. De pronto, dijo:

"A VER, DÉJENME A MI".

Tomó un tejo y acertó seco una "quemada". Todos quedaron con la boca abierta.
El, muy serio, sólo señaló:

"MUCHAS GRACIAS".

Y se fue. Hasta hoy, subsiste la duda de si fue de suerte o si realmente es buen rayuelero.

CON LA EMOCION...

También en Iquique, una señora que formó parte del Cuerpo de Enfermeras de Guerra, que él creó cuando fue Comandante de la División, recibió una vivienda en una población. Se le acercó y le dijo:
- "Mi general, ¿podría visitar mi casa y tomar onces conmigo?". Aceptó.
Había cinco corridas de casas iguales. Junto a la señora, que tenía cierta edad, llegó tres veces hasta igual número de viviendas. Lo que pasaba era que estaba tan emocionada, que... ¡No podía encontrar su casa!
Lo divertido es que en cada hogar, la gente, impresionada, salía a recibirlo y lo invitaba a pasar. A todo esto, la señora explicaba: "Perdone, no puedo encontrar mi casa. Parece que es la otra. Estoy muy nerviosa".
Al cuarto intento, Pinochet, cortésmente, conteniendo la risa, se despidió de ella:

"PERDONE, PERO TENEMOS QUE IRNOS. OTRO DÍA VENGO A VERLA"...

CERRAR LA BRECHA

Su condición de hombre cazurro tuvo siempre numerosas expresiones. En una ciudad sureña, se reunió con dirigentes sindicales. Uno de ellos se quejó:
- "La diferencia de sueldos entre los gerentes y los obreros es muy grande. ¿No sería posible cerrar un poco la brecha?...".
El general Pinochet, lo miró y le dijo:

"AQUÍ EN EL SUR, HABÍA UN ALEMÁN EXPERTO EN MAQUINARIA AGRÍCOLA. LO LLAMARON DE UN FUNDO PARA ARREGLAR UNA TRILLADORA. LA REVISÓ, LE DIO UN MARTILLAZO Y LA HIZO ANDAR. LUEGO, COBRÓ 20 MIL PESOS.

LE PREGUNTARON: "¿POR QUÉ COBRÓ VEINTE MIL PESOS POR UN MARTILLAZO?".

SIN DECIR NADA, EL TÉCNICO HIZO OTRA FACTURA:

"POR DAR UN MARTILLAZO, 2 MIL PESOS. POR SABER DONDE HAY QUE DAR EL MARTILLAZO, 18 MIL PESOS".

Después de este cuento, el dirigente no insistió en su planteamiento.

CON MAL OLOR

Otro percance estuvo a punto de ocurrirle en Copiapó, donde la Intendencia Regional le programó inaugurar una laguna para reciclar aguas servidas. Afortunadamente, algunos de sus colaboradores llegaron antes y averiguaron que la ceremonia consistía en que abriría una enorme cañería, por la cual saldría gran parte del "producto" de los alcantarillados locales.
Se canceló la actividad.

EL GUATON CASTILLO

Conforme a su costumbre, visitó Chuquicamata, recorrió las instalaciones y almorzó con los mineros. A la hora de los postres, habló Bernardino Castillo, amigo suyo y Presidente de la Confederación de Trabajadores del Cobre:
El dirigente sindical dijo en parte de su discurso: "En este almuerzo están presentes los jefes máximos de dos poderes: el Presidente de la República, que manda el país, y el Presidente de los trabajadores del cobre, que pone la plata para que el país funcione".
Los seiscientos asistentes se rieron mucho.
Y más todavía, cuando alguien gritó: "¡Bernardino, guatón cachetón!".

...Y EL PELDAÑO

Durante un encuentro con los gremios, en Punta Arenas, tuvo un agudo diálogo con un viejito muy simpático, jubilado de la Caja de Empleados Particulares:
- "Presidente, los pensionados estamos muy mal...".

> **"¡PERO SI SE ENCUENTRAN EN LA ESCALA ÚNICA!".**

- "Sí, mi general, pero parece que a la escala le falta un peldaño".

LA SEÑORA MARIA

Al viajar por primera vez entre Chaitén y Coyhaique, por la Carretera Austral, visitó la localidad de Mañiguales. En un acto con la comunidad, habló una dirigenta, conocida como "la señora María". Le pidió un gimnasio, que era la máxima aspiración del lugar.
La respuesta presidencial no se dejó esperar:

> **"SEÑORA MARÍA DE MAÑIGUALES, HABRÁ UN GIMNASIO ANTES DE UN AÑO".**

A los doce meses, Pinochet hizo una nueva visita al lugar. No había gimnasio. Otra vez hubo un acto con la comunidad. La dirigenta recordó en voz alta la promesa hecha por el Presidente.
La réplica del Primer Mandatario fue:

> **"DOÑA MARÍA DE MAÑIGUALES, VOY A VOLVER EL PRÓXIMO AÑO Y SERÁ MEJOR QUE EL GIMNASIO ESTÉ LISTO DE UNA VEZ POR TODAS".**

Al parecer, "alguien" escuchó el recado, porque en 1984 se dio el gusto de inaugurar el recinto.
El ministro de Obras Públicas, Bruno Siebert, tiritaba por la "debilidad" del general Pinochet frente a las peticiones de las jefas comunales.
En una ocasión, doña Berta Reyes, alcaldesa de Maullín, le pidió pavimentar el camino de Puerto Montt a esa localidad. El general miró a Siebert, quien le dijo que estaba en la disyuntiva de pavimentar el camino a Calbuco.

> **"MUY BIEN, PUES. ¡ENTONCES SE HACEN LOS DOS!",**

fue la respuesta.
El ministro debió hacer milagros para encontrar los recursos necesarios, pero ambos se hicieron.
Y si de Vialidad se trata, al inaugurar el camino de Castro a Chonchi, en la Décima Región, anunció:

> **"EL PRÓXIMO AÑO VOLVERÉ, PARA INAUGURAR EL CAMINO A QUELLÓN".**

Grandes aplausos.
El padre Abel Macías, a cargo de la bendición, la comenzó de manera no tradicional:
- "Presidente, que Dios lo oiga, y el diablo se haga el sordo. Fíjese que no creo que el próximo año vayamos a inaugurar esta obra".
Y no andaba muy lejos, porque, a causa de las lluvias y de la mala calidad del terreno, la construcción demoró cuatro años.

CONDICIONES FISICAS

En agosto de 1985, luego de las protestas y otros sucesos, circulaba el rumor de que el general Pinochet estaba enfermo y que pronto habría un "golpe de estado".
Visitó Osorno y no vaciló en responder a una consulta:

> **"ACABO DE TERMINAR MIS PRUEBAS FÍSICAS Y MÉDICAS. ESTOY EN PERFECTAS CONDICIONES. EL OTRO DÍA, CORRIÓ LA VOZ DE QUE VENÍA UN GOLPE DE ESTADO. ¿GOLPE DE ESTADO... DE QUIÉN?... ¡SI AQUÍ EL ÚNICO QUE SE PODRÍA SUBLEVAR SOY YO!".**

(Grandes aplausos).
Muchos recuerdan, al respecto, lo que sucedió en abril de 1984, durante una protesta. En un Consejo de Gabinete se molestó y preguntó:

> **"¿QUÉ ESTÁN BUSCANDO? ¿QUIEREN QUE ME PONGA DE NUEVO EL UNIFORME DE CAMPAÑA? ¡SI QUIEREN DICTADURA, TENDRÁN DICTADURA!".**

¿Quieren que me ponga de nuevo el uniforme de campaña?

En otra reunión similar, preocupado por los secuestros y otros hechos extremistas, recomendó a sus ministros:

> **"TENGAN CUIDADO. EL TERRORISMO ES CAPAZ DE TODO. SI ALGÚN MINISTRO O EMBAJADOR ES SECUESTRADO, NOMBRARÉ INMEDIATAMENTE AL REEMPLAZANTE. ¡NO NEGOCIARÉ CON DELINCUENTES!"**

Acto seguido, obsequió a cada Secretario de Estado un revólver Famae calibre 38. Sólo una advertencia les hizo:

> **"CUIDADO CON SU USO. LAS ARMAS LAS CARGA EL DIABLO".**

SUS DISCURSOS

Naturalmente, en 17 años ocurrieron muchas cosas con sus discursos.
En Coyhaique, durante una reunión con la ciudadanía, ya había dicho los vocativos, con el infaltable: "Chilenos todos".
El tiempo estaba pésimo, y una ráfaga de viento se llevó una hoja muy importante del discurso. Sin perder la serenidad, en medio de la risa general, improvisó su intervención. Al final dijo:

> **- "ME SALIÓ MEJOR QUE LO QUE DECÍA EN LA HOJA ORIGINAL...".**

Algo similar, pero no igual, le ocurrió en Achao, durante un té con las socias de CEMA-Chile. Al iniciar su intervención, se detuvo bruscamente, revisó las hojas y luego, sonriendo, informó:

> **- "ESTE NO ES EL DISCURSO".**

Hubo un aplauso de aliento de las voluntarias, mientras el azorado Edecán corría para enmendar el error.

Se reía igual cuando le ocurrían percances parecidos a sus colaboradores. El general Bruno Siebert, ministro Presidente de la Comisión Nacional de Energía, subió muy resuelto a un podio para iniciar una intervención y no encontró el texto. Pero no se amilanó:
- "Permiso, mi general, para tirarme "a capella", no más.
Se me quedó el discurso en la oficina".
La respuesta fue:

> **"ECHELE, NOMÁS, MINISTRO".**

Otra vez, en la Carretera Austral, el mismo Siebert le informó que al día siguiente tendría mucha actividad, porque debían inaugurar veintidós puentes. Pinochet dio entonces una solución salomónica:

> **"INAUGUREMOS UNO, NOMÁS, Y DAMOS POR ENTREGADOS LOS DEMÁS. NO VAMOS A ANDAR DISCURSEANDO EN TODOS LOS PUENTES".**

Pero lo mejor sucedió en una localidad de la Sexta Región, donde fue proclamado Hijo Ilustre. El decreto tuvo que leerlo la Secretaria Municipal, una señora muy miope, que leía con lupa. Corría el mes de febrero. La señora leyó a favor del sol. ¡Estaba en el medio del texto y comenzó a quemarse la hoja!
El general Pinochet tuvo que morderse los labios para no reírse y permaneció así mientras un par de funcionarios daba manotazos al papel para apagar el fuego.

LA CUECA

El general es de pocas amistades. Pero quienes son sus amigos, dan fe de su sinceridad, lealtad y cariño. Pero él no busca la vida social. Es una persona que participa lo justo y necesario en esas actividades. Le gustan más bien los grupos pequeños de personas.
Pese a su empeño, nunca aprendió a bailar cueca. Sabedor de la tradición, cada "18", cuando tenía que inaugurar las fondas, telefoneaba al alcalde:

> **"NO SE OLVIDE. APENAS COMIENCE LA PRIMERA CUECA, USTED SALTA A LA PISTA Y ME REPRESENTA".**

Lo que nadie supo nunca es que algunos de sus escoltas debieron aprender apresuradamente a bailar nuestra danza nacional, para salir como "galletas" a bailar y respaldar al jefe comunal. Siempre tenía una especie de ministro en la sombra, una persona que él convidaba a tomar tecito y le preguntaba sobre materias específicas que decían relación con los ministerios. Era una forma de ir haciendo "ping pong".

X. UN ESTUDIOSO

No le gusta alardear de sus conocimientos. Tiene la humildad de entender que siempre le quedará mucho por aprender. Algunos ejemplos: a medida que desarrolló su labor de gobernante, comprendió que, pese a entender y hablar inglés, necesitaba profundizar sus conocimientos. Calladito, contrató los servicios de un profesor, que llegaba discretamente a La Moneda.

Suma y sigue: hubo todavía mayor expectación cuando dispuso que se instalara una moderna red de computación en la sede de Gobierno, y él mismo tomó clases "para aprender a manejar estos aparatos, porque uno no se puede quedar atrás".

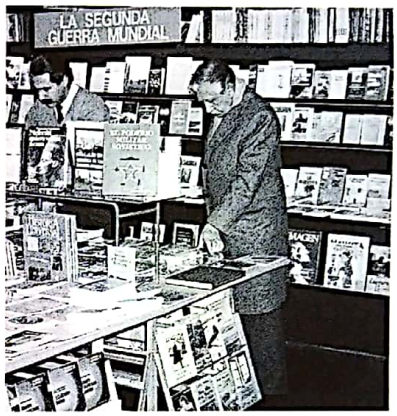
Cuando los tiempos se pusieron duros y se habló de crisis, el general estudió economía. Le hacían clases Sergio de Castro y Miguel Kast. De cada cosa quería saber los por qué, y cuando le habían explicado, él recomenzaba la discusión porque tenía dudas y mientras fuera así, él no largaba el hueso.

De lo que sí siempre se ha mostrado orgulloso es de su condición de profesor de Estado Mayor, en la especialidad de Geopolítica, que le permitió no sólo escribir un libro que se emplea hasta hoy en la Academia de Guerra del Ejército, sino también formar generaciones de oficiales jóvenes, que hasta hoy recuerdan sus enseñanzas y la estrictez con que las impartía.

Es también el Comandante en Jefe del Ejército un "ratón" de biblioteca. Siente verdadero placer comprando y ordenando sus libros, que suman miles. Donó más de 30 mil volúmenes a la Academia de Guerra, para que sirvan de consulta a los militares.

También tiene en su residencia de Melocotón una enorme biblioteca atestada de libros y recuerdos. Entre ellos, escenas de viejas batallas, en que se divisan los soldados unos al lado del otro, como tomados del brazo. Para conocer ese enclave particular del general, hay que bajar por una huella hacia el río Maipo.

Un día, en que mostró sus "tesoros" a un amigo, tomó un jeep y manejando él mismo, ante una silenciosa pataleta de nervios de su invitado, llegó cuesta abajo al recinto.



Siente verdadero placer comprando y ordenando sus libros.

Cuando su interlocutor le preguntó, asombrado ante los cuadros de la enorme sala, por qué los soldados de esas batallas iban codo a codo, como tomados del brazo, presentando un blanco fantástico para el enemigo, el general Pinochet le respondió, socarrón:

"¡PARA QUE NO SE ARRANCARAN, PUES!.

El general es un hombre extremadamente estudioso y debe tener una de las bibliotecas más valiosas en cuanto a calidad y cantidad de libros. No tiene ni un solo libro inútil, que le sobre o que esté en su poder por llenar anaqueles. Cuando era Jefe del Estado Mayor del Ejército de la Guarnición de Santiago, se vestía de civil en la tarde cuando terminaba su jornada y se iba a recorrer todos los llamados "libreros de viejo" de San Diego. Por eso, es amigo de todos los vendedores de libros.

Hasta el día de hoy, él va y le tienen guardadas las novedades. Es un hombre que no colecciona libros por el solo hecho de hacerlo, sino que además los lee, lo que es algo muy especial...

Su pasión por los libros es tan grande que, en cierta ocasión, llamó personalmente a España al agregado militar, Sergio Badiola, para encargarle unos libros. Cuando el atónito militar contestó la llamada de Santiago y preguntó con quien hablaba, desde la capital de Chile, el general

Pinochet le dijo, riendo:

"¿CÓMO LE VOY A DECIR MI NOMBRE, PUES SI SOY SU JEFE".

- "¿Qué jefe?", replicó el aludido, que no podía entender que fuera el propio Presidente de la República, en persona, quien estuviera discando su número telefónico para hacerle unos encargos literarios personales.
El general, en su curiosidad por saber más, no se pierde ni siquiera los diccionarios. También los lee en su afán de aprender.
Una vez, le dijo a Mónica Madariaga:

"¿POR QUÉ TE OPONES AL ABORTO?... ¡A LO QUE TIENES QUE OPONERTE ES AL ABACTO!".

Y enseguida sacó un diccionario, que no es el de la Real Academia, y le mostró la definición de aborto que allí aparecía, que es la" expulsión espontánea del feto", y la de "abacto", que es la intervención de la mano del hombre destinada a producir la expulsión del feto.
Tenía toda la razón, o sea es un hombre que estudia hasta la etimología de las palabras.

LA GUERRA DEL PACIFICO

El Vicecomandante en Jefe del Ejército, general Guillermo Garín, refiriéndose a la pasión del capitán general Augusto Pinochet por los estudios y, especialmente, por los acontecimientos relativos a la Guerra del Pacífico, recuerda que en una oportunidad, regresando de Arica a Iquique en automóvil, después de haber participado en un ejercicio en la primera ciudad, el general Pinochet le dijo:

¡"PASEMOS A DOLORES"!

Sentados, debajo de tres árboles, en Dolores, con unos sandwiches y bebidas que habían pedido, les empezó a narrar la batalla y sus momentos previos, dónde estaba cada una de las unidades y dónde debió haber estado el comandante, nombrando correctamente cada uno de los cerros que se veían en el horizonte y cómo se desarrolló la Batalla de Dolores, con detalles que no aparecen en los libros.
Estaban en pleno desierto el mayor general, Comandante del Cuerpo, unos cuantos generales, pero había además unos ocho tenientes, todos sentados alrededor, como quien está escuchando un cuento de alguien que lo vivió.
Era impresionante -dice el general Garín- el relato del capitán general por la precisión de los antecedentes que entregó y la forma sencilla en que lo relató.
El interés del general por la historia es genuina. Y lo ha demostrado mil veces.
Cuando dos de sus colaboradores, el edecán Militar Sergio Moreno Saravia y su secretario privado, Gustavo Collao, tenían días de descanso, o la comitiva presidencial tenía que unir ciudades nortinas en avión, a ellos les autorizaba para que se fueran por tierra.
El permiso no se debía a que ambos le tuvieran miedo a volar, sino porque los dos, viajando en automóvil, hacían sus tradicionales "cachureos culturales", que eran muy bien vistos por el Presidente Pinochet.
En Huara, por ejemplo, pasaban a un negocio de fierros que se llamaba "El V 8". Allí buscaban reliquias de la "Independencia", hundida en las cercanas costas; o bien, hacían una "operación peineta" por el desierto, buscando balas o recuerdos de la Guerra del 79.
Incluso, siguiendo instrucciones y consejos del presidente Pinochet, se paraban en determinados sitios y revivían estrategias o batallas de ese histórico pasado.
Al regreso, los "expedicionarios", que habían recorrido viejos cementerios, oficinas salitreras abandonadas y el desierto, le contaban sus experiencias al presidente Pinochet quien los escuchaba con mucha atención, a la vez que aportaba algunos antecedentes. También gozaba examinando los objetos que se habían comprado en la aventura.

EL MISTERIO

El líder castrense tiene una profunda inquietud por el conocimiento. Sin ser un intelectual, sabe apreciar el rigor de las ideas, aunque nunca deja de preguntar y encargar a dos o más equipos los estudios sobre materias que necesita conocer y en las cuales debe adoptar una determinación.
Nunca se queda con la primera opinión, pero tampoco nadie querría apostar por su determinación final.

Lo anterior se comprueba en los cambios de gabinete que solía hacer como mandatario, en que los ministros de Estado nunca estaban seguros de seguir en sus puestos luego de firmar sus renuncias, hasta que el subsecretario del ministerio del Interior, como ministro de fe, leía los respectivos decretos.
Es conocida la sorpresa de un ministro que subió en el ascensor del edificio Diego Portales, casi seguro de que iba a ser confirmado en el cargo que desempeñaba, pero que al llegar al salón del juramento se encontró con que el subsecretario de su cartera, que iba con él en el elevador, fue finalmente quien firmó el decreto de designación.
Como el Oráculo de Delfos, Pinochet puede ser interpretado de mil maneras en sus decires y actuaciones.
Las frases que no termina o deja a medias haciendo gestos; los ojos que vuelve blancos hacia el cielo; su lenguaje no verbal, levantando hombros, o poniendo en sus labios uno de sus dedos, son tácticas propias de quien ha estudiado durante mucho tiempo tanto la guerra como la paz, el presente como el pasado, y que tiene un conocimiento cabal, tal vez más intuitivo que académico, del ser humano, tanto de sus hombres como de sus adversarios.
Si tiene que hacer un discurso, le pide un punteo a dos o tres personas; nunca tiene una sola carta y, al final, siempre corrige cosas de su puño y letra. O se lanza, a galope tendido, a improvisar, dejando presos de un ataque de nervios a sus colaboradores más cercanos.
Después, despacito, como dando cuenta de una pillería, dice:

"Mire, improvisé y parece que hablé demás...".

Nunca sus subalternos saben si lo dice en serio, arrepentido, o sólo dando una diplomática explicación de su conducta, de la cual se encuentra encantado.
Otra de sus tácticas es hablar despacio, para que sus interlocutores se vean obligados a guardar silencio y escucharlo.
En los consejos de gabinete, siendo Jefe del Estado, a veces sus afirmaciones parecían murmullos. No volaba una mosca, porque en primer lugar, su presencia ya infundía un enorme respeto a sus colaboradores, pero además, porque si no estaban con todos sus sentidos descifrando los mensajes que les estaba enviando el principal emisor, no entendían nada.
¡Y nadie se habría atrevido a señalarle que hablara más fuerte, o que repitiera sus decires...!
El general tiene una percepción de la realidad y de la futurología más allá de lo que parece. A veces se hace como que no entiende, pero resulta peligroso creerlo así.
Pinochet -dicen- "sabe dominar el silencio". Escucha mucho, pero él decide... siempre.
Tiene un control del tiempo, del futuro. Se reserva el cuándo y cómo de determinadas decisiones, en forma casi increíble.
A nadie le ha dicho hasta hoy cuándo se va a retirar. Es algo que nadie sabe. Muchas veces pregunta, como pensando en voz alta:

"¿Cuándo cree usted que convendría más al Ejército y a las Fuerzas Armadas mi retiro?".

Y cuando vienen las respuestas, él sólo observa, semblantea y responde con una mirada penetrante y un:

"¡Hummmm!",

que puede significar muchas cosas.
Es Pinochet un gamo de las sorpresas. Se fija plazos, porque es ese un elemento esencial del manejo del tiempo, da "triguito" a las aves más próximas pero sus metas son a más largo plazo. No se contenta con cazar patos; las águilas son más difíciles, pero importan un desafío mayor.
Lo ayuda una memoria prodigiosa que cuida para mantenerla vigente. Porque todo lo anterior va unido a una voluntad y a una autodisciplina fuera de lo común, tanto para mantenerse física como mentalmente en óptimas condiciones.
Como buen militar, Pinochet es mucho más dúctil, ocurrente y astuto en las situaciones adversas y límites, lo que demuestra la prudencia de quien domina las tácticas de la guerra.
En cuanto a sus dotes de negociador, las opiniones no son unánimes. Mientras su hija Lucía piensa que él no sirve para negociar, otros estiman que el militar tiene "grandes dotes" de negociador.

XI. BUENA SALUD

Cuando se cumplen 80 años, no es habitual que la salud de una persona sea "excelente". Augusto Pinochet Ugarte, capitán general, Comandante en Jefe del Ejército, es una de las raras excepciones en tal sentido. A lo largo de su vida, ha sido un hombre privilegiado.
Luego, toda una vida de hábitos de gran moderación en el comer y en el beber, con horarios para trabajar y para descansar, y la intensa práctica de variados deportes, hicieron el resto. Augusto Pinochet está orgulloso hasta hoy de ser un hombre que, muy pocas veces, ha tenido afecciones serias.
Durante su mandato presidencial, fue operado exitosamente de una hernia inguinal izquierda, en el Hospital Militar. Julio de 1989. Una semana después, se dio el lujo de concurrir a votar en el plebiscito sobre las reformas constitucionales.
En mayo de 1992, el país no se alcanzó ni siquiera a preocupar. Muy calladito, porque no le gusta que sepan que está enfermo, se internó por 24 horas en el mismo establecimiento, donde le implantaron un marcapasos, para superar una arritmia, más que natural a su edad. Desde entonces, no ha tenido problema cardiológico alguno. Problemas de los últimos quince años han sido su tendencia a resfriarse y una rinitis alérgica. Asimismo, un lunar en la frente, extirpado quirúrgicamente.
Lo que pocos saben es que se cuida bastante. Durante su carrera militar se ha sometido sin chistar al chequeo anual que el Ejército exige a sus hombres. Y, en virtud de sus cargos, le ha agregado algunas precauciones adicionales, como las radiografías de tórax y los frecuentes exámenes de sangre... por si acaso.
Detrás de la buena salud, se esconde su secreto:

"Gracias a Dios, soy de familia longeva. Todos los días dedico algo de tiempo a la actividad física. Hago gimnasia, camino, troto, levanto pesas, practico karate. Con esto, el organismo se mantiene perfectamente joven, porque el escritorio puede anquilosar a cualquier persona. En lo espiritual, me ayuda a conservarme bien mi profunda fe en Dios. Mantengo mi conciencia tranquila y trato siempre de hacer lo mejor, de acuerdo con mis principios".

MENS SANA IN CORPORE SANO

Durante muchos años, un eximio maestro coreano, que estaba adjunto a la Embajada de Corea del Sur en nuestro país, llamado Yong Taik Chung, que además era mayor del Ejército coreano e instructor en la Escuela Militar y en la Escuela de Infantería del Ejército, le enseñó todos los secretos del taekwondo, una forma de arte marcial de autodefensa, que los asiáticos han desarrollado durante dos mil años.
Todas las mañanas, muy temprano, el maestro y su alumno se adentraban por los antiguos vericuetos de las artes marciales. Y, por supuesto, se trenzaban a golpes, manteniendo un excelente estado físico.
También supo y leyó sobre los misterios del yoga y la relajación oriental, practicada por los coreanos por centenares de años.
Fue con él que conoció las bondades del ginseng, la vieja raíz que se cultiva por largos años, en las montañas de Corea, antes de ser industrializada. Este tubérculo oriental, consumido por largo tiempo en forma de yerba, pastillas, grageas y mil otras formas, sirve para mantener un excelente estado físico y mental.

Desde el momento que conoció el ginseng, Pinochet se convirtió en consumidor. Cada cierto tiempo, lo encargaba a Corea del Sur, o los diplomáticos de ese país se la regalaban en complicidad por ese gusto.
Pero era exigente, ya que tenía que ser ginseng rojo coreano, que, aseguraba, era el mejor de todos. Los otros los rechazaba.

XII. EL ATENTADO

El domingo 7 de septiembre de 1986 comenzó en la localidad de El Melocotón con la acostumbrada caminata, muy rápida y en buzo, que el Comandante en Jefe del Ejército no olvidaba.

Su edecán naval, Pedro Arrieta, lo acompañaba. Era una hora por reloj, cronometrada. Si recibía una llamada telefónica, paraba el cronómetro, atendía el teléfono, hablaba dos minutos y lo echaba a andar de nuevo hasta completar los 60 minutos.

Era ése un día de primavera muy bonito, despejado. Ni una nube presagiaba la tragedia que ocurriría al terminar la tarde.

La señora Lucía llamó por teléfono al edecán naval después de almuerzo y le dijo:

- "Pedro, ¿por qué no habla con Augusto y le dice que se vaya el lunes? Está muy resfriado, así es que es mejor que se acueste temprano. Total se puede ir el lunes. Dígaselo usted, porque a lo mejor le hace más caso que a mí".

El edecán cumplió la petición de la dueña de casa, diciéndole:

- "Mi general, usted está tan resfriado qué sería mejor que nos fuéramos el lunes". Pero él sostuvo que tenía mucho que hacer.

La señora Lucía insistió dos o tres veces, pero Pinochet replicó:

"NO, NO, A LAS CINCO Y MEDIA LOS AUTOS DEBEN ESTAR LISTOS".

Esa fue la última palabra. A esa hora partió la caravana, en un día absolutamente normal.

Había dos autos presidenciales prácticamente iguales, pero de diferente color. Muchas veces se cambiaban para no vulnerar la restricción vehicular. Uno era gris y el otro beige. También variaban los autos de escolta, grises para el Mercedes Benz gris y beige si el vehículo blindado era del mismo tono.

El automóvil presidencial era blindado. En un principio iba un sólo auto y en caso de que se echara a perder, se sacaba uno de los escoltas para reemplazarlo. A partir de 1985 esa modalidad cambió y se ubicó un segundo auto de alternativa para tenerlo de recambio, por si fallaba el primero.

A las cinco y media de la tarde de ese día, cuando ya estaban todos ubicados dentro de los automóviles, con los motores en marcha, la señora Lucía advirtió al edecán naval:

- "Rodrigo se va a ir con su Tata".

El chico se había subido a un auto de la escolta, como siempre lo hacían todos los nietos del general, porque lo encontraban mucho más entretenido. Se subió Pinochet al automóvil, también el edecán lo hizo junto a él en el asiento trasero. Iban a partir, cuando la señora Lucía salió al patio e insistió a Pedro Arrieta que ella quería que Rodrigo se fuera junto a su Tata, para que ambos aprovecharan de conversar.

Entonces, Rodrigo salió del auto escolta y se sentó en el auto donde iba su abuelo. El edecán se pasó adelante y el escolta que iba ahí, se fue a otro auto. En otras palabras, hubo todo un movimiento no habitual, que tendría vital importancia minutos después, durante el atentado en contra del general.

Si el niño hubiera ido en el auto escolta, seguramente lo habrían matado y si el general hubiese visto eso, o que revienta el auto donde va el chico, difícilmente lo habrían podido sacar del lugar de los hechos.

Tal vez todo habría cambiado.

Durante el trayecto, ocurrieron muchas cosas normales, que habían tenido lugar en otras oportunidades, pero que no por ello dejaron de tener importancia.

Ese invierno había sido bien duro, se rompieron varios puentes y otros se los llevó el río. A raíz de esto, se había colocado un puente metálico del Ejército, donde se formaba habitualmente una enorme cola de autos.

Al general le molestaba que carabineros parara a los automovilistas para que él pasara. Aquel día, cuando llegaron a ese lugar, Pinochet bajó el vidrio del auto que separaba los asientos delanteros de los traseros y le dijo a su edecán:

"Oiga, Pedro, averigüe por qué detuvieron el tránsito cuando toda esa gente está esperando. Tengo ordenado que no sea así".

El edecán se comunicó por radio con los autos escoltas y pidió que uno de ellos se devolviera porque el general quería saber quien había dado la orden. Los oficiales de seguridad respondieron que no querían desprenderse de un auto de la escolta en ese momento, de modo que pensaban que era preferible encomendar la acción a un automóvil de la Central Nacional de Informaciones (CNI) para que averiguara lo que había pasado. Nunca lo supieron.

De pronto, se escuchó en el Mercedes Benz del general Pinochet una llamada:

- "Comandante, ¿Qué le parece si cambiamos el orden de la columna?", lo que se hizo rápidamente. Era normal, los autos se podían cambiar. Entonces quedó el auto de carabineros en primer lugar y el del general Pinochet inmediatamente detrás.

Primero, abriendo la comitiva, iba un auto Opala gris, al mando del teniente Jordán Tavra Checura. Lo seguía un Mercedes Benz blindado, que era el auto de alternativa, en caso de desperfecto mecánico y también como medida de despiste. Después el auto de seguridad propiamente tal, con los escoltas. Lo seguía el presidencial, a bordo del cual iban el general Pinochet, su nieto Rodrigo, el edecán Naval de S.E., y el chofer. Cerraba la comitiva un auto Ford antiguo, también con elementos de seguridad.

En este último iban los escoltas uniformados, todos comandos del Ejército. El conductor era el sargento Fernández, y junto a él, el jefe del equipo de seguridad, Guerrero. Atrás, al lado derecho, iba el cabo Roberto Pinilla y, al izquierdo el cabo Roberto Rosales.

Curiosamente no iba la ambulancia que siempre acompaña al general, porque el edecán había decidido dejarla en El Melocotón, debido a que se iba a quedar la señora Lucía. El vehículo de primeros auxilios era un tremendo armatoste, poco maniobrable, que con toda seguridad les habría tapado la salida. Pero el que no integrara la caravana, fue otra de las tantas casualidades.

Los autos pasaron por San José de Maipo a gran velocidad, en dirección a Santiago. Unos veinte minutos después llegaron hasta Las Vertientes, para enfilar luego hacia la Cuesta Achupallas.

Al comenzar el repechaje, el teniente Jordán Tavra, que iba en el primer auto, vio que una casa rodante se daba la vuelta en "U" a gran velocidad y quedaba atravesada en el camino. Echó al aire algunos improperios en contra del conductor que se cruzaba con la comitiva presidencial, y se agachó para accionar la sirena para despejar el camino.

En ese momento, un motorista de Carabineros le advirtió por radio: "¡Cuidado, jefe, van a disparar...!".

Tavra levantó la vista y se encontró con un hombre arriba de una pirca de piedra, que le hacía los puntos para ametrallarlo. Abrió fuego al mismo tiempo con una mini UZI que llevaba entre las piernas.

El cabo Silva Pizarro, que iba en el asiento posterior del Opala, murió instantáneamente traspasado por una bala de fusil M-16, sin un solo quejido. Al lado del teniente Tavra, el conductor recibió un balazo en la columna que lo dejó parapléjico.

El cabo Del Río, que iba en el asiento trasero, comenzó a disparar sin cesar, junto con su teniente, para ahuyentar a los extremistas.

El Chevrolet Opala había quedado en el medio del camino, sólo a una decena de metros de la casa rodante de los terroristas. Era como el escudo de los demás autos de la comitiva presidencial.

El teniente Tavra ordenó a su subalterno que descendieran del auto, porque vio que los otros coches traseros, que eran los escoltas del Ejército habían estallado en llamas. No quería correr la misma suerte.

Bajaron del Opala disparando, pero Tavra recibió en ese instante tres balazos en las piernas y dos

en las caderas. Así y todo, logró agotar las municiones y después tomó el arma del cabo Silva, que había muerto casi sin darse cuenta de que se trataba de una acción extremista.
El chofer del auto presidencial, instintivamente, se echó a la derecha, contra el cerro, lo cual fue salvador porque les dejó a los extremistas allí apostados un muy mal ángulo para disparar.
Al mismo tiempo, el comandante Arrieta tomó la radio y el teniente MacLean partió exclamando:
- "¡Esto es un atentado. Salgamos hacia atrás, adelante estoy totalmente tapado!".
Tal como estaba planificado en caso de una emergencia extrema como ésta, los dos Mercedes Benz blindados intentaron escapar del lugar. El primero de ellos había logrado girar en "U" y había enfilado de regreso hacia El Melocotón. El segundo, el presidencial, había retrocedido a toda velocidad.
Ambos Mercedes Benz eran severamente atacados por los extremistas con armas automáticas, fusiles M-16, bombas caseras tipo Molotov y lanzacohetes Low. Uno de éstos golpeó el marco de la puerta del Mercedes blindado donde iba el Presidente Pinochet, pero milagrosamente explosó sólo algunos metros más allá. Técnicamente, no alcanzó a armarse antes de alcanzar el blanco.
Decenas de balas dieron una y otra vez en el Mercedes del Comandante en Jefe del Ejército, pero el blindaje, de varios centímetros de espesor, resistió bien la dura prueba. Todo el fuego extremista se dirigió contra los dos Mercedes, porque se presumía que en uno de ellos iba el Presidente de la República.
El comandante Arrieta, con su puerta semiabierta, le ayudaba al chofer que no tenía buena visibilidad en el retroceso a toda velocidad, porque el temor era, además, caerse al precipicio, mientras recibían la lluvia de proyectiles.
El Presidente Pinochet trató de bajarse del Mercedes en cuanto frenaron y se escucharon los primeros disparos. Lo hizo instintivamente. Al soldado nunca lo pillan arriba de un vehículo, siempre hay que saltar afuera. Se tiró a alcanzar la puerta y como ésta tenía un seguro adelante, el edecán alcanzó a accionarlo. Por eso, el general no la pudo abrir.
Dentro, en el automóvil blindado había una polvareda tremenda, producto de los vidrios que volaban en pedazos.
Segundos antes, cuando pasaron al segundo auto escolta, el chofer le dijo a Arrieta:
- "Mi comandante, hay un vehículo que nos está tapando atrás".
Era una camioneta que estaba justo en la mitad del camino y había gente que se estaba bajando.
La orden llegó rápida: "¡Echele para atrás, nomás. No tenemos otra opción. Debemos pasar entre el auto y el cerro"!
Y así ocurrió. Se salieron del camino, levantándose hacia el cerro, al mismo tiempo que un individuo salía por el lado izquierdo del asiento de atrás de la camioneta, y les disparaba a unos tres metros de distancia.
Era un tipo de cara redonda con barba y mechas tiesas.
El general Pinochet se lanzó sobre su nieto para protegerlo. Todo fue muy rápido. El auto tenía todos los vidrios picoteados de balas. Se veía muy poco hacia afuera, pero se notaba que seguían disparando. Al mismo tiempo, se oían las explosiones de las granadas de mano que lanzaban los terroristas.
El comandante Pedro Arrieta había estado, como es natural, en muchos ejercicios de comando, desembarcos de anfibios donde el volumen de fuego es siempre muy alto. En esa ocasión, era igual.
Desde el automóvil del Jefe del Estado se veía, entre un velo de tierra y fuego, cómo los automóviles de la comitiva presidencial explosaban. Todo era una tragedia, la sangre corría y algunos cuerpos caían al suelo como muñecos inanimados.
Cuando el Mercedes Benz donde viajaba Pinochet iba pasando al lado de la camioneta que les cerraba el paso y que lograron sobrepasar, el hombre que se bajó, disparó en ráfagas en vez de hacerlo tiro a tiro. Fue un error del terrorista, porque podría haber disparado en la parte delantera, donde el Mercedes es muy vulnerable, ya que no se pueden blindar el radiador y muchas otras piezas vitales.

A unos cien metros del lugar mismo donde se inició la acción, se ensanchaba un poco el camino y fue entonces cuando el conductor dio la vuelta. Comenzó a disminuir la sonajera como de granizos que llovía sobre el Mercedes.
Se sentían de repente un par de picotazos, pero nada más. Un poco más allá estaba el "Puente Nuevo", que sale a Pirque. Por allí tomaron el camino hacia esa localidad. Pero cuando lo estaban haciendo, el comandante Arrieta vio que había dos carabineros baleados en el suelo, en un charco de sangre, así es que ordenó al chofer devolverse a El Melocotón. Y partieron de regreso. No tenían comunicación, porque estaban en el medio de un cajón cordillerano y la radio del auto estaba mala.

El general Augusto Pinochet, con su mano herida.

Cuando se dieron vuelta, el comandante Arrieta miró hacia atrás y vio que el general Pinochet estaba echado encima del nieto y tenía la mano y el pantalón con sangre. Con el consiguiente susto, bajó el vidrio, metió medio cuerpo para atrás y le tomó la mano ensangrentada para ver qué tenía...
Pinochet le respondió:

"NO, SÓLO SON RASGUÑOS. ESTOY BIEN, USTED SIGA HACIENDO LO QUE DEBE, ESTÁ TODO MUY BIEN".

El general estaba muy tranquilo.
Le preguntó a su edecán:

"¿Y CÓMO ESTÁ MI GENTE?",

a lo que el comandante Arrieta replicó: - "Mal, mi general, los tres autos están hecho pedazos, a MacLean lo vi combatiendo, a Rosales que iba saliendo y a otros que estaban liquidados. Yo creo, mi general, que los mataron. Por lo menos, hay seis o siete muertos."

"ENTONCES, NOS DEVOLVEMOS",

dijo Pinochet.

- "No, mi general, replicó su subalterno. No nos devolvemos, nos vamos a El Melocotón. No hay nada que hacer ahí. No tenemos chance, no hay ninguna opción".
El general Pinochet insistió en regresar, pero luego de unos segundos que parecieron eternos, se dejó llevar por la lógica, lo que fue muy importante.
El comandante Arrieta no le preguntó en ningún momento qué debía hacer, simplemente actuó de acuerdo con su formación militar.
Pinochet se quedó pensando mientras su mano sangraba.
Luego insistió:

"A MI GENTE HAY QUE AYUDARLA DE ALGUNA MANERA".

El comandante Arrieta contestó a su superior:
"Mi general, en cuanto podamos, lo haremos. Hay hechos consumados, ya no hay nada más qué hacer. Apenas lleguemos, voy a pedir auxilio para ellos, pero en este momento lo importante es llegar a El Melocotón, porque allá está la señora Lucía y su suegra y no sabemos lo que pueda estar ocurriendo en el resto del país".
Era incomprensible, pero un automóvil nuevo, blindado, con 500 kilómetros, tenía descompuesta la radio... La duda de los ocupantes del Mercedes Benz presidencial era silenciosa, pero estaba allí, en lo más íntimo de sus cerebros: ¿Será esto una cosa puntual o algo ocurrido a nivel nacional? ¿Qué estará pasando...?
No tenían ninguna información. El camino de vuelta fue aún más complicado, porque no tenían escolta. Hicieron un balance con el chofer, quien señaló que no tenía municiones. Pero en el Mercedes había dos pistolas y una metralleta.
Arrieta le pidió al conductor que se fuera despacio, como si todo fuera normal, porque si corrían a 120 kilómetros por hora, cualquier persona, desde lejos, iba a saber que eran ellos que volvían.
En un momento dado, el chofer le dijo al edecán: "Nos viene siguiendo un auto".
Rodrigo, el nieto de Pinochet, abrió la cortina trasera del automóvil. Todavía estaba el ruido de los disparos en los oídos.

Arrieta le dijo al chofer: "No te preocupes, es el otro Mercedes el que nos viene siguiendo".
Entonces, el conductor, un hombre muy avispado, le preguntó: -"Comandante... ¿y quién viene adentro?".
A él se le había ocurrido la posibilidad de que el auto lo tuvieran los extremistas y que hubiesen matado a todos sus ocupantes. Tardó el edecán en comunicarse con el otro Mercedes, pero reconoció la voz del sargento Carpio. Quedaron más tranquilos. Ya eran dos autos y se podían dar apoyo, en caso de otro ataque extremista.
Trataron de camuflarse como turistas, corriendo a no más a 60 kilómetros por hora, aparentemente tranquilos. Cada vez que pasaban un puente se detenían y enviaban al otro auto a que pasara primero. El conductor del automóvil escolta se bajaba y hacía señas con las luces. Sólo entonces pasaba el auto del general. Fue un camino interminable.
Cuando los dos automóviles llegaron a El Melocotón, el edecán se bajó corriendo a tomar el teléfono para avisar al Jefe de la Casa Militar, a la CNI y a todo el mundo.
El general Pinochet subió a ver a la señora Lucía. Cuando ella observó el automóvil ensangrentado, humeando y con picotazos de balas, preguntó:
- "¿Pedro, qué es lo que pasó? ¿Y el resto de la gente? ¿Dónde está MacLean?, ¿Cómo están los demás?".
Entonces el edecán le relató a la esposa del Presidente Pinochet lo ocurrido y le aseveró que creía que había muchos muertos. La reacción instantánea de ella fue de preocupación por la gente.
Comenzaba otra etapa del trágico día vivido.

HEROICA RESISTENCIA

El capitán Juan MacLean, Jefe de la Agrupación de Seguridad Presidencial, trató de armar la resistencia contra los extremistas, para dar tiempo a que el auto presidencial lograra abandonar el lugar de la emboscada terrorista.
- "Mi capitán - cuenta el cabo de Ejército Roberto Pinilla, el único comando que resultó ileso en el atentado - ordenó retroceder, que nos pegáramos al cerro para evitar que los extremistas hicieran blanco en los que quedábamos vivos. Apenas comenzaron los disparos, Fernández frenó en seco el Ford, se echó a la izquierda tal como estaba planeado, y nos lanzamos abajo los cuatro comandos".
- "Salimos disparando a diestra y siniestra, en dirección de donde venían los proyectiles y desde donde nos lanzaban las bombas caseras, que bajaban rodando por el cerro", cuenta dramáticamente Pinilla.
"Vimos que un cohete Low hizo blanco en el Chevrolet Opala que encabezaba la comitiva y éste estalló como en las películas. Se abrieron las cuatro puertas y comenzó a incendiarse. Uno de los ocupantes quedó adentro, malherido o muerto, entre las llamas".
El ambiente era irrespirable por el humo de las bombas y de los tiros de M-16 que resonaban dramáticamente en el bello lugar de la Cuesta Achupallas.
Las bombas de trotil habían destrozado los tímpanos de varios de los comandos y escoltas, que ya sufrían agudos traumas acústicos. Pero seguían disparando con todo, para evitar ser avasallados por los extremistas que estaban en una cómoda posición desde las trincheras naturales o cavadas en el cerro cercano.
Pinilla sobrepasó por la derecha a Guerrero, que se bajó junto a él. Mientras tanto, Rosales bajó por la izquierda con una bala en el cuerpo, o bien fue herido al bajarse del coche. Fernández comenzó a echar lentamente el vehículo hacia atrás, parapetándose detrás de él.
En esos momentos, otro cohete Low estalló por detrás del automóvil, al lado izquierdo de él. El cabo Rosales, que iba agazapado por su herida, recibió de llenó la explosión del Low. La onda expansiva hizo estallar, al mismo tiempo, las tres granadas que portaba en su pierna derecha, amputándole la pierna y un brazo.
El cabo Rosales voló por los aires destrozado, más allá del pequeño muro al lado de la calzada. Al otro lado, el precipicio tenía más de doscientos metros, a pique.
"El Pitico Rosales era mi mejor amigo, mi yunta, mi hermano, confiesa con mucha pena y gran cariño el cabo Pinilla. Eramos amigos de toda una vida. Yo conocía a su madre, a su familia.
"Habíamos hecho juntos el curso de comandos,

salíamos con amigas comunes el fin de semana. El Chico era muy alegre y chacotero. Todavía, nueve años después del mortal ataque extremista, no puedo creer que esté muerto... Si apenas tenía 24 años...".

El conductor Fernández estaba seriamente lesionado con un trauma acústico. No escuchaba nada. Ni el ruido de las balas, ni el de las bombas que seguían estallando pavorosamente a su alrededor.

En medio del humo, otro cohete Low hizo escuchar su mortífero silbido y golpeó violentamente contra un poste, que se dobló y cayó estrepitosamente al suelo por la explosión. Cuando los sobrevivientes de la escolta presidencial disparaban, los extremistas se ocultaban. Después, ellos lanzaban una ofensiva con todo: bombas, fusiles M-16 y ametralladoras UZI.

El capitán MacLean quedó sin municiones. Le pidió la Beretta al cabo Pinilla, quien tampoco cesaba de disparar contra los subversivos.

Al lado de ellos, a unos dos metros, estaba Guerrero que hizo lo mismo. De improviso, apareció un extremista por detrás, en el camino, cerca de la camioneta doble pickup que permanecía cruzada en la retaguardia.

"En ese instante, cuenta dramáticamente Pinilla, el cabo Guerrero emitió un raro quejido y se fue de lado. La bala del M-16 del extremista, que apareció por la espalda, le entró por el costado del chaleco antibalas, por donde está el adhesivo de ambas partes, casi al llegar a la axila... Murió instantáneamente".

"El mismo extremista que mató a Guerrero -agrega el comando Pinilla- hirió en un pie a mi capitán MacLean, quien cayó al suelo en forma violenta y lo dejó inmovilizado y sangrando. Me di la vuelta y vi claramente al extremista, quien siguió parado, disparando en contra de nosotros. Respondí al fuego, pero el hombre se perdió en la curva del camino. No lo vi más...".

El capitán MacLean, en el suelo y sangrante, le dijo a Pinilla que se pegara al cerro, que era más seguro. Examinaron las municiones y vieron, con espanto, que se les estaban agotando. Miraron hacia adelante y todo era un desastre. Nadie contestaba a los llamados. Había poco movimiento, parecían todos muertos o muy malheridos.

MacLean y Pinilla, hombro con hombro y con las balas casi agotadas, pensaron seriamente en el hombre que les disparó por la retaguardia. No sabían cuántos subversivos eran y concluyeron que, una vez finalizada la emboscada a la comitiva, tenían necesariamente que volver a desandar el camino, pasar entre ellos para huir. Estaban seguros que, en ese momento, rematarían sin piedad a todos los sobrevivientes.

Pinilla, que estaba ileso y sólo con algunas esquirlas menores en la cara y manos, le dijo al capitán que lo cubriera para cruzar la calle y lanzarse al otro lado del muro. Quería observar desde una mejor posición si venían o no los terroristas desde la retaguardia. El tiempo se acababa. MacLean, a causa de sus heridas y la pérdida de sangre, a veces se desmayaba.

El cabo Pinilla, sorpresivamente, corrió agachado, se asomó al pequeño muro y con espanto vio que al otro lado no había sino un hondo precipicio. Más allá de sus ojos, todo el suelo estaba a pique.

El instinto de sobrevivencia le dijo que no tenía otra chance. Gritó al capitán MacLean que había un abismo, se puso de cara al muro y se lanzó al vacío, sin pensarlo dos veces.

Con el fusil en sus manos y sus piernas abiertas, como lo había hecho centenares de veces en los ejercicios de comandos, comenzó a deslizarse violentamente hacia abajo. Trató de agarrarse con todo a la pendiente; con el fusil, con la punta de los pies. Pero, así y todo, bajó unos treinta metros, hasta que se detuvo en unos matorrales y zarzamoras que colgaban hacia el vacío.

En medio del silencio que ya se había producido en la Cuesta Achupallas, él llamó con todas sus fuerzas al capitán MacLean, preocupado por su suerte y sus heridas. Pero nadie le contestó desde arriba. Sólo sintió que unos arbustos se incendiaban por efecto de las bombas de los extremistas, y que dos de los autos de la escolta aún echaban llamas de sus carrocerías.

De improviso, en lo alto, vio aparecer una figura que se lanzó al precipicio, igual como él lo hizo minutos antes.

Era MacLean que, sobreponiéndose a la presión del momento y a sus múltiples heridas, venía ahora violentamente cayendo hacia él.

Como pudo, desde su inconfortable posición, Pinilla lo alcanzó por un pie y evitó que siguiera cayendo hacia las profundidades, hacia el fondo del río. Y ahí, tranquilos, con el corazón palpitando por la emoción y la tensión, se quedaron ambos.

- "¿Qué pasó con mi general Pinochet, lo sacaron, logró salir de la emboscada, no está herido?", eran las atropelladas preguntas que, según cuenta Pinilla, le hacía MacLean en su semiinconsciencia.

El cabo le arrancó la pistola Beretta de las manos a su capitán. La examinó. Le quedaban cuatro tiros. Lo suficiente para espantar a cualquiera que se asomara por arriba, en el muro, para rematarlos. Se quedó con ella apuntando, mientras tapaba al oficial y a él mismo con algunas ramas y zarzamoras que estaban cerca, a su lado.

Arriba, en el camino todo era desolación.

El teniente Tavra, que ya tenía cinco balas en el cuerpo y se desangraba abundantemente, miró hacia la casa rodante que estaba siendo maniobrada para despejar el camino. El que le hacía señas al chofer se dio cuenta que el oficial estaba vivo y le hizo los puntos nuevamente con su fusil M-16, usado mortíferamente en la guerra de Vietnam, y disparó.

El tiro que recibió Tavra le entró por el pulmón y le desintegró el hombro derecho.

- "¡Lo maté, lo maté!", gritó el extremista y subió a la casa rodante que huía en dirección hacia La Obra, donde tenían su cuartel general.

La estrategia de los que quedaron malheridos en el camino fue hacerse los muertos. Todos, por su formación militar, sabían que los extremistas de la retaguardia tenían que desandar el camino y forzosamente pasar por sus lados en la retirada hacia Puente Alto o Las Vizcachas. Si veían a alguien vivo, lo rematarían, como lo habían hecho con el joven teniente Tavra, que aún seguía luchando contra la muerte.

El tiempo se hizo eterno para el cabo Pinilla, en el silencio del anochecer. Miraba el reloj, pero éste no avanzaba, como si también se hubiera muerto en el atentado. Después, en la tranquilidad de El Melocotón, de vuelta tras la cobarde acción, se dio cuenta que estaba parado a las 18.40 horas. No supo si por efectos de un golpe o de una explosión.

Pronto llegaron al lugar fuerzas especiales, las unidades antiterroristas, el CNI, Carabineros e Investigaciones, que empezaron a rastrear de inmediato a los subversivos por cerros y caminos de las cercanías a Las Vertientes, La Obra y Pirque. Ya se sabía que algunos de ellos habían cruzado por el control de Carabineros de Las Vizcachas, con balizas encendidas en el techo de los autos, simulando ser la escolta presidencial de regreso a la capital.

Un helicóptero llegó desde lo alto para rescatar a MacLean y Pinilla, que seguían colgando hacia el precipicio. Bajaron una camilla y el cabo logró, a duras penas desde su posición, amarrar a su capitán, que ya estaba totalmente inconsciente. Cuando lo llevaban hacia arriba, la camilla se paró y las amarras se corrieron primero hasta los hombros y después hasta el cuello del herido.

El cabo no lo pensó dos veces. Desde arriba nadie lo escuchaba y él veía, con impotencia, que MacLean comenzaba a ahorcarse.

- "Mi capitán no puede morir así, de esta forma,", se decía Pinilla, desesperado. Después de haberse librado de los disparos, de las bombas y de los Low... No, no puede ser...".

Temerariamente, subió por la camilla, llegó hasta él y le abrió las apretadas amarras, dándole más aire. Ambos llegaron juntos hasta el camino, donde rápidamente le cortaron las sogas y salvaron la difícil situación. Allí, Pinilla, como atontado todavía por el ruido de las balas y de las explosiones, anduvo por el camino como shockeado, como sonámbulo.

Comenzó a buscar a su "hermano" Rosales, su eterno amigo de tantas aventuras. Le preguntaba a todo el mundo, se subía a todas las ambulancias que habían llegado hasta el lugar. Hasta que alguien, por radio, desde el fondo del precipicio,

avisó que habían encontrado un cuerpo horriblemente mutilado, que tenía uniforme del Ejército. El corazón le dio un horrible vuelco, porque podía ser El Pitico, su mejor amigo.
Pidieron un voluntario para bajar amarrado, en una camilla, hasta el fondo. Se ofreció un detective. Varios empezaron a sostenerlo desde las cuerdas, a la orilla del camino, en medio de una total oscuridad.
Estaban en medio de la maniobra, cuando se sintió un disparo, que sonó como un cañón por la situación de tensión que se estaba viviendo en el ambiente de la cuesta Achupallas.
No eran extremistas, sino un uniformado que, a bordo de un micro y presionado por las circunstancias, había dejado escapar un tiro. Los que sostenían la cuerda se lanzaron al suelo, protegiéndose de las posibles balas, y el detective se desbarrancó.
Apareció después en la lista de heridos y nadie se explicó, en un primer instante, el porqué un policía de civil aparecía entre los malogrados.

EL REGRESO

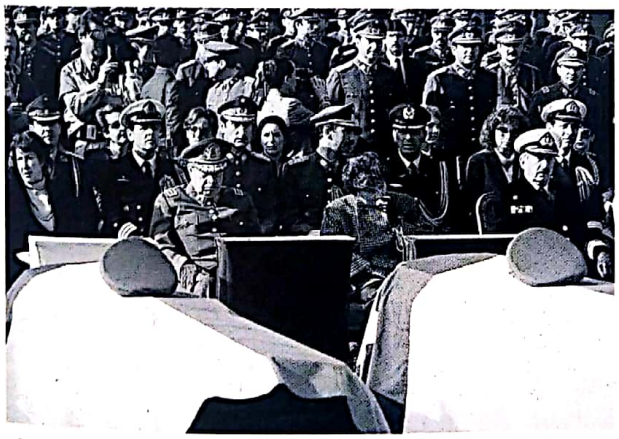
Apenas llegó el auto presidencial a la residencia de El Melocotón, ubicaron primero al general Guillermo Garín (hoy Vicecomandante en Jefe del Ejército) que era Jefe de la Casa Militar, después al general Humberto Gordon, el director de la CNI. Lo importante era decirles que el general Pinochet estaba bien.
El general Garín, personalmente, se preocupó del regreso a Santiago, de cómo volverían. La primera intención de quienes estaban en El Melocotón fue regresar de inmediato a la capital. Pero luego, decidieron hacerlo al día siguiente. Como la noticia del atentado ya había llegado a los medios de comunicación social, se planificó hacer una entrevista televisiva esa misma noche, para que la gente comprobara que el Presidente de la República estaba vivo.
Con la intención de que se supiera que no era una imagen de archivo, se hizo la entrevista al general Pinochet al lado del auto. El Jefe del Estado mostró el Mercedes Benz lleno de balas para que la opinión pública se diera cuenta, además, de que el atentado ya había pasado y que el Jefe del Estado estaba en buenas condiciones de salud.
El general Augusto Pinochet tenía solamente erosionadas la mano y la rodilla, a causa de finísimas astillas de vidrio que se le habían incrustado en la piel, luego de los impactos de las balas. Ello lo mostró la televisión esa misma noche. A su lado estaba su nieto Rodrigo García Pinochet, de 10 años, el hijo menor de Lucía Pinochet, tranquilísimo.
Muchas veces después, el general Pinochet recordaba toda la situación vivida con su edecán, porque el militar quedó con la frustración de no haber participado en el combate. Pero éste le reiteró una y mil veces que la obligación de un Presidente de la República era estar vivo y no estar matando delincuentes.
El Presidente Pinochet se acostó temprano esa noche y le dijo a su edecán que le avisara de cualquier novedad. La noche fue larga. Empezó a llegar gente a El Melocotón, fuerzas especiales, personal de la Casa Militar. Y había que repetir la historia.
A las nueve de la mañana del día siguiente, estaba el general Pinochet tomando desayuno con su esposa. En eso, llego el comandante Arrieta a decirle al Presidente que ya estaban listos y sin novedad.
El general Pinochet replicó:

"¿CON TODO ESTO, Y NO HAY NOVEDAD?. ¿QUÉ SERÁ NOVEDAD PARA USTED?".

Partieron en helicóptero, en un vuelo normal hacia la Escuela Militar. De allí se dirigieron inmediatamente a todos los hospitales para ver a los heridos.
Ya tenían la información de quienes habían muerto y del estado de los heridos.
Juan MacLean tenía una herida de bala muy grave en la pierna. Si se hubieran demorado diez minutos más en llegar al hospital con él se muere por una anemia aguda. Se le cortó la arteria. Quedó con falta de sensibilidad en parte de la planta del pie y con un problema en el oído que no le han podido quitar.

SERENIDAD Y CALMA

La formación militar puede haber influido en la forma serena con que el Comandante en Jefe del Ejército enfrentó el atentado en contra de su vida, el 7 de septiembre de 1986.
El mayor general Guillermo Garín, Jefe de la Casa Militar entonces, recuerda que ese domingo de hace nueve años, él se enteró del intento de magnicidio mediante un llamado telefónico a su automóvil. Se fue de inmediato al palacio de La Moneda, y cuando a la mañana siguiente vio llegar al Presidente, le impresionó su extraordinaria serenidad y presencia de ánimo, su conciencia sobre el riesgo que había corrido y de lo que había acontecido. Ya le habían informado que había cinco muertos.
En apariencia, parecía que no había pasado nada. El entendió el peligro, pero lo asumió de inmediato.



En funerales de escoltas a raíz del atentado, doña Lucía no pudo contraer sus lágrimas.

Estaba consciente de lo ocurrido, pero también tenía muy claro que ésa era una situación contingente y que había que preocuparse de lo demás. Mientras uno de sus colaboradores se ocupaba de la familia de los muertos. otro de los detalles del funeral, del sumario, de los heridos, y después del seguimiento de la evolución de cada uno de ellos.
La capacidad del Comandante en Jefe del Ejército es inherente a un general entrenado, porque se supone que en el combate va a morir gente que se conoce, pero que hay que seguir preocupándose del conjunto.
Y Pinochet cumplió ese papel a conciencia.

ARMAS DE CARRIZAL

Los que habían participado en el atentado en contra del general Pinochet habían usado armas muy sofisticadas, desconocidas en ese entonces en el accionar de los grupos subversivos. Habían atacado a la comitiva presidencial con cohetes Low y metralletas M-16, entre otros.
Pocos meses después, en las investigaciones llevadas a cabo, se encontraron las armas en Carrizal Bajo, cuyo volumen llenó dos patios de la Escuela Militar.
"Esas armas eran para matarnos a nosotros, confesó un ex ministro de Pinochet. No eran para jugar".
El armamento de Carrizal fue un hallazgo absolutamente casual de una patrulla costera que encontró unos bultos en unos roqueríos, los abrieron y empezaron a encontrar armas y más armas. Toda la costa de Carrizal, que es una costa bien desmembrada, estaba llena de armas.
La reacción de todos fue de espanto porque esas armas claramente -y lo que más conmovía- eran un envío desde el extranjero, destinado a provocar una guerra civil o un enfrentamiento masivo. No se sabía cuántas armas ya habían salido de Carrizal. Pero de hecho, fue un número considerable porque todos los atentados posteriores fueron realizados con armamento del mismo tipo.
Con el paso del tiempo, el balance de la mortal emboscada fue desolador. Se presume que en las acciones actuaron 25 extremistas del Frente "Manuel Rodríguez". De ellos, siete se fugaron desde la Cárcel, tres fueron indultados, tres cayeron muertos en acciones delictuales, una de las mujeres participantes resultó muerta al atentar contra el retén de Carabineros de Los Queñes y el resto nunca apareció.
Se los tragó la tierra.

XIII. LOS EMPRESARIOS

Durante una visita a la modesta comuna de Renca, el Presidente Pinochet causó revuelo cuando afirmó:

> "¡HAY QUE CUIDAR A LOS RICOS!".

De la frase se aferraron sus adversarios políticos para denunciar un supuesto desprecio a los pobres, protección excesiva a los grandes capitales, etc.
Sin embargo, el propio Pinochet aclaró, sólo 48 horas después:

> "YO DIJE QUE HAY QUE CUIDAR A LOS RICOS, PORQUE ELLOS SON LOS QUE PRODUCEN Y GENERAN TRABAJO E INGRESOS, LO QUE A SU VEZ SIGNIFICA EMPLEO Y MEJORAMIENTO SOCIAL. ¡NO ME INTERPRETEN DE NINGUNA OTRA MANERA, SEÑORES!".

Tanto su afirmación original como la precisión que la siguió, demostraron algunas de las razones por las cuales siempre ha mantenido una estrecha relación con los empresarios de este país.
En ningún momento dudó cuando se trató de pedirles ayuda a ellos para levantar a Chile. Muchos de ellos formaron parte de su Gabinete, se convirtieron en asesores directos y después de trabajar, codo a codo, se transformaron, incluso, en sus amigos.

DESDE EL PRIMER MOMENTO

Al día siguiente del Pronunciamiento Militar, Eugenio Heiremans, como muchos otros empresarios, fue citado a la Escuela Militar, ya que la mayoría de las empresas en Chile estaban en manos de la Corfo. Le pidieron que con el general Nuño se hiciera cargo del proceso de devolver las empresas, con la finalidad de ponerlas en funcionamiento.
En esa oportunidad la reunión fue con la Junta y con Pinochet.
Todos eran muy reservados en su función, se palpaba que estaban sometidos a una presión muy grande, porque tenían que echar a andar al país. Pinochet era un militar que aparecía dando órdenes, pero muy consciente de que la participación de los civiles era fundamental para el proceso.
Se les dijo algo a los empresarios que no era sorpresa para ellos. Chile estaba despedazado, las empresas estaban paralizadas y había que echar a andar al país.
Los miembros de la Junta no rogaron a los empresarios.
"Los militares no piden muchos favores, más bien dicen lo que quieren que uno haga", era el comentario empresarial.
"Pinochet, como los demás miembros de la Junta de Gobierno, tiene una gran formación militar, con esa característica que tiene el militar chileno de ser eminentemente patriota y que se basa en la real nacionalidad de Chile", recuerda Eugenio Heiremans. El empresario advierte que "los únicos servidores públicos que cuando asumen juran morir por la Patria son justamente las Fuerzas Armadas, y eso les imprime una condición completamente distinta".
Para él, Pinochet es un gran estratega, que conoce todo lo que ha pasado en las guerras en la historia del mundo y sabe perfectamente quiénes fueron los buenos y los malos generales. En todas sus actuaciones, demostró serlo porque siempre escogía el momento preciso para actuar. Muchas veces parecía tardío, pero siempre enfrentaba el problema con una gran táctica.
Heiremans califica a Pinochet como un ser humano con una característica muy agradable, porque uno puede hablar tranquilo siempre con él, ya que cuando lo recibe, está con uno. El fue uno de los empresarios que participaron en la condecoración que le dio la civilidad al término del mandato de Pinochet.
Recién asumido el mando, el general Pinochet programó una serie de visitas a las industrias. Dentro de ellas, llegó a la fábrica Pizarreño. Su Director era el ex Presidente Jorge Alessandri, pero

estaba enfermo, así es que Eugenio Heiremans, su Vicepresidente, lo recibió y acompañó a visitar a toda la gente. Después, Pinochet se juntó con los sindicatos.
De pronto, se paró uno de los dirigentes sindicales y empezó con las mismas exigencias de antes. Pinochet se paró y le dijo:

"MIRE, USTED NO SE HA DADO CUENTA QUE EL MUNDO CAMBIÓ. SEÑOR, USTED ESTÁ EN EL PASADO, Y YO NO ESTOY PARA ESCUCHAR LATAS!..."

Y se fue, delante de 700 personas.
El mismo Heiremans es de aquellos que creen que si no existiera Pinochet "habría que inventarlo", aunque estima "difícil encontrar" un hombre con su pureza de intención.

BRIONES Y LADY THATCHER

Otro de sus grandes admiradores es el empresario Hernán Briones, quien relata el encuentro de Lady Margaret Thatcher con el general Pinochet, en su residencia, cuando ella estuvo en Chile promocionando su libro y por invitación de la Sociedad de Fomento Fabril.
Hernán Briones Gorostiaga, quien fue Presidente de la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA), iba cierto día en un avión a Europa, en el asiento posterior del que ocupaba el empresario Eleodoro Matte, quien viajaba a Inglaterra. Por broma, Briones le dijo a Matte que invitara a la ex Primera Ministro de Gran Bretaña, Margaret Thatcher, más conocida como "La Dama de Hierro".
Eleodoro Matte lo tomó en serio y le dijo:
- "¿Sabe? Mañana voy a estar con ella y la invitaré".
De inmediato, Hernán Briones le retrucó, diciéndole que SOFOFA la invitaba.
Cuando se invitó a Lady Thatcher y se le dijo que en Chile existía la economía social de mercado, el mismo sistema que ella había establecido en su país, pero que en Chile el general Augusto Pinochet lo había estrenado primero, Margaret Thatcher, dijo simplemente:
- "Sí, lo sé".
Hernán Briones le preguntó a Lady Thatcher si quería conocer al general Pinochet, a lo cual ella contestó afirmativamente, pero agregando que tendría que ser una comida privada, por razones políticas. Briones le organizó, entonces, una cena en su casa e invitó a Pinochet.
Cuando le preguntó el general qué tenida quería que usara, Hernán Briones le dijo:
- "De gala".
Como Briones había invitado también al Embajador de Inglaterra, al diplomático británico no le quedó más que invitarlos al cóctel con que agasajaba a la ex Primera Ministra. El general Pinochet llegó a la recepción de la Embajada con uniforme normal, de blusa blanca porque era verano. Después de esa reunión, fue a su casa, se cambió y llegó en tenida de gala a la comida.
Estaba elegantísimo.
Briones recibió a sus dos invitados principales y los hizo pasar a su escritorio, dejándolos solos con sus respectivos intérpretes. Como a los quince minutos los fue a buscar, pero ellos siguieron conversando más tarde durante toda la cena.
El médico de la ex Primera Ministra británica había recomendado que ella se fuera temprano a dormir porque previamente había sufrido un desvanecimiento. Pero estaba tan entretenido el intercambio de opiniones, que cuando la fueron a buscar, prefirió seguir hablando con el general Pinochet, diciéndole a su otro interlocutor, con su más distinguido y flemático acento británico:
- "Gracias, pero me iré cuando yo quiera".
De modo que la velada se estiró más de una hora de la que estaba presupuestada por el médico de cabecera de Lady Thatcher.
En esa oportunidad, según su anfitrión, ellos tocaron muchos temas, entre los cuales estaba el de las islas Malvinas o Falkland, la Carretera Austral, la geopolítica, que es una materia que a él le gusta mucho y domina, como asimismo la importancia del desarrollo del país en su totalidad.
Para Hernán Briones, lo más importante es que Pinochet se adelanta en décadas a los cambios, siendo un militar y estando en una época en que la mayoría del país, incluyendo a grandes estadistas como Jorge Alessandri y a las mismas Fuerzas Armadas, tenían una mentalidad estatista.
Cuando hace poco vino a Chile el ex Presidente de los Estados Unidos, Gerald Ford, le pidió a Hernán Briones que describiera el gobierno del general Pinochet. Al término de su visita, Ford se acercó al empresario y le dijo que le gustaría conocer a Pinochet.

El Comandante en Jefe del Ejército recibió a Ford y conversaron por más de media hora.
Sostiene Briones que durante el conflicto con Argentina, que casi termina en guerra, el general Pinochet entregó su gobierno prácticamente a los civiles que lo acompañaban y les dijo a sus ministros:

> "YO ME VOY A DEDICAR POR COMPLETO A RESOLVER ESTE CONFLICTO ASÍ ES QUE CONFÍO EN USTEDES LA ADMINISTRACIÓN DEL PAÍS...".

GENERAL DE LA VICTORIA

Hernán Guiloff Izikson conoció al general Pinochet en 1977, siendo dirigente de la Sociedad Nacional de Minería. En esa época, él tenía la costumbre de recibir a los gremios, pues le gustaba estar en contacto con todos los sectores productivos. Se fue creando una suerte de relación muy especial cuando los empezó a conocer mejor y los llamaba a todos por sus nombres.
Guiloff piensa que Pinochet es diferente a la gran mayoría de los militares de su época porque tenía condiciones absolutamente innatas de liderazgo, de conductor. En una ocasión en que el empresario fue a verlo a La Moneda, iba con un bastón -porque se había quebrado una pierna-, entró y nadie le preguntó por su apoyo de madera.
Cuando iba llegando a la oficina presidencial, dos muchachos muy jóvenes en la guardia se quedaron mirándolo con mucha suspicacia. En ese momento, se abrió la puerta y apareció el general Pinochet, se produjo un silencio total y quedaron todos helados: él, los de la guardia y Guiloff.
Entonces el visitante abrió el diálogo, diciendo: "General, ellos deben pensar que yo traigo en el bastón un estilete para disparar alguna cosa".
Y entonces se los pasó.
Cuando les fue entregado el bastón para que lo revisaran, los muchachos se relajaron.
Pinochet sólo dijo:

> "DESPUÉS DE LO QUE ME HICIERON, YA NO TENGO MIEDO A NINGUNA COSA. SIN EMBARGO, LO ÚLTIMO QUE SE ME OCURRIRÍA PENSAR ES QUE USTED ME FUERA A DISPARAR A MI, ASÍ QUE ESTOY ABSOLUTAMENTE TRANQUILO".

El general Pinochet representa "al pueblo con uniforme", sostiene Guiloff, "con capacidad sobre todo, para elegir las soluciones adecuadas para este país, sin ser un experto. El haber elegido lo correcto, le da condiciones excepcionales".
Estima que el general Pinochet es un líder, un militar distinguido, un hombre estudioso de la doctrina militar. Es, sin duda, un "huaso cazurro', con toda esa sapiencia propia de la gente de nuestra tierra.
El estadista, líder y por sobre todo, el hombre patriota que hay en el general Pinochet -sostiene Guiloff- se refleja en el manejo que hizo de la grave crisis con Argentina, que en 1978 casi termina en una guerra entre ambos países. Un año antes de la crisis con Argentina, Pinochet estaba absolutamente involucrado.
Los almuerzos de Pinochet siempre duraban hasta las 14.30 horas, porque a él le gustaba dormir una siestecita. En una oportunidad, un año antes del punto más álgido en la tirantez de las relaciones con nuestro vecino país, Pinochet invitó a un grupo de empresarios.
El general, en esa oportunidad, olvidó su habitual siesta y estuvo hasta las 18 horas disertando en forma espontánea acerca de la relación de Chile con Argentina. Allí -dice Guiloff- nos dimos cuenta de que él era "un gran estadista".
Describió las tensas relaciones con Argentina, como asimismo la necesidad de trabajar juntos e integrarnos como una sola unidad económica.
Ello, a juicio del empresario, evidencia a un hombre con una visión de la realidad argentina y chilena que nunca olvidará, porque el militar, formado para las armas y su uso, fue capaz de levantarse como gran estadista y cambiar el destino de la historia.
"El haber evitado el enfrentamiento con Argentina lo transforma en el gran héroe", dice Guiloff, quien lo llama entusiasmado "El general victorioso de la paz".
Al respecto, se sabe que muchos llegaban en esos tensos días al despacho del Jefe del Estado para plantearle con gran impulso y voluntarismo ir a la guerra. Pero Pinochet, dicen, mantuvo la cabeza fría y siempre dijo que había que seguir adelante, con mucho cuidado.
Sin embargo, en una ocasión no dejó de advertir:

> "ESTÁ BIEN LA PRUDENCIA, PERO NO LA CONFUNDAMOS CON LA DEBILIDAD. SI HAY NUEVAS PROVOCACIONES EN LOS ISLOTES DEL SUR (PICTON, NUEVA Y LENNOX) DEBE RESPONDERSE CON LA FUERZA".

La entrega del mando, el 11 de marzo de 1990 tiene, para Guiloff una visión bicéfala: la del general, que entrega su puesto de mando en el cuartel, cuando deja La Moneda en uniforme y capote, dándose vuelta por la calle Moneda, lo que encuentra realmente impresionante. Enseguida, como un gran soldado, él se viste de estricta parada y entrega el mando al nuevo Presidente.
La frase del general Pinochet que más interpreta a este empresario es:

"SEÑORES, ÉSTA NO ES UNA DICTADURA, SINO QUE ES UNA DICTABLANDA".

El 12 de febrero de 1990, antes de irse, Guiloff le ofreció un almuerzo. Había un aperitivo en la terraza, se pusieron todos a conversar y en eso apareció Juanito Araya y le ofreció un jugo al general, pero antes que lo tomara en sus manos, otro mozo le había traído algo que a él le llamó la atención por el color. Era un "Kir Royal".
Entonces él tomó un vaso, lo probó y el fiel Juanito Araya se lo retiró. De repente, dice Guiloff, me ve a mí con el vaso y me manifiesta: "Oiga y eso que tiene usted ahí tan rico... ¿cómo se llama? Le dije "Kir Royal".
"Reiteró que era muy bueno y como yo no lo había probado, le pasé el mío".
Había un almuerzo espectacular, que incluía langosta caliente. El general la miró entusiasmado, pero Juanito le dio su entrada especial, una jalea horrible que daba pena.
El general miró la jalea primero y luego el plato de su vecino de mesa, y le dijo:

"¿Y ESO TAN RICO QUE ESTÁ COMIENDO UD., LO PUEDO PROBAR?".

Y degustó del plato de Guiloff.
A todo esto, estaban ahí observando los "gringos" inversionistas de la gran minería, que no podían creer que el "ogro" que les habían pintado, podía comer del plato del vecino. Le llevaron al Presidente otra langosta, de la cual dio buena cuenta con excelente apetito. No comió el almuerzo de Juanito, quien muy enojado tomó todas sus dietas y las metió en el maletín.
Se emocionó y se encantó con el regalo que le tenían los empresarios mineros: una lámpara muy antigua, de ésas que usaban para iluminar los socavones.

UNO DE SUS GRANDES AMIGOS

El general Pinochet ha dicho que sus amigos no le alcanzan para contarlos con los dedos de las manos. Pero a las pocas personas a quienes considera como tales, las acompaña en las buenas y en las malas. Entre ellos están los Kassis, Juan y Alberto, con quienes comparte cumpleaños, Años Nuevos y otras fiestas propias de quienes se visitan asiduamente. Pero eso no significa que a sus amigos les diga todo lo que sabe ni tampoco que consienta todo lo que le piden.
En cierta oportunidad, él estaba de vacaciones, en Bucalemu, cuando Alberto Kassis junto a Yamil Nazal, Presidente de la Federación Palestina en Chile, Carlos Dughman, Carlos Abumohor y Mario Nazal, le pidieron una audiencia al Presidente de la República.
Tomaron el té con él y su ministro de Relaciones Exteriores, Hernán Felipe Errázuriz, quien llegó en helicóptero. Las visitas querían que se pudiera abrir una oficina en Chile de la Organización para la Liberación de Palestina, OLP.
Pinochet fue bien receptivo, los recibió con mucha gentileza, pero después de escucharlos, les dijo derechamente:

"LAMENTABLEMENTE, EN ESTE MOMENTO ESO NO LO PUEDO HACER".

"Podría haber dicho, lo estudiaré -señala Kassis- pero optó por la honestidad, lo que le agradecimos".

UN MAR HUMANO

Muchos de los entrevistados han señalado la buena educación y también el sentido del humor que tiene el Comandante en Jefe del Ejército. Tal vez una de las anécdotas que puede probar esta afirmación es lo que le ocurrió a Juan Kassis, en su casa de El Tabo, adonde había invitado -como muchas otras veces- al general con su señora. Estaban también Marco Antonio, el hijo menor del general, con su polola, Alberto Kassis, otras autoridades e invitados del dueño de casa.
Era un día domingo de verano y Juan Kassis hizo un almuerzo debajo del parrón. El anfitrión, por supuesto, había hecho todas las recomendaciones del caso a los mozos, que atendieran bien a las visitas, que fueran solícitos.

Pero uno de ellos, que estaba sirviendo, de puros nervios, dio vuelta el plato con sopa sobre el general Pinochet, dejándole totalmente manchado su traje. El dueño de casa creyó estar al borde del desmayo, se puso rojo, azul y verde, y tenía ganas de estrangular al mozo. Pero el general Pinochet, aparentemente con mucho sentido del humor, se paró, no se descompuso como esperaban todos los presentes.

Y mientras el mozo, morado de vergüenza, daba toda clase de explicaciones, el general se fue al baño, se cambió de ropa -siempre anda con dos o más tenidas de emergencia- y regresó tan campante, como si nada hubiera pasado.

Si el Primer Mandatario se molestó, los presentes al menos no lo notaron. Y el almuerzo siguió como si tal. Pinochet se fue bastante tarde, con lo cual los dueños de casa respiraron aliviados...

En las oportunidades en que iba a El Tabo, siendo Presidente de la República, sus amigos observaban con un orgullo mezclado de incredulidad el gran afecto que le tiene la gente.

La casa playera tiene una reja y a su entrada paraban los automóviles, la gente se agolpaba, corría desde la playa. Era una muchedumbre, un mar humano que se le avalanzaba encima, mientras sus guardaespaldas trataban de protegerlo. La gente se acercaba a saludarlo y él se bajaba en la calle y saludaba de mano a los que más podía.

UN RELOJ CON FIRMA

En 1988, Alberto Kassis hizo una importante remodelación en su fábrica de cecinas y el Presidente de la República fue uno de sus invitados a la inauguración.

En un momento determinado, el dueño de casa le dijo al general que el personal lo quería saludar. El Primer Mandatario no hizo un saludo desde lejos, sino que recorrió todas las secciones. Mientras la gente abría paso, fue saludando de mano a uno por uno de los trabajadores como también de los otros invitados.

En otra oportunidad, Alberto Kassis le echó una talla por su reloj, a lo que Pinochet replicó:

> "No se preocupe le voy a regalar, Alberto, un reloj con mi firma".

No le entendió el empresario muy bien, porque de repente el general habla muy bajito. Poco tiempo después, al regresar de un viaje a China, Pinochet le mandó un reloj musical redondo, réplica de los antiguos de bolsillo que se usaban con su correspondiente cadena, pero además, otro en un estuche.

Era un reloj de esfera negra y con la firma del general en dorado. Al parecer, mandó a hacer una cantidad de relojes con su firma, que se nota clarita porque la esfera es obscura y la firma en relieve dorado.

Cuando se le pregunta a Alberto Kassis qué le regalaría al general Pinochet, éste dice:

- "Le regalaría algo mágico que lo pudiera hacer vivir veinte años más, con la misma vitalidad y carácter de hoy".

UN JUICIO SALOMONICO

El general Pinochet, al decir la última palabra, trata de ser salomónico en sus juicios. Es decir, ser lo más justo posible, sin perjudicar a nadie. Así lo confirma Jorge Fontaine Aldunate. En los primeros años del Pronunciamiento Militar, una de las personas que trabajó cerca de él fue precisamente Fontaine, que había estado ligado directamente con la Confederación de la Producción y del Comercio, y con el empresariado.

"Desde el comienzo, el general Pinochet estuvo preocupado de empujar la producción -cuenta Fontaine-, que la gente trabajara, que bajara el desempleo y que la industria no se detuviera. Bien informado, sabía todo sobre cifras, estadísticas, dónde apretar tornillos, donde estaban las fallas".

"En noviembre de 1974, me dediqué a organizar ProChile -añade Jorge Fontaine-. Estaba en eso cuando, simultáneamente, me ofrecieron que tomara la Dirección de Organizaciones Civiles, dependiente del Ministerio Secretaría General de Gobierno. Subí a las oficinas del general Pinochet para explicarle que no podía estar en dos partes, ni menos siendo tan importantes para el momento que se vivía...".

"El Presidente escuchó atentamente mis razones. Después se paró, avanzó hacia mí, y con el dedo índice hizo un recorrido figurado desde mi garganta hacia abajo, diciéndome:

> "Lo siento mi amigo, se me tiene que partir en dos. El país lo necesita en ProChile, pero también en la Dirección de Organizaciones Civiles. Los desafíos hay que tomarlos y no desecharlos".

y Fontaine estuvo en las dos partes, hasta que al final se quedó en ProChile. Allí recibió una orden muy perentoria de parte de Pinochet. En ese momento, sólo se exportaba cobre y salitre, y por una cifra cercana a los 80 millones de dólares.
"Su meta con ProChile es alcanzar los 500 millones de dólares", le recalcó el Presidente, poniendo de manifiesto su amplia visión de futuro.

¿Y QUE SE HABIA HECHO...?

En 1982, el país en general y el sector empresarial en particular vivían difíciles momentos. Habían caído en el desastre varios importantes grupos económicos; bancos quebrados, la industria estaba en el suelo, el agro tenía graves problemas. Existían duras críticas hacia el gobierno y las relaciones, por supuesto, no eran las mejores.
Uno de los que hacía las críticas más fuertes, a través de los medios de comunicación era el dirigente de los agricultores Domingo Durán Neumann, quien se había atrincherado en su Confederación de Agricultores del Sur para disparar a diestra y siniestra, sin cesar.
Las relaciones, por lo mismo, eran muy distantes y frías con el Primer Mandatario. Ninguna autoridad deseaba ver ni en pintura a Domingo Durán, y éste tampoco daba tregua.
Hasta que el entonces ministro del Interior, Sergio Onofre Jarpa, inició gestiones de acercamiento entre las partes. Convidó a almorzar a La Moneda a Domingo Durán, a Jorge Fontaine, a dos o tres Ministros y, por supuesto, Pinochet.
Al sentarse a la mesa, nadie rompía el fuego. Sólo algunas toses nerviosas y algunos movimientos en las sillas, pero nada más. Hasta que el general Pinochet habló:

"...¿Y QUÉ CUENTA MI AMIGO DOMINGO? ¡TANTO TIEMPO QUE ESTABA PERDIDO POR ACÁ POR LA MONEDA...! ¿QUÉ SE HABÍA HECHO, ESTABA ENFERMO...?".

- "No, Presidente, le contestó Domingo. Gracias por su preocupación, sólo andaba visitando a unas tías por el sur...".
Los asistentes al almuerzo estallaron en risas y el hielo se rompió. Tanto el general Pinochet como Domingo Durán, ambos "zorros viejos" y "ladinos", siguieron durante todo el almuerzo con tallas de doble sentido. Las bromas iban y venían a lo largo de la mesa.
Fue tanto el buen humor desplegado, que varios asistentes sacaron pañuelo para enjugarse las lágrimas.

LAS COSAS CAMBIARAN

El año 1983, un grupo de amigos ofreció a Manuel Valdés volver a la presidencia de la Sociedad Nacional de Agricultura.
Habló con Pinochet: "Me ofrecieron la presidencia de la S.N.A. Pero no tiene sentido aceptar si el Gobierno no protege a los agricultores".
El consejo fue breve:

"ACEPTE. VAMOS A SER PRAGMÁTICOS".

Pocos días después, lo llamó el ministro Martin: "Tengo órdenes del Presidente de arreglar todos los problemas de la agricultura".
Luego de una semana, se fijaron las bandas de precios y se aprobaron numerosas medidas que impulsaron el desarrollo del sector.

"ESTAN TODOS RECLUTADOS..."

El general Pinochet saca sus dichos ladinos, socarrones, hasta en los malos tiempos.
Corrían tiempos muy difíciles, incluso con disparos en las calles y la caza de francotiradores, cuando el día 13 de septiembre de 1973 lo visitaron en oficinas del Ministerio de Defensa los dirigentes de la Confederación de la Producción y del Comercio Jorge Fontaine, Manuel Valdés, Hugo León Puelma y León Vilarín, de los camioneros.
Era un momento muy serio y dramático para todos.
"El General Pinochet -cuenta Fontaine- estaba muy impactado por los arsenales que habían encontrado en la casa presidencial de Tomás Moro. En ese momento, León Vilarín le dijo, muy apremiado por las circunstancias y en defensa de su importante gremio:
- "General, nuestro más importante problema es que no tenemos armas para defendernos en las carreteras. Nos van a atacar donde puedan...".

"BUENO, MUY SENCILLO,

dijo Pinochet con una sonrisa en los labios,

LOS RECLUTAMOS A TODOS...".

XIV. ANECDOTARIO PRESIDENCIAL

La acumulación de anécdotas del Presidente Pinochet durante su gestión y después de ella es algo realmente impresionante. Sus colaboradores, los subordinados, las visitas, en fin, todos los que de alguna manera lo trataron, sea por años, semanas, días, horas o minutos, nunca dejan de recordar algún hecho extraordinario.

Uno de ellos resumió: "Mi general era siempre una caja de sorpresas. No se sabía con qué se iba a encontrar uno. No estoy diciendo que fuera una fiesta todo el tiempo, pero siempre hacía gala de buen genio y era un caballero, a la antigua, como deben ser los caballeros".

El humor también llegaba a sus adversarios... y a sus superiores. Una vez, durante una ceremonia conmemorativa del Combate Naval de Iquique, en la plaza Sotomayor de Valparaíso, estuvo junto al Presidente Patricio Aylwin. Hacía bastante frío y debieron estar mucho de pie.

De pronto, Pinochet se acercó al gobernante y, con afecto, le dijo:

> "PRESIDENTE, A ESTOS ACTOS HAY QUE VENIR BIEN ABRIGADO, SOBRE TODO NOSOTROS, POR LA EDAD QUE TENEMOS".

Ante la sonrisa de Aylwin, agregó:

> "LO IMPORTANTE A ESTA ALTURA DEL PARTIDO ES QUE NO SE NOS DOBLEN LAS CAÑUELAS".

Los siguientes fueron otros chascarros que quedaron para el recuerdo:

MAL GENIO

Como todo ser humano, "Don Pino", "El jefe", "El gran jefe" o "El número uno", como lo llaman en privado sus colaboradores, también tiene sus explosiones de mal genio. Dicen que no es rencoroso..., pero tiene muy buena memoria.

Muchos coinciden, jocosamente, que cuando se enoja y "se le arranca el pelero", hay que salir escapando; sin embargo, esos estallidos son momentáneos y después, como en las tormentas, viene la calma. Eso sí, sostienen que contrariamente a lo que dice mucha gente, no es de estallidos de cólera muy frecuentes, lo que no significa que sea absolutamente "manso".

Maneja, desde hace muchos años, una misteriosa libreta negra, cuyo contenido nadie ha visto jamás.

Cuando está enojado, tiene gestos característicos: inclina un poco la cabeza, muestra un semblante más duro, se alisa repetidamente el pelo y pasa las manos por sus cejas.

Esto último motivó una vez el siguiente y divertido diálogo con su peluquero:

- ¿Le corto un poco las cejas, mi general?.

> - NO, DÉJELAS ASÍ NO MÁS, PARA QUE SE DEN CUENTA CUANDO ESTOY DE MAL GENIO.

Se sabe que hay dos cosas que lo hacen enojarse mucho: la mentira y la ineficiencia. Entonces alza su voz a extremos inolvidables para quienes han presenciado esos episodios..

El general (R) Herman Brady dice de él: "Opina, discute, rebate, pero nunca en forma hiriente, ni menos con algún garabato, por muy tensa que sea la situación".

Lucía Pinochet Hiriart, su hija, por razones obvias, tiene una posición privilegiada para hablar sobre "el hombre":

"Mucha gente tiene una imagen errada de él, porque siempre lo han visto con el ceño fruncido y en posición dura, rígida, en circunstancias de que él es un ser muy humano y caritativo, generoso al máximo y muy sensible. Lo que más recuerdo de él es que, siendo yo una niña, chacoteaba con nosotros, como si fuera un niño más. Mi padre siempre llegaba con regalos. Hasta hoy, es de misa en familia los domingos, día que era muy rico para sus hijas, porque nos llevaba el desayuno a la cama".

Colecciona lápices, gomas, encendedores, armas, objetos antiguos.
El se conoce bien. Cuando algunos argumentos o actitudes lo exasperan, lanza frases de advertencia: "Ya me están llenando la cachimba de tierra", o "Me tienen hasta más arriba del paracaídas".

EL CARACTER

La mayoría de quienes han estado cerca de él se refieren al carácter multifacético del general Pinochet en términos que no son muy parecidos a los que algunos políticos o quienes no lo conocen piensan de él.
Como Presidente de la República, un oficial fue a conversar con él a La Moneda sobre una materia económica específica.
Escuchado el planteamiento, el entonces gobernante le dijo:

"ESO, QUE USTED ESTÁ DICIENDO, NO ES ASÍ".

Entonces se levantó de su asiento, caminó hacia una oficina más pequeña, detrás de su despacho, donde atendía sus cosas personales y volvió con un papel, escrito de su puño y letra y lo empezó a leer. Era la misma materia que su visitante le estaba planteando. A juicio de la visita de entonces, ese informe debe haber sido hecho por algún ministro, pero él no se lo pasó a nadie para que no se filtrara.
Antes, como Jefe del Estado Mayor del Ejército, recibió la visita de un oficial de la Academia de Guerra, quien le puso en antecedentes de la gravedad de la situación que el país vivía.
En ese momento, le avisaron que llegaba otro oficial de mayor rango. Entonces, el general Pinochet ordenó a su visitante:

"¡ESCÓNDASE EN EL BAÑO!".

Sólo cuando el otro uniformado hubo abandonado la sala, el militar de menor rango pudo salir de su peculiar escondite.

Esta anécdota demuestra, como muchas otras, el profesional especializado en inteligencia que hay en Pinochet. Porque una de sus características es la compartimentalización y administración magistral que hace de la información.
A nadie le cuenta todo. Siempre esconde una carta bajo la manga y prefiere que sus visitantes, como en las consultas de los psiquiatras, no se vean entre sí. De allí que siempre tenga salones preparados, y también separados. Las puertas se abren y cierran en un laberinto muy organizado.
El misterio es otra de las características de su quehacer. Uno de sus ex subalternos cuenta:
"Uno nunca sabe cuando él tiene las cosas absolutamente decididas, porque no se lo dice a nadie".
Una vez, sentenció ante uno de sus subalternos:

"AL SOLDADO CHILENO LE METEN EL CASCO Y PIENSA DE OTRA MANERA".

Su interlocutor se quedó pensando qué habría querido decir, porque los días que se vivían entonces -julio de 1973- no eran precisamente muy calmos. Los hechos posteriores le demostraron, fehacientemente, que Pinochet había hecho un acabado estudio de la personalidad del hombre de armas. Porque durante el pronunciamiento militar de 1973, todos los soldados conscriptos, dejando de lado sus tendencias o posiciones políticas, actuaron con una profunda lealtad a la patria y al Ejército de Chile.

¿Y LA ESTROFA...?

Carlos Bombal fue durante un largo período alcalde del más importante municipio del país. Y como tal, muchas veces estuvo en contacto funcionario o protocolar con el Jefe del Estado.
Al general Pinochet le encantan las marchas, que resuenan en su escritorio casi todos los días, mientras descansa, pero no es operático. No obstante, como Presidente de la República, asumía su deber protocolar y cada 19 de septiembre concurría a la función de gala en el Teatro Municipal.
En una oportunidad, se presentó la ópera "La Traviata", de Giuseppe Verdi, dirigida por el

maestro Berti. Al comienzo de la función, el coro entonó el Himno Nacional, pero sin la segunda parte: "Vuestros nombres, valientes soldados..." Hubo consternación.

- "¿QUÉ PASÓ, CARLOS?".

- "No sé, Presidente. Tal vez el director, como es extranjero, olvidó el bis".
Corrían los ministros y subsecretarios por el Teatro, mientras se desarrollaba el primer acto de la ópera. El humor presidencial se echó a perder. El director amenazó con suspender la función.
Finalmente, los ánimos se calmaron. Café, dulces y el saludo del director y de la soprano marcaron el comienzo del "deshielo". Al final, sucedió algo insólito. Todo el elenco apareció en escena y cantó la Canción Nacional... ¡completa!

AL REVES

En otra oportunidad, llegó a La Moneda, esperó un rato y llamó al alcalde capitalino:

"¿QUÉ PASÓ CON LOS CAMIONES DE ASEO? HOY PASÉ A LAS 06.45 POR LA ALAMEDA Y NO ESTABA BARRIDA".

- "Es que el barredor está enfermo, Presidente", le contestó muy compungido Carlos Bombal.

"¿Y POR QUÉ NO PUSIERON A OTRO?".

- "Sí lo pusimos, dijo el alcalde, pero como era nuevo, barrió al revés".

"¿QUÉ ES ESO AL REVÉS?",

preguntó intrigado, el Primer Mandatario. El alcalde tenía lista ya su respuesta:
- "Muy sencillo, Presidente, barrió de norte a sur, en contra del viento".
La risa del gobernante puso fin al episodio.
Pero nunca se rió más que cuando supo lo ocurrido al alcalde de Santiago, Carlos Bombal, quien, durante una intensa lluvia, resbaló en la calle Bilbao y llegó empapado al edificio Diego Portales, donde se efectuaba una ceremonia importante que presidía el Jefe del Estado conjuntamente con el jefe edilicio.
Se fue Bombal directo a la sastrería, donde el encargado le aplanchó el terno. Un sargento de Ejército le prestó un par de zapatos. Pero subsistía un problema, no tenía calcetines. Como solución, le pasaron un par de calcetines del gobernante. El alcalde le dijo después:
- "Soy el único que fue a reunirse con usted, con calcetines de Presidente de la República y zapatos de sargento".

EL MILITAR

El general Pinochet tiene una conciencia jurídica bastante grande, lo que parece ser una constante en los chilenos en general y en los militares en particular.
El mismo, junto a los jefes de las otras ramas de la Defensa y al General Director de Carabineros, se mete en un proceso de autolimitación de poder prácticamente desde el mismo día en que asume el poder del país.
Tal vez, porque como dice uno de los primeros asesores de los militares en 1973, las Fuerzas Armadas tienen "un profundo sentido normativo".
En la formación de Pinochet no hay improvisaciones. Tiene ciertas ideas antimarxistas, posee un sentido de la democracia autoritaria, una claridad constante para mantener a raya al enemigo donde se le ha ido presentando.
Pero, a juicio de muchos de quienes han trabajado con él en los últimos 25 años, Pinochet tiene la estructura de un hombre luchador, a quien le encantan los desafíos, el combate.

INDIOS CON APETITO

En su juventud, siendo un oficial de infantería, a Pinochet le gustaba mucho cabalgar. Por eso, estando destinado en una zona indígena, un día salió con un grupo de oficiales a caballo por las montañas, ríos y parajes del sur. Y allí, en medio de idílicos paisajes, le sucedió una graciosa anécdota al grupo.
En el claro de una espesa selva, se encontraron a boca de jarro con una tribu. No sabían si los indios eran belicosos o no, pero a éstos les llamó la atención que los jinetes fueran tan colorados, bien plantados y de uniforme más encima.

Goloso, el general Pinochet ha luchado por años con los kilos.

Los invitaron al lugar donde estaban acampados y, de inmediato, se organizó un machitún en su honor. Ante el total desconocimiento de sus intenciones, los militares les siguieron la corriente. Bebieron y comieron juntos con ellos, hasta que el sueño, la guatita llena y el cansancio de la cabalgata los vencieron por completo...
Al otro día, cuando se levantaron, con mucho espanto se dieron cuenta que los indios o tenían un feroz apetito o habían escondido a las cabalgaduras.
Al otro día, sintieron una gran vergüenza al llegar al regimiento. Habían partido en excelentes cabalgaduras fina sangre, y volvían montados en los pobres jamelgos, peludos y esmirriados, que les habían quitado a los indios en compensación por los de ellos.
Nunca más se les ocurrió ir de paseo hacia lo desconocido y menos en zona indígena.

EL GOURMET

Goloso, el general Pinochet ha luchado por años con los kilos, haciendo gimnasia y dietas, de las cuales, como la mayoría, de repente se sale y se da sus gustos como cualquier mortal. Desde sus años mozos hasta hoy, conoce su debilidad, así es que trata de controlarse o sigue determinados hábitos, para no subir demasiado de peso. Uno de ellos es el orden. No come nada a deshora. Además, también desde siempre, lo vigilan sus médicos... y doña Lucía.
Por ejemplo, le encanta la centolla, aunque le hace pésimo. Cada vez que va a Punta Arenas, no puede evitar comerlas aunque Juanito Araya, su mayordomo y fiel servidor de hace más de 20 años, es como un dictador: no lo deja comer nada y le anda quitando los pasteles y galletas, que son su mayor tentación.
Pero él se arranca y se pega sus banquetes. En cierta oportunidad en que lo invitaron a tomar té, había picarones. Primero dijo que no podía comer, pero al primer descuido de Juanito, se comió diez al hilo.
Sus "picadas" comestibles están en todas partes. Volvió, como Presidente, a San Pedro de Atacama, donde estuvo como oficial en su juventud. Las autoridades prepararon un gran y refinado almuerzo en la hostería, en su honor.
Después de hacer algunas averiguaciones misteriosas, no asistió. Se arrancó a la modesta casa de una viejita, famosa por sus cazuelas, a la cual ya visitaba en sus tiempos de teniente, la cual, sin haberlo visto, le tenía listo uno de sus platos favoritos.
Algo similar le sucedió en Chillán. A la hora de almuerzo, el maitre del hotel "Isabel Riquelme" se le acercó y le ofreció toda clase de platos refinados. El Presidente, aprovechando que no lo vigilaba su médico, preguntó:

"¿TIENE LONGANIZAS?".

Los ojos del maitre se iluminaron, porque había pensado en tal posibilidad:
- "Sí, unas muy ricas, Presidente".

"TRÁIGAME UN PLATO BIEN GRANDE",

fue la decisión del general. Dicen, los que lo vieron, que en esa oportunidad se comió tres platos... Por eso, no es de extrañar que en Chillán fuera amigo del dueño de una conocida fábrica de cecinas locales.
En otra ocasión, se arrancó con sus ministros y otros acompañantes y se dieron un "patache" inolvidable, con longanizas, arrollados, quesos y similares. De nada valieron las angustiadas miradas que le dirigía su médico, el doctor Henry Olivi, preocupado por la dieta de su paciente.
En sus viajes por el país, al decir de sus colaboradores directos, se "descuadraba" y consumía, con particular agrado, empanadas, asados y comida chilena en general. También era una "fiera" para el osobuco.
Pero volvía a La Moneda y retornaba el orden: carne, pollo o pescado, sin salsas, manzana rallada, helado de piña o fruta de la estación. Agua mineral. Nada de pan. Bajativo: una taza grande de té Manasul, relajante... y adelgazador.

LOS DULCES

Tal como se ha dicho, el hombre era y es tremendamente aficionado a la pastelería, lo cual también provoca la inquietud de sus médicos.
Durante su mandato, se comprobó su "adicción" a los dulces de La Ligua y de Curacaví. De Chillán, le gustaban no sólo las sustancias.
Los periodistas aún recuerdan el frío que pasaron una tarde, en que lo esperaron dos horas en la puerta de un convento. Pensaron que estaba realizando alguna importantísima gestión.
A la salida, explicó:

"NO PASA NADA, AMIGOS. LO QUE OCURRE ES QUE SOY AMIGO DE LAS MONJITAS Y ELLAS ME INVITARON A TOMAR TÉ... CON UNA TORTA MIL HOJAS QUE PREPARAN EN FORMA EXQUISITA"...

También muchos recuerdan que la alcaldesa de La Ligua, Gloria Yagüe, lo visitaba y le llevaba de regalo tortas y dulces.
En una oportunidad, por lo menos así lo contaron sus edecanes Sergio Cotroneo y Patricio Arancibia, encontraron un gran paquete. Pensaron que era para ellos y se lo comieron todo.
Llegó la hora del té, apareció Pinochet y se produjo el siguiente diálogo:

"AHORA, VAMOS A PROBAR LOS DULCECITOS QUE ME TRAJO LA ALCALDESA".

- "¿Cuáles dulces, mi general? Había un paquete, pero pensamos que era para nosotros...."

"¡LOS PILLÉ! ¡USTEDES SON LOS QUE SIEMPRE SE COMEN MIS DULCES!...".

LOS CLAVOS OXIDADOS

Casi nunca bebe alcohol. Es muy raro que lo haga. El general Mendoza recuerda que cierto día estaban a la salida del comedor en La Moneda y después de la sobremesa vino el bajativo. A él le iban a servir un trago, que el general rechazó.
- "Yo pedí un "clavo oxidado".
A lo que el Presidente, preguntó:

- "¿Y QUÉ ES ESO?...".

- "Es whisky con drambuie, pruébalo", le respondió Mendoza.

Así lo hizo y luego exclamó:

"¡PUCHAS QUE ES BUENO!".

Después, alguna vez, el entonces director de Carabineros lo escuchó nuevamente pedir:

"TRÁIGAME UN CLAVO OXIDADO, PERO CHIQUITITO, MENOS DE UN CENTÍMETRO...".

Otra del mismo trago. El año 1982, durante una visita a Copiapó, fue a comer a la casa del intendente, junto a sus ministros. Se le vio muy contento. A la hora del bajativo, un garzón, que evidentemente era un conscripto, le preguntó:
- "¿Usted se sirve algo, mi general?".

"TRÁIGAME UN CLAVO OXIDADO",

le replicó el Presidente de la República..
Siguió la charla, llegaron los tragos de todo el mundo, menos el presidencial. El intendente fue a ver a la cocina y no encontró al conscripto.
¡Andaba en el patio, buscando un clavo oxidado!
El general Pinochet se estuvo riendo durante largo rato. Muchos almuerzos y cenas de etiqueta le correspondía encabezar al general Pinochet como Presidente de la República. El brindis le correspondía a él. La curiosidad de todos era el contenido de la copa del Comandante en Jefe del Ejército.
Hasta que alguien lo pilló. A él le servían copas de "ginger ale", haciendo creer a todos los demás que era champaña.

YO TAMBIEN VOY

Durante una visita a Coyhaique, los ministros, sabedores de que la jornada había terminado, se concertaron para ir a una "picada" a comer puyes al pilpil. Encargaron una comida para ocho personas, que comenzaría a las 22.00 horas.
Hubo consternación entre ellos, a las 21.00 hrs., cuando el edecán los visitó para informarles que el Presidente Pinochet los invitaba a comer a la hostería.
Afligidos, comisionaron al general Bruno Siebert para informarle de los planes que tenían todos.

- "Mi general, agradecemos sinceramente su invitación. Pero íbamos a ir a una picada a comer puyes al pilpil".

"¡AH, QUÉ BUENO...! ¡NO SE PREOCUPEN, PORQUE YO TAMBIÉN VOY CON USTEDES".

Así que hubo que poner otra silla y agregar puyes para tan importante "paracaidista".

SE VA CONMIGO

En otro viaje, a Chiguayante, localidad situada al interior de Chillán, la comunidad le ofreció un almuerzo. Las voluntarias de CEMA-Chile le obsequiaron una enorme tortilla de rescoldo, sabedoras de que era su debilidad. Agradeció y luego, fingiendo que no se daba cuenta de que todos esperaban que la partiera, ordenó a su ayudante:

"LLÉVELA AL HELICÓPTERO, PORQUE ÉSTA SE VA CONMIGO PARA SANTIAGO".

La risa contagió a todos.

EL TABACO

En cuanto al tabaco, se cuenta que en una oportunidad "pasó revista" a Osorno. Su anfitrión fue el gobernador, comandante Bruno Siebert. Al término de la visita, algo nervioso, Siebert se acercó al edecán militar:

- "¿CÓMO ANDUVIERON LAS COSAS?".

- "No se preocupe. Mi general está fumando un puro y sólo lo hace cuando está muy contento". Seguramente por su condición de no bebedor, tiene un olfato extraordinario.

Durante una visita a la ciudad de Arica, los periodistas que cubrían la gira se arrancaron a Tacna, donde participaron activamente en una regada fiesta que les ofreció el cónsul de Chile en esa ciudad. Al día siguiente, regresaron directamente a una conferencia de prensa del Jefe de Estado.

Al iniciar su intervención, muy serio, les dijo:

"AGRADECERÉ SENTIDAMENTE A LOS SEÑORES PERIODISTAS PREGUNTAR MIRANDO PARA EL OTRO LADO...".

MUY METODICO

Pinochet fue profesor de geopolítica en la Academia de Guerra del Ejército. Era metódico, organizado, profundo y profesional como docente.

Era "negrero" con los alumnos -dicen algunos de sus ex discípulos- porque los hacía trabajar y estudiar duro. Era muy estricto, pero muy humano y esperaba hasta más allá del término de la hora a sus alumnos para recibirles las pruebas escritas.

Lo recuerdan también como un hombre de una tenacidad increíble porque cuando se proponía un objetivo, lo cumplía al margen de cualquier situación adversa.

Cuando se produjo el "Tacnazo", que encabezó el general Roberto Viaux Marambio, Pinochet mandaba la Sexta División de Ejército y Sergio Badiola era ayudante del Comandante en Jefe de entonces, Sergio Castillo Aránguiz .

Por instrucciones de éste último, Badiola debió llamar al Comandante de División vecino de Viaux en el norte, que era Augusto Pinochet, para preguntarle de parte del general Castillo cómo estaba la situación.

El respondió: "Dígale a mi general que aquí está todo tranquilo y que mi División está atenta a cualquier salida extra institucional".

Eso revela -dicen - que Pinochet era un soldado profundamente profesional.

También desde que era profesor, desde ese entonces, el general Pinochet hablaba despacito. Sus alumnos tenían que poner mucha atención para no perder lo que decía, pero de repente... ¡pum!, hablaba fuerte haciendo saltar de sus asientos a los más desprevenidos.

LA MAR NO ESTABA SERENA

El general (r) de Carabineros, César Mendoza, uno de los hombres que el 11 de septiembre de 1973 juró como miembro de la Junta de Gobierno, es un ferviente admirador del general Augusto Pinochet.

Tiene mil historias, desde los preparativos de la intervención militar, en que Mendoza fue uno de los últimos en enterarse, hasta quienes fueron las primeras personalidades que se acercaron a la Junta del Gobierno Militar, con distintos propósitos, algunos evidentemente políticos.

Riendo picarescamente cuenta de los avatares de cierto político que viajaba a Santiago de Chile desde el exterior, seguro que sería nombrado Presidente de la República subrogante mientras se arreglaba la transmisión del mando al Presidente del Senado.
Fue tanta la seguridad que desplegaba este hombre que, en su nombre, se repartió champagne a todos los pasajeros del avión que aterrizó en Lima, pero que después fue impedido de continuar a Santiago.
Asimismo, ironiza con los tres primeros personajes que se acercaron a felicitar a la Junta de Gobierno.
También recuerda una aventura marinera que les ocurrió en 1977, cuando el Comandante en Jefe de la Armada, almirante José Toribio Merino, -orgulloso por la adquisición de dos fragatas nuevas- los invitó a navegar. Luego que sus huéspedes recorrieran la nave, que tenía miles de botones y computadoras, careciendo de timón, vinieron las explicaciones técnicas y los ejercicios de tiro. Para culminar la fiesta, el almirante los invitó a "dar una vuelta".
Era una mañana fría, con niebla. Mientras el buque se movía como coctelera, el general César Mendoza se comenzó a marear, aguantando diplomática y militarmente el malestar que le hacía subir el estómago a alturas inapropiadas.
Los técnicos seguían dando explicaciones y el general Mendoza se iba poniendo más y más verde. Cuando salieron hasta alta mar, el cabeceo de la nave se hizo más profundo y el general Mendoza comenzó a transpirar frío y a sentir náuseas. Lo más disimuladamente que pudo, le dijo a un oficial que por favor le llevara a alguna parte donde pudiera recostarse porque se sentía morir.
Lo llevaron hasta un camarote y allí el oficial, como dándole una explicación, le dijo:
- "Me va a perdonar que lo ponga en la cabina del segundo jefe porque en la del Comandante, está mi general Pinochet... También va mareado...".
Cuando el buque se tranquilizó porque había llegado "a puerto", el general Mendoza empezó a "resucitar" y saliendo a cubierta, se encontró con el general Pinochet que venía con la camisa desabrochada todavía.

"¡TE MAREASTE!",

le dijo el Primer Mandatario a Mendoza, quien replicó:
- "¡Puchas, estuve recontra mareado!".

"TAMBIÉN ME SENTÍ MUY MAL",

me dijo, guiñándome un ojo, cuenta el general Mendoza.

FIESTA HUASA

Mucho tiempo después, se aprobó la nueva ley indígena. Se acordó que ella se promulgara en el corazón de La Araucanía. Se escogió Villarrica, donde el general Mendoza tenía un montón de amigos desde antes del 11 de septiembre.
Había allí un propietario muy simpático y huaso auténtico, con la "talla a flor de labios" y el aspecto de un huaso grande, gordo.
Lo llamó por teléfono a Santiago y le dijo:
- "Sé que viene para acá "el patrón" y un grupo de agricultores queremos recibirlo y manifestarle nuestra adhesión pero en forma personal, no en una asamblea ni reunión, sino con un asado en mi casa".
El general Mendoza fue el portador de la invitación. Por cumplir, el Presidente dijo que iría pero que sólo se quedaría como 20 minutos nomás porque estaba cansado.
Mendoza se dijo que "peor es na' ", le avisó a sus amigos huasos, y ellos aceptaron, aunque refunfuñaban que era muy poco tiempo porque el asado comenzaría con las criadillas...
Llegó el Presidente de la República, muy ceremonioso, porque no conocía a los huasos.
Empezaron las salutaciones y presentaciones y luego pasaron todos al jardín, donde había una piscina y unos prados muy bonitos. Se armó el asado y de inmediato salieron las criadillas...
El huaso invitó al comedor, que era un pabellón especial para recepciones a la chilena, a la usanza criolla. Luego empezó la comida, tallas y brindis.
Pinochet reía entusiasmado con las historias que le contaba el huaso que había tenido acampado en su fundo a un regimiento dos años antes.
El tiempo iba pasando en un ambiente muy agradable y relajado, hasta que se acercó el

edecán y le dijo al general Mendoza que ya eran las dos y media de la mañana y no encontraba la forma de decirle al Presidente que era hora de irse a descansar.

Si anduviera de chupalla y chamanto, sería un huaso puro.

Mendoza le recomendó que fuera a hablar con el médico particular del general Pinochet, a quien sí le hacía caso... de vez en cuando.

El ayudante con el médico fueron a conversar con Pinochet, quien sólo entonces se dio cuenta que los veinte minutos se habían transformado en cuatro horas.

Para Mendoza, Pinochet es el "típico militar".

Opina: "Habla como militar, anda como militar, piensa como militar y seguramente sueña como militar. Pero si anduviera de chupalla y chamanto, sería un huaso puro. El hombre tiene todas las características del chileno tradicional antiguo. Jamás se podría asimilar al político profesional porque es un conductor, un estadista, no es el "politiquero" que anda con el "cahuín" por aquí y por allá".

AL PAN... PAN

El trato con sus camaradas de armas y colegas de la Junta de Gobierno no siempre fue como miel sobre hojuelas. Había discusiones fuertes también. A veces, el general Pinochet se enojaba con el almirante José Toribio Merino o viceversa, pero a ambos se les pasaba muy pronto. Conversaba animadamente con Merino porque se conocían desde "cabros chicos".

En el seno de la Junta siempre se conversaron las cosas con absoluta claridad y cada uno exponía. Si alguien tenía algún problema que no convenía que lo supieran los otros, lo conversaba con Pinochet en su oficina.

El general Mendoza cree que Pinochet fue "el hombre preciso" en ese momento, porque tomó un rumbo definido. Se siente amigo afectivamente de él, porque, dice, "es un hombre en el cual se puede confiar".

SOLO UNOS MINUTOS

Pinochet descansa en el automóvil. En un trayecto de quince minutos duerme diez; en helicóptero, dormita. En las peores condiciones, en una oportunidad viajando sobre el Lago General Carrera, en que había unas turbulencias feroces, iba todo el mundo tremendamente preocupado en el avión, excepto el general Pinochet, que iba durmiendo.

El tiene una capacidad de recuperación muy grande. También de desconectarse. Cuando viajaba en auto de Santiago a Valparaíso, dormía tranquilamente. Incluso en trayectos en Santiago, de media hora, cerraba los ojos y dormía diez o quince minutos. No ronca, sino que duerme plácidamente sentado en el automóvil y se despierta como nuevo.

Es una cargada de baterías -como dicen los submarinistas- pero extraordinaria, una condición enorme de recuperación y es por eso que tiene una gran capacidad de trabajo.

Muchas veces sus edecanes quedaban "lona", mientras el militar parecía como nuevo. En una gira que hizo por el norte, pasaron por el lugar donde fue la Batalla de Tarapacá. Preguntó a su acompañante:

> **"¿SABE REALMENTE CÓMO FUE LA BATALLA, DÓNDE ESTABA LA RESERVA DE LA DIVISIÓN?".**

Invitó entonces a su edecán Naval a caminar. Subieron el cerro, hicieron una tremenda caminata, en verano a las tres de la tarde, en Tarapacá.

El general Pinochet relató:

> **"LAS FUERZAS PERUANAS ESTABAN ALLÁ... MIRE, SIGAMOS...".**

Recorrieron Pinochet y su comitiva el que otrora fuera un campo de batalla. El marino casi no le podía seguir el tranco al militar a pesar de sus escasos 43 años, bastante menos que los que tenía su jefe castrense.

Son los hechos los que van mostrando el carácter de una persona. Y eso es válido también para el que fuera Presidente de Chile.
Un día iba llegando a El Melocotón, manejaba un chofer que él quería mucho porque lo tenía muchos años, desde que era comandante. Era el suboficial Rufrán y la gente de seguridad le había informado al edecán que el conductor estaba de cumpleaños.
Al general se le había olvidado y eso que tiene muy buena memoria para todos los onomásticos y fechas. Cuando llegaron, y se estaban bajando en su casa de El Melocotón, el edecán le recordó el cumpleaños de su chofer.
El Presidente de la República lo llamó:

"RUFRÁN, VENGA".

Le dio un gran abrazo, se sacó el reloj pulsera y se lo regaló.
Pinochet siempre supo despertar una lealtad extraordinaria en su gente. Lo que ocurre es, a juicio de sus colaboradores, que si bien puede no ser un gran político, es un gran militar que enfrentó un programa político con un criterio militar y puso en práctica todos los grandes conceptos que aplica el mejor conductor militar. Dentro de ello, está la persistencia.
En una época en que en Chile todo el mundo empezó a perder la fe, en 1983, él tenía la convicción más absoluta que se iba a salir adelante.
Muchos de sus asesores y ministros pensaban incluso que había que entregar el gobierno y buscar una solución. Pero él dijo que si se había salido de muchas cosas peores que ésa, se pasaría la etapa dura, y se continuaría con el programa.

CALMA A TODA PRUEBA

El Presidente Pinochet siempre mostró un carácter muy especial frente a su equipo de colaboradores más cercanos.
Frente a los grandes problemas internacionales, por ejemplo, como el Tratado de Paz, el Tratado Reservado con Perú, el Tratado con Estados Unidos por Isla de Pascua, la grave situación que se vivió con Argentina, o los problemas fronterizos con Perú, él siempre conservaba la paz y reaccionaba con una extraordinaria serenidad, que lograba transmitir a sus colaboradores.
En cambio, era posible verlo enojado o molesto, perturbado, con cosas triviales, pequeñas o sencillas, que podían conseguirse solucionar fácilmente. En ese caso, le subía la sangre a la cabeza y hablaba directamente con el culpable del desaguisado, para solucionarlo de inmediato.
Enojado o no, nunca, jamás, usa palabras groseras o garabatos de grueso calibre, o maldice. Ni siquiera a sus enemigos más declarados.
Pinochet no es una persona enferma de ordenada, no es maniático, pero siempre sabe donde están las cosas. Tiene un carácter militar, persistencia, una tremenda lealtad hacia los amigos. El que ha sido una vez leal con él se asegura su retribución de por vida.
El es una persona de trato muy suave, no grita, y si pasa un mal rato y se ha sentido molesto, esa rabia no la traspasa al resto de la gente.

VACACIONES EN BUCALEMU

Y si de comidas se trata, también fue importante durante su gobierno la "tradición" que inició de ofrecer, siempre a comienzos de febrero, un asado en la residencia veraniega de Bucalemu.
Quienes participaron del festejo señalan que siempre fue algo informal, con los invitados en mesas, bajo los árboles, en un clima de gran informalidad. Don Augusto y doña Lucía acostumbraban sentarse en mesas distintas, a departir con todos sus invitados. Todo aquel que lo deseara podía integrarse a la charla.
Hay también un gran misterio sobre lo que hacía o no hacía en sus vacaciones en Bucalemu. Lo cierto es que se levantaba igual temprano y caminaba. Entre las 10.00 y las 12.00 horas, atendía el despacho de asuntos de gobierno, en una pequeña oficina. Al mediodía, enviaba todo a su secretaria de La Moneda. Almorzaba y dormía una breve siesta. A las 16.00, salía a caminar por un par de horas.

Tomaba té y posteriormente veía una película. Le gustan, dicen, las italianas picarescas. Luego, leía y se dormía temprano.
En una oportunidad, caminaba con su edecán por un bosque, cercano a la residencia. De pronto, apareció un conscripto de la Escuela de Ingeniería de Tejas Verdes, de guardia en el lugar. Casi le dio un infarto cuando vio al general Pinochet, quien estaba descansando en una especie de acera:

"¿QUÉ PASA, HOMBRE?".

- "Nada, mi general. Permiso para continuar".
Y salió corriendo, a perderse.

NO VIMOS NADA

En uno de sus cumpleaños, nadie supo cómo, llegó hasta su despacho el ejecutivo de una importante firma importadora de relojes. Avanzó como iluminado hasta él y le dijo :

"PRESIDENTE, PERMÍTAME ENTREGARLE ESTE PEQUEÑO PRESENTE Y DARLE UN ABRAZO".

Antes de que Pinochet respondiera, puso en sus manos un estuche con un reloj y luego le dio un beso en cada mejilla, conforme a las costumbres de su pueblo.
Pinochet se ruborizó y los periodistas se esforzaron por contener la risa. El ejecutivo se retiró, sin dejar de hacerle venias. Cuando salió, el gobernante seguía ruborizado. Un periodista lo sacó del apuro:
- "Nosotros no hemos visto nada, Presidente".
Carcajada general.
Sus colaboradores recuerdan otro momento de confusión, durante una ceremonia en el piso 22 del edificio Diego Portales. Saludó a cada uno de los generales con un abrazo, y con un beso en la mejilla a sus esposas.
Sin embargo, por el apresuramiento, se confundió y al llegar donde el general Hernán Béjares, en lugar de abrazarlo, le dio un beso.
Igual que la vez anterior, primero fue el rubor y luego la risa general. Incluido él.

BAJO UN ARBOL

Cuando está relajado, al general Pinochet le gusta vestirse de sport. En El Melocotón anda prácticamente todo el fin de semana en buzo y zapatillas. En las vacaciones de verano, generalmente en Bucalemu, le gusta usar bermudas, short con polera, lo más informal posible.
Eso no significa que deje de trabajar, porque en la práctica no para un minuto de hacerlo.
Como Presidente, se instalaba debajo de un árbol con una mesa cuadrada y coja. Todos los días llegaba de La Moneda un vehículo con dos cajas manzaneras llenas de documentos, porque el país tenía que seguir funcionando. En cada jornada, firmaba un alto de 20 a 30 centímetros de documentos, decretos, oficios, etc. El edecán se los llevaba hasta la mesa media coja y, al lado, ponía un catre de campaña tipo militar.
El general Pinochet, bajo la sombra de los árboles y con el cantar de los pájaros, en la tarde escribía un rato y de repente se tendía y dormía siesta ahí mismo, en su catre de campaña.
Pinochet escribe con lo que tenga a mano: las cartas le gusta hacerlas con lapicera, pero el resto con cualquier lápiz. Siempre tiene una docena de lápices dando vueltas por ahí. Lo más divertido es que uno encuentra que tiene un pocillo con lapiceras estupendas, pero a veces él prepara un discurso con un bolígrafo desechable.
Cuando viste de civil, el Comandante en Jefe del Ejército lo hace muy bien, elegante.
En Viña del Mar, a veces va a comer parrilladas a "La Armandita", como también le encanta el "San Marcos" y el "Edelwaiss", en el camino a Concón. Pero no ignora algunas "picadas" en restaurantes chicos de la Quinta Región.
En esas oportunidades, le gusta lucir un buen terno. La ropa le dura mucho tiempo. La fecha de su confección la tiene puesta adentro del bolsillo, y algunos ternos los tiene desde que era comandante, hace ya bastantes años. Algunos amigos le regalaban cuatro o cinco cortes de géneros y se los mandaba a hacer al sastre.
Según sus colaboradores, el general Pinochet es muy cariñoso y preocupado de su mujer e hijos. Y -dicen- cuando ve venir desde su hogar una posible tormenta, se pone a dormir, se hace el leso, no discute y no se amarga la vida.

También quedaban sorprendidos por el cariño que despertaba, especialmente en las mujeres de todas las edades. Para algunas era un cariño de papá, abuelito, hombre. Las cautivaba realmente. Es impresionante, afirman, la reacción que produce en el "sexo débil". A veces, eso sí, había tanto cariño que sus acompañantes debían rescatarlo de verdaderos tumultos. Es un tipo de seducción muy especial. Hay personas que han tenido igual o mayor poder que él, pero no han despertado ese sentimiento en la gente, especialmente de la más humilde.
Esto último se notaba mucho en las giras. En los pueblos chicos, perdidos al interior de la Décima Región, donde llegaban, las personas se le lanzaban encima y él, ahí metido, se sentía muy a gusto entremedio de la gente más sencilla. A los niños los tomaba, besaba y abrazaba. No era postura para la prensa porque esas cosas la gente no las publica. Las personas lo invitaban a tomar tecito con sopaipillas... y lo probaba todo.

SE LO CUIDO...

Cada vez que puede, el general Pinochet se arranca a Viña del Mar y a Valparaíso, su ciudad natal, y a la Quinta Región que son los puntos en que se anidan los recuerdos de su infancia.
Estando en Viña del Mar, el entonces Primer Mandatario fue a comer al restaurante San Marcos. A él no le gustaba que anduvieran las motos y tantos guardaespaldas detrás. Prefería pasar inadvertido, pero eso era imposible con el aparato de seguridad. Cuando llegó con su edecán al restaurante italiano, adelante había un auto de escolta y atrás otro. Se bajaron todos sus guardaespaldas. Ellos nunca andan con las armas a la vista, excepto la gente de uniforme, que porta metralletas.
En buenas cuentas, se produjo todo un despliegue de seguridad. El se bajó del automóvil y entonces salió un niñito chico y le preguntó, muy serio:
- "Señor, señor, ¿Le cuido el auto?"
En medio de mucha risa, el general Pinochet le dijo:

"¡YA, CUÍDAME BIEN CUIDADO EL AUTOMÓVIL. NO DEJES QUE NADIE SE ACERQUE!".

Después de comida siempre le preguntaba al edecán si había dejado propina. Y al pararse, le pedía que lo acompañara a la cocina, porque -decía- a los cocineros nunca nadie les da propina. Saludaba a los cocineros y les daba propina personalmente.
Al final, salieron del "San Marcos" y se encontraron con el niño, que estaba rodeado de los escoltas, con metralletas.
El general le preguntó muy serio:

"¿ME CUIDASTE BIEN EL AUTO?".

El chico replicó: "Sí, señor y no han robado nada". Pinochet se río con fuerzas y le dio cinco mil pesos al chiquillo, que miraba alucinado el billete...

ILUSTRE PARACAIDISTA

Era el verano de 1986 y en la Laguna de San Rafael, en una lancha patrullera de la Armada a cargo de un sargento, el Presidente de la República, Augusto Pinochet, se embarcó con rumbo al ventisquero donde caen los hielos eternos, como en cascadas.
El personal de la Casa Militar, especialmente su mayordomo, había subido unas cajas con sandwiches y petit bouches. El Primer Mandatario, una vez llegado al ventisquero mismo, observó extasiado el apabullante escenario blanco creado por la naturaleza.
Al regreso, faltando media hora o un poco más de camino para llegar al buque, el general sintió un olor muy especial en la barcaza.

"¿DE DÓNDE PROVIENE ESE OLOR TAN RICO... VAYAMOS A VER ",

preguntó. Y bajaron donde no estaba previsto, el comedor de la tripulación. Allí había un sargento, un cabo y un motorista. Habían sacado unos pescados y los habían hecho ahí mismo, al horno, con harto ajo, aliño y cuanta cosa.
Sonríendo, el Jefe de Estado les dijo:

"¡QUE OLOR MÁS RICO".

El confuso sargento respondió: "Mi general, a usted le tienen un rancho especial...".
El general Pinochet, dijo riendo :

"¡NO, NO, NO, YO QUIERO COMER DE ESO".

Y se instaló en la camarita pequeña, con una mesita y unas bancas a los lados y la fuente al medio. El cabo y el sargento intentaron retirarse, pero el general les dijo:

"¡NO PUES, QUÉDENSE AQUÍ NOMÁS, SI USTEDES ESTABAN COMIENDO!".

Acto seguido tomó pan, y untando en la misma fuente, en un platito, sacó su pedazo de pescado con papas, feliz de la vida.
El sargento no cabía en sí de contento, porque no se imaginó jamás que el Presidente de la República y Comandante en Jefe del Ejército llegara a estar, alguna vez en su vida, ahí en su mesa, disfrutando y gozando de este pescadito hecho por ellos mismos.
- "¿Mi general, le dijeron, podemos sacarnos una foto con usted para el recuerdo?".

"...Pero no faltaba más, dijo. Que venga el fotógrafo...".

Y sacaron la foto.
La fotografía, ampliada a un metro de ancho por medio metro de altura, está hoy en la cámara de esa lancha. Todo el mundo le tiene envidia al sargento y al cabo porque en esa lancha el general Pinochet fue, se metió en la cocina del personal y comió con ellos. La mandó a ampliar para que todos creyeran que era verdad lo que contaba...

NUNCA SE QUEJA

Para otro de sus más permanentes e íntimos asesores, Pinochet es "multifacético, crucigramático, muy chileno", que, como una verdadera carbonada, "tiene de todo". Siempre está "impecable", y nunca se queja.
Tal vez, como en todos los chilenos, predomina en él, como uno de sus rasgos importantes, una "conciencia jurídica notable", que además es visto como característico de alguien acostumbrado a someterse a la norma: le encantaba situarse en el plano de la legalidad.
El general (R) Fernando Lyon recuerda hoy que lo consultaba constantemente, porque tenía muy claro que al pueblo chileno le encantan las leyes y los decretos.
Cuando alguna explicación se alargaba mucho, recordaba sus estudios de Derecho para cortarla: "Sí, sí, sí. Yo también sé algo de leyes"

DON DE MANDO

Conocido es su antimarxismo, pero tiene, además, un sentido de la democracia autoritario y una claridad constante para mantener a raya al adversario.
Su don de mando aparece, según quienes estuvieron al lado de la Junta Militar desde un comienzo, desde el mismo 11 de septiembre de 1973.

En todas las reuniones, aunque el grupo fuera numeroso, de veinte o treinta personas, saludaba uno a uno a los presentes, fijando sus ojos claros e inquisidores en los de su interlocutor. Era un gesto de "cordialidad personalizada", pero que al mismo tiempo le permitía al astuto militar tener al auditorio perfectamente controlado.
"Todos reconocen la forma natural en que ejerce la "majestad del cargo".
"Podría haber sido emperador, dice un abogado, asesor suyo, sonriendo. Y advierte que basta sólo traer a la memoria su derrota en el plebiscito de 1988, cuando todo el mundo creyó que iba a estar derrumbado. Para sorpresa de algunos y admiración de muchos, cuando apareció en la televisión, con su uniforme blanco impecable, se le vio entero, "como un gran mandarín".
Porque el general tiene un sentido integral del mando, partiendo tal vez de detalles formales, que a veces son tan importantes y que muestran como por una ventana, la intimidad de un ser humano. Pinochet tiene un sentido monárquico, trascendente del mando".

La observación no deja de tener sentido, porque él se manda a hacer una gorra con la cucarda más alta, se sienta en un sillón que parece un trono, el mismo que nunca quiso utilizar el ex presidente Aylwin y que sólo en una oportunidad ha usado el presidente Eduardo Frei, precisamente en una de sus principales intervenciones por cadena de radios y televisión.
En los días fríos, el general usa una capa en la que se envuelve como si fuera un gran cacique o un emperador...
"Pinochet tiene, en forma natural, todo el sentido de la parafernalia que rodea al mando", agrega.
Sin embargo, es también un hombre austero y aterrizado en sus costumbres. Desde muy joven ahorró todo lo que pudo. Nunca fue un hombre dilapidador.

Tal vez porque los civiles nunca terminan de conocer a un militar, hay más de un Pinochet.
Tiene razón el general al señalar que "cuando los hombres se visten de uniforme, su mentalidad cambia de inmediato".
Porque detrás de la imagen casi siniestra que sus adversarios usaron en las muchas campañas en su contra, con aire severo y anteojos obscuros, hay un Pinochet cálido, encantador, galante, pícaro, como lo ven sus hijas y admiradoras, como también el Pinochet profesional de la guerra, que manda, determina y se impone por presencia cuando se encuentra en operaciones, como lo ven sus subordinados y hasta sus adversarios. Está Pinochet entonces con los nervios tensados y desde su cerebro fluye la intuición, rapidez y la percepción del guerrero.
"Pinochet es un felino táctico", dice uno de sus colaboradores. Madruga, se levanta temprano, y parece creer que "a quien madruga, Dios lo ayuda".
Utiliza la táctica en forma permanente y tiene la inteligencia para reaccionar de inmediato.
"Pinochet es un militar-militar", señala uno de los hombres que desde los inicios del gobierno militar y hasta hoy ha estado al lado del Comandante en Jefe del Ejército.
Pinochet es un militar formado en la Escuela de Körner, en la cual no hay cabida a las improvisaciones.
Uno de los integrantes del Alto Mando lo describe como "una persona extremadamente perspicaz e intuitiva". Y agrega: "No hay que equivocarse cuando él deja una frase a medias. No es que se le haya olvidado el resto, es que piensa que no es conveniente llegar más allá".

LOS JOVENES

Desde el comienzo de su gestión como gobernante, el general Pinochet tuvo inquietudes por la formación de la juventud, como asimismo por buscar caminos para entregarles un porvenir mejor. Le parecían como una proyección de sus propios hijos.
El hoy diputado Pablo Longueira, fue uno de los jóvenes que aparecían seguido por La Moneda. Tomaba desayuno con él, hablaban de los problemas políticos, de las inquietudes de la ciudadanía. Se escuchaban de igual a igual.
Tal vez por eso, siempre en el avión presidencial viajaban junto a Pinochet los Ministros, las autoridades, los periodistas... y Longueira.

Pablo Longueira se reunió por primera vez con Pinochet en 1982, cuando él se desempeñaba como Presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile. Llegó hasta el Palacio de Gobierno junto con los dirigentes Roberto Lewin y Manuel Sepúlveda.
Era un estudiante de Ingeniería que no tenía pelos en la lengua, y decía las cosas de frente.
- "Mire, Presidente. Le queremos exponer a usted no lo bien que está la Universidad de Chile, sino los miles de problemas que tiene".

"ESO ESTÁ MUY BIEN...

Todos vienen aquí a mostrarme las flores, expresó Pinochet, indicando un hermoso arreglo que estaba cerca de su mesa de trabajo,

PERO NADIE ME MUESTRA LOS GUSANOS QUE HAY DETRÁS DE ELLAS...".

Le impresionó tanto a Longueira lo dicho por el mandatario, que se sintió estimulado a continuar con sus planteamientos. Entendió la posición del general como una muestra de la confianza que se da entre amigos.
De ahí para adelante, esa amistad continuó.
El Presidente de la República y su joven amigo, se reunían frecuentemente.
"El secreto de nuestra amistad, cuenta el hoy diputado es que siempre le dije la verdad, tal como la pensaba. Fui el abogado del diablo, le decía siempre lo malo, de frente, sin temor a hacerme de enemigos. Y muchas veces coincidíamos en nuestras apreciaciones. Al final, era él quien tomaba las decisiones, pero lo hacía por el bien de Chile aunque ello fuera en contra de su popularidad, o tuviera un alto costo político...".
También demostró su confianza en los jóvenes al nombrarlos en cargos importantes, ya fuera como ministros, autoridades de mandos medios o alcaldes. Lo prueban las designaciones de Hernán Büchi, María Teresa Infante, Miguel Kast y muchos otros.
En febrero de 1981, ordenó llamar al abogado Carlos Bombal, quien había trabajado en el Estado Mayor Presidencial. Cuando éste compareció, Pinochet lo saludó y, sin preámbulos, le dijo:

"LISTO, MI AMIGO. USTED ASUME COMO ALCALDE DE SANTIAGO. CUENTE CON TODO MI APOYO. AQUÍ ESTÁ MI TELÉFONO".

El general y el periodismo S.E. inaugura La Copucha.

-"¡Pero, Presidente, si sólo tengo treinta años!", le dijo el joven.
-"No importa, retrucó Pinochet.Tengo plena confianza en la juventud. No se preocupe. Otro día hablamos de las instrucciones específicas".

EL Y EL PERIODISMO

Para la periodista Raquel Correa, que pide se deje expresa constancia de que no es "pinochetista" ni está dispuesta al halago hacia la persona del comandante en Jefe del Ejército, entrevistarlo para el libro que después se llamaría "Ego Sum" fue toda una experiencia.
Le reprocha Raquel Correa al gobierno militar el "que no haya sido democrático" y le sorprende "que haya asumido la propuesta del equipo económico y la haya hecho tan suya en circunstancias que era algo muy contrario al nacionalismo típico de los militares".
Reconoce la entrevistadora que el general Pinochet "es una persona de un gran manejo comunicacional."
Dice que hace "una manipulación muy hábil, de ser muy gentil a pasar a ser muy duro en el trato con el periodista, a hacer una broma, un requiebro".
Para ella, Pinochet hace un juego inconsciente pero muy hábil y que maneja muy bien.
"Son tácticas militares: avanza según lo que ve al frente, retrocede, espera, ataca, defiende. Tal vez todo eso tenga que ver con su formación militar y con su carácter huaso".
"De un huaso muy militar", dice sorpresivamente Raquel Correa.
Reiterando su posición adversa al general, consignando que "no iría a sus comidas, no le animaría el show ni le cantaría "Volver", la periodista sostiene que Pinochet usa el humor, teniendo ojo al chiste.
"Es irónico -dice- incluso algo tímido. El humor es una cosa constante. Es reírse, es decir un piropo después que ha dicho algo duro. La última vez que estuve con él, me dijo: "Partimos peleando y terminamos queriéndonos"...
Raquel señala que lo ha visto furioso, golpeando la mesa, pero que también lo vio "llorar"..., aunque se excusa de decir cómo y por qué le vio emocionarse de tal manera.
"Lo enoja -dice la periodista- cualquier cuestionamiento que se le haga". Añade: "La autocrítica no es un sentido que él tenga, entonces, cualquier crítica que él recibía al comienzo, acostumbrado a recibir sólo halagos, lo desenfocaba al recibir de mi parte ciertos cuestionamientos. Lo alegraban los recuerdos de su infancia, de su época de estudiante, el recuerdo de su madre".
Sostiene que el recuerdo más grande que tiene de él "es el haber presenciado el momento en que él se sacó la banda presidencial. Fue un momento histórico, maravilloso para este país. Ese instante nunca lo imaginé. Fue un momento grande, clave en la historia de Chile y un momento de gran dignidad de él."
Otros periodistas tienen distintas visiones, ninguna

Un momento de gran dignidad de él.

indiferente. Arturo Fontaine Aldunate, ex director del diario "El Mercurio" y ex Embajador de Chile en Argentina, que también reconoce haber tenido duras discusiones con el general, afirma que Pinochet "se salta el coeficiente" y que su primera característica es "su don de mando, que se transparenta no sólo en su relación con los subordinados, sino que a uno mismo le imponía su presencia y personalidad". Añade que el general es "un gran mateo" para estudiar y que aprendió mucha economía porque la generación de los cincuenta y sesenta estaban imbuidas de estatismo.

Para Fontaine, Pinochet es "la primera figura histórica del siglo", más grande que Arturo Alessandri y Carlos Ibáñez del Campo, porque "logró torcerle la nariz a la historia y convertir a este país en una nación que marcha hacia un porvenir fantástico".
No son anécdotas las que recuerda Fontaine. Más bien -con conocimiento de causa, ya que fue embajador de Chile en Buenos Aires-, está convencido de que lo más importante del gobierno de las Fuerzas Armadas y de Orden, presidido por Pinochet, fue la forma en que trató las relaciones con Argentina, hasta llegar a una solución en el más difícil de los problemas que ha tenido Chile en este siglo.
En su calidad de embajador, tuvo mucho contacto con él. Y revela que el general Pinochet estuvo en una difícil situación, porque por una parte él quería imponerse, salvar la dignidad del país, no aflojar, y al mismo tiempo no podía darle cabida a aquella gente que con mucho patriotismo, amor e idealismo, quería ir a la guerra.
Para el profesional, los tres momentos cúlmines del gobierno de Pinochet fueron "el juramento de la Junta el mismo día que asume; la remodelación de la Constitución y la aceptación del resultado del plebiscito de 1988".
Blanca Arthur, otra periodista que lo ha entrevistado muchas veces, recuerda que la primera vez que conversó con él, fue en el palacio presidencial de Cerro Castillo.
Fue "un encuentro súper cálido", dice, porque ella estaba embarazada e inmediatamente él se adelantó a preguntarle por los niños, qué cuantos tenía, cómo estaba la familia, es decir creó un ambiente. Ella no le tenía miedo, pero no sabía cómo aproximarse para que tampoco él le manejara la conversación, pero él creó una atmósfera de calidez en que todo se dio fácil.
Para esta periodista, el general tiene eso que llaman "el halo del poder", pero a la vez una cosa humana que no consigue establecer una barrera tan impenetrable. El es simpático, socarrón y desafía a intentar una aproximación con él.
En la mayoría de los casos, los periodistas se enfrentaban a algunas condiciones previas, nunca gratas para los profesionales, como lo es el cuestionario entregado en forma previa y, posteriormente, la revisión del material ya redactado. Blanca Arthur aceptaba las reglas del juego, como los demás.
Pero, como "contra siete vicios hay siete virtudes", ella aprovechaba la entrevista personal, que sus asesores fijaban en no más de diez minutos "para las fotografías", para usar la táctica de volver a preguntar todo de nuevo.
Recuerda que en 1982, antes de la "apertura", cuando se fueron Sergio De Castro y Sergio Fernández, y el régimen se puso más militar, ella le mandó el cuestionario y después lo fue a entrevistar.
En esa conversación se explayó en cuanto a qué apertura deseaba, qué Constitución, qué institucionalidad. Después y como siempre, combinó la entrevista con el cuestionario y lo llevó, con el texto listo, donde el general Jorge Ballerino, Jefe de la Casa Militar.
Este lo empezó a leer, se espantó y volvió después de una hora, diciéndole: "La entrevista no puede ir".
Ella, furiosa e impotente, le dijo a Ballerino:
"Mi entrevistado es el Presidente y yo no me voy de aquí hasta que no hable con él, en caso contrario la página saldrá en blanco."
Unos minutos después, Ballerino le dijo:
"El Presidente la va a recibir".
Cuando llegó donde él, se encontró con un general Pinochet risueño, que le preguntó:

"¿QUÉ ES LO QUE LE PASA QUE ME DICEN QUE ESTÁ LLORANDO POCO MENOS?".

A lo que la periodista, enojada, le dijo:
" No, estoy indignada porque no entiendo que unos asesores anónimos me vengan a censurar y lo censuren a usted".
El replicó, semiserio:

"ES QUE LOS TENGO CONTRATADOS PARA QUE ME CUIDEN LA IMAGEN".

Blanca Arthur siguió afligida, y él la consoló:

"¡QUÉ HAGO, QUÉ HAGO YO, CON LAS MUJERES NO PUEDO!".

Se quedó pensando un rato, y mirándola con los ojos semicerrados, le dijo:

"BUENO YA, QUE VAYA LA ENTREVISTA, PERO HAY ALGUNAS COSITAS QUE ARREGLAR, ASÍ ES QUE SE LA MANDO DE VUELTA".

Una hora después, apareció el general vestido de civil, con la perla en la corbata y una caja de chocolates... El mismo la fue a buscar a la oficina de Ballerino, y la invitó a tomar el té.
Comenzaron a recorrer los pasillos del palacio presidencial. Había anochecido, era pleno invierno y ella, por hacerle un comentario, le dijo:
"La Moneda, la casa donde tanto se sufre".
A lo que él, sonriendo y como en un susurro, le comentó:

"¡QUÉ SE VA A SUFRIR, SI SE PASA RE' BIEN!".

Llegaron al comedor y empezaron a tomar té. Al rato llegó el general Ballerino con las hojas, con párrafos tachados, y entonces vino la negociación y la pelea con él y con Ballerino. Blanca Arthur fue ganando en todos los puntos.
Al final, el general Pinochet le dijo:

"QUIERO QUE SE LE PASE EL LLANTO"

y se entregó, cedió.
Blanca sostiene que ese incidente de la entrevista él se lo ha restregado hasta el día de hoy. Cada vez que se encuentran, le dice:

"¡ENTREVISTITA QUIERE, ¡AH! ¿O SE VA A PONER A LLORAR?".

El general, a juicio de Blanca, tiene un gran sentido del humor y además, es coqueto. Ella lo ve como un hombre con un sentido del poder absolutamente impactante, que manejó las piezas durante todo su gobierno y desde antes. Y que ahora, con todo lo que ha ocurrido, simplemente dice: "Guarden silencio"...

AGREGADO DE PRENSA

Roberto Mardones conoció al general Pinochet el 15 de septiembre de 1973, a pocos días del pronunciamiento militar, siendo periodista de Radio Minería y trabajando en la Dirección de Informaciones del Gobierno, organismo al que había sido invitado a colaborar junto a periodistas de distintos medios.
El general siempre se preocupaba, en las giras, del lugar de hospedaje de los periodistas, si acaso estaban bien acomodados, particularmente si lo estaban las mujeres. En muchas oportunidades se quedaban conversando luego de la hora de comida.
Muchas veces le pedía a él que llamara a los periodistas para que se tomaran el bajativo y "pelaran" un rato. Tal vez él quería conocer el punto de vista sobre los problemas que había expresado la población en las regiones.
En las diferentes ciudades, siempre preocupado por la lectura, consultaba por la mejor librería y en aquellos lugares, conseguía varios libros.
Trabajando en el Ministerio Secretaría General de Gobierno, en cierta ocasión, el Presidente concurrió a la inauguración de una sala de juegos y entretenciones en el sector de Avenida Matta y cuando retornaron al edificio Diego Portales, que en esos años era la sede de Gobierno, una secretaria le avisó a Mardones que el general quería que subiese a su oficina, ubicada en el piso 22.
Pasaron algunos minutos y mientras el periodista trataba de reconstituir el día y avizorar el por qué el Presidente podría estar enojado con él, el entonces comandante Jorge Ballerino lo hizo pasar al despacho privado del Presidente, lugar al que tenían acceso muy pocas personas.
Lo saludó, le hizo tomar asiento y le dijo:

"QUIERO QUE SE VAYA".

Mardones abrió los ojos como demandando algún tipo de explicación. Acto seguido, él explicó su frase. Le dijo que se estaban realizando algunos cambios en las misiones diplomáticas en el exterior y que deseaba que él asumiera como Agregado de Prensa en la embajada chilena en Ecuador.
En las giras, cuando iba a Los Angeles, lugar en que Roberto Mardones tiene algunos parientes, ellos le solicitaban tomarse fotos con el general y éste le decía al periodista:

"¿DÍGAME LA VERDAD, A CUÁNTO VENDE LAS FOTOGRAFÍAS, MARDONES?".

Según el periodista, el día del general Pinochet comenzaba a las 6:30 cuando le llegaban los primeros diarios a su casa de calle Presidente Errázuriz. Leía algunos diarios y hojeaba otros. Ya en el palacio, poco antes de las 8 de la mañana, su Oficina de Prensa le había preparado un resumen de la prensa nacional e internacional.
Luego comenzaba a llamar a su gente, de acuerdo con una pauta de actividades que se preparaba con una semana de anticipación. La mañana era siempre muy intensa. Luego el almuerzo a las 14 horas, varias veces de trabajo, con 20 ó 30 personas en una gran mesa. Reanudaba la actividad a las 15.30 hasta las 19.30 ó 20 horas.
Es Pinochet un hombre hogareño, siempre leyendo, dos o tres de sus nietos revoloteando por la casa, tratando de jugar con su abuelo porque ellos no lo veían. También es una persona de gustos sencillos.
Cierto día le preguntó Mardones qué equipo de fútbol le gustaba y respondió:

"ME GUSTA EL WANDERERS, PORQUE NACÍ EN VALPARAÍSO, Y COLO COLO".

También le gusta la música latinoamericana, en especial la ecuatoriana, peruana y mexicana de los años '50, y cantantes como Pedro Vargas y Jorge Negrete. Poco amigo de la radio, veía televisión mientras el tiempo se lo permitía. Además, practicaba deportes, gimnasia más bien, muy temprano, en la madrugada y también en la tarde, aunque por la mañana era con un profesor de Educación Física.

XV. ULTIMOS INSTANTES COMO PRESIDENTE

A la hora del balance, cuando quedaban sólo meses para su partida del Gobierno, no sólo sus camaradas de armas, sino toda la ciudadanía, reconocieron que uno de sus principales logros fue no politizar a las Fuerzas Armadas y Carabineros.

Augusto Pinochet, recuerdan algunos de sus camaradas de armas, manifestó siempre una aversión absoluta y total hacia los "politiqueros" y hacia quienes, decía, llevaron a este país a que se dividiera entre "los de allá y los de acá".

Era un convencido que quienes militaban en partidos políticos y abrazaban la "causa demagógica politiquera" revolvían a las masas con fines electorales populistas.

Los militares son generalmente "apolíticos", a pesar de que más de alguien piensa que Pinochet "es un gran político", lo que él niega entre risas.

A las personas que llevó, cuando ya estaba en el poder, a colaborar con el gobierno y que pertenecían a las Fuerzas Armadas, las designó con una misión particular, no como misión institucional.

Separó siempre, como en comportamientos estancos, a quienes estaban en la función de gobierno de quienes cumplían deberes en el campo militar.

Mientras sus colaboradores castrenses permanecían en trabajos de Estado los tenía al margen del Ejército, para así mantener a las instituciones en una labor enteramente profesional.

Pinochet no politizó a las Fuerzas Armadas.

ENCUENTRO EN LA MONEDA

En la antigua tradición democrática chilena, se estilaba que el Presidente de la República en ejercicio visitara en su casa al Presidente recién electo en las urnas. Cuando fue elegido Patricio Aylwin, la cosa fue diferente.

El ministro del Interior, Carlos Cáceres, en la oportunidad, visitó la casa del Presidente electo, acompañado del subsecretario de la misma Cartera, Gonzalo García.

"Portaba una carta personal del Presidente Pinochet para el Presidente Aylwin -cuenta Cáceres-, donde lo invitaba a visitar La Moneda. Durante la conversación con el Primer Mandatario se hicieron excelentes comentarios sobre el transparente proceso eleccionario que habíamos vivido los chilenos y, además, sobre las diferentes etapas de transición que se habían cumplido tal como se habían prometido".

Aylwin aceptó la invitación del Presidente Pinochet para visitar La Moneda y comenzaron los preparativos para la histórica entrevista.

"Hasta La Moneda llegaron una semana exacta después de las elecciones, el día 21 de diciembre -cuenta Cáceres-, el Presidente Aylwin y Enrique Krauss Rusque, quien sería después su ministro del Interior. En la entrevista con el Presidente Pinochet participé yo, como ministro del Interior, y el general Jorge Ballerino, como Jefe del Comité Asesor Presidencial".

"El Presidente Pinochet se veía muy relajado, tranquilo, con un extraordinario dominio de la situación, prosigue Cáceres. Por su parte, Aylwin se mostraba muy tenso y nervioso. Después de los primeros saludos protocolares, se habló de las elecciones, de los resultados, del traspaso de mando... El ambiente, con el paso de los minutos, se relajó".

"En determinado momento -confidencia el entonces Ministro del Interior- Aylwin le pidió a Pinochet que dejara la Comandancia en Jefe del Ejército. Y el Presidente Pinochet, con notable dominio y con una sonrisa en los labios le respondió:

> **"MIRE, PRESIDENTE. LA MAYOR GARANTÍA Y APOYO QUE UD. TENDRÁ EN SU PERÍODO PRESIDENCIAL ES QUE YO SIGA EN LA COMANDANCIA EN JEFE DEL EJÉRCITO. YA VERÁ EN LA PRÁCTICA QUE ASÍ NOMÁS SERÁ...".**

A renglón seguido, los anfitriones invitaron a tomar el té a Patricio Aylwin y Enrique Krauss, pero el primero expresó que tenía una agenda muy sobrecargada y que, por lo mismo, no podrían quedarse.

Ambos Presidentes se despidieron muy amablemente. Cuando Aylwin y Krauss se retiraron de La Moneda, el Presidente Pinochet le manifestó a Carlos Cáceres y a Jorge Ballerino que tenía la honda convicción y el sentimiento de la "misión cumplida".

Todo el proceso hacia la plena democracia se había cumplido al pie de la letra.

"MISION CUMPLIDA"

Al acercarse la fecha de la entrega del mando presidencial, el general Pinochet quiso despedirse como Presidente de toda la gente que lo había apoyado a través de todo el territorio. Bajo el lema "Misión Cumplida", recorrió una vez más las regiones del país.

Desde la Primera Región, donde llegó en 64 oportunidades; hasta la Duodécima, en donde llegó en 50 ocasiones.

Y en todas las ciudades fue recibido como el gestor de la exitosa transformación de Chile, que ya comenzaba a palparse.

El último Consejo de Gabinete se realizó en la Intendencia de Temuco.

En él, Pinochet se mostró hondamente emocionado.

Cada ministro de Estado hizo un relato con un balance de su gestión, lo que se había hecho por Chile en los últimos tiempos.

Al final, el Presidente Pinochet habló de sus relaciones con cada uno de sus ministros, en un tono franco, amistoso y directo.

A más de un Secretario de Estado le corrieron incontenibles lágrimas por sus mejillas. Era la despedida íntima de sus colaboradores.

Pero hubo otras despedidas, de las cuales no se informó. Una de ellas, con los periodistas de Moneda, con los cuales tuvo una excelente relación durante su mandato. Les habló con mucho afecto, les dio las gracias por su colaboración y les aseguró que en el Ministerio de Defensa las puertas estarían abiertas para ellos. Luego, uno por uno, los abrazó.

La emoción quebró a varias reporteras, que lloraron abiertamente. Pinochet, ahogando su propia emoción, las estrechó todavía con mayor fuerza y les dijo:

"¿PERO POR QUÉ LLORAN? ¡SI YO NO ME HE MUERTO! ¡AQUÍ NO SE HA MUERTO NADIE!".

Quedaba aún otra muestra de su humor. A las 17.00 horas del 10 de marzo, en sus últimos minutos en la sede de gobierno, se despidió de los ministros y sus esposas, en su despacho. Luego, escoltado por ellos, salió por la puerta de la calle Moneda, hacia la Plaza de la Constitución, para recibir los últimos honores de la Guardia de Palacio, los que se confundieron, en un clima de increíble marcialidad y emoción, con los vítores de la multitud.

Pese a todo, el general se sobrepuso. Al observar entre los presentes a la periodista Gema Contreras, de Radio Cooperativa, emisora que siempre fue contraria a él, se acercó y le tomó su teléfono celular:

"DEME EL NÚMERO DE SU RADIO, GEMITA. VOY A DARLES UNA EXCLUSIVA".

Una vez que lo tuvo, marcó... ¡Pero el número estaba ocupado! Si la línea hubiese estado libre, el país entero habría escuchado con sorpresa al todavía Presidente Pinochet hablando por primera vez para Radio Cooperativa, en forma exclusiva y en un momento de gran trascendencia histórica.

Y lo último de ese instante. Al regresar Pinochet a La Moneda, a fin de abordar su automóvil, se escuchó una voz muy potente de un espectador:

- "¡Que Dios lo bendiga, Presidente!".

El general, conmovido, sólo atinó a responder:

"MUCHAS GRACIAS, MUCHAS GRACIAS".

TRANSMISION DEL MANDO

El Ministro del Interior de la época, Carlos Cáceres, vivió intensamente con el general Pinochet sus últimos minutos como Presidente de la República.
"El día 11 de marzo de 1990 -cuenta con mucha fuerza- vivimos juntos primero el trayecto desde su casa, en Avenida Presidente Errázuriz, hasta la Escuela Militar, donde una multitud se volcó para expresarle su adhesión y gratitud. Luego, vivimos la emoción de la Santa Misa en la Escuela Militar junto al Gabinete y cuerpo de generales y posteriormente toda la ceremonia militar de despedida".

"Después, el Presidente Pinochet, la Señora Lucía y yo, nos subimos a un helicóptero Puma del Ejército que nos condujo hasta la Intendencia de Valparaíso, para la transmisión del mando".

"Al subirse al helicóptero -dice Cáceres-, me recuerdo que el Presidente Pinochet se acomodó, entrecerró sus ojos e, instintivamente, en un gesto de gran afecto, buscó la mano derecha de la Señora Lucía... Se la tomó, y con las manos entrelazadas, en silencio, hicieron todo el camino".

"Pienso que, incluso, dormitó un poco, plácidamente. Y eso -añade Cáceres- era un evidente símbolo de la tranquilidad de espíritu que invadía, en esos momentos, su alma...".

Y vino la transmisión del mando en el Congreso Nacional. Aunque se había ensayado, una y otra vez, la ceremonia oficial, el Presidente Pinochet insistió en entregarle el símbolo de mando a Patricio Aylwin, la Piocha de O'Higgins, personalmente, y no colgársela de la banda presidencial.

El noble gesto fue agradecido después por Aylwin.

"Luego de la entrega, de los aplausos y de las pifias, de uno y otro bando -cuenta Cáceres-, y mientras en el Salón de Honor seguía la ceremonia oficial, acompañé al Presidente Pinochet hasta la salida del Congreso Nacional. Bajamos juntos las escalinatas hasta el auto".

"Ya no era el Presidente, sino el Comandante en Jefe del Ejército. Sentí el inolvidable abrazo que me dio, lleno de emoción, como un saludo y un agradecimiento para todos los que lo habían acompañado en su gestión...".

En realidad, era el punto final de la "Misión Cumplida".

ANEXO I: EN LETRAS DE MOLDE

Como es natural, en diecisiete años de gobierno hubo muchas frases inolvidables del general Augusto Pinochet, las que correspondieron a discursos, entrevistas de prensa y otras circunstancias. Estas son algunas de ellas:

EL CRONISTA (22 de mayo de 1977):

"Mi esposa me da cariño, afecto y ternura. Además, me da la posibilidad de compartir con ella una cantidad de problemas que llevo sobre mis hombros. Eso no quiere decir que se lo comente absolutamente todo, claro está, puesto que soy hombre muy discreto".

QUE PASA (12 de septiembre de 1979):

"¿Cómo se puede hacer acción social sin dinero? Sería muy difícil, porque se entraría a repartir pobreza".

"Moriré con las botas puestas".

EL MERCURIO (3 de octubre de 1979):

"Esta tierra, que es nuestra, no la vamos a entregar ni a mancillar nuevamente esperando que lleguen los lobos a ocupar el poder, para hacer uso de él y destruir a Chile".

LA TERCERA (16 de agosto de 1980):

"La democracia tiene mil formas de presentarse. ¿O creen que para ser democrático hay que ser democrático con apellido? La democracia tiene mil formas de ser".

LA TERCERA (8 de marzo de 1981):

"Yo no creo ni en los halagos ni en que me dicen toda la verdad. Creo que me ocultan siempre algo. Siempre me presentan las cosas bonitas. Por eso, yo decido solo cuando ya tengo muy clara en mi mente la idea, concepto o situación en que se vive".

QUE PASA (22 de octubre de 1981):

"Hay algunos que hablan de mil formas de retornar a la política, como si al país le faltara oxígeno. ¡Pero si el país, sin esos señores, ha cambiado y crecido como nunca!".

EL MERCURIO (25 de octubre de 1981):

"Delego trabajo, pero la responsabilidad global la tengo yo y debo asumirla. Si fuera la diosa Kali, tendría otro brazo derecho".

DISCURSO ANTE LOS JOVENES (12 de marzo de 1982):

"Quiero transmitirles mi inquietud, que sepan por qué muchas veces tomo medidas. No quiero, ahora que estamos en un proceso de transformación, que vengan a quebrarlo algunos, sembrando semillas de discordia Con las medidas que tomo, impido que esta criatura que es Chile, que está recién andando, sea infectada por la politiquería y la demagogia".

EL MERCURIO (25 de julio de 1982):

"Al pluralismo yo lo llamo beatería política. Ortega y Gasset señaló que de todo cabe en una beatería: lo religioso, lo político. Casi todos los políticos son sincera o fingidamente beatos de la democracia. Creen que el único sistema que hay en el mundo es la democracia. Pero si usted quiere hablar de pluralismo restringido, pongan pluralismo restringido".

"Lo importante es mantener el justo equilibrio entre la visión del estadista y el quehacer del gobernante. Ese es el arte de gobernar".

"El equipo económico tiene que salir adelante. Los ministros permanecen en sus cargos en la medida en que son efectivos en el logro de los objetivos de gobierno".

LA TERCERA (8 de septiembre de 1982):

"Mucho les duele cuando digo 'los políticos'. Pero me refiero a algunos. No a todos. Hay algunos buenos y otros más o menos. No son todos malos. Pero la mayoría son regulares".

"Apretando bridas, como dirían los de Caballería, salvamos a la Patria y pasamos el primer escollo".

EL MERCURIO (1° de octubre de 1982):

"El Gobierno no acepta la politiquería. Los señores políticos que están muy activos son unos pocos. Los tengo medidos. No crean ustedes que andan sueltos. Cuando los llaman por ahí, aseguran que son muy leales al Gobierno".

REVISTA ERCILLA (29 de diciembre de 1982):

"Cuando el Gobierno actúa frente a las protestas, no faltan los que dicen que usa muchos recursos frente a estos 'pequeños desórdenes'. ¿Qué quieren? ¿Que esperemos a ver si aumentan?".

DISCURSO EN IQUIQUE (22 de mayo de 1983):

"Iquique tiene un embrujo que atrae, a pesar de sus limitaciones. Es como esas mujeres feas, a las que uno les va tomando cariño y al final las encuentra hermosas".

DISCURSO EN COPIAPO (15 de junio de 1983):

"A los políticos opositores les digo que ligerito los vamos a mandar a sus covachas, para que terminen sus problemas. Esos señores son muy negativos permanentemente. Son los mismos grupitos que se mueven de un lado a otro".

LA SEGUNDA (10 de agosto de 1983):

"Con el tiempo, han aparecido algunos señoritos con la política de ganar dólares. Me han avisado que hay una protesta mañana. He tomado las medidas".

LAS ULTIMAS NOTICIAS (3 de septiembre de 1983):

"Esta no ha sido una dictadura. Ha sido una dictablanda".

"No se trata de dar pasos a tontas y a locas. Tengo que dar el golpe donde es preciso. No puedo hacerlo en una pieza oscura, tirando golpes para todos lados. Hay que mirar primero dónde voy a golpear".

LA TERCERA (11 de septiembre de 1983):

"Siempre los enemigos del Gobierno o los que aspiran a él le inventan cuanta cosa. Al mismo O'Higgins le inventaron mil cuentos con respecto a Rosita O'Higgins. El otro día leí la historia de Manuel Montt y cómo lo calumniaban. El asistía a misa en la capilla de La Moneda todos los domingos y luego se reunía con su familia. La gente decía afuera que en La Moneda se armaban los jolgorios".

EL MERCURIO (11 de septiembre de 1983):

"Se revisa para corregir, ajustar, adecuar, mejorar. ¿Si a usted se le revienta un neumático, se compra un auto nuevo?".

"La oposición actúa como un pirómano que provoca un incendio y luego se lava las manos y acusa a los bomberos de haber llegado tarde al incendio. Si no, los acusa de haber provocado el incendio. A estos señores conviene recordarles que es peligroso jugar con fuego".

LA SEGUNDA (13 de septiembre de 1983):

"Ya estoy hasta más arriba del paracaídas con todas las cosas de los politiqueros, que no sirven para nada".

DISCURSO EN PICHILEMU (2 de octubre de 1983):

"Algunos políticos andan con el cuento de que con la democracia vamos a salir adelante. Eso es lo mismo que ponerle tela a un acorazado. Así no andan las cosas".

DECLARACIONES EN SAN FERNANDO (5 de octubre de 1983):

"Han aparecido, como fantasmas del pasado, personajes que harían un gran favor a la Patria quedándose en sus casas. Personas que no titubean en juntarse con los marxistas, que conforman grupos con ellos y tienen la impudicia de llamarse democráticos".

"Tendríamos que ser muy ingenuos para pensar que ya todo pasó, que borrón y cuenta nueva, porque esos elementos están listos para ponerse la banda presidencial".

LA TERCERA (21 de octubre de 1983):

"Aparece hoy en los diarios que yo trato mal a los políticos. ¡Lo que yo hago es tratar mal a los malos políticos!".

DISCURSO EN ARICA (17 de noviembre de 1983):

"Muchos señores hablan, sobre todo estos caballeros que vienen llegando. No me voy a referir a nadie, porque dicen que hay que ser muy prudente. Hablan como si nada se hubiera hecho en estos diez años, como si el país hubiera vivido en el limbo, como si todo hubiera sido dejar pasar. Quiero afirmar que todo lo que se ha hecho, se hizo meditadamente".

ERCILLA (13 de junio de 1984):

"Me defino como un hombre y me comparo con Augusto Pinochet. Soy tirador escogido. Donde pongo el ojo, pongo la bala"...

(A MUJERES PERIODISTAS DE LA MISMA REVISTA):

"Lamentablemente, ahora se tienen que ir, porque voy a empezar mi clase de gimnasia y quedaré en pantalones cortos. Si me quieren ver mañana, vengan como a las siete. A esa hora salgo. Duermo siete horas, de acuerdo al reglamento. Amanezco como príncipe".

NEW YORK TIMES (7 de agosto de 1984):

"Los políticos son unos caballeros que han estado cesantes durante los últimos once años y desean volver al poder y a sus privilegios".

"Soy un soldado. Para mí, lo que es blanco, es blanco. Y lo que es negro, es negro".

LA TERCERA (2 de mayo de 1985):

"Es deber de los trabajadores desenmascarar a los que quieren instrumentalizar la organización gremial. Esos dirigentes ambulantes no corresponden al verdadero trabajador chileno".

LAS ULTIMAS NOTICIAS (2 de junio de 1985):

"Me estoy recuperando de una gripe viral que sufrí, que cuando da, da muy fuerte. Es lo que llaman 'el garrote'. Me puedo morir de cualquier cosa, pero no de un infarto, porque hago ejercicios todos los días. Y levanto pesas".

WASHINGTON TIMES (23 de junio de 1985):

"Mis relaciones con la administración Reagan no son ni tan cercanas como para que yo me pueda quemar, ni tan lejanas como para que yo me pueda enfriar".

DISCURSO ANTE LOS JOVENES (28 de junio de 1985):

"YO EXIJO A LAS UNIVERSIDADES EL ESTUDIO, PORQUE QUIERO QUE LOS QUE SALGAN DE ESOS PLANTELES SEAN VERDADEROS PROFESIONALES, Y NO UNOS POLITICASTROS, QUE ANDAN PREDICANDO DOCTRINAS".

REUNION CON MUJERES, EN SAN ANTONIO (20 de julio de 1985):

"EL COMUNISMO METE AL HOMBRE EN UN ENGRANAJE, LE QUITA LA LIBERTAD Y HASTA EL DERECHO A CASARSE CON DETERMINADA PERSONA O A OCUPAR DETERMINADO EMPLEO O VIAJAR A DETERMINADO LUGAR".

EL MERCURIO (3 de agosto de 1985):

"QUIERO QUE LOS JÓVENES SE VACUNEN DEL MARXISMO, PARA QUE PUEDAN ENFRENTAR CON MAYOR DECISIÓN, CON MAYORES LUCES, EL PROBLEMA QUE SIGNIFICA EL COMUNISMO".

DISCURSO EN LOS ANGELES (19 de agosto de 1985):

"LOS POLÍTICOS, SALVO HONROSAS EXCEPCIONES, NADA HAN APRENDIDO. POR LO TANTO, LES VAMOS A VOLVER A ENSEÑAR. LOS POLITIQUEROS HAN ERRADO EL CAMINO. CREEN QUE VIVEN EN EL MISMO PAÍS DONDE CAMPEABAN LA DEMAGOGIA Y LAS COMPONENDAS A ESPALDAS DEL PUEBLO. CREEN, INGENUAMENTE, QUE LOS COMUNISTAS TAMBIÉN BUSCAN LA DEMOCRACIA. NO NOS DEJAREMOS ENGAÑAR. SABREMOS RECONOCER AL ENEMIGO, CUALQUIERA SEA LA PIEL DE OVEJA CON QUE SE CUBRA".

COSAS (27 de abril de 1986) (En entrevista con periodista francés):

"USTED VINO PARA PRESENCIAR MI CAÍDA. Y BIEN, USTED COMO PARTIRÁ COMO LOS OTROS: CON LA COLA ENTRE LAS PIERNAS".

QUE PASA (27 de abril de 1986):

"HAY MUCHOS QUE PIENSAN QUE LOS MILICOS SÓLO SABEMOS DECIR 'A LA ORDEN', 'MARRR' Y 'A DISCRECIÓN'. LO QUE PASA ES QUE NUESTRA PREPARACIÓN ES DISTINTA. NO ACEPTAMOS AMORES PAGADOS. DECIMOS SÍ O NO. ESA ES LA DIFERENCIA QUE TENEMOS CON LOS POLÍTICOS".

"NUESTRO CONCEPTO DE DEMOCRACIA ES DISTINTO, PORQUE DEPENDE DE LA ENFERMEDAD EL REMEDIO QUE SE APLICA. SI UNO TIENE TIFUS, NO LE PUEDEN PONER PENICILINA. SI TIENE GRANGRENA EN LA MANO O EN EL BRAZO, HABRÁ QUE AMPUTAR. ¿O NO? ".

"TENGO LA CARA AGRIA. TAL VEZ POR ESO DICEN QUE SOY UN DICTADOR. MI MUJER ME DICE QUE CUANDO HABLO, SIEMPRE PAREZCO ENOJADO. MI CONFORMACIÓN ES ASÍ".

EL MERCURIO (23 de mayo de 1986):

"NO ACEPTO QUE VENGAN A INMISCUIRSE PARLAMENTARIOS EXTRANJEROS EN ASUNTOS NUESTROS. CONSIDERO TRAIDORES A LOS CABALLEROS QUE LOS INVITARON. SON VENDEPATRIAS, VULGARES Y CORRIENTES... SALVO HONROSAS EXCEPCIONES. SALIERON A LA LUZ PÚBLICA AQUELLOS QUE SON CAPACES DE VENDER A SU MADRE CON EL FIN DE LLEGAR AL PODER".

DISCURSO ANTE MUJERES (30 de julio de 1986):

"LOS POLÍTICOS HAN TOMADO LA POLÍTICA COMO UN NEGOCIO REMUNERATIVO. POR ESO QUIEREN VOLVER, PORQUE LLEVAN TRECE AÑOS CESANTES. ESTÁN CON LOS BOLSILLOS RELATIVAMENTE VACÍOS. VAN AFUERA A PEDIR PLATA. Y A LLORAR".

DISCURSO EN CAUQUENES (18 de agosto de 1986):

"NADA ME PUEDEN SACAR, PORQUE SOY UN HOMBRE AUSTERO, DEDICADO A MI HOGAR, AJENO AL LUJO. QUIERO A MI FAMILIA, A MI ESPOSA, A MI PATRIA".

DISCURSO EN COIHUECO (21 de agosto de 1986):

"Los militares no somos ignorantes. Para llegar a general, hay que pasar por doce cursos. Si no pensáramos, habríamos tenido conflictos. Fuimos nosotros los que evitamos una guerra. Optamos por el derecho y por la mediación. Si fuéramos tan soldadescos, habríamos ido ciegamente a pelear, a morir peleando".

EL MERCURIO (22 de agosto de 1986):

"Los señores políticos, igual que el camaleón, cambian de color según la circunstancia".

EL MERCURIO (22 de agosto de 1986):

"Cuando me halagan, me siento igual, nomás. No me ni frío ni calor. ¿Cree que en ese momento pienso que soy macanudo? No. soy un ser humano, con todos los vicios y las virtudes que tiene cualquiera. Cualquier vicio puedo reconocer. Me pueden gustar mucho las sopaipillas".

LAS ULTIMAS NOTICIAS (7 de marzo de 1987):

"La democracia que tendremos no podrá ser esa que añoran los que hicieron, a costa de ella, su río revuelto".

LAS ULTIMAS NOTICIAS (7 de marzo de 1987):

"En 1973, los opositores civiles se mostraban dispuestos a dar la mitad de sus bienes o todos, si se les libraba del fin irremediable. Por cierto que hay civiles que llamaron a las Fuerzas Armadas y que ahora están buscando alianzas con sus mismos enemigos de entonces. Tal vez, sólo buscaban alguna mano circunstancial que les sacara las castañas del fuego. Repitamos un lugar común: el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra".

EL MERCURIO (6 de septiembre de 1987):

"El almirante Merino dijo que está buscando al candidato ideal. Ese no es problema mío. ¿Por qué me pregunta cosas de Merino a mí?".

QUE PASA (19 de noviembre de 1987):

"Antes de comenzar a conversar con el Santo Padre, yo le dije: Santidad, no le voy a tocar ningún tema de la Iglesia, porque estoy en mi casa y no le quiero causar ninguna pena".

LA NACION (18 de mayo de 1988):

"Algunos hablan de dictadura y dicen que van a luchar contra ella. ¿Contra qué dictadura? Hablan tranquilamente de dictadura y nadie los toma presos. Si fuéramos dictadura, los tendríamos en un calabozo. Aquí cada uno lee y piensa lo que quiere. Eso se llama libertad. Esa es democracia".

DISCURSO ANTE LOS JOVENES (4 de junio de 1988):

"Los mismos caballeros que hoy andan hablando de democracia fueron a hablar conmigo al norte, para decirme por qué no intervenían las Fuerzas Armadas. Yo les dije: 'Señores, el problema no es de las Fuerzas Armadas. Es de ustedes. Si ustedes quieren que no sea Allende el Presidente, voten que no' ".

LA NACION (7 de junio de 1988):

"Los integrantes del gobierno marxista querían arrastrarnos irremediablemente a la esclavitud. Y ahora han reaparecido. En 1973, no tuvieron lugares dónde esconderse. Hasta debajo de una cama encontramos a un dirigente. Hoy, han vuelto en gloria y majestad, porque la bondad chilena les ha permitido regresar".

LA SEGUNDA (17 de agosto de 1988):

"Las declaraciones del Comité Permanente del Episcopado me parecen re'buenas. Pero en ese problema yo no me meto. Como ustedes han de saber, en los orígenes de la religión católica estuvieron San Pedro y San Pablo. Estos dos caballeros se pelearon seis años y casi llegaron a las trompadas. Ahora, si esos santos varones no pudieron ponerse de acuerdo, calcule nosotros...".

TELEVISION NACIONAL (4 de septiembre de 1988):

"El poder lo acepto como una necesidad para gobernar. El poder por el poder no me gusta. Soy un soldado, un hombre de armas, que está hecho para desempeñarse en su carrera".

"Los opositores jamás han encontrado algo bueno en el Gobierno. Todo para ellos es malo. Siempre están poniendo problemas. En ese aspecto, se sienten los niños dioses".

LE MONDE (enero de 1989):

"Cuando Roma estaba sitiada, fueron a buscar a Cincinnatus para salvar la patria. Los mensajeros lo encontraron arando su tierra. Era un hombre sencillo y de costumbres sobrias. Se puso su uniforme, entró en campaña y derrotó al enemigo. Se le rindieron honores. Luego, regresó a su arado. Hay una segunda parte. Nuevamente, Roma fue sitiada. Y de nuevo fueron a buscar a Cincinnatus. Pero esta parte yo no la he contado...".

LA SEGUNDA (28 de abril de 1989):

"Hay un político que se les da de cientista militar, en circunstancias de que ni siquiera hizo el servicio. Ni conoce los cuarteles".

"La perestroika es sólo comunismo en papel de regalo. Se mantiene el principio de la dictadura del partido único. Y el control de la libertad de los ciudadanos".

DISCURSO EN ANTOFAGASTA (6 de mayo de 1989):

"En la vida de los pueblos no hay nada gratis. Quien recibe dinero extranjero para asuntos internos de su patria, está vendiendo a la patria que lo vio nacer. ¡Es un vendepatria!".

LAS ULTIMAS NOTICIAS (6 de junio de 1989):
-¿Qué gusto se va a dar el 12 de marzo de 1990?

"Augusto no se da ningún gusto. Si Aylwin es Presidente, nos diremos: 'Buenos días', 'Buenas tardes'. Si pregunta algo del Ejército, le diré que todo anda bien".

LA TERCERA (15 de junio de 1989):
-¿Está cansado, Presidente?

"Físicamente, no. Si quiere, lo levanto en brazos".

HOY (10 de julio de 1989):

"Cuando muera, me iré al cielo. ¿Dónde habría ido, según usted? ¿Al infierno? No. Esté tranquilo. Iré al cielo".

QUE PASA (1 de junio de 1989):

"No me inmiscuiré en el tema electoral. Yo ya no tengo nada que ver. Son otros los que tocan el violín. A lo más, tengo que ayudar al flautista".

"No soy Casandra. No puedo adivinar si ese caballero (Ricardo Lagos) va a llegar o no a la Presidencia. Ahora, si llega, ¿qué le vamos a hacer, pues?".

LA EPOCA (2 de diciembre de 1989):

"Con los años, me van a pedir que vuelva. Estaré mirando lo que sucede en Chile, no como ave de rapiña, sino con el deseo de colaborar para que este país siga su curso ascendente y entremos al siglo veintiuno como lo merece una nación con tanto tesoros".

EL MERCURIO (25 de febrero de 1990):

"Yo soy soldado. La muerte puede estar en cualquier parte. Me han amenazado, han atentado contra mi vida. ¿Me han visto alguna vez asustado? ¿Por qué voy a cambiar? ¿O usted cree que mientras más viejo, más cobarde?".

"Estoy haciendo una gira por Chile, porque si yo me voy de una casa o de cualquier parte, me despido. Mi gobierno ha sido honorable y honesto y se despide de su gente. No importa lo que digan".

"Mis amigos han estado siempre conmigo. Los que han estado por interés, sacaron la lonja y se fueron. No me produce dolor. Uno se acostumbra a todo y aprende a esperar cualquier cosa. Valoro mucho la lealtad y me gusta tener amigos".

DISCURSO ANTE EL ROTARY CLUB (5 de septiembre de 1990):

"Hay que gente que cree conocernos y no nos conoce. Cree saber muchas cosas del Ejército, tal vez porque leyó algo en 'El Peneca', pero no tienen idea. Hablan, pontifican, y no tienen idea".

LAS ULTIMAS NOTICIAS (24 de mayo de 1991):

"La experiencia mantiene, pero no engorda".

LA EPOCA (1 de septiembre de 1991):

"Nunca he destinado tiempo para mí en mi vida. Cuando era subdirector de la Academia de Guerra, normalmente llegaba a las 10 de la noche a mi casa. Las cosas hay que hacerlas bien, pues. Si no, no sería el Comandante en Jefe".

TELETRECE (9 de septiembre de 1991):

"A mí no me engañan ni me tienen en una burbuja. Yo no he estado nunca en una burbuja. Otras personas...".

"Si hubiera conocido a Enrique Correa cuando yo era Presidente, lo habría nombrado ministro Secretario General de Gobierno. Es bastante hábil, inteligente y muy bueno para la dialéctica. Da vuelta las cosas. Es muy asequible. Y es diablo".

"Don Gabriel Valdés es un caballero educado. Yo creo que soy caballero y también educado. Tenemos una convivencia de buena relación humana. El dice que una vez lo mojó un guanaco. Tal vez era conveniente que lo mojara el guanaco".

EL MERCURIO (15 de septiembre de 1991):

"Cuando fui a Gran Bretaña, fue para ver un proyecto. Quería verlo, porque el Ejército está destinando recursos a ese proyecto. Y no estoy para que me estén vendiendo huevos de zorzal por huevos de avestruz".

"A Estados Unidos me invitó el señor Carter. Ahora he sabido que fue él quien se opuso a mi viaje a Filipinas. ¿Cómo es posible que el Presidente de una república grande se meta a actuar como si nosotros fuéramos colonia?".

"¿Qué hacen los Presidentes? ¡Indultar, pues! Porque es una forma de traer paz. Aquí debiera haber un indulto general. Y se acabó la fiesta".

"Hagan lo que quieran con el Congreso. Póngalo donde quieran. No es problema mío".

"A los que me pifian, los saludo. Si a una persona la calumnian como a mí, ¿qué va a hacer? ¿Les va a sacar la lengua?".

"Uno tiene sus capacidades. Antes, yo me acostaba a la una de la mañana, trabajando. Hoy, me da sueño a las doce de la noche".

EL MERCURIO (6 de septiembre de 1992):

"Vivir en departamento me podría crear problemas. De repente, me podría encontrar con gente favorable arriba y desfavorable abajo. Es mejor tener una casa. Después de haber sido Presidente de Chile, no voy a tener un rancho que se está cayendo".

"Me gustaba caminar. No tenía problema por el bloqueo de la rama derecha del corazón con que nací. La rama izquierda es la molesta. Es la más grave".

LA TERCERA (20 de septiembre de 1992):

"Lógicamente que duermo como león, porque los leones duermen cuando no hacen nada. El Ejército duerme como león. Antes, se decía: 'Los chilenos duermen como marmotas y tienen despertar de león'. Yo afirmo que el Ejército duerme como león, en el sentido de tranquilidad, de descanso".

PRAVDA (30 de septiembre de 1992):

"Si quiere pasar de una economía de mercado a las libertades democráticas - que me perdonen los amantes de los animales - mi opinión es que hay que cortarle la cola al gato de un solo golpe".

EL MERCURIO (10 de junio de 1993):

"La democracia no ha estado ni está en peligro. Está segura. Es efectivo que hubo situaciones incómodas, pero han sido conversadas. ¿Hemos actuado fuera del marco constitucional? En absoluto. El Ejército no ha hecho nada incorrecto. ¿Que sacamos armas? ¡Pero si el Ejército siempre anda armado!".

LA TERCERA (15 de agosto de 1993):

"Tengo cincuenta y un años de matrimonio, así es que soy partidario del matrimonio. Cuando uno pelea con la señora, le dan ganas de irse. Pero se da cuenta de que, si está con ella, es porque la quiere".

"¡El jefe es Dios, pues! El sabe hasta dónde uno llegará y allí lo va a juzgar. Si Dios me diera más cantidad de vida, me dedicaría a mis estudios, a ayudar en el Congreso. Uno nunca puede dejar de trabajar y dejar como la mente floja. Es como el trabajo muscular: el día que lo deja, se 'suelta' ".

DISCURSO ANTE EL ROTARY CLUB (7 septiembre de 1993):

"El Ejército tiene una tradición. No es deliberante, pero tampoco es castrado mental. Tenemos que pensar, señores. ¿Cómo no vamos a pensar?"

"En Chile había quince mil guerrilleros, al mando del general La Guardia, que fue procesado en La Habana por narcotráfico. ¿A qué vinieron? ¿A jugar a las bolitas o a rezar el rosario? ¡No, señores! Vinieron a preparar a la gente que iba a dar de baja a un millón de personas 'para aliviar el país' ".

LA TERCERA (26 de diciembre de 1993):

"No he cambiado nunca mi manera de vivir. Ni me puse más ronco ni con la voz más suave. Algunos amigos míos dicen que ciertos políticos, cuando llegan a un puesto alto, cambian las maneras, y la voz".

LA TERCERA (7 de junio de 1995):

"El timón sirve para dirigir. Lo importante es no soltarlo".

DISCURSO EN LA PONDEROSA, COLINA (12 de agosto de 1995):

"Tengo en mi carpeta archivos de cosas que, si yo las entregara a la justicia, les crearían problemas. Pero eso va contra mi principio de vida. Primero está mi Patria y luego estamos nosotros".

ACTO EN ESCUELA MILITAR (19 de agosto de 1995):

"Hoy, lo equivocado sería separar lo que está unido, que es la necesidad de transitar hacia un perfeccionamiento de la democracia, lo cual haría posible también avanzar seriamente en el camino de la reconciliación. 'Cuando se junta el aceite con el vinagre, no sale nada' ".

LA EPOCA (24 de agosto de 1995):

"A los soldados del Ejército, hoy les digo: frente a los problemas y situaciones que se sostienen, miren al futuro, aprieten filas, guarden silencio y esperen su destino".

DISCURSO ANTE EL ROTARY CLUB (7 de septiembre de 1995):

"¿Quién planificó, quién preparó a los que participaron en el atentado en mi contra? Muchos de los que hoy se pasean por las calles. A veces, nos miramos y nos saludamos. Sé quienes son. Pero no tengo pruebas. Los que actuaron en hechos de vandalismo o de terrorismo gozan de la facilidad de pasearse por el centro de Santiago".

PALABRAS AL RECIBIR EL SALUDO DE LA GUARNICION MILITAR DE SANTIAGO (11 de septiembre de 1995):

"Las groserías que lanzan aquellos que fueron derrotados y que estaban preparando la guerra civil, hoy ofenden. Pero en el fondo es por resentimientos. Ellos fueron los causantes. Ellos fueron los asesinos. Y los derechos humanos, ya saben para lo que son".

SALON ARTURO PRAT (14 de septiembre de 1995):

"Llegó el momento de decir ¡Basta! Pero no crean que 'basta' es el momento de apretar el gatillo. No: basta en el sentido político".

"No quiero ofender a nadie. Pero para sacar esto (el país) adelante, hay que tener carácter. Para eso, no hay que aceptar imposiciones de nadie. Para eso, también hay que responderles duramente a los que hablan en contra".

"Ellos no ceden un paso. Permanentemente, están hostigando al Comandante en Jefe. Yo, a veces, hago oídos sordos. Y si contesto algo, dicen: 'Ah, no quiere ir a la reconciliación' ".

"En circunstancias que lo único que hace uno es tratar de ir a la reconciliación. Si acaso quieren la reconciliación, no nos arrinconen. Hay que guardar silencio, hay que olvidar. La única cosa que queda es olvidar. Y se olvida no con un proceso que se abre nuevamente y metiendo a la cárcel.

"Ol-vi-do es la palabra. Por ambos lados, hay que olvidar y seguir trabajando por Chile".

"La vida se me prolongó, yo creo que más que lo suficiente, y he podido ver el resultado de un gobierno honesto, que cumplió su misión".

PALABRAS EN PRESENTACION DE LIBRO DE SUS DISCURSOS (14 de septiembre de 1995):

> "La historia, maestra de la verdad, ha sido llamada a repasar nuestra obra. Y sabrá hacer justicia. El país hoy es elogiado por muchos que ayer nos censuraron y combatieron. Hoy avanzan por las huellas que nosotros abrimos".

ENTREVISTA RADIAL EN IQUIQUE (26 de septiembre de 1995):

> "Un político tiene que evaluarse y ver si está o no en condiciones de ir a un organismo de tanta envergadura como es el Senado. Yo me he puesto viejo. Tengo ochenta años. Pero creo que aún estoy en condiciones de seguir sirviendo a mi país por largo tiempo".

ANEXO II: ASI LO VIERON...

En el intento de conocer al general Pinochet, es interesante repasar lo que periodistas chilenos y de otras nacionalidades escribieron sobre él.

MARIA EUGENIA OYARZUN, LA TERCERA DE LA HORA (7 de septiembre de 1980 y 26 de diciembre de 1993):

"Es un hombre de rostro muy expresivo, parco de palabras, que prefiere escuchar, mientras sus ojos azules ríen o se oscurecen".

"Es chilenazo este hombre que encabezó el gobierno más prolongado de esta centuria. Tiene este militar, de recién cumplidos 78 años de edad, muy bien llevados, todos los decires criollos que usaban nuestras abuelas, como -asimismo- una voz que a veces puede ser muy aguda y de mando, y otras, apenas un susurro".

"Es inteligente, irónico y cazurro. Le encanta explicar algunas situaciones vividas por su institución o acontecimientos ocurridos en el país con ejemplos poco ortodoxos que -a veces- le malentienden y le causan problemas".

"El bigote, cejas y pelo canos son las más visibles señales del paso del tiempo en este hombre que asegura que seguirá al mando de su institución por cuatro años y que en forma irónica se refiere a algunos personajes conocidos, a los cuales no identifica, pero que le son poco simpáticos. Para ello hace ademanes, mímica y emplea frases a medias, moviendo sólo las cejas".

"Muy caballeroso y gentil es este oficial que lleva 60 años en el Ejército y dice reírse de algunos "politólogos militares", que creen conocer al Ejército, en circunstancias de que ni siquiera él, con seis décadas en la institución, se atrevería a hacerlo, por lo cual sigue permanentemente estudiando".

OMAR LARES, PERIODISTA VENEZOLANO (septiembre de 1981):

"Hombre de sólida contextura física, de tez rojiza y amigo de pocas palabras, habla lo necesario, emocionándose por ráfagas para empalmar sus conceptos. Va al grano al ser requerido y aun cuando destila fugazmente sus dosis de humor, gusta más de llamar las cosas por su nombre, con rigurosidad y disciplina castrense".

"A su facha lo ayuda sobremanera un rostro agradable y una conformación atlética -habida cuenta de tener 65 años-, producto seguramente de ser karateca".

BLANCA ARTHUR, EL MERCURIO (25 de julio de 1982):

"Tiene una extraordinaria facilidad para clavar los ojos y con una mirada y una sonrisa socarrona, decir más que con muchas palabras. Sus silencios son tan expresivos como su locuacidad. No es fácil transmitir con toda la fueza que tiene cada cosa que dice o sugiere el Presidente Pinochet. Sus frases golpeadas, sus reacciones espontáneas -'ésas que me salen de adentro'- van junto con él y las maneja con esa sagacidad que tiene cuando se ve enfrentado a responder las inquietudes, 'esos puros rumores que trae usted aquí' ".

"Sorprende su permanente vitalidad. Ni las preocupaciones que tiene por la situación que vive el país lo muestran cansado. Nada lo hizo perder el buen humor en las etapas que tuvo la entrevista".

"Siempre preguntado con los ojos y la sonrisa, pero sabiendo muy bien lo que se le quiere decir... A veces calla y piensa, y otras, sin vacilaciones, vuelca su espontaneidad para responder todas y cada una de las inquietudes que se le plantean. Con ese 'doble yo' que es 'cabeza fría y corazón caliente' -bromea- va saliendo paso a paso de cuanto se dice, se piensa o se rumorea".

MONICA COMANDARI, REVISTA COSAS (junio de 1984):

Piensa como militar y lo reafirma: "Yo soy un militar antes que nada, soy un soldado que ha dedicado su vida al Ejército y a la patria. Pero también soy un hombre que tiene penas y alegrías, que siente nostalgia por todo ese tiempo que dedicó al país y 'que resté a mi familia'. Al hablar de su familia, los ojos del mandatario se iluminan de emoción".

"Extraña personalidad la de este soldado, que a veces parece enérgico, implacable e intransigente en sus determinaciones y otras se lo ve como un hombre cálido, de un humor sutil y hasta un poco irónico.

"Está seguro, decidido. Nada en él permite pensar que se siente agobiado ante la perspectiva del futuro del país o de su propia persona".

"Su más íntimo anhelo, afirma, es entregar la banda presidencial a su sucesor, elegido democráticamente. Desea seguir viviendo en su patria, dedicando su tiempo a su familia y a su pasión: escribir y estudiar la historia de Chile".

EDWARD SCHUMACHER, NEW YORK TIMES (8 de agosto de 1984):

"Aun los opositores del general Pinochet admiten que es un hombre convencido, un hombre austero, que cuestiona la fortaleza de la democracia frente a lo que él considera perversidad del comunismo".

"El general, que es un espartano profundamente religioso, se llamaba guiado por 'la fuerza espiritual de Dios como un creyente', dijo estar convencido de la justicia de su gobierno".

"De 68 años, a excepción de sus ojos un tanto llorosos, tiene físico de boxeador y luce un cuidado bigote canoso. Come frugalmente, sólo té y tostadas al desayuno. Casi no bebe y hace gimnasia con pesas dos veces al día, una al levantarse , a las 5.30 A.M. y otra antes de irse a dormir, a las 10.30 P.M.".

"El líder chileno se las ha ingeniado para permanecer en el poder gracias a su habilidad política, lo que reconocen hasta sus adversarios. Recorre constantemente el país, cambia a sus ministros y toma a la oposición por sorpresa".

Dijo que así 'como los mejores emperadores romanos eran políticos, pero también estrategas militares', él maneja el gobierno con tácticas militares, reservándose las decisiones para sí y así mantiene el suspenso. Contó que ni siquiera su esposa supo por adelantado del golpe de 1973.

"El general, un historiador amateur y autor de media docena de libros militares, cita entre sus héroes al líder español Francisco Franco -por haber combatido el comunismo- y a Bernardo O'Higgins, Libertador de Chile y primer Presidente, que le dio al país 'una organización política, social y económica' ".

"El general Pinochet dijo que él está tratando de 'rehacer' Chile, y el paralelo con O'Higgins es obvio".

ANDREA ORZEGOW, REVISTA ERCILLA (13 de junio de 1984):

Apenas se levanta, a las cinco y media de la mañana, hace pesas y, en la noche, viene la clase de gimnasia. "Si no -observa- a mi edad andaría así (imita a un viejito, caminando encorvado y con una mano en la espalda)".

"Todos los días, él 'abre' La Moneda. Desayuna en su despacho privado un yogur sin sabor, un jugo de naranja y un té puro.

"No se deja tiempo libre, porque hay tanta cosa, que hay que ganarle tiempo al tiempo".

No bebe alcohol. Sólo agua de la llave o mineral.

"Su salón de audiencias presenta los copihues del florero sobre su escritorio como si estuvieran recién cortados. Los lápices están todos ensartados en el portalápices, los papeles perfectamente ordenados en carpetas, y el cenicero sin una sola ceniza. No fuma. En cuanto a las fotografías, muchísimas, sobre todo de sus nietos. Pero la más grande es una de su esposa, autografiada por ella. Dice: "Con todo mi amor, Lucía. 25 de noviembre de 1976".

"Los fines de semana le gusta caminar. Los domingo, los nietos van a su casa.

"Después de almuerzo, lee: "Cuando estoy leyendo, me siento relajado, realizado".

"Mi esposa -dice- es mi puntal, mi mejor amiga, la mejor madre y esposa del mundo".

ALEJANDRO DARIO MOLINA, REVISTA ERCILLA (11 de septiembre de 1991):

"En el contacto personal es otro hombre, diferente a quien el común de los chilenos ve de lejos, por la televisión, que a ratos habla como huaso colchagüino, con esa franqueza medio brutal... y con sus salidas, que suelen poner los pelos de punta.

"Para el periodista que pretende ser objetivo, el problema con Pinochet es dramático, porque en el frente a frente no queda margen para la indiferencia. O se está con él o se está contra él. Pero no hay término medio. La forma de saludar, de mirar, de sonreír, de responder, todo envuelto en una educación natural, ausente de toda pose, seduce a cualquier interlocutor".

"Con la misma facilidad que hace un chiste, repasa la historia y recorre una galería de personajes. El cambiaría, sin duda, esta entrevista por una charla sobre la historia de Chile y universal, que lo apasionan.

"Pinochet puede ser héroe o antihéroe moderno, al conjuro de los acontecimientos y de esa personalidad tan singular, que trasciende lo que alguien llama "la majestad del cargo". En nuestra historia, se le podría comparar con el temple y la decisión de ese soldado que fue el general Manuel Baquedano. Pero quizá si su forma de ser esté más cerca del norteamericano George Patton, admirado por quienes pelearon a su lado en Africa y Europa, combatido por los políticos y la prensa, que veían en sus palabras más agresión que sinceridad".

RAQUEL CORREA, EL MERCURIO (6 de septiembre de 1992):

"Bajo la guerrera del general Pinochet, su 'corazón a pilas' late acompasadamente. Muestra una dúplica del que le implantaron en el pecho y, de paso, se da el lujo de leer -sin anteojos- las letras en miniatura con las especificaciones del marcapasos.

A los 76 años, Pinochet ("Y no me vaya a poner que tengo 77 porque los cumplo en noviembre", advierte en broma) luce fuerte, lleno de vida.

"En el anular lleva siempre un grueso anillo de oro, con un rubí cuadrado. "Me trae suerte -confía-. Y yo soy supersticioso", agrega despacito, como para que no le vaya a escuchar ni la misma suerte. El anillo tiene su signo, Sagitario, "un signo de dominio, de condiciones de mando".

"Muy militar, qué duda cabe, con sentido de la jerarquía, de orden, del poder, este amuleto se lo legará a su hijo menor, por quien declara sus preferencias.

"Se ve relajado el general. Sólo le incomoda la grabadora. Es como si en esta solemne sala de reuniones castrenses él la viera como a una intrusa. A ratos, habla directamente al micrófono; a ratos, contesta bajito, como para que no lo escuche la cinta que no deja de girar; a ratos,

simplemente la muestra con el índice de la mano derecha, y cuando ya la cosa es mucha, con el de la mano izquierda también, pidiendo el 'off the record'. Lo hace en varias ocasiones, cuando los temas son espinudos. Pero al final, casi siempre transa y dice lo mismo, pero de otra manera, 'porque usted sabe, yo no hablo de política y no quiero ofender a nadie' ".

"Sus gestos, sus sonrisas cómplices, sus movimientos de cabeza son más elocuentes -muchas veces- que sus propias palabras.

"Cuenta que esto del marcapasos no le ha cambiado la vida, que sólo funciona cuando hay arritmia y que ahora está haciendo gimnasia como antes. "Fui deportista en mis tiempos. Hice lucha romana, corría. Gané el segundo puesto en un campeonato nacional de esgrima. Me gustaba caminar".

LOS HITOS DE SU VIDA

25 de noviembre 1915: Nace en Valparaíso. Estudios en Colegio Sagrados Corazones del puerto.
11 de marzo de 1933: Ingresa a la Escuela Militar.
1936: Alférez de Ejército.
1949-1951: Estudios en la Academia de Guerra. Oficial de Estado Mayor.
1956: Destinación a la Academia de Guerra del Ejército de Ecuador.
1960: Comandante del Regimiento 'Esmeralda'.
1969: General de Brigada. Mando de la VI División de Ejército.
23 de agosto de 1973: Nombramiento como Comandante en Jefe del Ejército.
11 de septiembre de 1973: Encabeza Pronunciamiento Militar. Es designado Presidente de la H. Junta de Gobierno.
17 de diciembre 1973: Se le nombra Presidente de la República (D.L.Nº 806).
11 de septiembre 1977: Discurso de Chacarillas (Da a conocer plan político que fijará la nueva institucionalidad del país).
Septiembre 1980: Aprobación nueva Constitución Política de la República.
11 de marzo 1981: Asume como Presidente de la República bajo la vigencia de la nueva Carta Fundamental.
1985: Firma del Tratado de Paz y Amistad entre Chile y Argentina.
11 de marzo 1990: Entrega del mando de la Nación.
1992: Da a conocer concepto general del Plan de Modernización del Ejército.
1993-1994: Da a conocer el concepto geopolítico para la conquista de las fronteras interiores del país.

ENTREVISTADOS.-

Pedro Arrieta Gurruchaga
Contralmirante. Ex edecán. Ex Comandante en Jefe Fuerza de Submarinos.

Blanca Arthur Errázuriz
Periodista Diario El Mercurio.

Sergio Badiola Broberg
Mayor General (R) Ex Ministro Secrecretario General de Gobierno.

Jorge Ballerino Sandford
Mayor General (R) Ex Ministro Secretario General de la Presidencia.

Willy Bascuñán
Cantante, compositor y humorista.

Carlos Bombal Otaegui
Ex Alcalde de Santiago. Diputado.

Herman Brady Roche
Teniente General (R) Ex Ministro Comisión Nacional de Energía.

Hernán Briones Gorostiaga
Empresario. Ex Presidente de la Sociedad de Fomento Fabril.

Carlos Cáceres Contreras
Economista, catedrático, Ex Ministro del Interior.

Alberto Cardemil Herrera
Ex Subsecretario del Interior. Diputado.

Eduardo Convalía Cox
Teniente Coronel (R).

Raquel Correa Prats
Periodista. Premio Nacional de Periodismo.

Sergio Cotroneo Concha
General (R) Ex Edecán. Ex-Subsecretario de Carabineros.

Sergio de Castro Spíkula
Ex Ministro de Economía, Fomento y Reconstrucción y de Hacienda.

Jaime Del Valle Alliende
Abogado. Ex Ministro de Relaciones Exteriores y de Justicia.

Brigadier General (R) Tulio Espinoza Palma
Ex Intendente de Santiago.

Sergio Fernández Fernández
Abogado, Ex Ministro del Interior. Senador.

Arturo Fontaine Aldunate
Periodista. Premio Nacional de Periodismo. Ex Director Diario El Mercurio.

Jorge Fontaine Aldunate
Empresario. Ex Director Ejecutivo de ProChile. Director de Organizaciones Civiles.

Guillermo Garín Aguirre
Mayor General. Vicecomandante en Jefe del Ejército.

Humberto Gordon Rubio
Teniente General (R). Ex Miembro Honorable Junta de Gobierno.

Hernán Guiloff Izikson
Empresario. Ex Presidente de la Sociedad Nacional de Minería.

Eugenio Heiremans Despouy
Empresario. Presidente de la Asociación Chilena de Seguridad.

Lucía Hiriart Rodríguez
Ex Primera Dama de la Nación.

Sergio Huidobro Justiniano
Almirante (R).

Sergio Onofre Jarpa Reyes
Ex Ministro del Interior. Ex senador. Ex Embajador de Chile en Argentina y Colombia.

Alberto Kassis Sabag
Empresario.

Cristián Labbé Galilea
Coronel (R). Ex Ministro Secretario General de Gobierno.

Juan Jorge Lazo Rodríguez
Ex-Subsecretario del Trabajo.

Fernando Lyon Salcedo
Brigadier General (R). Ex Asesor Jurídico.

Pablo Longueira Montes
Diputado.

Mónica Madariaga Gutiérrez
Abogada. Ex Ministra de Justicia. Ex-Ministra de Educación. Ex Embajadora de Chile en la O.E.A.

Aníbal Mansilla
General (R). Ex Director de Instrucción del Ejército de Chile.

Roberto Mardones Sáez
Periodista. Ex Secretario de Prensa de la Presidencia de la República.

Rosa Markmann Vda. de González Videla
Ex Primera Dama de la Nación.

Alfonso Márquez de la Plata Yrarrázaval
Ex Ministro de Agricultura. Ex Ministro del Trabajo y Previsión Social.

Manuel Martín Sáez
Empresario. Ex Ministro de Economía, Fomento y Reconstrucción.

Patricia Matte Larraín
Socióloga. Ex Secretaria Ejecutiva de Desarrollo y Asistencia Social.

César Mendoza Durán
Ex General Director de Carabineros. Ex-Miembro Honorable Junta de Gobierno.

Carlos Molina Johnson
Coronel. Comandante del Regimiento Blindado Nº 10 Libertadores.

Enrique Morel Donoso
Mayor General (R). Ex Edecán.

Sergio Moreno Saravia
Brigadier General. Comandante Comando de Institutos Militares.

René Peri Fagerstrom.
General de Carabineros. Ex Ministro de Bienes Nacionales.

Roberto Pinilla
Sargento de Ejército.

Jacqueline Pinochet Hiriart
Hija.

Lucía Pinochet Hiriart
Hija.

Verónica Pinochet Hiriart
Hija.

Carlos Pinto Cáceres
Capitán de Navío(R). Ex Edecán. Ex Subsecretario de Investigaciones.

Miguel Angel Poduje Sapiaín
Ex Ministro de la Vivienda. Ex Ministro Secretario General de Gobierno

Jorge Prado Aránguiz
Ex Ministro de Agricultura.

Esteban "Ronco" Retes
Humorista.

Sergio Rillón Romani
Abogado. Asesor.

Juan Romero Riquelme
Brigadier General (J).

Bruno Siebert Held
General (R). Ex Ministro de Obras Públicas. Senador.

Manuel Valdés Valdés
Empresario. Ex Presidente de la SNA. Presidente Radio Agricultura.

Editor Gráfico
Jaime Peñaloza

Diseño y Producción
Bauhaus

Impresión
Morgan Impresores